

# MARIBEL SOLLE

Escritora premiada por la editorial READERS CREW

*Saga Diarios Nobles*





*El Diario de Una Heredera*

**SAGA DIARIOS NOBLES**



Se prohíbe la copia total o parcial de la obra, ni su incorporación a un sistema informático o por cualquier

medio, sea este electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y Siguietes del Código Penal). Obra registrada con todos los derechos reservados.

Primera edición en febrero, 2020

©2020, Maria Isabel Salsench Ollé

## Epígrafe

*Era de estatura pequeña, delgada y hermosa. Demasiado hermosa para que los hombres no se enamoraran de ella...de lady Rosalie.*

*—Mi verdadera situación no es asunto suyo, lord Goldener. Ha saldado su deuda. Váyase, por favor. Váyase y no vuelva —suplicó ella, incapaz de mirarlo a los ojos.*

*Esos ojos dorados que la visitaban en sueños, que la torturaban.*

*—Siento no estar de acuerdo con usted, señora —dijo el oficial, cuadrándose—. Su seguridad, su bienestar y su felicidad son asunto mío porque así lo decretó su hermano antes de morir.*

*—¿No quería que ocupara mi lugar? ¿No me pidió que volviera a mi casa? Ya estoy aquí, ahora márchese. Todo lo que he hecho ha sido para proteger a los míos. No sienta una carga en sus hombros que no se merece. Puede irse en paz, estoy a salvo...*

*—¿A salvo? —ironizó, acercando la enorme mano sobre su rostro para acariciar la herida—. Su marido es un animal, un ser sin escrúpulos que maltrata y viola a cualquier mujer que se le cruce por el camino. No puedo soportarlo. Es ruin, un borracho —gruñó, conteniendo la furia.*

*—Es mi esposo.*

*—¿No es su dueño! Se casó coaccionada, en contra de su voluntad.*

*—¿Y qué quiere que haga, oficial? —lo enfrentó, con los ojos inundados en lágrimas.*

*—Quiero que me ame, que me ame solo a mí —La cogió con fuerza y la abrazó con necesidad, besándola con ímpetu. Escondidos en las sombras de la mansión, lejos de las miradas del servicio y de los señores se entregaron a esa pasión prohibida. Esa pasión que arrastraban en silencio y*

*que mitigaba el dolor de lady Rosalie. —Lo siento, lo siento. Prometí protegerla, pero solo la estoy poniendo en peligro — Se apartó.*

*—Olvídese por un instante de su promesa y ámeme.*

***El diario de una heredera.***

∞ ∞ ∞

# Capítulo 1

*La felicidad está donde la encuentras,  
raramente donde la buscas*

*Todas las cosas fingidas caen como flores marchitas,  
porque ninguna simulación puede durar largo tiempo.*  
**Cicerón.**

*París, Francia, invierno de 1846.*

Cinco años. La había buscado durante cinco penosos y largos años en los que se había obsesionado tanto que la veía por todas partes. Su mejor amigo, Hugo Silvery, pensaba que se había vuelto loco. Muchos dudaban de su salud mental y no era de extrañar puesto que había confundido a más de diez mujeres con lady Rosalie. Miraba constantemente su retrato y lo había memorizado. Tenía su rostro grabado a fuego en la mente.

Los remordimientos lo estaban matando lentamente. Le hizo una promesa a su mejor amigo y no la había cumplido. El honor se le resquebrajaba un poco más cada año y se sentía mediocre. ¡Era la promesa a un moribundo! ¿Y qué había hecho él? Perder a su objetivo, alargar la misión con búsquedas infructíferas y quedar como un idiota.

Estaba en París para acompañar a Hugo, que buscaba esposa en tierras francesas. Lo había convencido para que lo ayudara y él, como buen camarada había accedido, aunque no tuviera nada que hacer en esa ciudad aparte de escuchar las charlas narcisistas de su amigo que ni siquiera se dignaba a salir del hotel. Ya había registrado esa ciudad de cabo a rabo en un par de ocasiones y ni rastro de la dama fugitiva. A veces, muy a veces, se le cruzaba por la

mente la idea de que pudiera estar muerta. Pero se resistía a aceptarlo, eso sería admitir que había fracasado estrepitosamente en su misión como militar.

—Voy a dar una vuelta, ¿vienes?

—¿Dar un paseo como una damisela aburrida? Prefiero guardar fuerzas para esta noche, gracias —respondió Hugo, teniente de la armada inglesa, tan frío como el hielo y tan altivo como el mismísimo rey de Inglaterra.

—No sé cómo puedes pasarte el día entero aquí encerrado, Hugo. Solo sales de cacería cuando baja el sol. No me extraña que tu padre te haya cortado el grifo.

—Eso ha sido un golpe bajo, oficial.

Cerró la puerta de la *suite* y salió del hotel *De Crillon* con las manos en los bolsillos y su media melena al viento, necesitaba un poco de aire fresco. Era un hombre ardiente, impetuoso y demasiado activo como para estar todo el día metido en una habitación, por muchos lujos que ésta tuviera.

Anduvo algunos minutos sin rumbo fijo, con la mirada puesta en cualquier parte y en ningún lugar en particular. Entonces, pasó lo que ya le había pasado muchas veces: la vio y su corazón se paró en seco.

Vio a la hermana del coronel Ringwood cruzando la avenida principal con un traje de lana: ¡lady Rosalie! Sacó rápidamente el retrato que siempre llevaba en el bolsillo de su camisa y comparó. Movié los ojos del retrato a la mujer y viceversa hasta constatar que, efectivamente, era ella.

¡Esa vez sí! No podía fallar y equivocarse de nuevo. La siguió y la observó en silencio cual ave de presa acechando a su próxima víctima. Era delgada, de facciones definidas y movimientos gráciles. Sus gestos elegantes recordaban a los de una gacela y su educación era tan refinada que causaba admiración al más inculto. No podía estar equivocado, ella era lady Rosalie Ringwood... la "Miel de Bedford."

La bresca de miel se introdujo en el interior de una tienda de alta costura. Y él, como buen oso, esperó a que saliera mientras la admiraba a través de los vidrios. La notó nerviosa, excitada, casi asustada... ¿Por qué? Estaba tan alterada que, al salir, no se dio cuenta de su presencia y se dio de bruces contra su torso. Intentó atraparla, pero la joven cayó al suelo sin darle tiempo a reaccionar.

—¿Se encuentra bien, señorita? —preguntó, anonadado por su belleza, inmóvil. Parecía un estúpido demente, mirándola fijamente sin hacer nada. Sus piernecitas esbeltas se habían quedado al descubierto y captaban toda su atención.

¡Daban ganas de protegerla y de consentirla con solo verla! De abrazarla y de hundirla en su cuerpo hasta asegurarse de que nada ni nadie podría hacerle daño.

—Disculpe, no miraba por dónde iba y... —pio el ruiseñor.

Rosalie levantó la cabeza y, por unos instantes, no existió nada más que su mirada de color avellana. Se quedaron absortos el uno con el otro.

*Un hecho extraordinario que pasa una vez cada cien años y que tan solo los más afortunados son bendecidos con él.*

—¿Lady Rosalie? —preguntó Galán, frunciendo el ceño con la intención de ponerse serio y centrarse en su misión.

¿En qué diablos estaba pensando? ¡Concentración! ¡Tenía la solución de sus problemas frente a sus narices!

Al llamarla por su nombre supo que no sería fácil. La joven estaba dispuesta a rechazar cualquier cosa que viniera de su pasado, incluso su propio nombre. Por eso le había sido tan difícil encontrarla...porque se estaba escondiendo deliberadamente.

—No conozco a ninguna Rosalie —repuso ella, seca y cortante, todavía en el suelo.

Galán Goldener la cogió por el brazo y la levantó como si fuera una pluma, poniéndola de pie. Con el movimiento pudo darse cuenta de que era muy parecida a su hermano.



Esa vez no estaba equivocado. Sin quererlo, sin buscarlo, había dado con ella. Y no pensaba perderla.

—Lady Rosalie... es usted —insistió.

—Mire, caballero —La vio arrugar su pequeña y graciosa frente, molesta. —No sé quién es Rosalie. Pero desde luego no soy yo. Y ahora... si me disculpa —Le dio la espalda, altiva, y anduvo dos pasos a la pata coja, cogiéndose a las paredes. Se había hecho daño en el tobillo.

—¿Por qué no me deja ayudarla? Puedo acompañarla — Se acercó a ella, absorbiendo su aroma dulce en el transcurso de su acto.

—No es necesario, señor...

—Lord Goldener —se presentó, con su sonrisa natural, tratando de ganar la simpatía de su objetivo.

Pero no sería tan fácil, Rosalie lo miró enfadada, como si la hubiera insultado.

—Muy bien, Lord Goldener —dijo, alzando el mentón y ligeramente irritada—. No se sienta obligado, por su magnánima caballerosidad, a ayudarme. Puedo arreglármelas yo sola. Siento mucho haberle molestado. Estoy segura de que tendrá menesteres más importantes de los que ocuparse.

¡Vaya! La gacela había sacado sus cuernos a relucir y lo embestía con fuerza. No era tan endeble ni tan amable como le habían contado. Quizás esa fuera la parte rebelde de la que muchos le habían hablado. Lady Rosalie Ringwood era un panal de miel repleto de abejas y no sería fácil acceder a ella. Lo último que quería era asustarla o provocarle dolor. Así que iría poco a poco.

*A veces cuando quieres atrapar algo, tienes que ir despacio y ser paciente. Y puede que así venga a ti.*

No dejó de mirarla hasta que desapareció de su vista. Cuando estuvo convencido de que no podría verlo ni sospechar nada la siguió entre las sombras. La vio entrar en un taller de costura mucho menos lujoso que el anterior. ¿Por qué entraba ahí? No era más que un local empobrecido

de barrio. Fijándose mejor, reparó en que una mujer rubia la recibía con mucha familiaridad y que hablaban animadamente. ¿De qué se conocían?

Se quedó allí, de pie frente a la tienda de color pistacho durante horas y descubrió que lady Rosalie, en realidad, trabajaba en aquel lugar. ¡Era una costurera! ¿Cómo había caído tan bajo? ¡Tenía que sacarla de ese antro lo antes posible! ¡No podía ni imaginar lo desgraciada que estaría sintiéndose!

La siguió hasta dar con su vivienda. Un humilde apartamento en esa misma calle llena de meados de perros y de mugre. Cuando se aseguró de que ya no se le escaparía tan fácilmente, volvió al hotel con los ánimos reforzados. ¡Por fin! ¡Cinco años para encontrarla! No le extrañaba que no la hubiera encontrado antes, jamás se había fijado en los sectores más pobres de la sociedad.

—¡La he visto! ¡La he visto! —irrumpió en la *suite* de Hugo.

—¿No te he dicho que llames antes de entrar?

—A estas alturas no tendrás reparos de estar sin camisa frente a mí... He visto a lady Rosalie, esta vez sí es ella.



Rosalie era incapaz de dormir. Primero, porque le dolía el tobillo y, segundo, porque no podía quitarse de la cabeza a lord Goldener. Al principio no lo reconoció, pero haciendo un esfuerzo de memoria recordó que su hermano lo había mencionado en más de una ocasión. Era su amigo, uno de los mejores amigos de Héctor y un oficial del ejército inglés.

¿Cómo la había reconocido tan rápidamente? Ellos dos no habían coincidido nunca antes.

Fuera como fuera, la había visto. Solo le quedaba esperar que ese hombre se olvidara del asunto; al fin y al cabo, ¿qué interés podría tener lord Goldener en ella? El miedo de que

su tío Jack la estuviera buscando se instauró en su cuerpo. ¿Y si lord Goldener trabajaba para él? ¿Y si la estaba espiando? No, eso sería ir muy lejos en sus conjeturas. Iba a mantener la mente fría.

Durante las dos primeras horas de insomnio estuvo convencida de que no podía dormir a causa del miedo y de la angustia. Después, se dio cuenta de que había algo más: los ojos dorados de lord Goldener. ¡Unos ojos de color oro! Se le habían clavado en la mente y amenazaban con quedarse allí indefinidamente. Debía reconocer, muy a su pesar, que ese caballero era muy apuesto. ¡Tan alto como ancho! Estaba sacado de un cuento de hadas, de una novela romántica o de un libro de fantasía. ¡Oh! Qué bello era lord Goldener. Parecía estar hecho de oro y su nombre, por más inri, acompañaba a esa estúpida idea.

De pronto, se imaginó a sí misma en los brazos de ese torreón de hombre y dejó correr la imaginación. ¡Había leído demasiados libros! ¡Demasiada ciencia ficción!

Dejó ir un fuerte suspiro y apartó esas ideas de su cabeza. Lo principal era que ese hombre no insistiera más y que pudiera seguir con su vida tal y como la había construido.



—¡No! ¡Eso sí que no! Me niego en rotundo. No, no y no —Amélie removi6 sus manos haciendo aspavientos, asustada y nerviosa.

Su *madame* quería asistir a una de las fiestas de la sociedad más concurridas de todo el año. En París no se hablaba de otra cosa que de la fiesta en honor a lady Renoir, la hermana del Duque d'Orléans. Toda la flor y la nata francesa estaría presente y quién sabe si algunos invitados ingleses también. ¡Era imposible! Ella no iría de

ninguna de las maneras. Era demasiado arriesgado, cualquiera podría reconocerla y tirar por tierra todos sus esfuerzos por ser invisible. Además, no debía olvidar que lord Goldener estaba merodeando por París y que él sabía perfectamente quien era ella.

—¿Por qué no? ¿No hemos estado juntas en esto desde el principio? ¿Qué es lo que te asusta tanto? —insistió Alice, un poco decepcionada ante su negativa.

—No, *madame*. No puede pedirme que yo asista a una fiesta de sociedad... Sería demasiado arriesgado —se le escapó.

No respondía bien ante las situaciones de presión y Alice la estaba presionando con contundencia, su *madame* era implacable cuando se proponía algo.

—¿Arriesgado? —La miró desconcertada. —¿Qué ocurre, Amélie?

¡Si seguía así terminaría confesando! Alice quería asistir a esa dichosa fiesta para recuperar el dinero de un trabajo que habían estado haciendo durante esos últimos días. En parte, tenía motivos para pedirle que la acompañara puesto que ella era su ayudante y se trataba de un cometido difícil al que Alice no podría enfrentarse sola. Deberían ir vestidas de gala y colarse en la mansión hasta llegar a lord Hugo Silvery, el hombre que tenía que pagar a su *madame* por la confección de un vestido princesa.

—No, no es nada —accedió al fin, resignada—. Pensándolo mejor, será mejor que la acompañe. No me lo perdonaría si la dejara sola...

Y era cierto, Alice había estado a su lado en los peores momentos de su vida y sería incapaz de dejarla sola cuando más la necesitaba. Sería muy egoísta por su parte.

—¿Seguro? —sonrió Alice, cogiéndola por las manos.

—Sí, seguro —Le devolvió la sonrisa. —Olvide lo que le he dicho.

*"Estaba muy nerviosa. Por primera vez desde mi huida, tendría que enfrentarme a los fantasmas de mi pasado. No*

*sabía lo que me esperaba en esa fiesta de la alta sociedad en honor a lady Renoir. Suplicaba a Dios que no me encontrara con lord Goldener ni con ninguna otra persona que pudiera reconocerme. No quería perder mi libertad y que el tío Jack me obligara a volver o algo peor. Me había resignado a vivir en soledad, con la compañía de mi madame, y no necesitaba nada más. No me había olvidado de mi hogar ni de mis seres queridos. Pero prefería llevar una vida tranquila y llorar a mi hermano en paz, que luchar por algo que estaba completamente perdido. Así me lo había enseñado la nana Theresa."*

∞ ∞ ∞



## Capítulo 2

### *El oso y la miel*

*Hong Kong, China, 6 de enero de 1841 (5 años antes del encuentro en París).*

Lord Galán Goldener había nacido para ser militar. Como segundo hijo del Duque de Wellington, su destino en el ejército era un hecho desde su nacimiento. Mientras su hermano mayor ocupaba el cargo de su padre, él debía dar honor y servicio al ejército británico. Lejos de renegar de sus obligaciones, las aceptó desde bien pequeño con orgullo y regocijo. Amaba su oficio, amaba ser un oficial sin títulos comprados ni medallas regaladas.

Muchos lo llamaban "el oso". Sobre todo, entre los cadetes y los soldados rasos. Siempre con el merecido respeto, lo habían apodado de ese modo por sus grandes dimensiones y su ferocidad en el campo de batalla. Alto, recio y vigoroso, de nariz griega y rostro hercúleo, solía ser el protagonista de muchas leyendas reales o no. Las mujeres suspiraban a su paso y no dejaba a nadie indiferente, absolutamente a nadie.

Bajo las órdenes del coronel Ringwood y del teniente Silvery, él y su ejército habían vencido. Desgraciadamente, al final de cada guerra había demasiados perdedores en ambos bandos como para sentir alegría completa. En el suelo se amontonaban los muertos y los heridos y los caballos relinchaban al ritmo de los fusiles en retirada.

Era una escena terriblemente familiar para Galán Goldener a la que ya se había acostumbrado.

Habían sido minutos de agonía; por un momento pensó que no lo conseguirían. La humareda empezaba a

desvanecerse y miró a su alrededor. A lo lejos vio a su gran amigo, el teniente Silvery, reconociendo a los muertos. ¿Dónde estaba el coronel Ringwood?

Héctor Ringwood había sido su camarada desde los inicios en su carrera militar. Desde que él no era más que un crío imberbe con ínfulas de capitán y Ringwood lo amonestaba con paciencia y lo enseñaba a ser quien era en esos instantes: un hombre con los pies en la tierra, responsable y atado a sus deberes. Lo había salvado en innumerables ocasiones de una muerte segura y se había convertido en una figura ejemplar a la que imitar. Diez años mayor que él, de carácter reservado y con un ducado a sus espaldas, lideraba un escuadrón completo sin titubear y con buenas estrategias. Lo admiraba, pero ¿dónde se había metido? No era habitual en él alejarse demasiado.

Miró a un lado y a otro tratando de localizarlo a través de sus singulares ojos dorados. Sin éxito y colgándose el fusil en el hombro, hizo repicar sus botas contra el suelo en busca de su preceptor y apreciado amigo al que le debía tanto. Al fin, localizó un bulto bermellón tendido sobre un gran charco de sangre. Era él. Era extraño, estaba apartado del grupo. ¿Por qué?

—¡Traigan una camilla! —ordenó lord Goldener a un grupo de reclutas.

—Galán —susurró Héctor, coronel y Duque de Bedford, con los ojos amoratados y la tez pálida—. No hay posibilidades.

El oso sabía lo que significaba aquello, pero se negó a aceptarlo. En su lugar, se arrodilló y se inclinó a su lado.

—¿Qué puede hacer por usted, coronel? No se rinda tan pronto.

—Sé que tú no te rendirías querido amigo —sonrió—. Pero yo no tengo el mismo espíritu incansable del que tú te nutres. Me han dado un tiro certero por la espalda y me queda muy poco tiempo... Muy poco —consiguió decir, expulsando sangre por la boca—. Necesito que me prometas

algo —Lo cogió con fuerza por las mangas del chaqué rojo y tiró de él con urgencia, como si lo que tuviera que decir fuera un secreto de estado.

—Lo que sea, haré lo que me pida, aunque tenga que perder mi último aliento en ello —juró, acercándose al moribundo para oírlo mejor.

—Prométeme que cuidarás de mi hermana. Protégela, hazte cargo de ella. ¡Debes protegerla! Prométemelo.

—Se lo prometo, coronel. Le doy mi palabra. Protegeré a su hermana con mi vida si es necesario.

Héctor emitió una sonrisa tan débil como su pulso.

—Sé que lo harás. —Exhaló su último aliento y cayó en las profundidades de la muerte.

¿Por qué debía proteger a lady Rosalie Ringwood?  
¿Cuáles eran sus enemigos?



*Ducado de Bedford, Inglaterra, 1841.*

Lady Rosalie Ringwood buscaba su próxima lectura en la biblioteca de su mansión. Presumía de tener una de las bibliotecas más grandes de Inglaterra y ella misma se encargaba de que los libros estuvieran correctamente ordenados por título, autor y edición. Se aficionó a la lectura cuando su hermano, el coronel Héctor Ringwood, tuvo que partir a la guerra. Perderse en los mundos imaginarios de *Shakespeare* o de *Jane Austen* era todo cuanto tenía en esos momentos de angustia y sinsabor.

—Milady —la interrumpió el ama de llaves, la señora Allen—. Los niños están haciendo de las suyas otra vez y la nana es incapaz de controlarlos. Llevan seis meses aquí y todavía no han aprendido a comportarse.

Ella, siempre tan paciente y bondadosa, dejó la novela que tenía entre manos en su sitio, se peinó una arruga imperceptible de la falda y salió dispuesta a poner orden

entre los huérfanos a los que había apadrinado con el fin de darles una buena educación y una oportunidad lejos de las calles.

—Olivia y Alfie —nombró al llegar al salón, convertido en un campo de batalla con jarrones rotos incluidos.

—Milady, son imposibles —se quejó la vieja niñera, Theresa, que había sido como una madre para Rosalie desde que la suya murió.

Olivia, de catorce años y Alfie, de apenas nueve, la miraron arrepentidos. —Lo sentimos mucho, lady Rosalie — se excusaron, cabizbajos.

Quería enfadarse con ellos, pero le era imposible. ¡Eran tan tiernos y amorosos! Los había apadrinado en la parroquia al saber que su madre había muerto de la misma enfermedad que la suya, de tifus. El reverendo Pedro, que la tenía en un pedestal, se puso muy contento por poder vaciar dos literas de la vicaría y el pueblo la admiraba por ello. La apodaban "*la Miel de Bedford*" por sus infinitas obras de caridad y su carácter cercano con los más desfavorecidos. Era dulce, bella y muy amada por los vecinos y los aldeanos.

—Vamos, salid al jardín antes de que la nana se enfade de verdad —fue todo lo que dijo, abrazando a Theresa.

—Eres demasiado permisiva, Rosalie. Confías demasiado con la gente —la regañó la nana, aceptando su abrazo con una sonrisa afectuosa.

—Solo serán niños una vez. ¿Cómo no voy a confiar en ellos? —le restó importancia, apartándose de la anciana para acercarse a la ventana con la mirada perdida.

—¿Hay noticias?

—Todavía nada —respondió, resignada.

El ama de llaves, que no se había ido, soltó un quejido lastimero. Todas ansiaban con desespero que Héctor regresara lo antes posible. Rosalie se había quedado huérfana muy pronto y su hermano mayor, el Duque de

Bedford, era como un padre para ella además de ser el administrador de todos sus bienes y riquezas.

—Rosalie, ¿ha llegado alguna carta del primo Héctor? — Entró la joven Amanda, prima por parte materna, que vivía con ellos a causa de la pobreza de sus padres. Rosalie le había prometido ayudarla a encontrar un buen partido con el que casarse.

—Amanda, no te preocupes; te prometo que antes de que inicie la temporada social tu primo estará aquí. No quisiéramos que, por nada del mundo, te perdieras tu debut.

—Oh, Rosalie. Siempre pensando en los demás. ¿Y tú? Tú también deberías hacer acto de presencia en los eventos, estás en tu tercer año... El que viene te convertirás en una solterona oficial.

Era un hecho que el año que viene se convertiría en una solterona oficial. Su hermano se fue justo cuando debutaba socialmente y a ella le pareció de muy mal gusto asistir a las fiestas sabiendo que su querido Héctor estaba sufriendo entre balas y fango. Podría haberse buscado una carabina decente, pero prefirió encerrarse en la mansión que su padre le legó y cuidar de los suyos: del ama de llaves, de la nana, de su prima Amanda, de Olivia y Alfie, de los campesinos e incluso de su amado perro Sito y de sus alerces. Todos dependían de ella y ella los cuidaba generosamente.

Su padre, que murió muy joven por disentería, había dejado todo lo que estaba vinculado con el ducado a Héctor. Sin embargo, había reservado el resto de sus bienes, incluida la casa solariega en la que ella vivía, para su única hija lady Rosalie. Siempre y cuando su hermano mayor o, en su defecto, su esposo fuera el administrador.

Su hermano, que no era un hombre ambicioso, la dejaba hacer y deshacer a su antojo. Y ella, que nunca había sido una dama caprichosa ni consentida, guardaba con recelo sus bienes y los gastaba en obras de caridad o necesidades



básicas. Vivía en una agradable y equilibrada simplicidad que se reflejaba en su aspecto y en su hogar. Muchas personas dependían de ella, incluidos los trabajadores de sus tierras y las familias que arrendaban sus pequeñas casas.

Con todo aquello, estaba convencida de que tenía la imperiosa obligación de proteger a los suyos y esa era la premisa con la que se levantaba cada día de su vida.

—¡Pronto será nuestra, papá! —oyeron un grito varonil en el porche—. Cuando viva aquí, ordenaré que arranquen estos alerces y que construyan unas columnas romanas de mármol blanco. ¡Parece la cabaña de un leñador!

—Ha llegado alguien —dijo Finley, el joven mayordomo al que la misma Rosalie había contratado y que no gozaba de muchas luces.

—¡Son los buitres carroñeros de Jack y Francis! —espetó Theresa, removiéndola su cofia negra con enfado—. ¡No los dejes entrar!

Rosalie se llevó la mano sobre el estómago y apretó la tela que había sobre él. No era una mujer dada a los enfados ni a la inquina, pero su tío Jack y su primo Francis conseguían sacar lo peor de ella. Habían rondado la casa desde que Héctor se fue, pero sus visitas eran cada vez más frecuentes. Tal y como decía la nana, parecían aves carroñeras al acecho de una desgracia. Y no de cualquier desgracia, sino de una que la afectaba particularmente: la muerte del Duque de Bedford.

No solo se quedaría sin su máspreciado y amado amigo si Héctor no volviera, sino que se quedaría completamente sola en un mundo lleno de alimañas dispuestas a acabar con ella.

—Milady, acaban de entrar a la fuerza —anunció Finley, algo asustado.

¿Qué habían tenido el descaro de entrar sin ser anunciados y ni mucho menos recibidos? ¡Aquello pasaba

de castaño a oscuro! Cogió aire y se dispuso a enfrentarlos en el recibidor, pero se le habían adelantado.

—¡Querida prima! —exclamó el monstruo de Francis, entrando en el salón. Era un hombre de estatura media, calvo y algo rechoncho con un oscuro historial en sus espaldas.

—Sobrina, por un momento pensé que no querías recibirnos —comentó su tío, sin ni siquiera mirarla a los ojos y tomando asiento en la butaca de su hermano.

Aquello le hirvió la sangre. ¿Cómo se atrevía? ¡La estaban ninguneando!

—Tío, no os esperaba hoy —trató de mantener la calma mientras su prima Amanda se colocaba detrás de ella, asustada.

—Me imagino que no, querida. Me imagino que no —Se encendió un puro y dejó correr su putrefacto aliento por el ambiente—. Haremos muchos cambios en esta casa —comentó, mirando a su alrededor con altivez.

—¿Cambios? No le comprendo —quiso desviar el tema.

—¡Oh! ¿No lo sabes? —Se acercó Francis como un chacal hambriento. —Tu hermano Héctor ha muerto.

Lo dijo con una sonrisa cínica. Sin un ápice de compasión.

Rosalie abrió sus ojos avellana de par en par, incrédula. Un mareo le sobrevino y tuvo que apoyarse en una silla para no caer al suelo. ¿Qué había dicho ese animal?

—¡No los creas! —gritó Theresa, enfadada—. Si tu hermano hubiera muerto, un oficial hubiera venido para informarte de ello —La cogió por el brazo, dándole valor.

—Siempre tan atenta, vieja nana. Cuando tu querida Rosalie se case con mi hijo no tendrás lugar en esta casa —escupió Jack.

—¿Casarme con su hijo? —reclamó, tragándose las lágrimas—. ¿De qué está hablando? No tiene ningún derecho a venir aquí para soliviantarnos con sus embustes y amenazas —recuperó el aliento e irguió la espalda—. Esta

es mi casa y hasta que un documento diga lo contrario, le ruego que se marche.

—Volveremos dentro de una semana para instalarnos y espero que no nos montes un desagradable numerito. Si no quieres casarte con Francis, ya sabes dónde está la puerta. Podéis iros tú y todos estos casos perdidos que has ido recogiendo de la calle.

—¡Esta casa no está vinculada con el Ducado!

—Lo está si no existe un administrador aprobado por el Duque de Bedford. Y, querida sobrina, ése ahora soy yo. Y solo aprobaré tu mediocre presencia si te casas con Francis. Espero no tener que repetírtelo.

—¿Sabe lo que pasará, tío? Lo que pasará es que mi hermano volverá y lo pondrá en su lugar en cuanto se entere de esta grave afrenta. Y mientras eso pase, la dueña de esta casa soy yo así que, ¡fuera! —Señaló la puerta con su diminuto dedo índice. Se sentía muy pequeña, minúscula pese a sus esfuerzos para demostrar lo contrario.

Le hubiera gustado medir dos metros y tener unas manos enormes para echar a patadas a esos dos energúmenos.

Supo que se iban porque no tenían nada más que decir y no por sus exigencias. La bruma del miedo se apoderó de ella y se dejó caer sobre el diván ante las miradas asustadas de los presentes. Sería una cobardía ponerse a llorar en esos instantes, en esos momentos en que todos dependían de ella y de su fuerza. Como le hubiera gustado poder escribir su propia historia, vivir dentro de aquellos libros de fantasía que leía a diario... ¡Qué desagradable era la realidad!

Si los buitres tenían razón y su hermano había fallecido, su destino se presentaba en forma de demonio cruel. ¿Quién cuidaría de los huérfanos? ¿Quién se encargaría de la vieja nana y de la joven Amanda? ¿Quién velaría por los intereses de los campesinos? No podía irse sin más. Sería imposible abandonarlos. ¿Pero debería casarse con el

horrendo primo Francis para seguir allí? ¿Qué clase de vida le esperaba? No sería capaz de hacerle frente a ese Monstruo, no tenía experiencia ni madurez para ello.

El arrepentimiento por no haber buscado a un marido antes le sobrevino a modo de remordimiento traicionero. ¿Pero debería haberse casado por interés? ¿No hubiera sido igualmente mezquino?

¿Qué iba a hacer?

—Por favor, Rosalie, no te sientas responsable de mí —Se sentó a su lado Amanda, leyéndole los pensamientos.

—Todos estamos muy agradecidos por la oportunidad que nos ha dado. Pero no tiene por qué sacrificarse por nosotros —añadió el mayordomo, que había sido recogido de la calle por la benevolencia de su señora.

—Estáis hablando como si Héctor estuviera muerto —sonrió, ocultando su pánico—. Cuando él vuelva, todo volverá a ser como antes.

*"Lo cierto era que yo estaba aterrada. El hermano pequeño de mi padre se caracterizaba por su talante umbrío y sus trabajos poco legales. Su hijo, era una buena pieza que no había sido apresado por el favor de su familia. Si Héctor no regresaba, ni siquiera tendría tiempo para llorarlo, porque me tocaría enfrentar la peor situación de mi vida, sola. No me quedaban muchas opciones. ¿O sí?"*

∞ ∞ ∞

# Capítulo 3

## *Una nueva misión*

*Si no se tomara la vida como una misión, dejaría de ser vida para convertirse en infierno.*

***Leon Tolstoi.***

La nana Theresa se apoyó sobre el bastón y anduvo hasta la habitación de lady Rosalie. La encontró sentada en la cama, apretando un pañuelo de seda entre sus diminutas manos. Tenía la mirada perdida y de sus ojos avellana brotaban lágrimas silenciosas.

Dos días antes, un oficial del ejército británico había ratificado las palabras del tío Jack: el Duque de Bedford había muerto en combate. Como prueba de ello tenían un documento firmado y sellado por el secretario general. No fueron capaces de repatriar el cuerpo de Héctor, pero lo habían enterrado dignamente junto a una ceremonia adaptada a su rango en China.

—Tienes que irte, querida. No puedes quedarte aquí y convertirte en el blanco de esas sucias alimañas.

Rosalie levantó la mirada hacia los ojos de su aya.

—¿Cómo voy a irme sin más? Ni siquiera he tenido tiempo para llorar a mi hermano. Es muy injusto. Esta es mi casa, es nuestro hogar. Todos vivimos en armonía y nos ayudamos los unos a los otros. Yo puedo buscar un empleo, convertirme en la institutriz de alguna familia adinerada o quizás el reverendo Pedro me acepte como profesora en la vicaría... Pero y, ¿vosotros? ¿A dónde irán Olivia y Alfie? ¿A dónde irá mi querida prima Amanda? Oh, nana. ¿Y tú? Ya



oíste al tío Jack, no te quiere aquí —lloriqueó, abrumada por el cúmulo de desgracias que se amontonaban en su vida.

Se sentía impotente, ultrajada y enfadada con el mundo que le parecía mezquino. ¿Por qué una mujer no podía ser la propietaria de su casa sin condiciones? ¿Por qué eran tan injustos con ella? Se sentía culpable por estar pensando en su futuro en lugar de dedicar sus pensamientos en Héctor. Pero era inevitable hacerlo cuando tantas personas dependían de ella.

—No hay otra opción —La anciana se sentó a su lado. — No te preocupes por mí. Es el momento de pensar en ti. Estás en tu tercera temporada y sin un marido te convertirás en una solterona oficial. Es mejor que busques un empleo y trates de vivir decentemente hasta que termine tu luto y un buen hombre se apiade de ti.

—Prima —Entró Amanda haciendo saltar sus bucles dorados con el movimiento enérgico de sus pasos. —He recibido una carta de mis padres. Me han dicho que estarían encantados de que establecieras tu hogar en nuestra casa. Ya sabes que no tenemos muchos recursos, pero nos las apañaremos como podamos y seremos felices con ello. Tú te has encargado de mí durante muchos años y ahora tenemos la oportunidad de devolverte una milésima parte de tu favor.

—¿Y tu debut? Ya sabes que, si nos vamos de aquí, no tendremos dinero para un guardarropa nuevo. Nos alejaremos de los eventos y ningún respetable caballero estará a tu alcance.

—Quizás sea el momento de aceptar que mis padres son incapaces de costear una temporada social, son pobres. Me conformo con estar emparentada con la hija de un Duque, nuestro parentesco me abrirá muchas puertas. No puedo optar por ningún barón ni por ningún hermano de vizconde, pero estoy segura de que encontraré a un buen partido entre los burgueses.

Rosalie sonrió ante el optimismo de Amanda, pero sabía que las cosas no serían tan fáciles si se mudaba con sus tíos maternos. Se convertiría en una carga demasiado pesada para ellos si aceptaba semejante propuesta. Por todos era bien sabido que sus recursos apenas daban para comer y no quería ponerlos en ese aprieto ni obligación moral. Tampoco creía que Amanda se conformara con esa vida, siempre le dio la sensación de que su prima despreciaba a sus propios padres por ser insolventes.

—Hablaré de nuevo con mi tío —resolvió al fin con un suspiro lastimero—. Las personas adultas y racionales podemos llegar a un entendimiento a través de la palabra. Quiero creer que estableceremos un acuerdo favorable para ambas partes. Él no puede quedarse con todo lo que mi padre me legó. Por ejemplo, la dote es mía.

—Pero tu dote la gestiona el Duque de Bedford —negó Theresa, apretando sus ojos negros llenos de sabiduría—. Temo por tu seguridad si confías en que una conversación con ese hombre pueda salvar nuestras vidas. Tu tío Jack no es de fiar y su hijo es un Monstruo. Ya sabes lo que se comenta sobre él...

No debería saberlo porque todavía era una muchacha casadera, pero por desgracia conocía las andanzas de su primo Francis. Su historial con las mujeres daba miedo. Al principio solo eran rumores que nadie quería creer, pero las pruebas eran cada vez más evidentes. Por mencionar una de sus tantas fechorías, era un hecho irrefutable que había dejado embarazada a una de sus sirvientas para luego despedirla sin compasión. La joven vagaba por las calles sin destino ni reputación. Ella misma le había hecho llegar algunos peniques y algunas orzas de pan, pero no podía inmiscuirse en ese asunto tan escabroso si no quería meterse en un buen lío.

Francis era una bestia, un animal asqueroso. Y no, no albergaba esperanzas en él, pero quería creer en que el hermano de su padre escondía algo de misericordia en su

putrefacto corazón. Al final de cuentas ella era su sobrina, sangre de su sangre. ¿Por qué tanta crueldad? Había aspectos del ser humano que se le escapaban. Leía y leía sobre crímenes y vilezas, pero seguía sin entender las razones de la humanidad para tanta depravación.

—Tengo una idea —caviló—. Organizaré una fiesta en honor a mi hermano y haré que coincida con la llegada de Jack y Francis. Invitaré a los vecinos y a los altos cargos que me quieren y velan por mis intereses. Lo mejor que puedo hacer es demostrar a esos dos bichos que yo no estoy sola, que no estamos solos. A ver si así consigo equilibrar la balanza a mi favor y negociar con igualdad de condiciones.

—Ya veo que no quieres darte por vencida.

—No está en mi naturaleza huir cuando hay problemas. No es lo que Héctor me enseñó y estoy segura de que mi padre tampoco desearía tal cosa. Debo actuar con inteligencia. No tengo fuerza, pero tengo intelecto y voy a usarlo.

—Eso es todo lo que tenemos las mujeres, querida. Intelecto contra la fuerza bruta de los hombres. Solo espero que tus planes y tus esperanzas lleguen a buen puerto.



Rosalie recogió su cabellera castaña en un moño recatado y se puso su mejor traje negro para recibir a los invitados. Los primeros en llegar fueron los Condes de Portman, sus vecinos más próximos y de mayor rango. Los recibió con la dulzura que la caracterizaba y ellos la correspondieron con sentidas palabras de pésame y de aliento. Nada más, tuvo la ligera sensación de que estaban distantes.

—¡Qué bellos están Olivia y Alfie! Se nota que los cuidas bien, Rosalie —alabó la Condesa, clavando sus ojos en los

huérfanos que iban tan bien vestidos como cualquier otro niño de la fiesta.

—Es el deber de todo ser humano dar lo mejor de sí mismo al prójimo —contestó ella con humildad y sabidas palabras de quien lee durante horas.

—Oh, querida, siento tanto lo sucedido —Llegó su mejor amiga y vecina Rose, la hija de un vizconde que tenía su residencia principal en la zona. Se habían criado juntas y estaban hechas la una para la otra, se amaban con locura.

—Rose, qué alegría que hayas venido —La abrazó.

—¿Cómo podría rechazar tu invitación? Mereces estar acompañada durante estos momentos —Le acarició la mano y no se separó de ella durante el resto del evento. ¡Rose era una amiga fiel!

Nadie le habló sobre su verdadera situación directamente pese a que todos sabían cuál era. No era ningún secreto que ella no era la dueña de sus propiedades y que su tío Jack iba a convertirse en el nuevo administrador. Notó la pena en los ojos de sus amigos y todos le ofrecieron asilo en su casa, aunque solo fuera por mero cumplimiento. Se había convertido en una mujer desdichada y las malas lenguas ya comentaban que la culpa era de ella. ¿Por qué no se había casado antes? ¿Por qué se encerró en casa a sabiendas de que su destino pendía de un hilo? ¿Cómo pudo Héctor permitir su soltería durante tanto tiempo?

Decidió ignorar esos comentarios que no la ayudaban en nada. Decidió ignorar la frialdad de los que había considerado sus amigos. Ya estaba demasiado nerviosa por la inminente llegada de su tío Jack como para encima preocuparse de las habladurías. Mirando por decimocuarta vez a través de la ventana, al fin divisó la carroza que había estado esperando desde la mañana. Cogió aire un par de veces y le pidió a Finley que la siguiera con dos copas de champán y una bandeja de canapés. Iba a recibirlos de la mejor manera posible, tragándose la irritación y la

humillación. Quizás, si ellos veían que iba con buenas intenciones, no serían tan rudos y se mostrarían menos agresivos.

*¿No era la bondad un agradable antídoto contra la maldad?*

—¡Tío Jack! ¡Primo Francis! —saludó con una corta sonrisa adecuada a su luto e hizo una seña al mayordomo para que los agasajara con la bebida y la comida—. Bienvenidos a casa.

La miraron confundidos pese a sus esfuerzos por disimularlo. Seguramente habían esperado encontrarse con una mujer desconsolada llorando en un rincón o formando alguna clase de numerito (tal y como había dicho Jack una semana antes). En su lugar, no habían visto jamás a una mujer tan entera y correcta en mitad de su propia desgracia. Y, por si eso fuera poco, lucía especialmente hermosa. No importaba que llevara su traje más oscuro o que su pelo estuviera recogido con estricta rigidez, sus rasgos marcados y su nariz recta eran los complementos perfectos a su belleza de labios definidos y ojos de gacela.

—Rosalie, tienes buen aspecto —comentó Jack, el nuevo Duque de Bedford; tan bajito como rechoncho, con un puro en los labios, como siempre. Lo llenaba todo con su asqueroso humo, apartando el aire puro que ella dejaba entrar cada mañana a través de las ventanas.

—Gracias, tío.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Francis algo nervioso, con las manos sudorosas y la calva brillando bajo las velas del vestíbulo.

—Han venido para honrar la memoria de mi hermano Héctor.

—¡Oh! Sí, por supuesto —se apresuró en decir su tío al ver que el Conde de Portman se acercaba para ser presentado.

—También he pensado que sería una buena ocasión para que conocierais a los vecinos.

—Podrías haberte esperado a que nos instaláramos —susurró Francis en su oreja, haciéndole llegar su aliento fétido y su voz amenazante.

Tragó saliva y se concentró en hacer las presentaciones pertinentes. El Conde se mostró muy amable con el Duque, quizás más de lo que hubiera deseado Rosalie. Pero la Condesa no dejó escapar la oportunidad de adularla y de pedirle a Jack que cuidara de ella porque era muy amada en el vecindario.

Menos mal que existía la solidaridad femenina, se consoló a sí misma.

La mayoría de los caballeros fueron tan obsequiosos con el nuevo Duque que a Rosalie le entraron ganas de vomitar. Tan sólo algunos pocos se dignaron a hablar de ella y de lo buena que era y de lo mucho que merecía tener una vida digna, así como encontrar a un buen esposo. Se conformó con aquellas pocas palabras de aliento y esperó a que hicieran mella en las conciencias de sus nuevos captores. ¡Qué penosa situación depender de un hombre tras otro!

—Rosalie, volveré pronto para visitarte —prometió Rose con la voz lo suficientemente alta como para que Jack y Francis la escucharan desde el salón. Le guiñó un ojo y la abrazó—. Sé fuerte —susurró en su oreja y partió junto al resto de los invitados. Rose era la única que no había cambiado su actitud con ella.

Se había quedado sola y un terrible pánico la invadió de golpe. Le ocurría con frecuencia desde que su hermano se marchó a la guerra, por lo que estaba acostumbrada a tener que buscar la calma en su propia respiración. Se apoyó en el mueble del pasillo y se miró en el espejo. ¿Por qué la vida la estaba castigando de ese modo? Sin padres, sin hermanos y sin nadie que pudiera hacer nada por ella más que ofrecerle unas pocas y miserables palabras de aliento. Se vio terriblemente fea, encontró que su cuello era demasiado largo y que su tez era demasiado pigmentada pese a sus esfuerzos por protegerse del sol.

—¡Rosalie!

La voz de su tío la sobresaltó, se separó del espejo y anduvo con paso firme hasta el origen de esa voz oxidada y estropeada por los excesos. —¿Me ha llamado, tío?

—Ven, acompáñanos.

Siguió a esos dos apestosos hasta el despacho que un día fue de Héctor y observó con la bilis en la garganta como Jack se sentaba sin ningún respeto en el escritorio que había pertenecido a su familia durante generaciones. Si pudiera sacar a esos buitres de su casa... ¡Qué felicidad! Pero no podía, la ley la obligaba a vivir bajo sus sombras masculinas. Y no le quedaba otro remedio que serpentear si quería mantener su lugar, o parte de él, en esa mansión. Era eso o huir.

—Tío...

—A partir de ahora no quiero que me llames tío —la cortó—. Deberás dirigirte a mí con apelativos iguales o parecidos a "*milord*". No sé qué clase de jugarreta femenina has montado ni qué te propones, pero no soy tan idiota como para dejarme embaucar por una jovencita —Escupió una bocanada de humo sobre su cara. —Puedes quedarte a vivir en esta casa, ya lo sabes. Pero solo vivirás como una señora si te casas con tu primo Francis. De lo contrario, te mandaré a fregar los platos o te buscaré otra propiedad menos lujosa. Si no estás de acuerdo, puedes irte. No te detendré.

Un balde de agua fría cayó sobre su cabeza. Todo lo que había hecho no había servido para nada. Tal y como había predicho su aya, esos hombres no tenían remedio. Habían nacido con el diablo y morirían con él.

—Debes tomar una decisión —añadió Jack—. Y quiero que la tomes ahora mismo. No quiero juegos ni alargar un asunto que no merece más tiempo. Eres una mujer, una mujer inútil y solo me causarás pérdidas y dolores de cabeza. Mi hijo ya roza la cuarentena y será el próximo Duque cuando yo muera. Te estoy dando la oportunidad de

recuperar tus posesiones, de ser la Duquesa de Bedford algún día. O lo tomas o lo dejas.

¿Pero quién era ese hombre para hablarle con esa altivez y desprecio? Había visto a su tío en contadas veces a lo largo de su vida y nunca fueron encuentros agradables. No sentía ningún afecto por él más allá de lo que la sangre requería y a esas alturas, ni siquiera los lazos familiares parecían importarle nada. ¡Lo odiaba! Lo odiaba profundamente. A él y a su asqueroso hijo que la miraba con ojos lujuriosos durante todo el día.

Debía tomar una decisión de inmediato. Y no era capaz de hacerlo. El pánico la invadió y fue incapaz de controlar el mareo que se apoderaba de ella a velocidades irrefrenables.

—¡Señora Allen! —avisó Jack al ama de llaves que apareció rápidamente, como si hubiera estado cerca durante todo ese tiempo—. Esta condenada cría se ha desmayado. Llévesela.

La empleada, conteniendo su pena y su indignación, ordenó a un par de lacayos que cargaran la señorita hasta su alcoba.



Galán Goldener miraba las agujas del reloj que pendía de la pared con inquietud. Se estaba retrasando en su viaje de vuelta a Inglaterra. Primero, por las obligaciones de su cargo y, segundo, por las inclemencias del tiempo que impedían un mayor avance de los buques desde China hasta el continente europeo.

Seguramente algún oficial ya se le habría adelantado en la obligación de comunicarle a lady Rosalie que su hermano había muerto. Le hubiera gustado hacerlo él mismo.



Necesitaba llegar hasta ella, hasta la hermana del coronel Ringwood, y cerciorarse de que estaba bien.

¿Por qué Héctor no le había hablado nunca sobre su hermana? ¿Por qué sus últimas palabras fueron dirigidas hacia ella? ¿Qué peligros acarrearía ser la hermana de un Duque? ¿Qué problemas tenía esa dama? Quizás sufriera de alguna deficiencia o minusvalía que le impidiera servirse por sí misma. O quizás fuera muy pequeña...

De lo contrario, seguramente, lady Rosalie era una señorita con toda clase de apoyos y comodidades y lo último que necesitaba era la presencia de un oficial que le recordara la muerte de su hermano.

Hizo repicar sus botas de cuero contra el suelo del camarote y miró a través del ojo de buey. El mar estaba agitado.

Fueran cuales fueran los motivos de Héctor para encomendarle esa misión, había hecho una promesa y debía cumplirla: cuidar y proteger a lady Rosalie.

Había sido entrenado durante años para cumplir con sus misiones y esa vez, por estúpida que pareciera la orden, no iba a desacatarla.

—¡Eh! Oficial Goldener, ¿no se quiere sumar a la fiesta? Hay mujeres dispuestas a cualquier cosa por unos cuantos peniques —interrumpió uno de los camaradas.

—Prefiero quedarme aquí esta noche, Tony.

—Déjalo, si viene nos quitará a las más guapas —bromeó otro.

—Está bien, usted se lo pierde "*Míster dorado*".

Míster dorado era otro de los apodosos que lo perseguían a causa de sus ojos de color oro. De hecho, junto al teniente Silvery, habían formado una especie de agrupación llamada "*los metálicos*" porque ambos tenían muchas cosas en común, en concreto las propiedades del metal. ¡Qué idioteces inventaban los cadetes! ¡Y mucho más estúpido era que los salones de baile continuaran con esas ideas

románticas! Las jovencitas, sobre todo, eran las principales instigadoras de esas leyendas.

Se tumbó en la cama, lastimosamente muy pequeña para él. Echaba de menos su casa, su lecho de tres metros de largo y su almohada de plumas. Un militar también tenía sus gustos y debilidades. Las piernas le sobresalían del colchón y debía ponerse de perfil para no caerse.

Lady Rosalie. Lady Rosalie Ringwood. Esa era su próxima parada. Su nueva misión.

## Capítulo 4

### *A invierno malhechor, primavera peor.*

*En las profundidades del invierno finalmente aprendí que  
en mi interior habitaba un verano invencible.*

**Albert Camus.**

Rosalie sentía que el invierno se había apoderado de su cuerpo. Era tal el frío y tan seco que le quemaba las mejillas. Suponía que ese era el duro choque con la realidad. Sus buenas intenciones con el tío Jack no habían servido para nada.

—No se levante, milady —pidió el ama de llaves en cuanto hizo el amago de incorporarse.

—No puedo quedarme aquí tumbada sin hacer nada.

—Lo que deberías hacer es huir —comentó la nana Theresa, sentada en el sillón que quedaba al lado de su cama—. No quiero ni imaginar lo que te habrán dicho esos animales para que te hayas desmayado —la consoló, acariciándole el pelo.

—Quieren que me case con Francis. Si no lo hago, nos espera un futuro horrible.

—No cometerás semejante estupidez.

—No, por supuesto que no, nana. No sé qué sería de mí al lado de ese chimpancé calvo. Esas alimañas no tienen corazón. No han cambiado ni un ápice su proceder después de haberme mostrado tan amable con ellos. Es imposible llegar a un acuerdo.

—No te escucharán. Para ellos solo eres un bulto más que venía con la herencia. Una mujer a la que utilizar a su conveniencia. Sé que es doloroso aceptarlo, pero es así. Ahora nada de lo que hay aquí es tuyo. Y cuanto antes lo

acceptes, mejor. ¿Sabes lo que haremos? —sonrió con la consabida gracia de las ancianas—. Yo volveré a mi pueblo, allí todavía tengo familia que me acogerá. Y tú buscarás un empleo digno para una señorita educada. Ya verás que todo saldrá bien, con paciencia.

Solo tenía ganas de llorar. Le hubiera gustado perderse en el mar de lágrimas que sus ojos estaban dispuestos a formar. Pero en lugar de eso, se calmó y se levantó desoyendo las palabras de la señora Allen.

—Avisé a los niños. Creo que es hora de que sea sincera con ellos, deberán volver a la vicaría con el reverendo Pedro. Después, mande al lacayo a preparar el carruaje que llevará a mi prima Amanda de vuelta a su hogar.

—Sí, milady.

La fiel sirvienta salió presurosa para cumplir con su mandato.

—Si me disculpas, me retiro a descansar. Estoy cansada y me espera un largo viaje. Estoy contenta de que, finalmente, hayas tomado esta decisión. Sabía que actuarías de forma inteligente.

—Gracias por estar a mi lado... Descansa, mañana hablaremos.

La acompañó hasta la puerta y se quedó mirándola hasta que la vio desaparecer al final del pasillo, donde estaba la recámara del aya. Le dolía mucho tener que separarse de Theresa. Ella era lo más cercano a la familia que le quedaba. ¡La echaría mucho de menos!

—Buenas noches —musitó alguien en su oreja, asustándola.

—Buenas noches, Francis —se apresuró en responder y en cerrar la puerta; pero su primo colocó el pie en la ranura y la empujó dentro de la alcoba, cerrando el pestillo tras de él.

Fue un movimiento rápido y el miedo la paralizó. Iba a gritar, pero él le tapó la boca con fuerza y la apretó contra la pared. No tenía escapatoria.

—¿Por qué te niegas a casarte conmigo? —demandó, furioso—. Te estoy dando la oportunidad de ser la próxima Duquesa de Bedford. ¿Tan aborrecible te parezco? Dejaré que esos asquerosos huérfanos vivan aquí y que sigas repartiendo caridad entre las ratas callejeras... Incluso puedo mediar con mi padre para que tu querida nana no se vaya —susurró con voz lujuriosa—. Solo tienes que mostrarte un poco más disponible, querida prima —Le arrancó los botones de la camisa con la mano que tenía libre y le rasgó el camisón, dejándola en corsé.

¡Qué horror! ¿Qué estaba pasando? Le estaba haciendo daño, la apretaba con tanta fuerza que estaba segura de que algún hueso se le iba a romper. Era un animal. Trató de resistirse, de forcejear sin éxito. Francis no era un hombre corpulento, sino más bien flojo y rechoncho, pero no podía con él. Ella era demasiado delgada como para ganar.

La obligó a besarlo. Le dio mucho asco, pero la forzó. Después, le lamió el cuello y le apretó los senos haciendo sonidos extraños con la boca. ¡Vomitivo! ¡Violento! ¡Asqueroso!

—¡Déjame, déjame en paz! —consiguió decir en un momento de despiste por parte de su captor, incluso aprovechó para darle una sonora y merecida cachetada con todo su ímpetu.

Consiguió hacerle daño porque Francis se llevó la mano sobre la mejilla enrojecida. La miró con ira y le devolvió el golpe sin miramientos.

La abofeteó dejándola tirada al suelo y la cara le empezó a arder.

¡La había pegado! Nadie la había pegado nunca y le pareció la peor sensación del mundo.

—¿Sabes una cosa, primita? No voy a dejar que te vayas. Voy a encerrarte en esta casa hasta que aprendas quien manda aquí. Quiero que te abras de piernas y supliques que me case contigo. Te aseguro que lo harás. Si no lo haces, empezaré por tu querida prima Amanda. ¿Crees que no me

he fijado en ella? Acaba de hacerse una mujer y está lista para que un hombre la monte. Si ella no te da pena, continuaré por el servicio. Hay doncellas y campesinas que estarán encantadas de que su señor las tome... Y si eso no te convence, no me quedará otro remedio que desflorar a esa huérfana de catorce años. Y no seré compasivo cuando lo haga. Es más, haré que estés presente para que veas de lo que soy capaz.

No podía creer lo que estaba escuchando. Se cubrió la cara con las manos, sin levantarse del suelo, y suplicó a Dios para que ese ser del diablo la dejara en paz.

—Milady, milady —se oyó al otro lado de la puerta junto a unos golpes nerviosos—. Milady, ¿por qué ha cerrado el pestillo? ¿Está bien?

Francis abrió la puerta a la señora Allen y se marchó como si no hubiera pasado nada. Ella solo consiguió ver como los zapatos sucios de la alimaña se alejaban.

—¡Lady Rosalie! —El ama de llaves se tiró encima de su cuerpo con el gesto compungido y los ojos verdes llorosos. —¿Qué le ha hecho ese hombre? Oh, mi querida señorita — se lamentó, tratando de levantarla del suelo.

Pero ella se resistió. No quería ponerse en pie porque estaba demasiado avergonzada, enfadada y congelada. Sentía un agujero infinito en el pecho por donde se le colaba la oscuridad del universo y la frialdad del mundo.

—Por favor, tiene que levantarse —insistió la señora Allen, cogiéndola por los hombros desnudos.

Cubriéndose el pecho, obedeció y levantó la mirada lentamente hasta cruzarse con la de su empleada. Fue entonces cuando empezó a llorar. Sus ojos de gacela amenazaron con inundar la casa y mientras lloraba y lloraba, su fiel y atenta señora Allen le quitó la ropa rota, la lavó, la peinó y le hizo masajes en los pies con el fin de apaciguar su inquietud. Pero ni siquiera el té de melisa consiguió rebajar su nivel de ansiedad. Había pecado de ser

buena, si es que ser bueno era un pecado. Y había caído en las redes de los monstruos como una estúpida.

—Rápido, prepare a los niños. Que nadie duerma esta noche, nos vamos —actuó con presteza, apartándose de los aceites de lavanda y vistiéndose a toda prisa.

—¡Milady! Es de noche, ¿a dónde va a ir?

—Iremos a la casa del párroco. Él nos ayudará —resolvió, cubriéndose con una capa oscura—. No sabes de lo que es capaz Francis, no sabes todo lo que me ha hecho y dicho. Debemos irnos de inmediato. Me han engañado, señora Allen. ¿Cómo he podido pensar que me dejarían ir sin más? ¡Quieren mi dote! ¡Quieren mis tierras! Y quieren lavar su nombre con el mío. No tienen suficiente con el ducado porque mi padre me legó bienes por un valor superior a aquello que está vinculado con el título. Me obligarán a casarme con Francis y lo harán cueste lo que cueste. ¿Cómo no he podido verlo antes? —caviló, astuta—. Querían hacerme creer que era yo la que dependía de ellos. Querían que yo fuera tan tonta como para pensar que me estaban haciendo un favor. El interés de mi tío Jack para estar aquí no es que su estúpido hijo se establezca, sino asegurarse de que yo no me vaya. ¿Lo entiendes? Él puede ser el administrador de mis bienes, pero no podrá usarlos hasta que me case.

La señora Allen no necesitó más explicaciones, asintió con un toque de cabeza y salió sin hacer ruido para avisar a los niños, a la prima Amanda, a la nana y al mayordomo. Nadie se quedaría en ese infierno. Y si hubiera podido llevarse el servicio completo, lo hubiera hecho. Pero era imposible.

Eran las tres de la noche y, supuestamente, los invasores estaban durmiendo. Salieron tratando de no ser descubiertos. En un mutismo tenso y con los ojos bien abiertos, llegaron a las caballerizas. Allí, uno de los mozos los ayudó a subir a los caballos.

Con Olivia sentada en su misma silla y la vieja nana apoyada al mayordomo con mucho cuidado, emprendieron el camino hacia la iglesia. Era el único lugar seguro al que Rosalie podía ir. Las casas de sus vecinos no le serían de gran ayuda, la mayoría de los caballeros harían lo que fuera para ganarse el favor del nuevo Duque.

Era débil. Una muchacha inexperta que todo lo que sabía era porque había leído más de lo que le era permitido a una jovencita decente. Era buena, una dama caritativa y dulce. Pero detrás de esa fragilidad y actitud melindrosa, se escondía una mujer dispuesta a luchar, inteligente y culta.

No tardaron en llegar a su destino. Fue ella la primera en desmontar y tocar la puerta del cura desesperadamente.

—¿Qué ocurre, hija? —Salió el señor Pedro con ropas de dormir y un candil en la mano.

—Reverendo, necesito que me ayude. Los nuevos señores de Bedford me están maltratando —Mostró su rostro todavía marcado por el golpe de Francis.

—Pase, querida Rosalie. Pase.

La joven se sintió aliviada al ser recibida. Entró en la humilde morada del eclesiástico junto a los demás. Pedro se apresuró en preparar té para todos y les dedicó palabras amables de consuelo durante más de una hora. Sin embargo, algo en el rostro de Pedro le decía a Rosalie que no era de fiar. Y no tardó en confirmar sus sospechas.

—Rosalie, ¿podemos hablar un momento? —pidió el párroco cuando el ama de llaves acostó a los niños y la nana se quedó dormida en el sillón.

—Por supuesto, reverendo —accedió, siguiéndolo hasta un despacho pequeño—. Siento haberme presentado a estas horas de la noche, pero no sabe de lo que es capaz Francis... Ojalá pueda encontrar trabajo aquí, junto a usted. O quizás pueda recomendarme y trabajar en...

—Lady Rosalie, debería darle una oportunidad —la cortó, señalando una silla pobre en madera y en molduras para que tomara asiento.



Tuvo que pestañear un par de veces antes de procesar las palabras de Pedro. —¿Disculpe?

—Él también es una criatura de Dios. Con la compañía correcta, una buena esposa que sepa guiarlo, estoy seguro de que puede cambiar. Francis es el hijo del Duque, ahora ellos son sus tutores y no ha obrado correctamente escapándose de su hogar. Menos mal que ha venido a mi casa, pero si hubiera huido a cualquier otro lugar, no quiero ni pensar qué hubiera sido de su reputación.

En esos momentos no sabía qué le dolía más, si el golpe en la cara o las palabras de ese hombre con el que había confiado durante tantos años de misas y confesiones. ¡Cuánto dinero le había dado a Pedro! ¡Y cuántos favores le había hecho!

Sin embargo, le estaba pidiendo que se tirara a las fauces de los leones en un acto suicida. ¿De verdad quería hacerle creer que lo mejor para ella era casarse con esa bestia? No era tan tanta como para eso.

—Entiendo —repuso, tragándose las lágrimas y negándose a tomar asiento. En lugar de eso, dio un corto paseo por la estancia y reparó en una pluma de oro que descansaba sobre un pequeño pedestal—. Veo que ha renovado la decoración, reverendo.

—Oh, no es nada. Solo un regalo de...

—Del nuevo Duque de Bedford, ¿me equivoco?

—Lady Rosalie —Se acercó el delgadito y paliducho ratón traicionero. —Es lo mejor para todos. Si se casa con el señorito Francis, estará ayudando al pueblo. ¿Por qué es tan rebelde? Le advertí muchas veces que leer tanto no era beneficioso para una mujer. Casarse forma parte de la vida religiosa. Estará usted cumpliendo con una ordenanza de Dios y tendrá la oportunidad de reconducir a un hombre descarriado.

Clavó sus ojos avellana sobre los de Pedro y supo que jamás podría perdonarlo.

—Los niños: Olivia y Alfie, ¿pueden quedarse en la vicaría? —cambió de tema.

Intentaba salvar a la niña por lo que pudiera acontecer. Después de las amenazas de Francis, debía sacarla de esa casa de locos lo antes posible. Le dolía en el alma tener que separarse de ellos y temía que pensarán lo peor de ella, pero prefería quedar como una egoísta antes de exponer a Olivia a una posible violación.

—Sí, milady. ¿Hay algún motivo?

—No los quiero en mi casa. No tienen educación y no hay manera de quitarles los piojos —mintió—. Fue un error llevármelos y a mi tío no le gustan.

—No se preocupe, volverán al orfanato; a cambio, yo avisaré a sus tutores para que vengán a buscarla. Espero concretar la fecha de su boda muy pronto...

—No será necesario que avise a nadie, Pedro. Conozco el camino de vuelta.

—¡Pero es muy arriesgado que una mujer de su posición viaje sola de noche!

—Tiene usted razón. Por eso no viajaré sola, la nana, el mayordomo y mi prima Amanda vendrán conmigo.

—Mucho me temo que debo prohibírselo. No permitiré que se vaya sin avisar antes al Duque de Bedford.

—¿Me está amenazando?

—Solo la estoy ayudando.

—¿Qué quiere? ¿Quiere una recompensa por hacer bien su trabajo como nuevo perro del Duque?

—¡Milady! ¿Cómo se atreve?

—¿Ya se ha olvidado de todo lo que mi hermano hizo por usted? ¿Por esta iglesia? Ahora veo que no es más que un aprovechado que se llena el buche mientras manipula a sus feligreses con la palabra de Dios. ¿Acaso creía que podía manipularme?

—Una mujer debe saber cuál es su lugar.

—Desde luego, una mujer nunca debe olvidar quién es y qué se merece. Buenas noches, reverendo Pedro.

Salió del despacho tiritando como una hoja en el viento. No tenía ni idea de donde había sacado el empuje para contestar de ese modo al reverendo, pero la injusticia de la situación empezaba a sacar lo peor de ella.

—Nos vamos —dijo en el salón, poniéndose la capa.

—¿Qué ha ocurrido, querida? —interrogó su aya, despertándose con un sobresalto.

—No somos bienvenidos aquí. Voy a despedirme de los niños y saldremos de inmediato.

—¡Se arrepentirá de esto, lady Rosalie! —gritó el cura detrás de ella—. ¡Ya verá cómo termina casada con su primo Francis! ¡Ya lo verá! Y entonces me pedirá perdón. Esto no es más que una rabieta femenina, ya se sabe que las mujeres son volubles, cambiantes. Solo le hace falta una mano dura que corrija su lamentable actitud. ¡Mire que escapar de casa! Ya me lo advirtió su tío Jack que esto podría pasar; por eso me pidió que, si algún día venía aquí, lo avisara. ¡Y eso pienso hacer! ¡Pienso contarle que ha estado aquí! ¡Lo hago por su bien, milady! ¡Cuando tenga hijos toda esta historia quedará en el pasado! ¡Necesita un bebé del que ocuparse!

Rosalie dejó las quejas de Pedro en un segundo plano y se aproximó a Olivia y Alfie, que estaban profundamente dormidos. ¡Qué horror tener que dejarlos atrás! Pero lo hacía por su bien. La niña no estaba protegida en casa.

—No me odiéis, por favor —suplicó en un susurro mientras acariciaba sus cabecitas doradas—. Prometo que volveré a buscaros. Aquí estaréis a salvo, estoy segura. Lo siento, lo siento en el alma... pero no tengo otra opción.

Depositó un beso sentido sobre sus frentes y con lágrimas en los ojos salió corriendo antes de que el párroco se adelantara y avisara a las alimañas.

—Amanda —Rosalie detuvo su caballo a medio camino de regreso, bajo la oscuridad de la noche. —Debes irte. No puedes volver a casa.

—¡Pero Prima! —se indignó—. ¿Cómo crees que voy a dejarte sola en esta situación? ¿Cómo vas a dejarme sola en mitad del bosque? Ven conmigo. Las dos tenemos un techo en casa de mis padres.

—Solo os pondría en problemas. Vete, por favor. Finley te ayudará.

—Pero ¿por qué tanta prisa para que me vaya?

—¿No lo ves? Estás en peligro si te quedas conmigo.

—No pienso irme. No soy una muñeca a la que usar y desechar.

—¡No te quiero en mi casa! —gritó desesperada—. ¡Francis tiene malas intenciones! ¡No me lo pongas más difícil! Finley, sube a la nana a mi caballo y acompaña a Amanda hasta su casa.

—¿Y mi trabajo? —preguntó el mayordomo.

—Podrás volver en cuanto termines lo que te he ordenado. Y si te niegas, no hace falta que vuelvas.

El joven mayordomo se apresuró en obedecer y montó a la anciana junto a lady Rosalie. No estaban acostumbrados a que ella diera órdenes. De hecho, era la primera vez que la oían gritar.

*"Me despedí de mi prima con un gran pesar. La quería como a una hermana, esa hermana que nunca había tenido. Tenía el corazón roto y el alma partida. Había dejado a mis niños en el orfanato y no me quedaba otro remedio que volver si no quería que las doncellas pagaran las consecuencias de mis actos. Nadie estaba dispuesto a ayudarme y los que querían hacerlo, no podían. Estaba sola y no podía irme sin más. ¿Qué debía hacer?"*

# Capítulo 5

## *Un rayo de esperanza*

*La esperanza es como el sol, que arroja todas las  
sombras detrás de nosotros.*  
**Samuel Smiles.**

Sentía la obligación moral de regresar. Sin un mediador que intercediera en esa desastrosa realidad, no sabía de lo que era capaz su primo Francis. Temía por la seguridad de la señora Allen y la de las demás trabajadoras.

—Lady Rosalie, no deberíamos volver —la aconsejó Theresa, cogida a su cintura mientras galopaban en dirección a la mansión.

Estaba amaneciendo y pronto notarían su ausencia.

—¿Y la señora Allen? ¿Las doncellas? ¿Y los campesinos? Francis me amenazó con hacerles daño si lo hacía enfadar. Sin la ayuda del párroco, no puedo hacer nada más por ellas que contener la ira de mi primo personalmente.

—¡Ellas pueden escapar! La señora Allen ya es una mujer adulta a la que dudo mucho que Francis le ponga una mano encima. En cambio, tú eres una jovencita en peligro, no tienes experiencia para afrontar al Monstruo. Hay que permanecer alejados de las personas malvadas. Su sola presencia podría perjudicarnos. Mientras más lejos estemos de los maltratadores, será más fácil protegernos de su ira.

Rosalie detuvo el trote de su caballo. —¿Y a dónde iremos? Me buscarán. Ya has oído al reverendo Pedro, ellos son mis tutores y me obligarán a volver. ¿No sería mejor regresar antes de que noten mi ausencia?

—Ese cura del diablo contará lo sucedido de todas formas y no quiero imaginar qué clase de castigos te infringirían.

Rosalie miró al horizonte, donde el tejado de su mansión despuntaba junto a los primeros rayos del sol. ¡Si pudiera volver un solo momento al pasado! Cuántas tardes gozaron ella y su hermano jugando en el jardín mientras su madre tejía plácidamente sentada en un banco de piedra. Cuántas noches se quedó sin dormir para leer los libros de la biblioteca. Qué lejos le parecían ahora esos días de felicidad cuando su familia estaba a su lado. ¡Héctor! Extrañaba sus consejos.

*La vida le estaba enseñando que las cosas no eran tan fáciles como las había soñado de niña.*

—No puedo ir a tu pueblo, nana. Será uno de los primeros sitios donde me busquen y no llevo nada más conmigo que la ropa y un puñado de joyas.

—Iremos al puerto. Allí podremos vender alguna joya y comprar un pasaje para huir a otro país. Yo te acompañaré, querida niña. No te dejaré sola. Yo también puse mis esperanzas en el reverendo Pedro y pensé que sería más fácil. Pero no nos podemos rendir.

—¡Una mujer no puede viajar sola!

—Lo harás conmigo, tranquila. Sé que estás asustada. Es normal, jamás has salido de tu hogar y ahora tienes que hacerlo del peor modo que existe. Pero yo te guiaré como si fuera tu propia madre. Viajaremos en un barco sencillo, en tercera o cuarta clase si es necesario. Allí no nos harán preguntas. Pero bajo ningún concepto debes volver a la mansión. Cambiaremos nuestros nombres, nuestros pasados y construiremos un nuevo futuro. Es mejor una vida pobre y decente, que una vida llena de lujos bajo el yugo de un hombre que te humilla y te anula como ser humano. Este consejo no te lo darán muchas mujeres, pero yo he tenido la gran suerte de ser una mujer avanzada a mis tiempos. Fui

yo la que te inculqué la costumbre de leer y la que ahora te guiará lejos de una vida infernal.

—Oh, nana —lamentó—. Eres lo único que me queda...

Dedicó una última mirada a la mansión y grabó en su retina el tejado azulón, los porticones de madera y los alerces que se levantaban imperiosos alrededor del patio central. Incluso divisó a su viejo perro Sito, haciendo guardia en la entrada. El pobre era tan viejo como la puerta de hierro que custodiaba.

—Adiós, Bedford House —se despidió—. Adiós, querido hogar... Dios protegerá estas tierras y a las gentes que viven en ellas.

—Veo que no has perdido la fe.

—No, querida Theresa. Un hipócrita que se hace llamar representante de Dios no puede alejarme de mi creador. La fe será lo último que pierda, te lo aseguro.



Para una señorita que jamás había abandonado su hogar el puerto de Felixstowe era abrumador. No solo por la cantidad ingente de transeúntes sino por la variedad de personas, objetos, colores y olores que mareaban al más feroz de los marineros.

Lady Rosalie quedó sorprendida con la facilidad de su aya para desenvolverse en ese medio agreste y caótico. Theresa no le había confesado nunca su verdadera edad por pura vanidad, pero seguramente sobrepasaba los sesenta. Con la ayuda de su bastón y de sus piernas arqueadas, se abría paso entre la multitud con el objetivo claro de encontrar una casa de empeños.

—Querida Rosalie, no hay nada imposible para un ser humano con la firme convicción de que merece una vida mejor —comentó con una gran sonrisa mientras señalaba una tiendecita corroída por el moho y el salitre de la que pendía un gran cartel que decía lo siguiente: "*Se compran*

*toda clase de objetos sin pedir explicaciones y sin dar garantías. Lo que entra no sale".*

Rosalie apretó su pequeñito entrecejo, pero no dijo nada. ¿Qué sabía ella de tiendas de empeños? Ni siquiera sabía con seguridad donde debía poner sus pies para no tropezar. Pero las sensaciones le que transmitía ese local no eran agradables. Cubriéndose el rostro con la capa, siguió a Theresa hasta el interior de la tienda. Allí, un hombrecillo más bajito que ella (y eso era mucho decir), con unas grandes lentes y un bigote que le cubría la mitad del rostro, las recibió con un chasquido de lengua. ¿Un chasquido? Bien, no podía negar que al menos era un saludo original.

—¡Queremos vender estos pendientes de oro con diamantes! —gritó la nana, sacándose la cofia negra y dejando su melena grisácea a la vista. ¿De dónde había salido esa mujer? ¿Dónde se había escondido su apacible y melindrosa nana?

El hombrecillo, en silencio, cogió los pendientes y los examinó a través de una lupa. Pero antes de dar su veredicto, lanzó un generoso escupitajo en una escupidera que había vivido cien guerras.

—Mil libras, ni una más.

—¡Estos pendientes valen el triple!

—Mire, señora, este es el precio que yo estoy dispuesto a pagar.

—¡Vamos, Rosalie! Buscaremos otra tienda.

Cuando dieron media vuelta dispuestas a no malvender sus joyas, un tuerto con pata de palo y más alto que un armario, se cruzó de brazos y se plantó delante de la puerta, la única salida que tenían. No lo habían visto al entrar, ¿de dónde había salido?

—¿No han leído el letrero? Lo que entra, no sale.

No les quedó otro remedio que aceptar las mil libras y salir dándole gracias a Dios de que el dichoso lema no incluyera a las personas. ¡Lo que entra, no sale!



—No te preocupes, Rosalie —le restó importancia Theresa, volviéndose a poner la cofia—. Con esto tendremos suficiente para dos billetes sencillos.

—¿A dónde iremos?

—A donde nos permita la economía. Ya no somos damas acomodadas, ahora hay que aprender a gestionar el dinero.

¿Y qué sabía Rosalie del dinero? Si lo único que sabía de él era que servía para comprar o para ayudar. ¿Gestionarlo? Eso quedaba muy lejos de sus conocimientos. Lamentablemente, su institutriz jamás le enseñó nada de economía.

Después de mucho preguntar y de comparar precios, llegaron a la conclusión de que lo único que entraba en su limitado presupuesto era embarcarse en un navío del siglo pasado que amenazaba con hundirse en cualquier instante. Tenía las velas rasgadas, la madera llena de roña y se balanceaba bajo la mínima brisa. Lo más curioso era que se hacía llamar "*el invencible*".

Su destino: Francia.

—A partir de ahora te llamarás Amélie —gritó en un susurro Theresa mientras hacían cola entre el populacho.

—¿Amélie?

—Es un nombre francés. Eres la hija de una doncella francesa que pasó a mejor (o a peor) vida y vas a enterrarla. Yo soy tu tía Camile, una humilde panadera casada con un inglés que te acompaña.

—¿Cuándo se te ha ocurrido todo esto?

No tuvieron tiempo para explicaciones, un señor con muy mal humor preguntó por sus billetes y miró sus cabezas para comprobar que no tenían piojos. ¡Ella! ¡Rosalie Ringwood con piojos! ¿De dónde sacaba esas ideas?

—Menos mal que nunca hemos sido ostentosas a la hora de vestir. Si no, no se hubieran tragado nuestra historia.

—Supongo que nuestros vestidos de luto nos han servido. ¡Pobre Héctor! Si supiera que lo hemos cambiado

por una difunta doncella francesa... Se retorcería en su tumba.



Rosalie, que había abandonado su precioso nombre por el de Amélie, no se separaba de su cubo. Los vómitos eran sus fieles compañeros de viaje desde que había puesto los pies en “*el invencible*”. El barquito se movía con una facilidad extraordinaria por cualquier evento, ya fuera por una marea un poco más fuerte de lo común o por una brisa en contra. Theresa y ella se pasaban los días rezando para que no las sorprendiera una tormenta, no querían ni imaginar qué sucedería en ese caso.

Compartían camarote con cuatro mujeres más, bastante decentes y poco problemáticas. Era un espacio reducido con seis literas y un orinal. Las cucarachas corrían disfrutando a sus anchas y los ratones solían visitarlas con simpáticas carreras a través de los tablones. Amélie se pasaba el día con los ojos cerrados. Prefería no ver. Porque si veía, sentía que se iba a morir en cualquier momento. Los ataques de pánico eran frecuentes y era incapaz de comer nada, adelgazándose por minutos. No tenía ningún espejo en el que mirarse, pero estaba segura de que estaba más cerca de parecer un esqueleto que una mujer. ¡Qué fea era!

A ratos lloraba, lloraba por Bedford House y por todo lo que había dejado atrás: los huérfanos, la prima Amanda, la señora Allen, las doncellas, los campesinos, los aldeanos y el viejo perro Sito. Lloraba por Héctor. Y al fin, lloraba y lloraba mientras sus lágrimas se unían con el mar a través de un riachuelo improvisado.

—Mi niña, no llores más —le pedía Theresa desde la litera de abajo—. Cuando vuelvan nuestras compañeras de viaje se incomodarán. ¿Quieres que te cuente una historia?

—¿Qué historia? —Se limpió la nariz y paró la oreja.

—La de una mujer que soñaba con una vida diferente.

—Cuéntamela, Theresa. Será mejor que seguir mirando a esas dos cucarachas que se discuten por el reinado del orinal.

—Cierra los ojos y escucha.

Obedeció.

—Era la hija de un filósofo y de una escritora. Sus padres quisieron darle una educación elevada, sin importar su sexo. Pero los ingresos eran insuficientes y vivían en la escasez. La niña soñaba con ser científica. No obstante, un día sus padres se pusieron muy enfermos y murieron repentinamente por lo que tuvo que ir a vivir a casa de sus tíos. En casa de sus tíos las cosas eran muy diferentes. Ya tenían tres hijos, dos varones y una niña. Y lejos de la equilibrada y avanzada educación que sus padres se habían esforzado en darle, sus tíos le dijeron que todo lo que había aprendido hasta ese momento estaba mal. Y que debía aprender a ser una buena mujer para ser una buena esposa y madre. La joven creció, pero no olvidó las enseñanzas que sus verdaderos padres le habían impartido. Por eso, cuando tuvo la oportunidad, se escapó y luchó por sus sueños. No llegó a ser científica, pero pudo vivir libremente y de forma independiente. Nunca dependió de ningún hombre y las cosas no le fueron tan mal. Vivir sin un matrimonio no es el fin, sino que puede suponer el principio de algo magnífico.

—Me alegro por esa mujer. Ojalá yo pueda hacer lo mismo, aunque nunca soñé con ser libre. No me hubiera importado casarme. De hecho, daba por seguro que algún día lo haría. Ahora, el rumbo ha cambiado...

—Y debes adaptarte a él, pase lo que pase.

Al llegar al puerto francés, Theresa estaba muy débil. El viaje la había afectado mucho y padecía de unas fiebres horribles. Ella no se sentía mucho mejor. Pero al menos se sostenía de pie y consiguió poner los pies en tierra firme.

—Vamos, nana. Un esfuerzo más. Buscaremos un hospicio y un médico...

Rosalie la cargaba como podía en medio del gentío, desesperada miraba de encontrar un vehículo. Intentó preguntar en francés a un par de caballeros, pero la ignoraban por su aspecto pobre y malnutrido. Solo veía a mujeres ligeras de ropa, borrachos y mendigos. ¡Qué horrible! ¡Había conseguido escapar de las garras de Francis! Era un gran triunfo. Pero aquello parecía una bacanal pagana y el olor a pescado podrido no ayudaba a mantener el temple. Se sentía débil, delgada, sola y despreciada. Theresa ya no abría los ojos y cada vez su pulso era más débil. ¿Qué haría si se moría ahí mismo? ¡Oh, Dios! ¡Su querida aya!

Se arrodilló sobre el suelo con la nana cogida de un extremo. No podía más, estaba exhausta. Le faltaba el aire, ningún cochero paraba y la gente la empujaba. Le daba la sensación de que la aplastarían si fuera necesario. ¿Así era cómo vivían los pobres? ¿Atropellados por los ricos?

—¡Eh! ¿Necesitáis ayuda? —oyó una voz femenina.

Alzó la cabeza lentamente y vio a una mujer alta, corpulenta, voluptuosa y muy hermosa. Tenía el pelo rubio y los ojos celestes.

—Mi tía está muy enferma y no consigo encontrar un vehículo. Acabamos de llegar de Inglaterra, allí no me daban trabajo.

—Yo me llamo Alice —Cogió a la nana, liberándola de su peso, y la cargó con suma facilidad sobre sus hombros. — Podéis venir conmigo, si queréis.

Rosalie la miró por segunda vez, ya de pie. No entendía mucho sobre las personas ni sobre el mundo. Quizás era demasiado ingenua o quizás era demasiado tonta. Pero estaba segura de que esa tal Alice era una buena persona.

—Muchas gracias por ayudarnos. Lo cierto es que sería un gran alivio para mí que pudieras auxiliarnos.

—¡Uy! ¡Cuánta palabrería! Hablas muy fino por tener un aspecto tan desmejorado. ¿Quién eres? —preguntó con una

sonrisa, parando a un cochero con un simple movimiento de mano.

—Me llamo... Amélie. Soy la hija de una doncella y tuve la oportunidad de aprender a leer y a escribir. Nada más.

—¿Vienes por trabajo?

No lo había pensado. No había pensado en nada. Observó como la rubia sentaba a Theresa en el vehículo. ¡Con qué facilidad lo hacía todo esa mujer! ¡Era muy fuerte! ¡Y muy resuelta!

—Sí, busco trabajo —dijo al fin.

—Entonces a partir de ahora puedes llamarme *madame*. Necesito a una muchacha que sepa leer y escribir. Yo no sé mucho de eso, pero sé coser. Entre las dos levantaremos un imperio.

*"Me enamoré de Alice nada más conocerla. Me enamoré de su brío, del aire fresco que desprendía. Apareció en el momento oportuno y me ayudó sin preguntar. No le interesaba mi vida, ni mi pasado. Solo quería triunfar. Y su ambición era contagiosa, por eso decidí seguirla y convertirme en su ayudante personal. A través de los años y hasta el final de nuestras vidas, seguí llamándola madame sin importarme el dinero ni la posición social, solo lo que ella era en mi vida: un rayo de esperanza."*

∞ ∞ ∞

## Capítulo 6

### *Cuando llegues al final de la cuerda, haz un nudo y aguanta*

*He amado hasta llegar a la locura; y eso a lo que llaman locura, para mí, es la única forma sensata de amar.*

**François Sagan.**

Galán Goldener, vestido con su uniforme de militar, llegó a Bedford. Llegaba con algunos meses de retraso, pero el viaje desde China no había sido precisamente corto. A duras penas había tenido tiempo para darse un baño rápido, cambiarse de ropa y peinar su media melena rubia en una coleta baja.

Dio un salto desde su semental de pura raza negro y hundió sus botas alemanas en el patio principal. Estaban haciendo obras, había algunos árboles arrancados pudriéndose en un rincón y varias losas de mármol amontonadas sobre el porche.

Tocó dos veces en la grandiosa y elegante puerta de roble, cuadrándose. Lo recibió un joven con el gesto afligido que, a juzgar por sus ropajes, se trataba del mayordomo. Era enclenque, patoso y nervioso.

—Soy el oficial Goldener y quiero ver a lady Rosalie Ringwood. Por favor, avise de mi llegada.

—¿Lady Rosalie? —preguntó el empleado, cubriendo el rostro con una bruma grisácea—. No está aquí, oficial.

—¿No está? —inquirió, algo molesto—. ¿Y dónde está?

—No lo sabemos, oficial. Nadie lo...

—¡Finley! ¿Quién es?

Apareció en escena un hombre bajito, calvo y rechoncho.

—Soy Francis Ringwood —se presentó, sin dejarlo hablar—. ¿En qué puedo ayudarle, oficial?

—Estoy buscando a lady Rosalie —repitió, clavando sus ojos dorados en los marrones e insulsos de ese hombrecillo.

—Será mejor que pase.

La puerta se abrió de par en par y se adentró en la mansión oscura, silenciosa y sin vida. Haciendo temblar los tablones bajo sus pasos decididos y pesados llegó a un salón frío y solitario. Unos minutos después, Francis y un hombre de mayor edad se presentaron ante él. Tenían una actitud excesivamente obsequiosa, petulante y se daban aires de importancia.

—Soy el Duque de Bedford, pero puede llamarme lord Jack o lord Ringwood —ofreció el viejo, dejando el puro sobre un cenicero y sonriendo forzosamente. La casa olía a humo—. Por favor, siéntese —invitó, señalando un sillón verde—. ¿Una copa?

—Lord Ringwood, agradezco su amabilidad, pero no he venido hasta aquí para sentarme y tomar una copa —contestó, serio y colocando sus manos detrás de la espalda, movimiento que provocó que su pecho se viera más ancho de lo que ya era—. He recorrido un largo camino para ver a lady Rosalie Ringwood.

—¿Y para qué quiere verla? —inquirió el Duque, visiblemente turbado pese a sus intentos de disimularlo.

—Las explicaciones pertinentes se las daré cuando ella esté presente.

—Oficial, oficial... —interrumpió Francis, sonriendo como una hiena—. Supongo que viene de la guerra y está acostumbrado a usar pocas palabras. Pero no debería hablar de ese modo al Duque de Bedford. Quizás se le hayan olvidado los modales...

—¡Francis! —lo regañó Jack—. Muestra un poco más de respeto por este hombre que se juega la vida por nuestro país. Disculpe a mi hijo, todavía tiene mucho que aprender... Desconozco los motivos por los que ha venido hasta aquí,

oficial Goldener, pero siento decirle que su viaje ha sido en balde —dijo, sirviéndose una copa de coñac para darle un sorbo lento y premeditado—. Mi sobrina Rosalie desapareció hace un par de meses.

Galán se pasó la mano por la barba de cuatro días y miró a su alrededor con poca paciencia.

—¿Cómo que ha desaparecido? ¿A qué se refiere?

—Me refiero a que un día desapareció... sin más. No sabemos nada de ella. No está aquí. No podemos ayudarle, lo siento.

—¿Han avisado a las autoridades?

—Sí, lo hicimos. Pero no encontraron nada. Ahora, si nos disculpa...

No tenían tiempo para él o no querían tenerlo. Salió de la propiedad irritado, ¿cómo podía desaparecer una dama de la noche a la mañana? Sediento y malhumorado se acercó a la primera taberna del pueblo.

—Una copa de brandy.

—Ahora mismo oficial —El tintineo del licor repicando contra el vaso de cristal fue el único sonido en el local por unos instantes. La presencia de la casaca roja había llamado la atención de los pueblerinos. —¿Puedo preguntarle qué le trae por aquí? —preguntó el tabernero algo temeroso. Era un hombre de pelo negro, bien afeitado y con una camisa blanca impoluta.

—He venido para ver a lady Rosalie Ringwood —explicó sin rodeos. Galán no era un hombre frío ni reservado; al contrario, se caracterizaba por su fogosidad y su carácter relucientemente agradable más allá de las exigencias de su oficio.

Un ligero eco de frustración corrió entre los presentes que cambiaron su semblante, algo parecido a lo que le había sucedido al mayordomo de Bedford.

—Y supongo que no la ha encontrado... ¡Pobre niña! Se veía a venir. ¡La Miel de Bedford derramada!

—¿A qué se refiere?



—A nada, oficial. A nada... —disimuló el camarero, concentrándose en una mota de polvo inexistente sobre la barra.

—¿Sabe algo sobre su desaparición? —Frunció el ceño. — Si es así, le agradecería que me lo contara. Yo luché al lado de Héctor, el hermano de Rosalie. Puede confiar en mí, le doy mi palabra.

—Así que luchó al lado del anterior Duque, ¿eh? Un gran hombre. Lord Ringwood era un señor generoso que jamás quiso nada de su hermana, ¿me entiende? Él tenía suficiente con los bienes vinculados con el título. Pero...

—A ver, buen hombre. Siéntese a mi lado y cuéntemelo todo desde el principio. No estoy entendiendo nada.

Poco a poco se fue haciendo un corrillo de hombres a su alrededor deseosos de contar lo poco o mucho que sabían sobre el escabroso asunto. Después de una larga charla, descubrió que lady Rosalie era una mujer de veintipocos años, caritativa y heredera de todo cuanto había visto en Bedford. Apodada la Miel del lugar, se dedicaba a rescatar casos perdidos de la calle y a donar sus riquezas sin hacer distinciones entre los más necesitados. Sin embargo, ella no podía hacer uso y disfrute de sus propiedades sin que un hombre las administrara. Asunto que no le había preocupado lo más mínimo mientras su hermano vivía. Pero que después de su muerte, supuso el fin de sus días tal y como los había conocido. Según los rumores, el actual Duque obligó a lady Rosalie a contraer nupcias con el loco de su hijo, Francis (un hombre con un pasado horrible). Pero antes de que eso sucediera, la joven desapareció. Y nadie supo nada más de ella. Las autoridades, según el carnicero, estaban compradas por Jack y no habían hecho otra cosa que dar el caso por cerrado a las pocas semanas de la desaparición.

Lady Rosalie Ringwood tenía una dote inmensa a sus espaldas que solo el hombre que se casara con ella podría obtener. El inconveniente de eso era que su tutor y, por

ende, el que dirigía su vida y decidía con quien se casaba o no, era el mismo Duque de Bedford. Los pueblerinos estaban convencidos de que lady Rosalie había sido coaccionada y a saber qué horrores más habría sufrido o estaría sufriendo...

Galán comprendió la preocupación que demostró su amigo Héctor pocos minutos antes de morir. La joven estaba en peligro bajo las garras de esas alimañas. Jack era un hombre taciturno con negocios poco claros y su hijo Francis tenía una obsesión malsana con las mujeres.

—¿Tenéis habitaciones libres?

—Sí, oficial. Arriba hay cuatro.

—Quiero una, voy a quedarme un par de días.

—¿Va a investigar sobre el caso?

—Solo voy a conocer los alrededores —mintió pésimamente. Lanzó un par de monedas en el aire al tabernero (de nombre Tom) y se despidió de sus compañeros improvisados.

Lo primero que hizo fue preguntar a los vecinos de la zona que hubieran mantenido una relación directa con lady Rosalie. La mayoría coincidieron en que la joven era muy bondadosa, pero demasiado rebelde. La culpaban a ella por no haber sido una mujer accesible al mercado matrimonial y haberse encerrado en casa en lugar de buscar a un hombre que administrara sus bienes. Incluso algunos la despreciaban por no haber contraído nupcias con Francis. La consideraban una ingrata y una mujer "demasiado sabia". En cambio, nadie hizo un comentario negativo sobre el Duque ni sobre su hijo.

Galán consideró que la versión de los hechos cambiaba mucho entre la gente del pueblo y la gente de clase alta. ¿Quiénes mentían y quiénes decían la verdad?

Harto de las mismas explicaciones en cada mansión, se disponía a salir de la propiedad de los vizcondes con el ceño fruncido. Pero una voz femenina, susurrante y casi asustadiza lo detuvo.

—Oficial —susurró una joven de pelo rubio, haciéndole un gesto para que se acercara a la protección que ofrecía un árbol en medio del jardín—. Oficial, soy Rose —se presentó—. Una vieja amiga y vecina de lady Rosalie. Por favor, no le diga a nadie que ha hablado conmigo. Mi padre me mataría —dijo con miedo, mirando a un lado y a otro ansiosamente.

—No diré nada, se lo prometo. Pero, milady... ¿Qué ocurre?

—Es sobre lady Rosalie. Nadie le está contando la verdad. Se corre el rumor de que usted está haciendo demasiadas preguntas y nadie quiere responderlas. Todos le tienen miedo al Duque —gritó en un susurro—. Pero yo no puedo quedarme callada.

—¿Sabe dónde está Rosalie?

—No, no lo sé. Pero sé que huyó de su tío y de su primo. Pude hablar con el ama de llaves de Bedford House, la señora Allen. Y la pobre, muy disgustada, me contó que había encontrado a Rosalie tirada en el suelo con las ropas rasgadas y un moratón en la cara. La vida en esa mansión era un infierno. Lo último que sabe la señora Allen de su querida señorita es que ésta se marchó con la nana, su prima, los huérfanos y el mayordomo en busca de ayuda —explicaba Rose acelerada, queriendo terminar lo antes posible—. Fueron a la casa del párroco del pueblo, el reverendo Pedro. Pero nunca más se volvió a saber nada de ellos. Tan solo el mayordomo, Finley, volvió. Pero la señora Allen dice que el muchacho no habla. Creemos que puede estar amenazado de muerte o quien sabe si algo peor. Ese pobre desgraciado se pasa el día vagando por la casa como un alma en pena.

—Muchas gracias, milady. Sus palabras me han servido de gran ayuda. Prometo no decir nada sobre nuestra conversación, quédese tranquila —Hizo el amago de irse en busca del párroco, pero Rose lo detuvo una vez más.

—Llévese esto. Lo ayudará a encontrarla. Solo quiero que mi amiga esté bien —sonrió y le extendió un retrato del

tamaño de una mano. Galán lo cogió sin mirarlo y se marchó rápidamente, no quería exponer a Rose más de lo necesario.

Montó a su semental y tardó muy poco en llegar a la vicaría. Lo que le había contado la hija del vizconde era peor de lo que se imaginaba. Estaba furioso porque esa misión que, a priori, le había parecido tan ridícula, se le estaba yendo de las manos. Le había prometido a Héctor que cuidaría de su hermana y, sin embargo, estaba desaparecida. Y no solo eso, sino que había sufrido malos tratos y quizás una posible violación. ¡Malditos canallas! Ojalá hubiera llegado antes.

Tocó con rabia la puerta del reverendo Pedro. Era incapaz de controlar su temperamento y su fogosidad amenazaba con quemar Bedford.

—¿Qué ocurre? ¿Qué son tantas prisas? ¿Por qué toca de este modo...?

Galán no le dio la oportunidad de continuar con sus quejas, cogió al párroco por el cuello y lo empujó al interior de la casa, cerrando tras de él. Lo quemó a través de sus ojos dorados que parecían hechos de fuego y lo estampó contra la pared.

—Quiero una explicación y la quiero ahora mismo. Una que me convenza —exigió.

—No sé de qué me habla —tiritó el delgaducho religioso—. Soy un hombre de Dios.

—Mi experiencia me ha enseñado que una prostituta está más cerca de Dios que muchos clérigos. Así que no intente manipularme con su palabrería porque no me importan su toga ni su crucifijo. Dígame, ¿qué pasó la noche en la que lady Rosalie vino a pedirle ayuda?

—¿Cómo...?

—Como lo sé no es asunto suyo, responda —Lo apretó.

—Yo... No puedo decirle nada...

—¿Está seguro? —Lo asfixió durante unos segundos y luego aflojó. —No me tienta, no sabe de lo que soy capaz —

amenazó.

—Está bien, está bien —Cogió aire, prácticamente ahogado. —Lady Rosalie se presentó una noche aquí. Con su nana, su prima, los huérfanos que había apadrinado y su mayordomo. Quería que yo mediara entre ella y el Duque, que le buscara un trabajo en la vicaría...

—Y supongo que no hizo nada de eso.

—¡En qué cabeza cabe! Su obligación era la de casarse con Francis. Debió aceptar su papel de mujer y no actuar como una cualquiera.

—No le consiento que hable así de ella. Así que no lo repita —Le dio un puñetazo sin consideración alguna. — ¡Hable! No me obligue a darle otro. ¿Qué pasó?

—Intenté avisar al Duque —respondió Pedro con una mueca de dolor por el golpe recibido. Ese oficial era una bestia, un animal. Más parecido a un oso que a un humano —. Pero cuando llegué a la mansión, lady Rosalie ya se había ido.

—¿A dónde?

—Según pude escuchar la última pista que hallaron sobre ella está en una casa de empeños que hay en el puerto. Allí encontraron unos pendientes suyos.

El oficial dejó caer al párroco en el suelo y salió de la vicaría. No descansaría hasta encontrarla. Antes de montar e ir al puerto, miró el retrato que Rose le había dado. En él, vio a una muchacha muy hermosa de ojos de gacela, pelo castaño y labios bien definidos. Por su expresión, parecía una mujer inteligente, pero a su vez, muy inocente y dulce. Con su rostro grabado en la mente puso rumbo hacia su destino: ella.

Costara lo que costara, la encontraría. Y cuando lo hiciera, la ayudaría a recuperar sus bienes. Algo, a parte de la promesa que le hizo a Héctor, se clavó en su corazón. En esos momentos no entendió de qué se trataba, pero con el tiempo descubriría que lady Rosalie Ringwood era su obsesión, su perdición.



El taller de costura de Alice, el número 31 de la *Rue Liancourt*, era un lugar acogedor en el que Amélie trataba de no desfallecer. Entre retales y rodeada de paredes de color pistacho, jamás había trabajado tan duro, pero tenía suerte de que su *madame* fuera comprensiva y no la forzara más de la cuenta. Extendió sus conocimientos de costura para aplicarlos a la moda. Todo lo que sabía de coser era bordar y puntear, poco más. Y, sin embargo, ya tenía los dedos rojos y las manos llenas de yagas de tanto enhebrar la aguja.

Y por si los estragos del trabajo fueran pocos, la salud de su aya no mejoraba. Desde que habían bajado de ese barco del diablo plagado de bichos y liendres, Theresa no había vuelto a ser la misma y se pasaba los días entre fiebres, tos y una agonía sin fin que ningún médico (de los que podían permitirse) hallaba la cura.

—¡Ay! —gritó, sacando la aguja de su dedo por enésima vez en esa semana.

—¡Amélie! ¿Te has vuelto a pinchar?

—Lo siento, *madame*. Lo siento de veras —Corrió a tapar la hemorragia para no ensuciar la ropa que tenía entre manos.

—¿Sabes qué? —Se acercó Alice con una sonrisa tan bella como lo era ella. —Creo que estás muy preocupada por tu tía. La hemos dejado sola en el apartamento y tienes la cabeza puesta en otras cosas.

—No, *madame*. Le juro que no, por favor. Perdóneme.

—Amélie —La detuvo, cogiendo sus diminutas manos entre las suyas. —Deja de pedirme perdón. Te contraté para llevar la administración y no para que cosieras sin descanso.

—Pero, *madame*, es mi obligación. Usted no tiene a más trabajadoras y esto está lleno de retales y encargos.

—Eres tan buena, Amélie... Que algún día te llevarás un buen susto. Anda, ve con tu tía Camile. Por hoy ya has hecho suficiente.

—No es necesario, *madame*.

—Insisto —La obligó a levantarse del sillín, acto que agradecieron sus adoloridos muslos y la empujó hasta la puerta—. Ve, Amélie. Si quieres, prepara la cena. Ahora vendré.

Amélie sonrió y obedeció. Lo último que quería era hacer enfadar a Alice. Deshizo la calle del taller y al romper la esquina se sumergió en un portal oscuro con las paredes desconchadas. El apartamento de la *madame* no era ningún lujo, pero era decente. El vecindario estaba compuesto por familias de bajos recursos y alguna que otra viuda. Con eso y con un alquiler asequible, se conformaban. Subió hasta el cuarto piso e hizo rodar la llave en la puertecita azul.

—¡Nana! Ya estoy aquí —anunció, cerrando la puerta y dejando su sombrero en el perchero de la entrada—. La *madame* me ha dejado salir antes, pero tengo que preparar la cena. Solo espero no quemar los huevos otra vez. No sé cómo todavía no me ha sacado a patadas de aquí... con lo torpe que soy y... ¿Nana?

Al no obtener respuesta, se acercó al dormitorio que ella y Theresa compartían.

—¿Nana? ¿Estás dormida? —insistió, zarandeándola de la cama con cariño.

Repitió el procedimiento un par de veces hasta que un relámpago le cruzó el alma, diciéndole la verdad: que la nana Theresa había muerto.

El miedo ante la muerte la paralizó. No estaba preparada para esa imagen ni para perder a la única familia que le quedaba. No compartía sangre con su nana, pero para ella lo había sido todo durante gran parte de su vida. Fue incapaz de moverse del lugar en el que el rayo la había golpeado y pasó horas en esa misma posición, con la mirada clavada en la anciana sin vida. Recordó todos y cada

uno de los momentos que había vivido con ella y los repitió en su mente una y otra vez con la firme intención de no olvidarlos jamás. No olvidaría sus consejos ni su valentía femenina.

—Amélie —Entró Alice con un candil. —¿Qué haces aquí parada? Acabo de llegar del taller y... Oh —calló al ver la situación—. Ven aquí, vamos. Ven aquí —La obligó a moverse y la abrazó fuera de la habitación. Fue entonces cuando arrancó a llorar, presa del pánico—. Tranquila, todo estará bien.

—Era lo único que me quedaba —sollozó, abrazada a esa mujer fuerte que la sostenía con determinación—. No tengo a nadie más en este mundo, estoy sola. ¿Cómo voy a vivir sin ella? No hay nadie que se preocupe por mí. Si me muero, ¿a quién le importará? ¿Puede vivir un ser humano sin familia y sin amigos? ¡Oh, Dios! ¿Por qué? ¿Por qué tan pronto?

—Amélie, mírame —La cogió por el mentón suavemente. —Mírame, Amélie —repitió.

La joven dama la miró con los ojos inundados.

—Tienes que hacerte fuerte, ¿me oyes? No estás sola. Primero, te tienes a ti misma, que eso ya es muy importante. Mientras tú tengas un solo aliento de vida con el que luchar no puedes rendirte. Y segundo, me tienes a mí.

—Apenas me conoce, *madame*.

—Te conozco lo suficiente como para saber que jamás te dejaré mientras tenga la oportunidad de darte un techo y un lugar en el que trabajar. Y no solo eso, si tú quieres podemos ser amigas. Yo te ayudaré. Enterraremos a tu tía dignamente, pasaremos el duelo juntas y seguiremos con el trabajo, no tendremos tiempo de pensar. ¿De acuerdo? Tienes que hacerte fuerte, no sé dónde has crecido ni quien te ha consentido, pero necesitas fortalecer tu espíritu si quieres sobrevivir.



*"A partir de ese día, decidí hacer caso de los consejos de Alice y fortalecerme. Enterré a Theresa con mucho dolor, pero traté de olvidarlo entre patronos y costuras. Perfeccioné mis técnicas de trabajo y me esforcé para convertirme en la mejor ayudante que la madame pudiera tener. A parte del trabajo, encontré una sincera amistad en la que apoyarme y pronto empecé a acostumbrarme a mi nueva vida. De hecho, me gustaba tanto mi nueva libertad, que decidí que jamás regresaría a Inglaterra y que, tal y como había dicho la nana, viviría con menos lujos, pero decentemente."*

∞ ∞ ∞

# Capítulo 7

## *A batallas de amor, campo de plumas*

*Nadie se desembaraza de un hábito o de un vicio tirándolo de una vez por la ventana; hay que sacarlo por la escalera, peldaño a peldaño.*

**Mark Twain.**

*París, Francia, invierno de 1846. Fiesta en honor a lady Renoir.*

Con el corazón en la boca y el pie a punto de decir "*basta*", Rosalie se coló en la mansión parisina junto a Alice, lo hicieron a escondidas y sin invitación. La fiesta estaba en pleno apogeo y los lacayos repartían champán y canapés entre los invitados. Miles de recuerdos (enterrados a conciencia) salieron a flote y recordó que, muchos años atrás, ella había sido uno de ellos. Un miembro de la alta sociedad, una dama de alta alcurnia.

Por fortuna, no conocía a ninguno de los presentes y trató de relajarse en la medida de lo posible mientras dejaba caer el pelo por encima de su rostro. Solo deseaba que su *madame* cobrara pronto el dinero que le debían y marcharse de allí. Apartadas en un rincón de la sala mientras la música sonaba y las damas desplegaban sus mejores encantos frente a los caballeros, vieron como lord Hugo Silvery, el hombre que tenía que pagarles, hacía acto de presencia. Rosalie notó como Alice se tensaba al verlo, pero no tuvo tiempo de pensar en ella sino en el acompañante del anfitrión: lord Galán Goldener. El gigante había entrado al lado de lord Silvery y ambos caballeros acaparaban toda la atención.

—Los metálicos —oyó que decía una muchacha a sus espaldas—. ¡Son ellos! ¡Y los dos están solteros! Dicen que míster plateado está buscando esposa en nuestras tierras... y que, al parecer, está mostrando mucho interés por lady Renoir. Pero no hay nada decidido. ¿Y míster dorado? Él está completamente disponible, que yo sepa. ¡Son tan guapos!

—*Madame*, necesito sentarme. Me duele mucho el tobillo y temo caerme de bruces aquí mismo, no quisiera formar semejante escándalo —se apresuró en decir Rosalie, aterrada. Era cierto que le dolía mucho el pie y que necesitaba sentarse, pero era mucho más necesario huir de allí antes de que el amigo de Héctor la reconociera entre la multitud y la pusiera en evidencia.

—Por favor, Amélie, ve y siéntate. Pero ten cuidado. No te alejes demasiado.

—No, iré aquí mismo —Señaló una terraza en la que varias damas estaban paseando.

Tratando de disimular su cojera y de llamar poco la atención se apresuró en abandonar el salón y salir a la terraza. Se sentó en un banco de mármol bajo la sombra de un balcón que quedaba justo por encima y se miró el pie. Lo tenía hinchado y le dolía más que nunca. Claro, había tenido que mantener la compostura desde que había salido de casa. Y los botines de fiesta no eran tan cómodos como los zapatos que usaba diariamente para trabajar. Suspiró algo más tranquila en la intimidad de su refugio improvisado y se empapó del aire fresco de la noche.

Era la primera vez en años que asistía a una reunión de ese tipo. Había escogido un vestido de color melocotón con tonos dorados y blondas blancas en el cuello. Por supuesto que debía devolverlo a la *madame* cuando toda aquella pantomima terminara, pero era agradable llevar seda y recordar junto a ella los tiempos felices en Bedford.

—Lady Rosalie —dijo una voz profunda, proveniente de un pecho profundo.

Cualquier atisbo o rastro de tranquilidad que hubiera albergado durante esos momentos de soledad, se esfumó. ¡Era él! ¿Cómo la había visto tan rápido? ¡Ese hombre tenía un sexto sentido o un olfato envidiable!

Lo ignoró. Pensó que, si no hacía caso de sus palabras, quizás desistiría.

—Lady Rosalie —insistió, acercándose a ella.

Con horror, miró a su alrededor y vio que varias mujeres empezaban a echar el ojo hacia su rincón secreto. Y no era para menos, uno de *los metálicos* estaba allí y no pasaban desapercibidos fácilmente; al contrario, eran admirados y amados por todas las féminas con más o menos disimulo.

—Déjeme en paz —consiguió decir, escapando de las sombras de ese balcón y corriendo hacia el jardín, lejos de los ojos curiosos.

¡No! ¡No podía ser! ¡Había sido una estúpida yendo a esa fiesta! Ese hombre la delataría, la pondría en peligro y su tío no tardaría en reclamarla. Cinco años huyendo de su destino y, ahora, se aparecía frente a ella en forma de hombre perfecto. ¿Por qué era tan guapo? ¿Por qué sus ojos dorados se clavaban en su mente como una enfermedad?

Cuanto más corría lejos de la mansión, más le dolía el tobillo y más sudores recorrían su espina dorsal. No le daba miedo lord Goldener, veía en él un atisbo de bondad. Pero sí le daba miedo lo que él pudiera ocasionar.

—¡Por favor! —escuchó a unos pasos detrás de ella.

Miró y vio que era inútil seguir corriendo. Con sus pequeñas piernecitas intentaba darle la máxima velocidad a su huida, pero mister dorado tenía las piernas tan largas que la alcanzaría sin ningún esfuerzo. ¿Por qué era tan alto?

¡Un poco de miedo sí que le daba!

Se detuvo en medio del camino de los arbustos, oscuro e iluminado por algunos farolillos mal dispuestos y olvidados. Le faltaba el aire y se sentía indispuesta, la cabeza le daba vueltas y el sudor cada vez era más notable.

—¿Qué quiere de mí? —espetó, cogida a una de las ramitas de los arbustos.

—No quiero hacerle daño, milady.

—¡Deje de llamarme milady! —lo cortó, furiosa y agotada—. ¡No soy más que una mujer normal y corriente!

—¿Y qué hace en una fiesta de la alta sociedad? A mí no me engaña...

—¡Me he colado! En realidad, no soy más que una humilde costurera. Espero que sea digno de su caballerosidad y que no me delate. Déjeme marchar. Si he cometido alguna falta, le pido disculpas.

—¡Milady! —Dio un paso hacia ella, abrumándola con su perfume amaderado. Galán olía a bosque, a árboles, a hierba fresca y a ríos abundantes. —Milady... —susurró.

Rosalie se atrevió a levantar la mirada unos cuantos metros (o eso le pareció) y se quemó con los ojos ardientes de su depredador. El oro de sus pupilas se había fundido y había dado paso a un fuego abrasador. ¡Era bello! Bajo los farolillos, su melena dorada brillaba con un resplandor casi mítico, legendario. Su barba de tres días dibujaba un mentón fuerte y ancho, rodeando unos labios tan atractivos como masculinos. Le temblaron las piernas más allá del dolor y solo pudo pensar en que le encantaría morir en aquellos brazos hechos por Dios. ¡Era enorme! ¡Un príncipe encantador!

Galán lamentó su falta de palabras. Hubiera querido explicarle a lady Rosalie todo lo que sabía sobre Héctor y su familia, pero algo superior a sus fuerzas se apoderó de su mente y de su cuerpo. No era un hombre racional por naturaleza y, al lado de esa mujer, parecía que su capacidad analítica descendía al inframundo. Ella era un trocito de miel en medio de un mundo repleto de abejas. Encantadora, sublime, hermosa. Más allá de su apariencia frágil, de su baja estatura y de sus piernas de gacela (que había visto cuando se cayó de bruces en la avenida), se escondían unos

ojos llenos de fuerza y rebeldía. Dos luceros con tonos avellana que lo inducían al pecado.

Su aroma dulce, a almíbar, se colaba por sus fosas nasales como un bálsamo curativo y revitalizador. ¡Quería comérsela! ¡Devorarla allí mismo! No le importaban las abejas de ese panal que se ofrecía ante él, solo quería saciar su apetito voraz.

Se abalanzó sobre ella, acorralándola contra los árboles, sosteniéndola con un solo brazo... y la besó. Se olvidó de sus obligaciones como militar, de quien era ella y del respeto que le debía. Quizás fuera la noche, la música de la fiesta en el fondo o sus instintos más bajos, pero ella era el séptimo cielo. Sus labios finos y sensuales se abrieron como una rosa bajo los suyos. La saboreó y todas las partes de su cuerpo varonil se tensaron.

¡No lo podía creer! Rosalie vagaba entre la realidad y el sueño. ¿Desde cuándo un beso era tan fácil de robar? ¿Desde cuándo regalaba besos a desconocidos? Sí, lord Goldener era un hombre esculpido por Michelangelo, ¿pero podía justificar su indecente proceder? Decidida a no ser una mujer fácil, trató de empujarlo. Pero era imposible. ¡Él era un oso y ella una gacela!

Enfadada, aunque extrañamente excitada y asustada, decidió cerrar sus labios con fuerza y apartar la cara. Al parecer, aquello dio resultado. Míster dorado se apartó, pero no la dejó ir. Seguía reteniéndola con un brazo que podría romperla de un solo movimiento si quisiera.

—Apártese de mí —pidió con la voz temblorosa y menos fuerza de la que hubiera deseado. ¡Le encantaba! ¡Él la embrujaba! Cualquier norma del decoro o moral aprendida quedaba en un segundo plano bajo el influjo de lord Goldener.

—Lo siento, lo siento —se disculpó él de inmediato, soltándola y retrocediendo dos pasos.

Lo hizo tan rápido que ella no supo si darle las gracias o sentirse ofendida. ¿Por qué era tan extraño?

—Discúlpeme, por favor —insistió—. Ha sido muy ruin por mi parte, no debí...

—Váyase, no lo soporto más. No me obligue a darle una bofetada, será mejor que se olvide de lo que aquí ha acontecido.

—No puedo irme. Tengo la obligación de protegerla, de ser su custodio. Soy suyo, milady. Déjeme explicarle, su...

—No... No quiero saber nada. Si viene a hablarme de cosas que desconozco, de esa tal Rosalie que no sé quién es... No me interesa en absoluto —Se apartó, sintiendo como mil clavos penetraban en su tobillo.

—No soy su enemigo, soy un amigo.

Ella soltó una risa ahogada, incrédula. Por desgracia, recordaba muy bien a sus amigos de la alta sociedad. Esos condes y vizcondes que le dieron la espalda cuando más los necesitaba. Por no mencionar al vicario, el traicionero más vil y doliente. ¿Quién no le rendía pleitesía al nuevo Duque?

—No se ría de mí, mujer. Tiene que creerme, si tan sólo me mirara un segundo y me diera la oportunidad de explicarme.

—¡Le he dicho que se vaya! —gritó, molesta con él, con los nobles de Bedford y sus amigos de la infancia—. ¡No le conozco! ¡No sé quién es! ¡Y me está molestando! No se crea que por ser un noble puede actuar como le plazca, señor mío. Hay un Dios que todo lo ve y si es injusto conmigo, terminará pagándolo. ¡Márchese! —Señaló un lugar a la nada con su dedo índice, tratando de imponerse. Sin embargo, las fuerzas empezaban a fallarle. Uno de sus ataques de pánico (que hacía tiempo que no la visitaban) sumado al dolor de su tobillo y al cúmulo de sentimientos que afloraban en su cuerpo, terminaron por colapsarla.

Se desmayó como un pajarito débil volando a contracorriente y cayó sobre los brazos de Galán, que la retuvo con suma delicadeza y ternura.

—Lady Rosalie —nombró él en voz baja—. ¿Cuánto habrá sufrido usted? Sé que sus palabras son el producto del daño

que le hicieron, pero yo la ayudaré. No me cansaré de insistir ni de ir detrás de sus atenciones, es usted mi misión. Una misión que no me ha dejado dormir durante cinco años.

La cargó fácilmente, cubriéndole el rostro con una mano para que nadie pudiera identificarla. Salió de la propiedad entre las sombras del jardín, escapando de los invitados. Al llegar al patio principal se subió a su carruaje personal.

La tenía entre sus brazos, dormida. Miró su cuerpo tragando saliva. Era delgada, pero tenía todo lo que debía tener una mujer. Sus formas eran perfectas. Reparó en que tenía el tobillo hinchado, a través de la media que asomaba por debajo de las capas y capas de su falda. ¡Pobre mujer! Ni siquiera podía permitirse un buen médico y unos días de descanso. ¡La hija de un Duque en tan penosas condiciones!

—¿A dónde vamos, milord? —preguntó el cochero.

Dudó por unos instantes. Pensó en llevársela al hotel, capturarla. Pero decidió que eso sería muy violento para ella. Era mejor ir poco a poco, convencerla y ganarse su confianza.

—A la *Rue Liancourt* —ordenó al fin.

Durante el camino intentó despertarla sin éxito. Así que, preocupado, dio dos golpes sobre el techo del vehículo para que el mozo detuviera la marcha.

—¿Milord?

—Antes de ir a esa calle, lléveme a un médico. El mejor de París.

No le importaba que fueran horas tardías, se presentó en casa del médico y tocó su puerta con contundencia. Salió un hombre alto y delgado con el ceño fruncido.

—Mi esposa se ha desmayado. Creo que le duele el tobillo —mintió.

—¿No puede esperar hasta mañana?

—No, señor. Necesito que la cure de inmediato —exigió, haciendo una seña a su lacayo para que extendiera un suculento cheque.



El profesional sonrió y los dejó pasar. Aplicó unos ungüentos en el pie de Rosalie, se lo vendó y luego la despertó con un mejunje que hubiera despertado a un muerto por su olor fuerte y nauseabundo.

La joven parpadeó lentamente y abrió sus ojos avellana, estaba asustada.

—¿Dónde estoy? —interrogó, dando un respingo.

—No tienes nada de qué preocuparte, esposa. El médico ha curado tu tobillo —dijo Galán, señalando al hombre bigotudo que sonreía con muy poca gracia.

—Oh... —entendió Rosalie—. Gracias...

Salieron de la casa del médico en silencio, lord Goldener la cargaba. No quería que apoyara su pie en el suelo. Al subir al carruaje, la dejó sentada frente a él con un paquete lleno de medicamentos entre sus pequeñas manos.

—Milord, muchas gracias —agradeció, algo confusa y nerviosa—. No tendría por qué haberlo hecho. Por favor, dígame cuánto le ha costado y le pagaré... Quizás pueda pagárselo poco a poco.

—Por favor, no me ofenda. No necesito que me devuelva nada —le restó importancia—. Solo quiero que, cuando esté lista, me escuche.

—No quiero parecer desagradecida —musitó dulcemente—. Pero no tengo nada que escuchar, milord. Ya le he dicho que no conozco a esa mujer a la que busca con tanta insistencia. Si no le debo nada, llévese mis súplicas y mi agradecimiento. Pero olvídense de mí. No soy más que una humilde pueblerina que no merece las atenciones de un caballero de su posición —explicó, con la cabeza baja y el gesto apenado.

—Ya hemos llegado —informó el cochero.

Rosalie miró por la ventanilla y vio que habían llegado a su casa. Aquello le recordó que no debía mostrarse tan servicial ni bondadosa con ese extraño. Le habían enseñado a ser agradecida, pero no iba a entregarse a sus enemigos fácilmente.

—¿Cómo ha sabido dónde vivo? —inquirió, enervándose.

—Oh, usted me dijo la dirección cuando se desmayó. Hablaba en mitad de su inconsciencia.

Amélie apretó sus ojos y lo miró desafiante durante algunos segundos a través de la fina línea ocular que había formado.

Galán observó como las pestañas de Rosalie chocaban entre ellas, mirándolo incrédula y enfadada. ¡Era tan adorable esa mujer!

—Miente usted de pena, lord Goldener. Espero que esta sea la última vez que nos veamos. Haga el favor de dejar de seguirme. Una vez más, gracias por esto —Levantó el bulto de medicamentos y salió del carruaje rápidamente.

—¡Espere! No puede andar, deje que yo la cargue hasta su piso.

—¿Ha perdido el juicio? —reclamó desde la calle—. ¿Qué pensarán mis vecinos si me ven llegar en brazos de un desconocido? Es más, le ruego que se vaya inmediatamente antes de que alguien pueda verlo.

—Es usted muy escrupulosa por ser tan pobre como dice.

—La decencia no tiene clase ni estatus, milord.

Dicho eso, cerró la puertecita y dio media vuelta a la pata coja, muy digna. Galán no se marchó hasta que la luz del tercer piso se encendió.

*"Creo que me enamoré de él esa misma noche, pero no lo quise reconocer. Él representaba un mundo que me había hecho mucho daño y del que yo renegaba ferozmente. Solo quería que desapareciera de mi vida y que se olvidara de mí."*

# Capítulo 8

## *Un guardián*

*Creo que parte de mi amor a la vida se lo debo a mi  
amor a los libros.*

**Adolf Bioy Casares.**

Rosalie no podía quitarle la vista a esa boca con rictus amargo que Alice paseaba por el taller. Llevaba tres días con mal humor, irritada y muy molesta. Al parecer, lord Silvery no había pagado lo que le debía. No solo eso, sino que se había visto envuelta en una situación humillante que no estaba dispuesta a olvidar. Su experiencia le decía que era mejor olvidar ciertas cosas y así trataba de hacérselo entender a la *madame*.

Sin embargo, la naturaleza de cada ser humano es distinta.

—*Madame...* —se atrevió a decir al fin, cuando Alice llevaba más de treinta minutos con la vista clavada en la nada.

—Ya te he dicho que no me sigas llamando *madame*, Amélie. Ya no tengo dinero para pagarte. Así que, técnicamente, ya no trabajas para mí. Deberías buscarte otro empleo...

¿Cómo se le ocurría a Alice decir semejante disparate? ¡Jamás se le ocurriría irse! Y mucho menos cuando su amiga más la necesitaba. El taller de costura estaba en bancarrota, por lo que estaban arruinadas. Todos sus esfuerzos, sus artimañas y sus logros...destruidos. Lo habían arriesgado todo en una sola carta, el vestido que lord Silvery había encomendado, y habían perdido. A ella no le importaba aceptar la derrota, su naturaleza no era vengativa. Pero

Alice era fuerte y explosiva y pretendía cobrarse cada afrenta sufrida.

¿Venganza? A Rosalie le parecía una palabra horrenda, además de pecaminosa. ¡Si ella se hubiera vengado de su tío Jack! ¿Qué hubiera ocurrido? Sacudió esas ideas de la cabeza y se acercó a la pobre Alice con el gesto compungido.

—¡*Madame!* ¿Cómo se le ocurre? ¡Yo nunca la dejaría sola! Me quedaré aquí, con sueldo o sin él. Siento tanto haberme ido durante...

—¡No me pidas perdón otra vez! No quiero que me pidas perdón por haberte desmayado. ¡Es culpa mía que tengas el tobillo torcido e hinchado! Y haz el favor de sentarte y poner el pie en alto, no quiero que te caigas al suelo y tener que llevarte al médico... ¡Porque ni siquiera hay dinero para eso!

Rosalie obedeció, incómoda. Los remordimientos la estaban matando. No le había contado toda la verdad a Alice porque eso supondría desvelar su verdadera identidad y admitir que la había estado mintiendo durante cinco años. Lo cierto era que se sentía egoísta y despreciable. La *madame* estuvo a su lado en los peores momentos de su vida y ella, en lugar de acompañarla frente a lord Silvery, se había escapado al jardín y se había dejado llevar por la locura como una jovenzuela desvergonzada.

Así había decidido llamarlo: locura. El dolor del tobillo tuvo que haberla empujado a dejarse besar por lord Goldener. ¡Qué indecencia! ¡Un beso robado en mitad de la noche! En comparación a su primer beso robado, el del primo Francis, no tuvo nada que ver. De hecho, no eran comparables. El del primo Francis le dio asco y rabia mientras que el de lord Goldener fue... fue sencillamente único e inmemorable. Y aunque se sentía avergonzada, no había ni ápice de repugna. Al contrario, cada vez que lo recordaba sentía un agradable cosquilleo en el bajo vientre. ¡Era una historia idílica! ¡Digna de un cuento de hadas!

¡Qué desagradecida y maleducada era con Alice! Su *madame* en bancarrota y ella... ella suspirando por un hombre que amenazaba con destruir su paz interior. ¡Incluso había ocultado los medicamentos! ¿Cómo explicarle a su amiga que tenía en sus manos unos ungüentos tan caros? ¡Era una mentirosa! Y se sentía fatal por ello; tanto, que le daban ganas de llorar.

—Lo siento, Amélie. Estoy un poco alterada, no llores.

—No lloro por sus palabras —corrió a tranquilizarla—. Sino de rabia y pena. Usted se merece llegar muy lejos... ¡Es tan buena persona! No puedo creer que lord Silvery la obligara a arrodillarse en medio del salón por unos pocos francos. ¡Es inhumano! Ojalá su padre lo desherede de una vez por todas —espetó, irritada.

—¿Que su padre lo desherede? ¿Qué quieres decir? ¿Qué sabes de ese canalla?

Toda Inglaterra conocía a la familia Silvery. Sobre todo al heredero, el famoso Hugo Silvery, tan admirado como odiado por sus compatriotas. Pese a ser un hombre de conducta intachable, frío como el hierro y un buen teniente de la armada inglesa, tenía una pésima reputación con las mujeres. Y su padre, el actual Conde de Cornwall, le había puesto una cláusula para heredar la fortuna familiar: debía casarse antes de los treinta y ocho.

—Si sabes algo cuéntamelo —insistió Alice, mirándola fijamente.

—Lo que le diré son sólo rumores...

Le contó todo cuanto sabía hasta que la campanita de la tienda repicó, sacándolas de su animada conversación.

—No te levantes, Amélie. Voy yo...

Alice se retocó su pelo rubio y cruzó las cortinas de la trastienda dejando a Rosalie sola con sus pensamientos. ¿Qué iban hacer? No tenían dinero para pagar el alquiler. ¡Qué injusto! Tratando de no pensar, cogió una falda y empezó a remendarla. ¡Y pensar que al principio no sabía

nada de costura! Todo, absolutamente todo lo que era en esos instantes, lo había aprendido de Alice.

Ver su espíritu de lucha incansable era una fuente de inspiración para ella. ¿Qué hubiera hecho su amiga en su lugar? ¿Qué hubiera hecho si el tío Jack y el primo Francis la hubieran humillado como lo hicieron con ella? No se imaginaba a Alice huyendo. Y una ligera sensación de rabia le recorrió la espina dorsal. ¿Por qué? ¿Por qué dejarlo todo en manos de esas alimañas? ¡La casa de su padre! ¡El escritorio de su hermano! ¡Los empleados! ¡Su hogar!

—¡Amélie! ¡Amélie! ¡Tenemos una nueva oportunidad! —gritó la *madame*, apareciendo de nuevo con una gran sonrisa y los ojos brillantes.

—¿Qué ha ocurrido?

Al parecer, a la Duquesa d'Orléans, Hermione Renoir, se había encariñado con Alice. Ella y Alice se habían conocido en la fiesta y la anciana la había estado buscándola desde entonces por todos los talleres de París. Hermione quería ayudar a la *madame* ofreciéndole un trabajo como modista personal en su propia residencia. Y no solo eso, sino que estaba dispuesta a ayudarla con sus planes de venganza contra lord Silvery. Era una mujer enviada por Dios que aparecía en el momento indicado para salvarlas de la ruina. Aunque Rosalie no creía en las casualidades y algo le decía que las intenciones de la Duquesa iban más allá de una simple alma caritativa.

—¿Está segura, madame? —preguntó Rosalie, mirando el cartel de cerrado que pendía de la puerta del taller.

Una semana después de la visita de la Duquesa, lo habían arreglado todo para poder mudarse a su propiedad. Entre los preparativos estaba el hecho irrevocable de cerrar el taller en el que habían trabajado durante cinco años. Era una decisión difícil y dura, pero tenían que coger cualquier oportunidad que la vida les ofreciera. Y la idea de vivir en una casa como la de la Duquesa y, además, percibir un

suelo mensual, era demasiado suculenta como para resistirse.

—De todas formas, hubiera tenido que cerrar...Hay que adaptarse a los cambios, Amélie. Será mejor que subamos al carruaje —Indicó el vehículo privado que las estaba esperando a escasos metros para llevarlas a la mansión.

—Espero que las intenciones de la Duquesa sean genuinas y que no haya segundas intenciones —dijo, una vez sentada en la mullida carroza.

—Creo que podemos darle un voto de confianza. No tendría por qué ofrecerme tan exquisita oportunidad si lo que pretendía era perjudicarme... Hay maneras más rápidas y fáciles de hacerlo. ¿No crees?

—Tiene razón, *madame*.

No dejaba de sorprenderle la capacidad de Alice para afrontar cualquier situación con dignidad y sangre fría. Su valentía era admirable. Y, sin quererlo, su actitud la hacía pensar en sus propios problemas. ¿Por qué no luchar? ¿Por qué esconderse como una ratita asustada? De nuevo, sacudió esas ideas de la cabeza y se concentró en su nuevo destino: la mansión de la Duquesa d'Orléans. Era un peligro vivir en un lugar como ese, donde nobles caballeros y damas de alta alcurnia podrían reconocerla en cualquier instante.

Sin embargo, todo fue más fácil de lo que imaginó. Fueron recibidas por la amable anciana con mucha educación y respeto. Pronto se les asignó una habitación confortable y solitaria y se les proporcionó todo lo necesario para una vida digna dentro de esas paredes lujosas.

Por su lado, decidió que no saldría de su alcoba si no era estrictamente necesario. Así que mientras su amiga urdía y preparaba un plan de venganza junto a la Duquesa, ella aprovechó para conocer la biblioteca de Hermione y ampliar sus conocimientos sobre el francés.

Se sentía como en los viejos tiempos, rodeada por cultura y belleza. Cada libro nuevo era una emoción

indescriptible, un olor a sabiduría que nada podría sustituir nunca. ¡Si pudiera volver a su propia biblioteca! ¿Cómo estarían sus pobres libros? ¿Estarían ordenados como ella los dejó? Tenía sentimientos hacia esos personajes ficticios como si pudiera conocerlos de verdad. De hecho, los conocía, pero no podía verlos ni decirles lo que pensaba sobre ellos.

Tan absorta como estaba devorando un libro tras otro, dejó de darle importancia a los planes de Alice y a sus propios problemas. Por eso, no fue hasta muy tarde que se enteró de que su aparente tranquilidad estaba a punto de desvanecerse.

—Han llegado los invitados, Amélie.

—¿De veras? ¿Va a seguir con su plan?

—¡Por supuesto! Lo he perdido todo por culpa de lord Silvery y no me quedaré tranquila hasta que pueda darle su merecido —Se miró en el espejo y guardó silencio durante algunos segundos. —He bailado con él, ha sido fantástico. Las nietas de Hermione se han puesto tan celosas... tendrías que haberlas visto.

—¿De veras? —se emocionó Rosalie, que intuía un ligero enamoramiento por parte de su amiga—. ¿Y cómo ha sido? —preguntó, dejando su lectura sobre la cama y cogiendo un peine para ayudar a Alice con su melena rubia como el sol.

—¡Él me lo ha pedido! He conseguido llamar su atención. El hombre de hierro pronto estará comiendo de mi mano —Mostró su mano en un gesto triunfante. —Con míster plateado ha venido un caballero muy interesante... Es amable, cercano y encantador.

—¿De quién se trata?

—De Lord Goldener. Creo que su nombre completo es Galán Goldener y es hijo del Duque de Wellington. Se quedará aquí durante un tiempo, acompañando a lord Silvery. Por lo que he podido entender, son grandes amigos y siempre van juntos. Las muchachas los han apodado "los metálicos". ¿Puedes creerlo? Estas jóvenes de alta alcurnia



tienen una gran imaginación. Una de las primas Renoir me ha contado en detalle qué significa este apodo. Verás, lord Silvery está hecho de plata. Es brillante, reluciente, frío y fuerte. En cambio, lord Goldener está hecho de oro. Él es cálido, ardiente y maravilloso. Además, sus semblantes van acorde a sus personalidades. Mientras lord Silvery tiene los ojos plateados y el pelo oscuro, lord Goldener tiene los ojos dorados y el pelo rubio. ¿Qué te parece? Ni en una de esas novelas que lees tú, querida, salen estos personajes tan ideales. A veces me he planteado si son reales, pero al ver sus defectos, me recuerdo a mí misma que son tan reales como tú y yo, unas simples costureras de barrio con un golpe de suerte.

Rosalie se quedó bloqueada. De todos los hombres que pudieran haber llegado a la mansión de la Duquesa, ¿tenía que ser precisamente él? No le extrañaría nada que la estuviera siguiendo. ¡Oh, Dios!

Debió palidecer y mostrar su rostro más descompuesto porque Alice la miró preocupada a través del espejo.

—¿Me has escuchado? ¿Ocurre algo?

—No, *madame*. Nada...

Tendría que haberlo imaginado. Tendría que haber sabido que, si lord Silvery estaba cerca de Alice, lord Goldener también lo estaría. ¡Galán viviendo en la misma casa que ella! Quizás estuviera durmiendo a dos o tres habitaciones de la suya, ¿qué iba a hacer? ¡No saldría! ¡No iba a salir de su alcoba por nada del mundo! Si antes se pasaba horas encerrada, ahora su confinamiento iba a endurecerse.

Y así lo hizo, se encerró en su habitación y limitó sus visitas a la biblioteca. ¿Qué pasaría si se encontraba con Galán? No confiaba en él. Sabía que fue amigo de su hermano, pero también lo fueron los Condes y el vicario. ¿Quién le aseguraba que no la entregaría al Duque? ¡No podía permitirse ningún error! Ojalá fuera como Alice... Y tuviera un poco más de valor para regresar y vengarse del tío Jack.

¿Venganza? Quizás no fuera tan mala cuando estaba justificada... ¿Verdad?

Se convirtió en parte del mobiliario de su alcoba. Pasaba las horas sola porque la *madame* siempre estaba en fiestas, banquetes o excursiones. Cargaba con muchos libros para estar ocupada durante horas y días y no tener que dar tantas vueltas. Incluso comía allí mismo. Se dijo a sí misma que no debía tener miedo porque nadie entraría en su habitación sin tocar. O eso creyó ella...

Un día, tendida sobre el lecho, con "*El Vicario de Wakefield*" entre manos, de pronto fue invadida por un torrente cálido e inesperado. Antes de que pudiera levantar la cabeza y mirar hacia la puerta, supo de qué, o más bien, de quién se trataba. Su olor a bosque lo delataba. ¡Solo él sería capaz de entrar en una habitación sin tocar!

—¡Milady! —dijo él, sorprendido.

—¡¿Otra vez usted?! ¡Váyase! —replicó rápidamente, como si hubiera estado esperando ese irremediable momento.

Galán no le hizo caso, como era de esperar. En lugar de irse, cerró la puerta tras de él y se acercó a ella con los ojos brillantes y una mueca de satisfacción.

—La he estado buscando durante tantos días... ¡Y resulta que está aquí! A unos pasos de mi alcoba... Por un momento pensé que la había vuelto a perder y la culpa no me dejaba dormir. ¡Oh, Rosalie! Nuestros destinos están unidos y ya nadie podrá separarlos. La Duquesa ha escondido una joya en esta mansión y el juego consiste en encontrarla —continuó con la explicación, mirándola intensamente—. Las nietas de Hermione, lord Silvery y yo... estábamos participando para ganarnos el derecho a ser los reyes de esta noche, que habrá una fiesta. Deseoso de ser rey, entré en esta modesta alcoba pensando que la gargantilla podría estar escondida aquí. Pero la divina providencia me ha traído ante usted. La verdadera joya que estaba buscando y me siento más poderoso que nunca, sin corona y sin trono.

Sentada al borde de la cama notó como las mejillas se le tornaban de color escarlata. Ella, ¿una joya? ¡Qué disparates decía ese hombre! ¡Y qué manera de expresarse! ¿Era un poeta?

—No entiendo por qué tanta insistencia. Haga el favor de salir inmediatamente o gritaré —recobró la compostura.

—¿Cómo tiene el tobillo?

—Mejor —contestó seca, cortante.

—¿Por qué va vestida como una doncella? ¿Trabaja aquí?

—No es de su incumbencia —Se puso de pie en un estúpido intento de demostrar una fuerza que no tenía. Y mucho menos frente a lord Goldener, que necesitaba un carruaje especial porque no cabía en los normales.

—Vamos, lady Rosalie. ¿Cuándo me va a dejar hablar?

—Ya le he dicho que no soy lady Rosalie. No sea tan insistente, este asunto está empezando a aburrirme. Ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer —Se dirigió a la puerta. —Ah, y no se le ocurra volver a mi alcoba, alguien podría malinterpretar nuestra intimidad.

—Me gusta cómo suena —La detuvo por el brazo. — Nuestra intimidad... —Hizo brillar los ojos dorados, atravesándola, quemándola.

—Mi....milord... yo...

—No he podido dejar de pensar en usted, Rosalie.

—Amélie.

—Amélie, Rosalie o como quiera que la llamen. No he dejado de pensar en usted desde los últimos cinco años y mucho menos desde nuestro...

—¡No lo diga! ¡No se atreva!

—¿Usted ha pensado en mí?

—Pero... pero ¿de qué está hablando? ¡Es una locura! Usted está loco.

—Sí, estoy loco. Obsesionado. He perdido mi credibilidad ante la sociedad por perseguirla. Dicen que persigo a un fantasma, pero yo la veo muy real —La acercó de un tirón

suave y la apretó contra su torso. —Ya le he dicho que yo soy su guardián. Apóyese en mí y deje de esconderse.

El cuerpo de Galán era cálido. Su corazón masculino latía con fuerza y sensualidad. Entre sus brazos, hundida en aquel cuerpo varonil, se sentía protegida. Era como si nada ni nadie pudiera hacerle daño. En el fondo de su alma, deseaba decirle la verdad. Sincerarse con él y entregarse a su calidez. Pero el miedo era superior. Por eso, en contra de su corazón y de todo lo que había leído hasta ese instante sobre el amor, se apartó de él.

—Váyase, lord Goldener.

—Me voy, pero volveré. No está sola, milady. Me tiene a mí.

Cuando Galán se fue todavía notaba el fuego sobre su piel. ¿No estaba sola? Hubo un tiempo en que la soledad le asustaba, pero ya no. Aun así, esas palabras se clavaron en su mente y las repitió para sí misma durante varios días. Días en los que Galán no volvió y en los que, extrañamente, le hubiera gustado volver a verlo.

Si volvía a encontrarse con él, no sería capaz de seguir guardando sus secretos. Algo en su interior se estaba despertando. Algo que, quizás, la nana Theresa no aprobaría. Pero ya no era esa muchacha ingenua y asustadiza que huyó de Bedford con lo puesto, ahora era una mujer que había vivido y aprendido. Sobre todo, aprendido. ¿Y si Galán fuera la fuerza que necesitaba para dar el paso? ¿Para regresar y plantar cara al mundo? Un mundo que la pisoteó. Rio al pensar que Alice ya los hubiera destruido del modo más doloroso existente. ¿Y ella? ¿Ella qué iba a hacer?

## Capítulo 9

### *Un amor que del alma nace, al pie de la tumba muere*

*Prohibir algo es despertar el deseo.*  
**Michel de Montaigne.**

Eran las cuatro de la tarde, la hora en que todos los miembros de la alta sociedad se retiraban a descansar a sus aposentos. Al menos era de ese modo en casa de la Duquesa d'Orléans y era la ocasión perfecta para ir a la biblioteca.

Necesitaba devolver los libros que ya había leído y releído un par de veces para coger unos nuevos. Sabía que era una aventura arriesgada con lord Goldener merodeando por la mansión, pero era incapaz de seguir encerrada en su alcoba sin nada para alimentar su sed lectora.

Como una gacela asustadiza se escurrió entre los pasillos solitarios hasta llegar a su rincón de paz. Hermione tenía una de las bibliotecas más grandes que había visto en su vida y en ella encontraba todo tipo de novelas, libros, ensayos... La mayoría en francés, idioma que dominaba y que le encantaba reforzar. La lectura se había convertido en un escape de la realidad desde que su hermano la dejó sola en Bedford House.

En ese paraíso terrenal se esforzó por dejar las novelas que tenía entre manos en su lugar correspondiente y mientras le echaba el ojo a "*El Conde de Montecristo*", oyó que alguien entraba y corría el pestillo. Se giró asustada, dejando el libro de Alejandro Dumas sobre una banqueta.

—No tiene nada que temer, lady Rosalie —la calmó una voz profunda como la de un oso.

Era él, el hombre que se había declarado su custodio personal.

—¿Otra vez usted?! —interrogó, queriendo parecer indignada cuando en el fondo de su alma se alegraba de volver a verlo. Qué locura. Lo miró fijamente, con menos miedo y más curiosidad. Con la luz del sol que entraba por los ventanales lo vio mucho más hermoso de lo que recordaba. Tenía un brillo especial, único. Y quizás fuera cierto que se trataba de un ser legendario que había llegado a su vida para ayudarla—. ¡Me veré obligada a denunciarlo si sigue con esta ridícula persecución!

—Lady Rosalie, por favor —la miró a través de aquellos ojos dorados, tan puros como sinceros—. Deje de mentir — Se acercó a ella, abriéndose paso entre las mesas, los butacones y los libros apilados. —Deje de huir de mí, se lo ruego. Solo quiero ayudarla, ¿no lo ve?

Trató de huir de su magnánima presencia, pero no se lo permitió. La cogió por el brazo delicadamente y la obligó a enfrentarlo. El aire se esfumó, dejando que el aroma fresco y animal de Galán se apoderara de sus sentidos, asfixiándola lenta y placenteramente. Sin darse cuenta, dejó ir un suspiro cargado de tensión y él lo retuvo antes de que éste se evaporara.

—Por favor —suplicó él, con los ojos cargados de sentimientos—. Por favor, por la memoria de su hermano Héctor.

Supo que ya no tenía escapatoria en cuanto ese nombre perforó sus tímpanos y se coló en su corazón reviviendo momentos y recuerdos enclaustrados en contra de su voluntad. Sus ojos avellana se aguaron, delatándose así en el proceso.

—La he estado siguiendo, milady. Lo reconozco. Pero no ha sido con malas intenciones, sino para protegerla. Esa fue

mi promesa, una promesa que le hice al coronel Ringwood antes de que muriera en mis brazos.

Galán se había resistido a la tentación de ir a ver a Rosalie en su habitación durante algunos días. Su intención era que la hermana de su mejor amigo se sintiera cómoda, segura y no acosada. Por eso esperó a encontrarla un día en la biblioteca, al parecer, su lugar favorito. La había estado estudiando desde las sombras, en silencio. Lo sabía prácticamente todo de ella. Sabía que era una mujer aficionada a la lectura que aprovechaba las horas solitarias para recoger novelas en la biblioteca y cargarlas a su habitación donde pasaba días y días sumergida en mundos imaginarios. Sabía que era una dama que le daba más importancia a la cultura y al aprendizaje que a su propio aspecto. Aunque jamás iba descuidada, no era presumida ni ostentosa. Al contrario, gozaba de una belleza recoleta que se hacía muy sensual. Era fina, delicada y extremadamente pequeña, delgada, bajita.

La joven, al oír el nombre del coronel, se llevó la mano sobre la boca. Ya no tenía escapatoria. Se había delatado.

Rosalie rompió a llorar. No era lo que hubiera deseado, pero le fue imposible contener el torrente de lágrimas que llevaban inscrito el nombre de su difunto hermano.

—¿Estuvo con él en el momento de su muerte? — preguntó entre sollozos, sin dejar de mirar los ojos de Galán. Sentía que, a través de ellos, podía ver el último momento de vida de su hermano.

—Sí, milady —respondió lord Goldener, todavía sosteniéndola por el brazo.

—¿Cuáles fueron sus últimas palabras?

—Que cuidara de usted.

¡Dios misericordioso! ¿Ese fue el último pensamiento de Héctor? ¡Pobre hermano! Siempre tan generoso y entregado a la familia. ¿Por qué tuvo que morir tan pronto? La impresión la abordó tempestivamente con uno de esos ataques de pánico que eran tan comunes en ella y amenazó

con desplomarse al suelo. Pero Galán no se lo permitió. La abrazó con fuerza contra su enorme pecho y lloró sobre él hasta que no le quedaron más lágrimas. Entonces lloró en seco, que eso todavía dolía más. Le dio la sensación de estar sintiendo a su hermano a través de lord Goldener, ese hombre que había sostenido a Héctor hasta su último suspiro. Debía creer sus palabras, los ojos del oficial eran demasiado sinceros.

Además, con esa explicación entendía la obsesión del oficial por perseguirla. ¡Pobre hombre! Seguramente se había sentido obligado a encontrarla y a decirle la verdad. ¡Una carga que no le correspondía! Cogió aire y se separó del cálido regazo que tanto le había ayudado en su momento de debilidad.

—Gracias, lord Goldener —dijo con una leve sonrisa, limpiándose las lágrimas con un pañuelo de algodón que siempre llevaba encima, guardado en un bolsillo del vestido—. Entiendo lo que su promesa ha significado para usted, pero queda liberado de ella. Ya ha cumplido con su deber. Me quedo satisfecha con saber que mi hermano no murió solo en cualquier cuneta. Ha sido un alivio saber que murió en manos de un hombre honorable, de su mejor amigo. Gracias, de verdad —Le estrechó el brazo con un apretón rápido y luego se zafó completamente de él.

—¡Pero milady! Tiene que volver y recuperar lo que es suyo. Yo la llevaré de vuelta a...

¿Volver? ¿Qué sabía Galán acerca de sus desgracias? De pronto se sintió terriblemente avergonzada y, sobre todo, desbordada. ¿Dónde iba a volver? Su vida era Alice, la costura y poco más. Con eso se conformaba.

—¡No! —lo cortó—. Se lo ruego, no insista. Ahora soy Amélie. Y soy feliz de ser quien soy —dijo con menos sentido de la propiedad del que hubiera deseado—. No volveré a ese lugar que ya no es mío.

—¡Yo la ayudaré!



—Ya le he dicho que su deuda ha quedado saldada. Olvídense de mí, lord Goldener. Y respete mi decisión.

¡Qué mujer más terca! A Galán le invadió la impotencia ante la pasividad de Rosalie. Más que una gacela, en esos momentos le parecía una mula. ¿Por qué se negaba una y otra vez a aceptar la realidad?

—¿Por qué se niega a aceptarlo? —preguntó, incapaz de quedarse callado y haciendo honor a su carácter impulsivo—. ¿Por qué no acepta quién es? ¡Ellos no merecen estar en su lugar! ¡Usted es la legítima heredera!

—Hay dolores que ni todo el oro del mundo pueden curar, lord Goldener. Ahora, si me disculpa...

Galán supo desde el primer día en que la vio que no sería fácil. Rosalie, a pesar de su apariencia frágil, era una mujer con una visión amplia de lo que quería en su vida. Y, tal y como estaba demostrando, no quería problemas. No quería luchar y ni siquiera quería recuperar su verdadero nombre. Miró a su alrededor con las manos en los bolsillos: libros y más libros. Mundos imaginarios, irreales. Quizás lady Rosalie tenía una sobredosis de fantasía. Pero él no descansaría hasta despertarla de su letargo.

Rosalie volvió con las manos vacías a su alcoba con las piernas temblorosas y el pecho alterado. Si la nana Theresa estuviera viva, le diría que olvidara las palabras de lord Goldener y siguiera con su vida pacífica y sin complicaciones. Y si Alice supiera la verdad, la obligaría a embarcar en el primer buque hacia Inglaterra para quemar Bedford. ¿Y ella? ¿Ella que quería?

Sumergida en sus inseguridades, dio vueltas de un lado a otro de la habitación hasta la noche. Intentó calmarse y dormir, pero le era imposible. Galán no abandonaba su mente, se había anclado en ella y la obligaba a pensar sobre todo aquello que había dejado atrás. Ligeramente ofendida, se preguntó qué era lo que sabía ese caballero sobre su vida. ¿Cómo sabía que en su lugar había otras personas? ¿Acaso se había informado? ¿Había estado indagando sobre

sus asuntos? ¿Sabría que el primo Francis la golpeó y la acosó? ¡Qué vergüenza!

Dio un salto de la cama con sus piernecitas gráciles y se cubrió con una bata de algodón blanco. Sin más ayuda que la de un candil se sumergió en las profundidades oscuras de la mansión. Sabía que era una locura, pero necesitaba andar. Necesitaba encontrarlo. Lo esperó sentada en el borde de una escalinata abandonada, uno de aquellos rincones que nadie utilizaba. Sabía que tarde o temprano aparecería. Él tenía un olfato desarrollado para encontrarla y para perseguirla. Como si fuera su cazador y ella una vulnerable presa.

No se hicieron esperar unas zancadas pesadas, cargadas por el peso de un cuerpo alto, musculoso y lleno de brío. Confirmó que su locura no era tal, él era su sombra. Su custodio. Uno de esos seres mágicos con los que puedes contar en un accidente o una desgracia para que te salven la vida. Dios lo había puesto en su camino y ella ya no quería huir de él, sino encontrarlo.

—Milady, ¿qué le ocurre? —preguntó Galán en un susurro, parcialmente iluminado por el candil de Rosalie.

—¿Qué sabe de mí? ¿Quién es usted realmente? ¿Cómo es capaz de encontrarme en cada momento?

—Milady, cogerá frío sentada en esa escalera polvorienta.

—¿Frío? —espetó, atrevida por la embriaguez de la noche.

—Déjeme que la ayude —Dio dos pasos hacia ella, dispuesto a levantarla del suelo.

—¡No! No quiero que me ayude, quiero respuestas.

Galán se quedó por unos instantes callado, observándola en silencio.

—Lo sé todo sobre usted —gruñó al fin, de pie a escasos centímetros de ella, obligándola a mirar hacia al techo prácticamente—. Sé que es la heredera de una de las riquezas más suculentas de Inglaterra. Tiene a sus espaldas

tierras, propiedades, granjas, joyas y toda clase de lujos de los que se han apoderado unas sucias ratas. Su tío y su primo.

Rosalie abrió los ojos de par en par al escucharlo hablar sobre el Duque. Y sin quererlo, la bilis le subió por el estomago, comprendiendo que no había podido perdonar la humillación vivida.

—Sé que no la trataron bien —Galán se acuclilló a su altura y la miró fijamente, clavando sus ojos dorados en los de ella. El ambiente se tornó tenso—. Sé que le hicieron daño —Alargó la mano y le acarició el mentón—. Y sé que merece recuperar lo que es suyo. Estoy seguro de que Héctor se refería a eso cuando me dijo que la protegiera. No estoy dispuesto a rendirme.

Rosalie buscó aire inhalando sonoramente, pero no lo encontró. El reflejo de los ojos de Galán bajo la luz de la vela era absorbente. Su sinceridad y su voz susurrante no hacían otra cosa que fomentar ese clima de éxtasis.

*"No estoy dispuesto a rendirme."*

Y ella no quería que se rindiera. En su egoísmo y su locura deseaba que él siguiera a su lado.

—¿Está satisfecha?

—No, milord. Le faltan preguntas por responder —musitó ella, tratando de no bajar los ojos—. ¿Quién es usted realmente?

—Soy Galán Goldener, milady.

—No me refiero a eso.

—Soy el segundo hijo del Duque de Wellington. Un oficial sin más méritos que el de permanecer al frente de la batalla sin rendirse. Algunos me llaman el oso otros, míster dorado y toda clase de peyorativos infantiles o demasiado fantasiosos. En el fondo solo soy un hombre dispuesto a arriesgar su vida por quien lo merece.

—Y... ¿Cómo consigue encontrarme en cada momento? — formuló, algo sudada y con un cosquilleo en el bajo vientre que se hacía cada vez más intenso.

—Persigo la Miel de Bedford, milady. Tiene un aroma característico, dulce. Eso, y que siempre estoy pendiente de sus movimientos. Ya se lo dije, yo soy su custodio y usted es mi misión —ultimó al borde de sus labios, pegado a ella.

—Mi....milord...

—No quiero que me llame milord. No me considero un lord —la corrigió.

—¿Cómo quiere que lo llame?

—Puede llamarme Galán.

—Eso sería demasiado atrevido, ¿no cree? —se ruborizó bajo el cálido aliento de Galán.

—No lo creo, me encantaría que me llamara por mi nombre —Se cernió sobre ella, obligándola a echar el cuerpo hacia atrás y a chocar con el escalón que había justo en su espalda. —Pero si le resulta muy indecoroso puede llamarme oficial.

—Oficial —repitió ella, asfixiada entre el cuerpo varonil.

—Mi dulce Rosalie.

La besó. Volvió a besarla. Lo hizo poco a poco, saboreando cada pliegue de sus labios y luego la invadió ferozmente sacudiendo sus sentidos. Galán no podía contenerse; de hecho, sabía que no podría hacerlo desde que la vio sentada con esa bata blanca que dejaba ver más de lo permitido. Sus pechos pequeños y turgentes se escondían debajo del algodón, pero sus pezones habían atravesado los límites y se coronaban en forma de dos picos. Al principio pensó que tenía frío, pero pronto descubrió que lady Rosalie estaba excitada.

Y él, fogoso y obsesionado con ella, no podía hacer otra cosa que complacerla.

—Le daré lo que me pida, milady —le susurró en la oreja, acariciándole el rostro y pasándole los dedos por su pelo castaño y sedoso—. Soy suyo, pídamelo que quiera y lo tendrá.

Lo quería todo pese a no saber qué era lo que le faltaba en esa agonía que parecía no tener fin. Notaba la humedad

en su cuerpo, pero no sabía cómo pararla. ¿Cómo pedir lo que se desconoce? Y mientras pensaba en lo que podría pedirle a Galán, se dejó tocar sobre la bata. Él la acariciaba con suma delicadeza y lentitud. Estaba asustada, pero más miedo le daba parar por si se moría lejos de ese placer.

La mano de Galán se coló por debajo de la falda y empezó a subir por sus piernas, ¡Dios! Se estiró complacida y en un acto casi instintivo lo besó. Lo besó sin esperar a que él lo hiciera. Lo necesitaba. Quería perderse en ese mundo de bondad que era Galán. Sin embargo, al notar los dedos de su amante sobre su intimidad una marea de decencia la invadió. Cerró las piernas y se apartó.

—Si siente que le faltó el respeto, solo tiene que decírmelo. ¿Qué digo? —Dio un salto y se puso de pie, retirándose algunos metros. —Por supuesto que le faltó el respeto. Perdóneme, por segunda vez. Como ya le he dicho, soy solo un hombre. Y como tal, tengo defectos. Soy demasiado impulsivo y no mido las consecuencias de mis actos —habló, entre la tortura y el arrepentimiento—. Lo siento, milady.

—¡Oficial!

—No, déjeme ir. No entiende de lo que hablo. Y sería muy indecoroso que yo se lo contara.

Galán se fue rápidamente dejándola con la excitación a flor de piel. ¿Qué había pasado? ¿A qué se refería? ¿Qué era lo que tenía que saber? No era idiota, lo había leído en algún libro. Los besos, los abrazos, las noches de boda... ¿De qué hablaba el oficial? Se levantó molesta y algo descompuesta y no fue hasta que llegó a su alcoba que se acordó de su nuevo plan: volver a Inglaterra junto a Galán y recuperar lo que era suyo.

*"Él era la fuerza que me faltaba, mi punto de apoyo en una realidad que nadie sabía sobre mi existencia ni mi pasado. En Galán se mezclaban toda clase de sensaciones inauditas, desde la seguridad y familiaridad hasta el deseo y el trastorno."*

∞ ∞ ∞

# Capítulo 10

## *Un camino lleno de sorpresas*

*La pasión es una emoción crónica.*

***Théodulue-Armand Ribot.***

*Semanas después.*

No fue ninguna sorpresa para Rosalie que Alice se casara con lord Hugo Silvery. Después de algunas semanas de engaños y vilezas, la *madame* había dado el *sí quiero* a su peor enemigo. En el fondo estaba completamente enamorada de él por mucho que se negara a aceptarlo.

—Amélie, ya le he dicho que puede quedarse. No importa que su *madame* se haya ido con lord Silvery —repitió Hermione, la Duquesa d'Orléans, después de expresarle sus deseos por marcharse.

Como era de esperar, Alice se había marchado con su esposo y, por varias circunstancias que no merecían mención en esos instantes, no había podido acompañarla. Por eso se encontraba en casa de la anciana sola y un tanto incómoda. Por mucho que la Duquesa insistiera en que no era ninguna molestia, ella sentía que debía dar un paso al frente y poner en funcionamiento aquellos planes que hacía días que rondaban por su cabeza. No se había atrevido a irse mientras Alice estuvo presente, lo sentía como una traición. Sin embargo, ahora nada le impedía coger sus pocos enseres y volver a Inglaterra.

—Se lo agradezco milady. No obstante, me veo con la obligación de partir, me esperan en Inglaterra. Iré a preparar mi equipaje.

—Está bien, querida. Le deseo lo mejor en su nuevo viaje.

—Gracias, Duquesa.

Hizo una pequeña reverencia perfecta y dio media vuelta cargada de valor. Era el momento de la verdad. El momento de demostrar todo lo que había aprendido durante cinco años. Sentía sus pasos más fuertes que nunca y sin dudarlo ni un solo segundo empezó a hacer el equipaje. Tenía una meta: Bedford House. Iba a recuperar su herencia, costara lo que costara. Le pidió disculpas a la nana Theresa mentalmente y se puso a doblar sus pocos vestidos de lino marrón.

Lord Goldener se había ido junto a su mejor amigo, lord Silvery, para acompañarlo durante la boda y todavía no había vuelto. No podía esperarlo. Estaba harta de esperar y de depender de los demás, ahora era una mujer independiente.

Durante esas semanas, Galán se había mostrado distante pero servicial. Habían compartido varias noches de largas conversaciones y confesiones a la luz de las velas. Había confirmado lo que ya sospechaba, que el oficial era un buen hombre, entregado a sus amigos y sacrificado por los más débiles. Asimismo, atisbaba en él un carácter impulsivo y feroz, como si tuviera dos personalidades en un mismo cuerpo. Él quería que su parte buena fuera la dominante, pero le costaba mucho mantener a raya su lado salvaje. A veces, en su imaginación lectora, Rosalie se imaginaba a Galán convertido en un oso durante las noches de luna llena.

Cargó la misma maleta con la que había llegado a Francia en una de sus pequeñas pero curtidas manos y en uno de los recovecos de su humilde falda ató un saquito con todos sus ahorros. Al no ser una mujer caprichosa ni deseosa de ropajes nuevos había guardado lo suficiente para volver a su país natal.



Se miró en el espejo y observó su moño recoleto y sus ojos de gacela limpios y tupidos por largas pestañas.

<<*Vamos, Rosalie. Tú puedes*>>, se dijo a sí misma.

Y con esas palabras voló hacia el patio principal sin más despedidas que la de un par de doncellas con las que había congeniado. Debería andar un poco hasta el primer pueblo, allí buscaría una diligencia o un carruaje de alquiler que la pudiera llevar hasta el puerto de Brest.

A pasos cortos, pero seguros hizo la mitad del camino. Llevaba unos zapatitos muy cómodos, típicos de las doncellas y no perdía el ánimo. Moría de ganas de volver a respirar el aire de sus tierras, de ver a su perro, sus árboles y de cerciorarse de que nada había cambiado tanto como para no reconocerlo. La embargaba un sentimiento de miedo, pero trataba de apagarlo con la esperanza.

El traqueteo de una carroza grande y pesada la hizo detener su paso y hacerse a un lado. Era un vehículo más alto de lo normal y estaba tapizado con terciopelo marrón.

—¡Milady! ¿Va a algún lugar? —Salió Galán Goldener por la puertecilla con una gran sonrisa.

—¡Oficial! ¿Qué hace aquí? No me lo diga, ha olido mi perfume dulzón —se atrevió a bromear, empujada por la dicha de volver a verlo.

—Ya veo que está de buen humor, milady. Suba, Inglaterra nos espera.

—¿Y cómo sabe que voy a Inglaterra? —le siguió el juego, apoyando su delicada mano sobre la de él para subir al carruaje y tomar asiento en el mullido cojín relleno de plumas.

—Por favor, lady Rosalie, creo que hemos compartido bastantes noches como para que pueda adivinar sus pensamientos.

—¡Milord! —gritó en un susurro—. Haga el favor de no hablar tan a la ligera. Pocas personas pensarían bien ante esa afirmación que acaba de pronunciar.

Míster dorado rio a media voz y se sentó con un movimiento lleno de energía.

—Me alegro mucho de que haya decidido tomar esta decisión. Ya verá que todo será más fácil cuando lleguemos a nuestro destino.

—Es usted muy optimista. Al lado de mi tío Jack no existe la palabra fácil, y si hablamos de mi primo Francis...

—¡No me hable de ese hombre!

Cualquier persona odiaría a Francis, pero Galán lo hacía con todas sus fuerzas y Rosalie no terminaba de entender sus motivos para tanta inquina.

—Está bien, oficial. No le hablaré de nada que haga despertar su lado indómito. ¿Cree que con estas monedas pueda comprar un pasaje? —Sacó su saquito y se lo mostró a su compañero.

—¡Qué ganas tiene de insultarme, milady! ¿Acaso cree que permitiré que usted pague algo mientras yo esté a su lado?

—¡No permitiré que me mantenga! Soy una mujer independiente —afirmó, recordando las palabras de la nana Theresa y levantando ligeramente su mentón.

—Está bien milady, deme su dinero y yo trataré de encontrarle un billete acorde a lo que tiene ahí guardado. ¿O tampoco me permitirá negociar con los buques?

Rosalie confiaba en él por lo que, sin dudarlo, dejó todos sus ahorros en aquellas manos enormes.

—Espero que no malgaste, me conformo con una cama de litera. No puedo permitirme el lujo de perder ni un solo franco en nimiedades. No sé a qué me enfrento.

—Está bien, milady. Como desee.

Galán la miró fijamente. No dejaba de sorprenderse con la humildad y sencillez de la que fuera, muy posiblemente, una de las mujeres más ricas de Gran Bretaña. Vestida como una doncella, y ni siquiera una doncella de alto rango, guardaba las formas y presumía de una educación digna de altos cargos. ¡Era encantadora! Había tratado de

mantenerse alejado de ella. Pasaron algunas noches juntos, hablando en voz baja en aquellas escaleras o en alguna alcoba. Pero no había vuelto a besarla.

Se sentía infame al recordar que se había atrevido a tocarla. Ella era la hermana del Coronel Ringwood y merecía un respeto. No solo eso, era su misión. Y además... Además ella había sido violentada por su primo Francis. Tal y como le había contado la hija del vizconde, esa asquerosa rata no solamente la había pegado, sino que había abusado de ella íntimamente. No podía saber el alcance de esa violación, pero lo último que necesitaba lady Rosalie era un oficial que no supiera controlar sus instintos animales.

Como buen depredador, ella era una presa demasiado succulenta para mantener el temple. Era una hada del bosque, un trocito de miel que le encantaría devorar. ¡Qué trabajo tenía amansando al oso que amenazaba con despertar!

No dejó de mirarla en todo el camino aunque trató de disimularlo, estaba seguro de que ella se había dado cuenta. Estaba enamorado de su sonrisa, de su nariz puntiaguda y de su pelo sedoso. No importaba que lo llevara recogido con estricta rigidez, los mechones más rebeldes se le escapaban y dibujaban un bonito lienzo alrededor de su rostro ovalado. ¡Y qué decir sobre sus labios! No eran voluptuosos, pero eran grandes y sensuales acompañados por una dentadura cuidada y reluciente.

—Está anocheciendo, deberemos parar a descansar.

—Pensaba que Brest estaba más cerca. Quizás se me hizo más corto el camino cuando vine. ¡Qué recuerdos! Mi pobre *madame* me ayudó con la nana Theresa y me llevó a su casa sin apenas conocerme.

—¿Por qué sigue llamándola *madame*? Ya no es su ayudante.

—Para mí siempre será mi *madame*. Alice merece todo mi respeto. Solo deseo que, tal y como me ha contado, esté bien.

—Está bien. Sé que Hugo es un poco...diferente. Pero estoy convencido de que profesa un profundo afecto por su amiga. No le hará daño. Detrás de todas esas capas de hierro y hielo se esconde un buen hombre.

—Estoy convencida de ello.

Pararon en un hospicio de camino que rozaba la indecencia. Pero no había otra cosa hasta llegar a Brest y estaban todos agotados, incluidos el cochero y los caballos.

—Espero que no le importe que durmamos aquí, milady. No hay otra cosa hasta...

—No se preocupe —lo cortó—. Ya le he dicho mil veces que no soy una dama melindrosa, ni siquiera me considero una dama a estas alturas —soltó una risa nerviosa mientras bajaba ayudada por Galán. Lo que vio la horrorizó pero trató de calmarse. Había mujeres de vida alegre en las esquinas y los hombres hablaban con ellas sin ningún pudor. Nada que no hubiera visto en los suburbios de París, pero jamás dejaba de impresionarse con esos escotes abiertos y esos hombres con los ojos lujuriosos.

El ambiente olía a cerveza y una música escandalosamente pecaminosa abordaba los tímpanos de cualquier desgraciado que parara ahí. Galán la apretó contra él mientras el lacayo se encargaba de pedir las habitaciones. Lo miró de soslayo, ¿por qué la estaba apretando tanto?

—Siento incomodarla, lady Rosalie. Pero debemos aparentar cierta relación entre nosotros. No quisiera que ningún hombre se atreviera a insinuarse frente a usted.

Rosalie alzó ambas cejas. ¿Acaso creía Galán que alguien se atrevería a acercarse a él? A su paso los mortales se apartaban, medía casi tres metros y era tan ancho que no pasaba fácilmente por las puertas. ¿Quién iba a pensar en insinuarse a su acompañante?

Todo pasó muy rápido, estaba claro que lord Goldener quería protegerla y minimizar cualquier imagen escandalosa que allí pudiera encontrarse. En cuanto el lacayo volvió con

un par de llaves subieron a toda prisa a las habitaciones. Rosalie reparó en que una familia decente dormía en el mismo pasillo. Lo que no imaginaba era que tuviera que compartir la habitación con el oficial. De las dos llaves que había visto, una correspondía al cochero.

—¡Oficial! ¿Cómo se le ocurre? —reclamó mientras Galán cerraba la puerta con llave.

—Milady...

—Si el hecho de que hayamos compartido algunas noches en la mansión de la Duquesa le ha hecho pensar que dormiré con usted en un lugar público está muy equivocado.

Rosalie habló con la voz dubitativa. Por un lado, se sentía ridícula con ese ataque de decencia después de haber deseado que la besara en multitud de ocasiones y haber compartido conversaciones íntimas. Pero por otro, se veía con la necesidad de salvaguardar su honor porque no quería que Galán la tomara por una mujer fácil y que pensara de ella lo peor. Las mujeres debían mostrarse decentes aunque por dentro estuvieran ardiendo. O al menos eso le había enseñado la nana Theresa.

—No la dejaré sola en un lugar como este.

—Al lado hay una familia, los he visto entrar.

—De cada dos personas decentes en este lugar, diez son indecentes. Así que, milady, perdóneme pero no accederé a que abandone esta alcoba sin mí.

—¡Oh, lord Goldener! Me olvidaba de que es usted una mula.

—¿Una mula? ¿Yo?

El oficial estalló en una carcajada limpia mientras se sacaba el chaqué.

—¿Qué le hace tanta gracia? —inquirió ella, dejando su equipaje sobre una cómoda polvorienta.

—No soy yo el que se ha pasado cinco años negando una realidad. Si alguien aquí pudiera obtener el premio a la testarudez, sería usted.

—¡Milord! —se indignó, abriendo los ojos de par en par—. No sabía que tuviera ese concepto sobre mi persona.

Frunció el ceño y le dio la espalda, ¿qué se creía ese hombre?

—Yo dormiré en el diván... o lo que queda de él —oyó a sus espaldas.

—¡Ni hablar! No permitiré que duerma en ese trozo de hierro roto. Dormirá en la cama —Se giró hacia él de nuevo.

—Si alguien la entiende debe ser un erudito.

—Oficial, una cosa es la decencia y otra la crueldad. Usted no tiene ninguna obligación real de acompañarme y si lo está haciendo es por el respeto y el amor que le guarda a mi difunto hermano. ¿Cómo piensa que voy a dejar que duerma en tan pésimas condiciones habiendo una cama enorme en medio de la habitación? Ya me han visto entrar aquí con usted, pero no pueden ver lo que hacemos aquí dentro así que... Con unas almohadas en medio de los dos bastará.

—Como desee, milady —Se tiró sobre el lado derecho de la cama con las botas, los pantalones y la camisa.

Rosalie lo miró escandalizada. ¿Ni siquiera se sacaba los zapatos para tumbarse en la cama? ¡Pobre oficial! De seguro había dormido en peores circunstancias y en peores lugares, por eso estaba acostumbrado a vivir de ese modo. Ella, en cambio, le gustaba mantener ciertas manías. Se descalzó y se quitó el vestido detrás de un biombo mugriento.

—Oficial, cierre los ojos, por favor.

Galán, que había estado observando su sombra a través de la tela del biombo, obedeció.

—Ya está, milady.

La gacela corrió con camisola hasta el lecho y se cubrió rápidamente con las sábanas para después colocar una almohada entre ella y mister dorado. Comprobó, con cierta sorpresa, que las sábanas olían bien. Quizás era la parte más limpia de toda la habitación.

—Ya puede abrirlos.

Rosalie no vio como su compañero de habitación abría los ojos, pero sintió el chispeo dorado caer sobre su rostro. La estaba mirando por encima de la almohada. Ella le había dado la espalda, temblorosa y emocionada.

—¿Está cómoda, milady?

—Sí, sí... oficial —musitó, enterrando el rostro entre sus brazos, avergonzada—. Pero la música es muy fuerte, ¿no cree?

—Creo que deberemos aguantarla unas horas más. ¿Apago la vela?

—No, por favor. Me gusta dormir con un poco de luz.

No tuvo ni idea de cómo lo consiguió, quizás fuera en el momento en que la música dejó de sonar, pero terminó durmiéndose. Se quedó dormida junto al aroma fresco de lord Goldener. Y no sabía si él también estaba dormido, pero no lo oyó decir nada más.

Desgraciadamente, esos minutos de sueño duraron muy poco. En cuanto la música dio paso al silencio, otro tipo de ruidos la despertaron. Se asustó porque nunca había escuchado algo igual. Se incorporó y se quedó sentada con las orejas bien atentas a esas voces.

Eran gemidos. Una mujer gritando o quizás varias y luego unos golpes de cama. Sin quererlo, un extraño sudor se apoderó de su piel aterciopelada.

—Milady...

—Oficial... ¿Qué es eso?

Había leído alguna escena subida de tono, pero no sabía qué ruido hacían esos besos ni esos abrazos. En el apartamento que había vivido junto a Alice jamás había oído algo parecido. Así que era su primera vez como oyente de un acto impúdico.

Galán se removió incómodo y miró el rostro enrojecido de Rosalie. Seguramente jamás había oído los gemidos de una mujer en pleno orgasmo y aunque estaba visiblemente excitada, también estaba confundida.

—No sabría decirle —mintió, tratando de respetarla aunque su propia tensión iba en aumento.

¡Como le gustaría oír a Rosalie gritando de placer! ¡Arrancarle el dolor que le hizo Francis! Y darle una merecida dosis de gozo y deleite.

Rápidamente comprendió que se trataba de alguna pareja y se volvió a tumbar sintiéndose realmente estúpida por haber preguntado algo tan evidente. ¿Así sonaban las relaciones carnales? La voz de la mujer no paraba de gemir e incluso juraría haber escuchado al hombre. ¡Oh, Dios! ¡Qué bochorno! A su lado, la respiración de lord Goldener cada vez se hacía más patente y ella... ella estaba tan acalorada que no soportaba ni el roce de la sábana.

—Milady, si quiere puedo darle placer —oyó al fin, al otro lado de la almohada.

—¡Oficial! —exclamó en un grito ahogado—. ¿De qué está hablando? ¡Es un...un...!

No le salían las palabras porque no las sentía. En el fondo deseaba que Galán la liberara de esa agonía que venía persiguiéndola desde que lo conoció. Decidió guardar silencio y hacerse la dormida y por algún milagro de Dios, llegaron al amanecer sin haber traspasado los límites.

∞ ∞ ∞



# Capítulo 11

## *Al buen amar, nunca le falta que dar*

*Ama a todos, fíate de pocos, no hagas daño a nadie.*  
**William Shakespeare.**

El ambiente estaba cargado de tensión. Galán ansiaba tocarla, sentir la aterciopelada suavidad de su cuerpo cuando pasaba por su lado y, Rosalie, deseaba que la tocara, aunque no tuviera valor para mirarlo por miedo a delatar sus sentimientos. Afortunadamente, la brisa del mar era un buen paliativo para esa enfermedad que habían contraído.

—Quedan pocos días para llegar al puerto —dijo Galán a la bella mujer que miraba al horizonte.

—Debo insistir en que estoy terriblemente molesta con usted, lord Goldener. Le pedí que no pagara mi viaje y me ha contrariado. No necesito viajar en primera clase.

—Milady, por favor... Olvídense de ese detalle sin importancia. Tómese como el regalo de un buen amigo.

Rosalie lo miró de soslayo intentando parecer enfadada. Hacía años que no notaba el algodón y la muselina en su piel. Dormir entre sábanas de seda le hizo recordar viejos tiempos como si estuviera más cerca de su verdadera esencia. Pese a no ser una dama caprichosa ni pomposa, era imposible negar que existían ciertos lujos a los que cualquier mujer no querría renunciar.

Galán se había asegurado de que viajara como una verdadera dama; no obstante, llamaba tanto la atención como un tenedor oxidado en medio de la cubertería de plata. Sus ropajes eran los propios de una doncella. Había

tratado de mejorar su aspecto con algunos remiendos, pero todo fue en balde. Sus trajes de lino marrón no podrían equipararse a los costosos vestidos de las damas que se paseaban con el cuello estirado por la cubierta. Ni siquiera tenía una sombrilla.

—¿No se avergüenza de estar a mi lado? Todos cuchichean sobre nosotros. ¡Lord Goldener al lado de una empleada!

—¿Cómo puede avergonzarme estar al lado de la mujer más hermosa de este barco? En realidad, esas personas que la miran con tanto descaro tan solo la envidian. Si supieran quién es, milady, deberían besarle los pies.

El sonrojo se hizo patente en sus mejillas, pero gracias al sol pasó desapercibido. No habían tenido tiempo a parar para comprar ropa; o, más bien, no había creído necesario hacerlo porque no supo que viajaría entre condes y barones hasta que embarcó. Poco le importaba lo que pensarán aquellas personas que una vez le dieron la espalda. Era una mujer nueva, orgullosa de su piel ligeramente tostada y de sus manos deformadas por la aguja.

—Será mejor que me retire a mi camarote, oficial. No quisiera causarle una jaqueca a la Condesa de Mineey — Indicó a una señora que la miraba fijamente con el ceño fruncido.

—¿La conoce?

—Los conozco prácticamente a todos —susurró, mirando a su alrededor—. Pero ellos se han olvidado de mí. ¿Quién pensaría que soy la hija del difunto Duque de Bedford?

—Más tarde ordenaré que le manden la comida del mediodía.

—¿Puedo negarme?

—En absoluto.

Los días a bordo del buque fueron espléndidos. Los paseos con olor a mar eran una gran inspiración para lo que estaba a punto de hacer. La compañía del oficial era halagadora y jamás aburrida, ¿qué más podía pedir? En

ocasiones se acordaba de la nana Theresa y de lo mucho que hubieran agradecido esas comodidades en su viaje a Francia. Dudaba mucho de que se hubiera enfermado de haberlas tenido.

Las campanas repicaron con alegría cuando el puerto de Felixstowe asomó en el horizonte. Una marea de sentimientos la ahogó. Estaba feliz, emocionada por estar de nuevo en su hogar. Pero no podía negar, porque sería muy hipócrita hacerlo, que tenía un poco de miedo. No sabía lo que la esperaba.

El muelle no le pareció tan horrible como la primera vez que lo visitó. Seguramente porque se había acostumbrado a los olores callejeros, a la muchedumbre y a los gritos de esta misma.

—Seguiremos el plan que habíamos trazado desde Francia, ¿verdad?

—Sí, oficial. Primero visitaremos las tierras que regentan aquellos campesinos que eran fieles a mi padre. Quiero que me cuenten la situación actual en Bedford. Ellos son leales y jamás me pondrían en peligro además de ser una fuente fiable de información.

—¿Está segura? Hay personas que por un poco de dinero serían capaces de cualquier cosa.

—Y esas personas suelen ser los ricos.

Pusieron rumbo hacia una de aquellas casas humildes edificadas en Bedford. Lo hicieron con la máxima discreción posible, intentando evitar caminos concurridos. Después de algunos minutos a trote rápido y certero, Rosalie avistó de lejos al viejo señor Peter, un campesino de avanzada edad que la había consentido desde que era una niña. Su padre nunca fue un hombre altanero, por lo que había tenido la fortuna de conocer a aquellas familias que hacían de Bedford una propiedad próspera y fructífera.

A lomos de la yegua que lord Goldener le había conseguido al llegar a Inglaterra, se acercó a la casita del señor Peter con una sonrisa. Al principio, el viejo campesino

tuvo que achinar los ojos para verla con claridad. Pero cuando consiguió hacerlo, su rostro rejuveneció de inmediato.

—¡Milady! —gritó, entusiasmado. Tiró la azada a un lado y corrió hacia ella.

Sabía que su gente no la decepcionaría. Intentó devolverle su saludo efusivo descendiendo del caballo con presteza.

—¡Señor Peter!

—Oh, la pequeña señorita Rosalie —agradeció hacia el cielo—. Pensábamos que le había ocurrido lo peor... Tantos años sin verla. Por favor, pase y siéntese. Sé que nuestra casa es muy humilde, pero...

—Por favor, señor Peter —lo cortó, siguiéndole los pasos—. ¿Qué es la humildad sino una cualidad? Recuerdo haber jugado con su hija en este mismo patio. Por cierto, ¿cómo está?

Un silencio tenso e incómodo se hizo presente hasta que la vieja María salió de la cocina oliendo a sopa de pollo. María era la esposa de Peter, una mujer con el ojo tuerto y una pierna vaga, pero su desafortunado aspecto no tenía nada que ver con su carácter alegre y cariñoso. O al menos así lo recordaba Rosalie hasta que vio en la vieja María la sombra de la tristeza sobre su arrugado rostro.

—Yo esperaré aquí fuera —anunció lord Goldener con una sonrisa y cuadrándose en la puerta.

—Oh, no. Por favor, pase y siéntese milord —insistió el viejo Peter—. Mi mujer hace el mejor té de todo Bedford.

Lord Goldener se sintió abrumado por la sencillez y la calidez de esa proletaria morada. Rosalie, como una pequeña flor silvestre, se había sentado en uno de los banquillos gastados con mucha soltura. La imitó. Cuanto más la conocía, más inevitable era admirarla. Era una mujer llena de valores, un imposible en esa sociedad llena de conversaciones banales, lujos y damas frívolas.

—¡Pequeña Rosalie! —Se acercó María, mirándola a través del ojo bueno—. ¡Mírate! ¡Ya eres toda una mujer! Perdona la familiaridad, supongo que no te molestará que siga tuteándote, como creciste entre nosotros como si fueras una más. ¡Ay! Mi querida Marta, qué feliz se hubiera puesto de volver a verte. Nos sentimos muy apenados cuando te fuiste.

—Señora María, qué alegría volver a verla. De entre todas las cosas que he echado de menos de este lugar, su gente ha sido la que más tiempo ha ocupado mis añoranzas. ¿Cómo podría molestarme que usted me tuteara? ¡Es casi como una madre para mí! ¿Y Marta? ¿Ya se ha casado? No la veo —Miró a su alrededor en busca de esa cabellera rubia y ondulada de la que su querida amiga había presumido desde la infancia.

—Oh, querida... —Le sirvió una taza de té al mismo tiempo que hacía lo mismo con el oficial. —Espero que le guste.

—Estoy seguro —complació Galán, cogiendo la taza con precaución de no quemarse.

—Señora María... ¿Y Marta? —insistió Rosalie con menos alegría y más preocupación.

—¡Ese maldito cerdo nos la arrebató! —gritó el señor Peter, irreconocible.

—Peter, Peter —Trató de calmarlo María sosteniéndolo con fuerza. —Vas a asustar a nuestros invitados.

A Rosalie se le hizo un nudo en la garganta, incapaz de seguir degustando esa taza de té que tantos recuerdos infantiles le había traído a coalición. Apartando la melancolía de su actitud, miró con seriedad al viejo y fiel campesino. ¿Qué era lo que lo había trastornado tanto? Jamás lo había visto gritar, ni siquiera enfadarse.

—Si he hecho alguna pregunta indiscreta, les ruego que me perdonen —corrió a decir, sintiéndose culpable.

—¡Oh, Rosalie! ¿Ves lo que has conseguido Peter? —reclamó la señora María, sentándose al lado de ella y

cogiéndole el mentón con afecto—. Tú no has hecho nada malo, niña querida. Es este viejo que ya no sabe cómo comportarse.

—Señor, siéntese con nosotros y cuéntenos qué ha pasado —habló lord Goldener, ligeramente encorvado porque no cabía fácilmente en la banqueta.

El hombre cogió aire y siguió el consejo del joven caballero, tomó asiento al otro extremo de la mesa y los miró con cara de arrepentimiento.

—No tendría que haber gritado.

—Olvídese de eso, señor Peter. He vuelto para recuperar Bedford —explicó—. Y si hay algo que tenga que saber, cuéntemelo. Necesito saber a qué me enfrento.

—Esa sucia rata de Francis Ringwood, el hijo del Duque. Un día pasó por aquí y por desgracia vio a nuestra querida Marta. Ese hombre está enfermo, ni siquiera puede considerarse un hombre. ¡No sé qué tiene en la cabeza! Con setenta años que tengo he conocido a todo tipo de personas. Algunas malvadas, otras ruines. Ladrones, mercenarios e incluso dementes. Pero lo de ese chiquillo... Lo de ese chiquillo no tiene nombre —A Rosalie se le puso la piel de gallina.—Dios sabrá a cuántas mujeres habrá deshonrado. A cuántas mujeres habrá matado. No sé qué clase de animal es o qué madre lo parió... Seguramente su madre hizo un pacto con el diablo para engendrar a semejante alimaña porque no hay explicación racional ni humana ante Francis Ringwood. Tiene a todos los empleados asustados. La gran mayoría se han ido por temor a que sus hijas corrieran la misma suerte que la mía. Esto ya no es lo que era antes, lady Rosalie. Esto es un infierno. No hay comida, nadie se preocupa de los enfermos y veinte hombres hacemos el trabajo de cincuenta. Yo ya soy viejo y no tengo a dónde ir, pero las más jóvenes están abandonando Bedford. Mire, mire nada más por la ventana. ¿Acaso ve la gente que antes vivía por aquí? ¿No ve los campos dejados y sin cosechar? Están secos, áridos. Todo se

ha perdido... ¡Si su padre levantara la cabeza se volvería a morir del disgusto! Y su hermano... Si su hermano le hubiera buscado un marido con el que dirigir todo esto... ¡Ay, Dios!

Rosalie lo escuchó en silencio, con las lágrimas agolpadas en sus retinas y el gesto compungido.

—Al irse usted, el Duque se marchó a su residencia principal. Esa que está asociada con la parte del título. Yo no entiendo de esas cosas de ricos, pero es lo que se rumorea en el pueblo y lo que he podido saber en la taberna —continuó el señor Peter—. Y el hijo se quedó aquí, libre para comportarse como el animal que es. Dios sabrá qué horrores están viviendo en la finca, milady. Allí había doncellas y... yo que sé. Solo sé que el Duque ya no está. Seguramente ni él mismo quiere saber nada de su hijo. Al parecer no quiere casar a su hijo porque de hacerlo, perderían el patrimonio. Creo que guardan la esperanza de encontrarla. Y que se case con él para tener todo esto legalmente. El tabernero me dijo que la habían buscado por todas partes, mala hierba nunca muere. ¿Sabe usted? No se rendirán fácilmente.

—Es mejor que te vayas, pequeña —comentó María—. Aquí estás en peligro.

—Ya me fui una vez, no volveré a hacerlo —sentenció, haciendo brillar sus ojos de color avellana.

—El Duque sigue siendo tu tutor.

—Pero no es mi dueño.

—Solo hay un camino para volver a tener el control de Bedford y nadie quiere eso para ti. Sabemos que el Duque no aceptará que te cases con ningún otro hombre que no sea tu primo. Es un pez que se muerde la cola, ¿no es cierto? La herencia es tuya, pero solo la puedes tener si te casas con quien tu tutor permita. Y ellos solo pueden acceder a las riquezas casándose contigo... Así que... es complicado mi niña.

—El dinero, las tierras y todo lo demás me pertenece. Son codiciosos y esa será su perdición.

—Hagas lo que hagas ten mucho cuidado. No queremos que te suceda lo mismo que a Marta.

No quiso preguntar los detalles de la muerte de Marta. Lo consideró una falta de respeto hacia sus padres, pero sobre todo quería protegerse a sí misma del miedo.

—Buscaremos un hospicio —dijo lord Goldener al salir de la casa del señor Peter.

Les habían ofrecido un lecho, pero necesitaban hablar. Necesitaban decirse todo lo que pensaban después de enfrentarse con la realidad y lo último que deseaban era seguir en esa casa donde la tristeza se apoderaba del alma.

Rosalie no dijo nada y solo asintió con la cabeza. Se subió a la yegua y siguió a míster dorado hasta la taberna donde gracias a una capa pudo pasar desapercibida. Desgraciadamente, lord Goldener no lo hizo.

—¡Oficial! ¿Otra vez por aquí? Su persistencia es admirable. ¿Ha venido por el asunto de lady Rosalie o a ver a su prome...?

—Hoy no estoy de humor, Tom. Dame una habitación doble.

—Oh, ya entiendo —susurró el tabernero con una mirada cómplice hacia la figura femenina que se cubría con una larga capa oscura—. Aprovechando sus últimos días de soltero, ¿verdad?

—Tom...

—Está bien, está bien. Aquí tiene la llave, la misma de siempre.

Había pasado tanto tiempo en Bedford en sus visitas periódicas para continuar con la investigación del caso, que había formado lazos en el terreno. Sobre todo, en la taberna donde el dueño, Tom, ya lo conocía y le daba un trato preferencial.

Rosalie lo siguió hasta la alcoba y cerraron la puerta tras de ellos.

—Milady, ya puede quitarse la capa.



Sin embargo, Rosalie no respondió y se quedó quieta, al lado de la puerta.

—Milady... —insistió, acercándose a ella. Al hacerlo, oyó un ligero sollozo. Levantó la capa poco a poco y se encontró con una mujer completamente descompuesta.

—Lo siento, he estado aguantándolo desde que entramos en casa del señor Peter —se disculpó.

—No tiene nada por lo que pedir perdón —La abrazó en un acto instintivo de protegerla.

—Ha sido tan triste ver la desolación de esas personas a las que tanto cuidé y amé. Me siento culpable, egoísta. Si yo hubiera cumplido con mi deber y me hubiera casado con Francis, Marta seguiría viva.

—O quizás no —la contrarió, cogiéndole la cara entre sus enormes manos y obligándola a mirarlo—. Quizás solo hubiera arruinado su vida para nada.

—Mi vida está arruinada, oficial. No tengo manera de casarme, ni de formar una familia ni de olvidarme de mi hogar sin sentirme malvada y cobarde. ¿Podría usted abandonar a los suyos y hacer como si no pasara nada? Mi sentido del honor me lo impide.

—Milady... ¿qué puedo hacer para aliviar su dolor? —preguntó, desesperado.

Solo quería ver a Rosalie feliz. Y era incapaz de conseguirlo. En ella, por mucho que se esforzara, siempre asomaba una bruma gris. Una bruma de miedos, culpabilidad y desdicha.

—No puede hacer nada, oficial. Tenerlo a mi lado ya es una suerte. ¿Se imagina haber llegado hasta aquí sola? Sé de muchas mujeres que lo hubieran conseguido. ¡Pero yo soy débil!

—Me niego a creer que es usted débil. Una mujer débil no estaría aquí luchando por lo que considera suyo. Solo es una persona asustada, ¿y quién no tiene miedo?

—No tenía miedo cuando embarqué ni cuando llegué a Felixstowe. Tampoco es miedo lo que siento ahora... Sino un

peso sobre mis espaldas. Siento que la muerte de Marta recae sobre mí. ¿No ha oído lo que ha dicho el señor Peter? El pobre, en su verborrea, no se ha dado cuenta. Pero claramente nos ha culpado a mí y a mi hermano de su desgracia. ¡Si me hubiera casado antes con un hombre honorable! Jamás pensé que tendría que casarme por mantener lo que era mío... Y aunque la vida de Héctor siempre dependía de un hilo en el campo de batalla quise pensar que ese día nunca llegaría. El día en que tuviera que decirle adiós definitivamente. No puedo negar que fui una ingenua. ¿No lo cree?

Galán la apretó contra él, la abrazó más fuerte y la besó. La besó como lo había estado deseando hacer desde hacía semanas.

—No lo creo —gruñó para seguir besándola. Para decirle lo que con palabras era incapaz de transmitir.

Era injusto que una mujer tan hermosa estuviera sufriendo de ese modo. Era injusto que una alma tan generosa y bondadosa estuviera mortificada.

La despojó de su capa definitivamente dejándola con su vestido de doncella entre sus brazos. Era irresistiblemente encantadora y sus lágrimas eran el embrujo perfecto para que cayera en la tentación. Solo quería hacerla sentir bien, darle amor, cobijo.

Rosalie se dejó hacer porque lo necesitaba. Necesitaba el amor de lord Goldener. Deseaba sus abrazos y sus besos como si fueran torres de defensa de un castillo en ruinas. Él era su apoyo incondicional en una guerra sin posibilidades de éxito. El aliento cálido del oficial descendió por su cuello y lo humedeció con sus labios masculinos.

Ella, en respuesta, soltó un ligero gemido muy parecido a aquellos que había escuchado en el hospicio de Francia. Solo quería dejarse llevar, olvidarse por un instante de su desgraciada condena y de su vida malherida.

—Sería capaz de amarla —oyó en medio del éxtasis—. Si es que no la amo todavía. Es tan... tan diferente. No hay día

que no me enamore más de usted, milady.

Lord Goldener necesitaba olvidar que esa mujer era la hermana del coronel Ringwood y ceder a su necesidad de amarla hasta el fin. Ella lo necesitaba y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para darle felicidad, aunque solo fuera pasajera, momentánea. Quería verla sonreír de una vez. Una sonrisa llena, lejos de la tristeza.

—Milady, si no tiene inconveniente... esta noche quiero hacerla mía.

Un silencio se hizo patente, haciendo tragar saliva a lord Goldener.

—Por favor —dijo ella al fin, abrazándose a él con fuerza—. Por favor, hágalo.

*"En el fondo de mi alma sabía que era una locura. Pero ya tenía veintisiete años y mi vida estaba arruinada, no tenía familia y solo me quedaban los problemas. Él era ese rayo de luz en mitad de la oscuridad, esos ojos dorados en mitad de la desgracia. Lord Goldener era atento, protector y todo lo que una mujer pudiera desear. Además de eso, sentía que no existía otro hombre mejor que él. Disfrutaba de su compañía, de su belleza y quería que me hiciera sentir especial, única."*

∞ ∞ ∞

# Capítulo 12

## *Las abejas del panal*

*Los seres humanos no nacen para siempre el día en que sus madres los alumbran, sino que la vida los obliga a parirse a sí mismos una y otra vez.*

**Gabriel García Márquez.**

Rosalie le había dado el permiso para saciar sus ansias devoradoras de miel y no lo pensó dos veces, fiel a su carácter impulsivo, la besó con fuerza. Se abrió paso entre los labios femeninos para explorar su cavidad bucal como un oso hambriento. Ella, en respuesta, soltó otro gemido placentero y lo abrazó con más fuerza, cogiéndolo por los hombros que eran inconcebiblemente anchos.

La pasión los estaba consumiendo y la taberna amenazó con arder. Apenas había aire en la habitación y la cordura se esfumó asfixiados por el deseo. Galán estaba dispuesto a borrar los horrores que lady Rosalie había vivido y a hacerla suya. No le importaba que no fuera virgen; al fin y al cabo, ella no tenía la culpa de la desgracia que le tocó vivir con su primo Francis. Sabía que existían hombres que detestaban a una mujer si no era pura, incluso aunque hubiera sido violada. Pero él no era así y menos con ella.

Había dejado de abrazarla para cogerla por la cintura y tumbarla en la cama. Allí, la desnudó desesperadamente. Primero deslizó poco a poco su vestido de doncella y lo tiró a un lado y luego la despojó de su humilde corsé y de sus enaguas. Ella, completamente azorada, se llevó instintivamente las manos sobre las partes íntimas.

Lo vio sentarse un momento para sacarse las botas alemanas, los pantalones y la camisa. ¡Dios Misericordioso!

¡Estaba completamente desnudo! ¡Frente a ella! Era vigoroso y enorme.

—Esta vez no le dolerá, se lo prometo —le susurró al oído con una voz grave, cargada de tensión.

Rosalie no entendió a qué se refería con "*esta vez*", pero estaba demasiado ocupada con el cúmulo de sensaciones que invadían su cuerpo en forma de tempestad. Estaba excitada, emocionada y tontamente alegre. No sabía si se arrepentiría o no, pero estaba dispuesta a pensarlo más tarde. Era su momento, el momento de felicidad que se le había negado durante años.

Los ojos dorados del oso se clavaron sobre sus pechos, que si bien no eran grandes, eran lo suficiente voluminosos como para llenar las manos de un hombre. La obligó a apartar el brazo con el que cubría su desnudez y la besó lentamente por lugares inimaginables. Rozó su hombro con los labios masculinos, su clavícula, sus pezones y hasta su ombligo. Ella nadaba entre la risa y el placer, dándose cuenta de que cuanto más reía, Galán más se entregaba. Se comunicaban a través de gestos y de miradas, era un lenguaje no verbal que penetraba en el corazón y se anclaba en alma, quizás para siempre.

—Es hermosa, milady —gruñó mientras le sacaba las medias, la última pieza de ropa que había quedado en su cuerpo después de haber sido desnudada con ansias. Lo hizo tan lentamente que la tela de las medias rozó cada poro de sus piernas—. Tiene unas piernas perfectas —alabó, pasándole las manos por los muslos y acercándose a su intimidad de forma dolorosa.

Supo que estaría completamente enrojecida a pesar de que su piel no era muy pálida. La excitación y el bochorno no podían seguir siendo retenidos y se expresaban en su color por excelencia: el rojo.

—Oficial —suspiró con el vago intento de parar esa escena tan vergonzosa. Sin embargo, él no lo hizo. En lugar de obedecerla la besó mientras colaba sus dedos en su

feminidad. La tocó y la acarició en el lugar prohibido, ese lugar que le habían dicho y repetido que era sagrado. Se retorció bajo sus caricias, incrédula ante tanto gusto. Jamás pensó que existía algo tan exquisito—. Es bochornoso, oficial —consiguió decir cuando Galán se separó de ella unos instantes por la necesidad vital de respirar.

Él sonrió cálidamente. Tenía el pelo rubio alborotado, su media melena le caía con masculinidad sobre los hombros y la barba de tres días solo hacía que resaltar su hombría. ¡Por Dios! No existía en la tierra hombre más bello que Galán Goldener. Comprendió el porqué de su leyenda, de sus apodosos y del millar de mujeres enamoradas de él. Era fuerte, recio, cetrino, duro, grande...

Míster dorado pasó las manos por debajo de su cuerpo y la levantó, penetrándola. Le dolió un poco al principio y después, a cada embiste, fue perfectamente natural acoplarse a él. Se humedeció el ambiente de sudor, colonia y perfume. Al fin, con gemidos roncós y gritos de placer, llegaron a esa explosión que estaban buscando desde el principio. Algo caliente inundó sus entrañas femeninas y una paz embriagadora la envolvió.

Galán se tumbó a su lado y la miró fijamente. El oro de sus pupilas estaba derretido.

—Milady, si le he hecho daño... —se apresuró en decir, algo sorprendido. Estaba casi convencido de que Rosalie había sufrido una violación. Gracias a Dios, no fue así o no fue de ese modo por completo. Era suya, completamente suya. Y sabía que ya no había vuelta atrás y mucho menos después de haberle arrebatado la virginidad.

—Oficial, por favor —negó con una sonrisa—. ¿Qué daño podría hacerme usted? Es el mejor hombre del mundo —comentó, dulce y cariñosa mientras le acariciaba su pelo rubio como el sol.

—Cátese conmigo —dijo al fin, después de un largo silencio.

Rosalie abrió sus ojos de color avellana, sorprendida. No se había entregado a lord Goldener esperando una proposición de matrimonio. Sabía perfectamente que cualquier hombre en su sano juicio no haría tal cosa. Ella no era la dueña de su dote, sino su tío. Y, por ende, no podía dársela a nadie más que no fuera a Francis. En realidad, ella era pobre. Y él era el segundo hijo del Duque de Wellington. Ella había caído en desgracia, huido de su hogar y estropeado sus manos con una aguja. Él, en cambio, era una promesa de futuro. Un hombre distinguido, prestigioso y colmado de honores.

—Milord...

—No quiero más obstáculos entre nosotros. Casémonos —impulsó Galán, apretándole la mano.

—Pero ya le he dicho que sería incapaz de abandonar a mi gente. He venido aquí para ayudar a personas como el señor Peter. Marta ha muerto por mi culpa... Huyendo de mis obligaciones solo estoy causando la desgracia de aquellos a los que amo y que un día me cuidaron con tanto cariño. Sería muy egoísta por mi parte marcharme y vivir una vida plena. ¿No cree?

—¿No me ama?

—¡Lo amo! —confesó—. Lo amo...

—Entonces, escapémonos a Gretna Green y conviértase en mi esposa. Tengo una hermosa propiedad cerca de la costa, la heredé de mi padre cuando éste murió. Siempre soñé con llevar allí a la mujer indicada y ahora la he encontrado. Allí nadie le hará daño y será la dueña de todo cuanto pise. Puede redecorar el lugar y...

—Lord Goldener, cuando me he entregado a usted no esperaba una propuesta de matrimonio a cambio —dijo Rosalie un poco seria. Huir a Gretna Green no era el ofrecimiento que ella hubiera esperado. Quería luchar por su legado.

Ella no era tan impetuosa como Galán; al contrario, antes de dar un paso necesitaba meditarlo muy bien. Por supuesto

que amaba a Galán o, al menos, sentía por él todo lo que una mujer virgen podía sentir por el hombre que la ha amado por primera vez. Sin embargo, no era tan frívola como para dejarse deslumbrar por una casa al lado de la playa. Si había vuelto desde Francia era para cumplir una misión: recuperar Bedford.

—Lo sé, milady. Sé perfectamente que no es de esa clase de mujeres que se entregarían a un hombre fácilmente pues ya se hubiera casado años atrás. Me siento muy afortunado de haber sido digno de su confianza y de su amor. Y ese amor es correspondido, lady Rosalie. La amo y siento que este afecto puede crecer más con el tiempo gracias a una unión legítima.

—No lo sé... —dudó—. Déjeme pensarlo... ¿Está seguro? Es usted un hombre de posición elevada y yo no tengo una dote que ofrecerle. Ya lo sabe...

—¡Qué me importan las dotes! No busco enriquecerme a través de un matrimonio aventajado. Eso se lo dejo a los comerciantes.

¡Sí y mil veces sí! Se hubiera casado con él sin dudarlo. Él era todo cuanto había soñado desde niña, un príncipe novelesco. Pero ya no era una niña y tenía obligaciones. ¿Qué debía hacer? Galán se merecía que meditara su propuesta.

—Le prometo que lo pensaré... —prometió, entrecerrando los ojos y abrazándose al pecho de Galán, el lugar más seguro que existía.

De repente, tuvo mucho sueño...se sentía plena y feliz.

—Está bien, milady... Esperaré a su respuesta.

Un silencio armonioso tecló en la habitación hasta que unos enérgicos golpes en la puerta despertaron a Rosalie y sacaron a Galán de su ensoñación.

—¡Lord Goldener! ¡Lord Goldener! Soy yo, Rose —se escuchó un grito estridente, lleno de energía, al otro lado de la puerta.



Rosalie tardó un tiempo en reaccionar hasta que relacionó esa voz con la de su vieja amiga Rose, la hija del vizconde. Asustada por lo que pudiera pensar de ella, corrió a vestirse mientras el oficial hacía lo mismo. ¿Qué hacía su amiga allí? ¿Sería sensato revelar su identidad frente a ella tan pronto? Eran preguntas que no tuvo tiempo de formular porque cuando aún no había terminado de atar su pelo, entró la bella y rubia Rose llenando el espacio de un perfume fuerte y de una risa llena de bienaventuranza.

—¡Lord Goldener! He tenido que enterarme por uno de mis primos que había llegado al pueblo... —refunfuñó, aleteando sus pestañas y sonriendo pícaramente.

Rosalie debió fruncir el entrecejo demasiado fuerte porque llamó la atención de Rose, que la miró atónita con la boca dramáticamente abierta.

—¡Lady Rosalie!

Los ojos azules y sinceros de su vieja amiga se llenaron de lágrimas... ¿de felicidad? Antes de que pudiera decir nada, Rose la abrazó con fuerza.

—Oh, Rosalie... ¡Qué felicidad! Sabía que estabas viva. Lo sentía aquí —Se señaló su abundante pecho. —En mi corazón. Y así se lo decía siempre a lord Goldener para que no desfalleciera en tu búsqueda. Y mírate querida, aquí estás. Más hermosa que nunca. Tienes que venir a mi casa. Mi padre ha salido por unos asuntos de negocios y mi madre no pondrá ningún impedimento para que te quedes con nosotras.

—Gracias, Rose —sonrió.

Rose fue una de las pocas personas que no le dio la espalda cuando su tío Jack heredó el ducado. No solo eso, sino que guardaba muy buenos recuerdos de ella y de su carácter amable. ¡Eran amigas desde la infancia!

—No tienes nada que agradecerme. Estaremos encantados de ayudarte, ¿verdad, querido? —preguntó, mirando a lord Goldener—. Oh, ya entiendo tu sorpresa —rio

Rose al ver la cara descompuesta de Rosalie—. ¡Lord Goldener y yo estamos prometidos! ¿No es genial?

Era tanta la felicidad que irradiaba la bella Rose y su mirada era tan ingenua, que Rosalie fue incapaz de mostrarse seria. Mientras su interior se desmoronaba y su corazón se rompía en mil pedazos, se obligó a sonreír y a dar la enhorabuena a los prometidos.

Galán Goldener la había decepcionado profundamente. No solo la había decepcionado, la había herido de por vida.



Rose, de camino a su casa, se encargó de explicarle que el hermano mayor de Galán, el actual Duque de Wellington, había pactado con su padre el matrimonio. Y que, a pesar de ser un matrimonio pactado, ella no cabía de gozo ni de enamoramiento. Le explicó que había conocido a su prometido mientras éste la buscaba y que nunca imaginó que terminarían uniendo sus familias. Para ella fue un consuelo estar más cerca del oficial que se encargaba del caso de su mejor amiga y así fue como se sintieron reconfortados el uno con el otro durante más de dos años. Al parecer, Galán siempre estaba fuera por un motivo u otro y no se habían podido casar.

—¿No es maravilloso? Es un hombre tan entregado a su oficio y tan cálido... Y no me negarás que es muy apuesto —  
rio a media voz, tapándose la boca con el abanico.

Rosalie miró los ojos azules de Rose y asintió quedamente. Se sentía culpable por lo que había hecho. ¡Pero ella no sabía que estaba prometido!

—Estoy segura de que esta vez nos casaremos. Ahora que ya te ha encontrado estará más tranquilo y querrá

formar una familia. ¡Estoy deseosa de ser su esposa! Y de darle muchos hijos —susurró eso último y volvió a reír.

Rose estaba llena de vida. No había rastro de melancolía ni de pena en su rostro. Era una dama bien posicionada con todo el apoyo de sus progenitores. Sin duda, era un buen partido para el hermano del Duque de Wellington. Además, cumplía con los cánones de belleza: algo rolliza, pálida, rubia y unos ojos claros como el cielo. A su lado, ella se sentía muy pequeña, oscura y, sobre todo, nada adecuada.

—Míralo, cualquier mujer se enamoraría de él. ¿Cierto? — Señaló por la ventanilla a Galán, que iba a trote de su semental negro y miraba seriamente hacia delante.

—Sin duda —respondió, reteniendo sus lágrimas.

—¡Oh! Lo siento —Pasó el brazo regordete por encima de sus hombros. —Solo estoy hablando de mí. Es imperdonable. Debes disculparme, ahora que estás aquí siento que volvemos a ser las mismas de antes y no he podido contenerme... Por favor, cuéntamelo todo de ti. ¿Dónde has estado? ¿Qué has hecho? ¿Y qué planeas hacer?

—No te preocupes —la tranquilizó, limpiándose las lágrimas—. Yo también estoy muy feliz de verte de nuevo y, de veras, me alegro por ti —Se esforzó en sonreír. —He estado en Francia y he trabajado —Mostró sus manos deformes y levantó su falda de doncella.

—Rosalie, debe haber sido horrible —se estremeció Rose.

—Al principio lo fue, pero luego fui feliz. Todo lo feliz que puede ser una persona a sabiendas de que ha dejado atrás todo...

Rose apretó los labios y la miró con comprensión.

—No puedo ni imaginar lo que habrán sufrido sin mí — continuó—. Lord Goldener me encontró y ya no pude seguir escondiéndome. Necesitaba regresar y coger las riendas de todo cuanto perdí. Está siendo muy duro... No sé si sabes que Marta...

—Lo sé —sentenció—. Y sé que ese enfermo ha seguido haciendo de las suyas. Mi padre no lo tolera y no lo ha invitado más a casa desde que su padre se mudó a otra mansión. No lo quiere cerca de mí ni de ninguna mujer que esté en nuestra propiedad. Es un monstruo. Han intentado ocultarme sus barbaridades... debo mantenerme pura. Pero es imposible desconocer sus crímenes. Mató a Marta sin contemplaciones después de violarla... ¡Pobre señor Peter! Guardaba muy buenos recuerdos de esa familia. Aunque a mi padre le disgustaba que me relacionara con tus campesinos... ¡Eran tan buena gente! Marta era muy conocida en el pueblo por ser una joven respetuosa y entregada a la comunidad. Incluso se rumorea que estaba punto de contraer nupcias con el hijo del tabernero.

—¿El hijo de Tom?

—Sí, fue un duro golpe para ellos también. De hecho, no hemos vuelto a ver al hijo de Tom desde la muerte de Marta.

—Por esto he venido —suspiró con fuerza.

—Pero ¿qué piensas hacer? No veo otra salida que la de casarte con él. Y nadie desea eso para ti, Rosalie.

—No lo sé. No sé si me casaré con él, no está en mis planes. Solo sé que debo detener esta locura. Bedford es mío.

—Eres una mujer.

—Precisamente porque soy una mujer es que estoy aquí y no lejos, formando una familia.

—Quizás es lo que deberías haber hecho —sinceró Rose—. Siento ser tan sincera, pero no miento cuando digo que te guardo un profundo afecto. No sería capaz de verte sufrir.

Rosalie sonrió y abrazó a Rose. —Gracias, siempre fuiste una buena amiga. No te merezco.

—¿Merecerme? No hables en vano. Eres la mujer que más merece mi amistad. Cuando llegemos a casa te daré un par de vestidos que todavía no he estrenado. Quizás te irán un poco anchos pero tengo una doncella que hace maravillas con la aguja.

—Yo también sé coser. Era mi trabajo en Francia.

—¡Nada de trabajo! ¡Eres lady Rosalie! Por Dios, querida. Si esos desgraciados no te hubieran arrebatado tus riquezas, serías más rica que yo —rio Rose inocentemente—. Mañana mandaré a Tracy al pueblo y haré que confeccionen al menos un par de vestidos más. Ya verás, todo volverá a ser como antes... O mejor.

—Dios te escuche.

—Veo que no has perdido la fe.

—Jamás la perderé, pase lo que pase —Miró a Galán a través de la ventana y se convenció a sí misma que lo olvidaría.

*“Me sentía decepcionada, culpable y dolida. No era lo que hubiera esperado después de mi primera vez con Galán. Descubrir que el amor de mi vida estaba comprometido con mi mejor amiga... fue horrible. Tenía que alejarme de él, por el bien de Rose... ella estaba enamorada.”*

∞ ∞ ∞

# Capítulo 13

## *Amores reñidos son las más queridos*

*Allí donde habla el corazón, es de mala educación que la razón lo contradiga.*

**Milán Kundera.**

Jane Moore, vizcondesa de Bedford y madre de Rose, asignó a Rosalie una de las habitaciones principales de la mansión. Lo hizo con amabilidad y evitando cualquier pregunta que pudiera incomodar a la invitada.

«*Son buenas personas*», pensó Rosalie una vez instalada en la recámara.

—La cena está lista —le anunció el mayordomo después de pasar un día ajetreado con Rose que no la dejó sola ni un solo instante hasta el anochecer. Su mejor amiga se había encargado de hacerle saber lo importante que era para ella el matrimonio con Galán.

—Gracias —dijo con una ligera sonrisa mientras se detenía unos segundos frente al espejo.

Llevaba uno de los vestidos que Rose le había prometido. Era de color miel con bordados verdes en el pecho y en las mangas. Una doncella, muy hábil con la aguja, había tenido la generosidad de ajustárselo a su talla y debía admitir que le quedaba muy bien. Su peinado, por primera vez en años elaborado por una criada, era de lo más complejo y pomposo que había llevado nunca. No le gustaba ese estilo, pero Rose había insistido en que lo llevara para esa noche especial porque era tendencia en los salones londinenses. Así que, ante la premisa de ser la última moda, debió

aceptar esa multitud de trenzas enrolladas en un moñete extravagante.

—¿Bajamos juntas? —interrumpió Rose, engalanada con un precioso traje princesa de color rosa con muselina dorada en la cintura y en los bajos. Estaba radiante y, por supuesto, también llevaba un peinado trenzado—. ¡Hacía tantos meses que lord Goldener no cenaba aquí! Estoy muy feliz de que haya aceptado la invitación de mi madre. Por norma general, prefiere hospedarse en la taberna. Estoy segura de que este es el indicativo de que esta vez sí habrá boda. La verdad es que ya lo estoy deseando. Los salones empiezan a comentar y...

Rose era incansable y su palabrería también. No la recordaba tan habladora o quizás su experiencia en la vida hacía que la viera diferente. Se había acostumbrado al duro trabajo, a las conversaciones necesarias y al tosco carácter de su *madame* Alice. El almibarado comportamiento de su mejor amiga no era más que una pequeña muestra de lo que se cocía en las altas esferas británicas. La gran mayoría de las jóvenes solían mantener conversaciones superfluas y a comportarse como pastelitos de crema en mitad de una mesa cubierta por mantelería de seda.

A su lado ella se sentía seca, seria y taciturna. ¿Cómo iba lord Goldener a enamorarse de ella teniendo a Rose como prometida? ¡Qué estupidez! De hecho, no tenía derecho ni a pensar en ese tipo de afirmaciones... ella no era legítima, solo una mujer cualquiera que se había entregado a un hombre en una taberna.

Rose la guio por un sinfín de pasillos decorados con sumo gusto que ya tenía el placer de conocer gracias a otras visitas anteriores. Pronto llegaron al salón de cenas, un espacio no tan grande como el que tenía ella en su mansión, pero digno de los vizcondes de Bedford.

Jane las estaba esperando con una sonrisa comedida y lord Goldener se levantó de la silla para ofrecerle el brazo y acompañarla a su silla. Rosalie se quedó de piedra al ver el

brazo de Galán frente a ella y se sintió terriblemente incómoda ante las damas Moore. ¿Cómo se atrevía a dejarla en evidencia públicamente? Notó el desconcierto de Rose inmediatamente, así como el desvanecimiento de la sonrisa de Jane.

—Oh, lord Goldener es tan caballeroso —dijo al fin Rose, rompiendo con la tensión—. Eres afortunada amiga mía, él quiere que te sientas cómoda después de todo lo que has sufrido.

—Todos hemos sufrido mucho por ti, lady Rosalie —convino la vizcondesa volviendo a sonreír.

Ante el beneplácito de sus anfitrionas no tuvo más remedio que aceptar el brazo extendido de mister dorado, pero no lo miró a la cara ni un solo instante ni le agradeció el gesto. Es más, se mostró tan descortés como le fue posible sin rayar a lo sospechoso.

La cena se desarrolló con normalidad o, al menos, en una aparente normalidad porque ella era incapaz de tragar con los ojos dorados de Galán sobre ella. Temía que Rose sospechara algo o que la vizcondesa pudiera malinterpretar sus intenciones. ¡Como si no tuviera suficientes problemas! Galán era un indeseable maleducado, impulsivo y bestia. Si lo apodaban el oso tenían muchos motivos para hacerlo además de los físicos. Era un animal sin raciocinio.

Trató de corresponder las amabilidades de Rose y su madre y cumplió con todas las normas sociales establecidas. Por momentos deseó volver al taller de costura de Alice, ese rincón en el que no cabían las falsedades ni los protocolos tediosos.

—He disfrutado mucho de la velada, lady Moore —trató de finiquitar el acto cuando ya habían tocado dos piezas de piano y habían hablado de todas las damas casadas y por casar de esa temporada—. Es usted una gran anfitriona de la que muchos deberían tomar ejemplo. Me he sentido cómoda y entretenida en todo momento.



—Me alegro, lady Rosalie. No podría hacer menos por una buena amiga de mi hija Rose. Bedford no olvida.

Supo que con esa última frase se refería a su padre, el difunto Duque, que siempre fue tan bueno y generoso con todos sus vasallos.

—Nosotras no diremos nada de tu llegada —la tranquilizó Rose—. Puedes estar tranquila y segura aquí.

—Gracias, querida amiga —agradeció, a sabiendas de que cuando llegara el vizconde las cosas no serían tan fáciles. El padre de Rose, Benjamin Moore, fue uno de los que le dieron la espalda y la vendieron a su tío Jack—. Ahora, si me disculpáis... Creo que ha llegado la hora de retirarme. Estoy agotada, ha sido un largo viaje desde Francia.

Salió del salón con el permiso de la vizcondesa y dejó a las damas Moore y a lord Goldener atrás. Al hacerlo, sintió que el aire volvía a sus pulmones. Se odiaba a sí misma por lo que había hecho. No porque fuera consciente de las verdaderas consecuencias, no. Porque en ese punto era completamente inocente, sino por haber confiado en un hombre. No debería haber caído en las garras de un ser tan primitivo que había demostrado tener muy poca o ninguna consideración hacia su compañera terrenal, la mujer. A lo largo de la historia los hombres habían vejado, humillado e infravalorado a las mujeres... *¿Qué le hizo pensar que lord Goldener sería distinto?* ¡Encima lo consideró el mejor hombre del mundo! Todo le parecía una broma de muy mal gusto.

Lo último que deseaba era encerrarse en su alcoba. Sabía que daría vueltas de un extremo a otro y que lo único que conseguiría era caer en uno de sus famosos ataques de pánico. De niña pasó muchos días en esa casa y la conocía a la perfección. Conocía la existencia de una azotea desde la que se divisaba su mansión y sus tejas azules. Deseosa de ver su hogar recorrió los pasillos y las escaleras

necesarias hasta llegar al exterior. Era un lugar alto, pero nunca le habían dado miedo las alturas.

La luna brillaba con intensidad y desde el ángulo indicado consiguió ver Bedford House. Un sentimiento cargado de melancolía la embargó y un cúmulo de recuerdos pasaron por su mente decidida a recuperar su casa y su gente. Quería volver a ver al señor Peter tan alegre como lo recordaba y que el tabernero pudiera recuperar a su hijo, quería que las mujeres de Bedford dejaran de tener miedo y que sus padres, maridos e hijos regresaran a trabajar con buen ánimo... Quería todo lo que un día su padre le legó y que su hermano nunca le quitó.

—Milady —oyó a sus espaldas, provocando que diera un respingo.

Dio media vuelta y se topó con dos luceros de oro que la miraban fijamente. Tratando de recuperar el equilibrio cogió fuerzas para marcharse, pero él no se lo permitió.

—Tenemos que hablar, lady Rosalie —insistió.

—No tengo nada de qué hablar con usted, milord. Ahora, si me disculpa, le agradecería que me dejara ir.

—Tiene que escucharme, por favor —suplicó—. Escúcheme.

—Está bien. Hable —concedió al fin, apartándose de él y mirándolo interrogante.

—Milady, jamás fue mi intención deshonorarla ni infringir daño alguno. Mi compromiso con Rose es un acuerdo entre familias. Mi hermano, el actual Duque de Wellington así lo acordó y yo acepté porque en ese momento no pensaba en el matrimonio, solo pensaba en encontrarla a usted. Acepté sin imaginar que me enamoraría de la mujer más maravillosa que existe y de la que ningún hombre sensato podría olvidarse. Sigo queriendo casarme con usted, con la miel de Bedford. Si está de acuerdo, tengo un carruaje que nos llevará a Gretna Green y en unos días será usted mi esposa sin que nadie pueda discutirlo.

—Me ofende gravemente si piensa que sería capaz de cometer semejante traición a lady Moore. Es mi mejor amiga.

—Pero usted me ama —Dio un paso hacia ella y ella retrocedió otro.

—Entiendo que un ser falto de raciocinio como usted no pueda entender que hay cosas más importantes que el amor, milord. Hay unos principios, unas valores y códigos morales por los que el ser humano debe regirse. De lo contrario, nada nos separaría de los animales. Aunque en su caso creo que tiene muy bien merecido su legendario apodo de oso.

—Merezco todos esos insultos y los que usted desee decirme. Lo merezco todo, pero no me deje sin su amor. Si nos casáramos...

—Si nos casáramos seríamos unos seres despreciables y egoístas que dejarían atrás vidas inocentes y malheridas. Sabe perfectamente la realidad que está sufriendo mi gente y conoce de sobra que no puedo recuperar mi casa si me caso con otro hombre que no sea Francis Ringwood. Y lo más importante para usted, caballero, es que debería saber que hay una mujer inocente que lo está esperando desde hace dos años. Los hombres podéis hacer y deshacer a vuestro antojo, lo he leído y vivido. Pero las mujeres se marchitan. Rose ha desperdiciado sus mejores años esperándolo así que si se considera un caballero no romperá su compromiso y se casará con ella tal y como le prometió. No tiene importancia que fuera su hermano el que formalizara dicho enlace, usted aceptó.

—No permitiré que se case con su primo.

—¿En qué momento le he dado la patria y protestad de mi vida? No sé si me casaré con Francis Ringwood, pero sí sé que no le debo ninguna explicación. Con esto, caballero, creo que está todo dicho. De ahora en lo que resta de su vida manténgase alejado de mí.

—Lady Rosalie —La cogió por el brazo y la apretó contra él en un desesperado intento de no perderla—. Sé que es usted una mujer piadosa, culta y que presume de una alta capacidad de reflexión y criterio, pero el amor no puede someterse a la razón. Quizás sea algo que no ha aprendido en sus libros, quizás yo sea un animal o un salvaje...pero sé que esto acabará estallando como lo hacen los cañones en mitad de una guerra. No sé de ciencia ni he estudiado, pero sé cómo actúa la pólvora cuando está cerca del fuego. Si no nos casamos ahora y dejamos correr este fuego con legitimidad, lo acabará haciendo de todas formas pero en peores circunstancias. Quizás usted esté casada con un enfermo y yo esté casado con su mejor amiga, pero llegará un día en que nuestros cuerpos dirán basta y se unirán en las sombras. ¿Es eso lo que quiere?

Le faltaba el aire y le temblaban las piernas. Galán la estaba abrazando con determinación y su perfume masculino hacía mella en sus pensamientos racionales. La miel se deshacía y las abejas empezaban a picar.

—Esta vez no cederé a sus impulsos —dijo en contra de su corazón, alejándose de lo único que había conocido como amor.

—Hoy he muerto, milady.

Lo miró por última vez y corrió a su alcoba donde lloró desconsoladamente hasta el día siguiente.



Galán se culpó a sí mismo una y mil veces por haber faltado a su deber. Desde que había nacido se había limitado a cumplir órdenes. Las órdenes de su padre, las de su hermano y las del ejército. Siempre supo que lady Rosalie era una misión, una mujer a la que proteger. En lugar de eso... Se había enamorado de ella y no podía sacársela de la cabeza. Quería amarla de nuevo, hacerla suya, protegerla y hacerla feliz. Pero era un imposible. Ella jamás sería feliz

sabiendo que hacía daño a otras personas. Y, lamentablemente, Rose estaba de por medio. No la amaba ni nunca la amó. Solo aceptó por imposición de su hermano. El vizconde había prosperado en el comercio del trigo y el grano y el Duque de Wellington había decidido asociarse con él para hacer crecer la economía familiar. Entre una de las muchas cláusulas, estaba el matrimonio entre él y lady Moore. ¿Debía renunciar al amor de su vida? ¿Tenía el deber de cumplir con las órdenes de su hermano? ¿Qué vida le esperaba al lado de una mujer a la que no amaba?

Al no haber amado nunca a una mujer le era indiferente casarse con una dama o con otra. Siempre fue un hermano entregado y obediente y cuando Will le presentó a Rose, accedió. Accedió, entre otras cosas, porque pensó que tener un compromiso con una dama de Bedford le daba la excusa perfecta para seguir en esas tierras e indagar el caso de lady Rosalie sin que le hicieran demasiadas preguntas. Es más, Rose siempre se mostró dispuesta a ayudarlo en ese aspecto y lo animó a seguir con su búsqueda cuando ya nadie creía en él. Era una buena amiga y persona... pero no era Rosalie.

—Rose, necesito pedirte un favor más —dijo Rosalie, lejos de la habitación donde Galán se estaba consumiendo por la pena y la culpa.

—Lo que quieras, ya lo sabes —ofreció la bella dama.

—¿Podrías acercarte a la señora Allen de algún modo? ¿O traerla aquí? Necesito ponerme en contacto con alguien de confianza que viva en mi casa.

—Haré todo lo que esté en mis manos para conseguir una reunión entre vosotras, cuenta con ello. Mi padre ha mandado una carta... —Levantó un trozo de papel.

—¿Y qué dice? ¿Se encuentra bien?

—Está de camino.

Las dos se miraron con preocupación y tragaron saliva sonoramente. El vizconde la delataría en cuanto la viera. Le

quedaban pocos días de anonimato...la verdad estaba a punto de salir a luz.

*"Los sentimientos estaban a flor de piel. Los años de pasividad se habían terminado y debía enfrentarme a los mayores retos de mi vida: ignorar a lord Goldener, apoyar a Rose con su compromiso y plantarle cara a Francis Ringwood. Supe que no sería fácil, pero estaba convencida de que podría con ello."*

∞ ∞ ∞

# Capítulo 14

## *Una bresca de miel*

*Todas las pasiones son buenas mientras uno es dueño de ellas, y todas son malas cuando nos esclavizan.*

***Jean Jacques Rousseau.***

Escuchó los pasos de Rose subiendo las escaleras, esperaba con ansias el reencuentro con la señora Allen. La vieja ama de llaves era la única o una de las pocas personas de confianza que le quedaban en Bedford House. Si pudiera verla y decirle lo mucho que la había echado de menos, si pudiera volver a su vida... Un olor familiar la sacudió. Era un olor ajeno a la mansión de los vizcondes. Rose abrió la puerta y apareció ¡con un plato de buñuelos de crema! ¡Buñuelos de crema! No podía creerlo. Tras Rose entró la verdadera artífice de esos dulces que le eran tan familiares.

—¡Señora Allen! —gritó Rosalie terriblemente emocionada mientras abrazaba a la vieja empleada con intensidad.

—Os dejaré a solas —oyó decir a su mejor amiga.

—Señorita Rosalie —habló el ama de llaves después del sentido abrazo y asegurándose de cerrar bien la puerta—. ¡No tiene ni idea de la felicidad que siento en estos momentos! ¡Cinco años! Cinco años sin saber de usted... Llegué a pensar lo peor.

—Yo también la he echado mucho de menos, señora Allen —correspondió—. Es una larga historia que explicar.

—¿Y su nana? ¿La señora Theresa?

—La nana murió poco después de irnos.

Qué bien le hizo hablar con la señora Allen como en los viejos tiempos. Se pusieron al día de todo aquello que creyeron relevante y se complacieron estirando los chismes e infortunios como si volvieran a ser un par de mujeres despreocupadas y ociosas. Cuando se dieron cuenta de que ya no eran las mismas, volvieron a la realidad y se miraron con preocupación.

—Quiero saberlo todo acerca de Bedford. No me oculte nada, señora Allen —dijo Rosalie, muy seria—. Ya no soy esa niña asustadiza que huyó sin mirar atrás. He regresado y estoy dispuesta a cualquier cosa por recuperar lo que es mío y devolver la felicidad a mi gente.

—¿No serviría de nada que le dijera que es mejor que vuelva a Francia?

—No —negó con rotundidad.

—Las cosas en Bedford House están como se las puede imaginar o peor. No quedan doncellas, al menos ninguna que se valga por sí misma. Las que se han quedado es porque son mayores, sufren de alguna minusvalía o... porque se entregan al asqueroso de Francis por voluntad propia.

—¿Hay mujeres que son capaces de sacrificarse de ese modo?

—Hay mujeres capaces de todo por un poco de dinero y atención masculina. No les importa ser vejadas o humilladas continuamente.

—No puedo creer que haya ese tipo de personas en mi casa.

—Cuando usted se fue cada uno mostró su verdadero rostro, milady. Pero la gran mayoría de nosotros le guardamos un profundo respeto a usted y a la memoria de su familia.

—¿Y en cuanto a usted...? —preguntó algo incómoda.

—Gracias a Dios yo no entro dentro de las preferencias de su primo Francis, pero si no me he ido de allí es por...



bien... era incapaz de abandonar Bedford; al fin y al cabo, lo considero mi hogar.

Rosalie observó detenidamente a la señora Allen. Parecía haber envejecido diez años en lugar de cinco. Tenía la cara llena de surcos y sus ojos verdes se habían quedado ocultos tras unos párpados caídos y tristes.

—¿Y Finley? ¿Regresó?

—Regresó al día siguiente de su desaparición, milady. Pero no ha vuelto a ser el mismo desde entonces. Se muestra taciturno, esquivo y casi demente. Si lo viera... Es un alma en pena.

—¿Y de mi prima Amanda? ¿Ha tenido noticias? La última vez que la vi fue la noche en la que me escapé. La dejé bajo el cuidado de Finley, debía llevarla de vuelta a su hogar. Me extraña que el joven tuviera tiempo de regresar al día siguiente —se agitó por una creciente preocupación que invadió sus entrañas.

—¿Su prima Amanda? No sabemos nada de esa muchacha. Seguramente esté con sus padres...

—Pero ¿por qué Finley regresó tan pronto? —Se levantó de la silla y la miró con el ceño fruncido—. Hay algo que no me encaja. De aquí a la casa de mis tíos maternos al menos hay tres días de viaje. Debería haber tardado una semana en regresar. Y en cambio... usted dice que lo hizo esa misma mañana. ¿Dónde está mi prima? ¿Llegó a su casa?

—¡Milady! —La señora Allen se contagió de su ansiedad y también se incorporó con las manos tensas. —¿Qué insinúa?

—Insinúo que, o bien Finley no cumplió mi orden o que... alguien se lo impidió. Y el recuerdo que tengo de ese muchacho no es precisamente negativo. Más bien todo lo contrario. Finley es un muchacho que yo misma recogí de la calle y estoy convencida de que hubiera sido incapaz de desobedecerme y dejar a mi prima sola.

—¿Y ahora? ¿Qué podemos hacer? Como ya le he dicho, ese muchacho no es el mismo. Dudo mucho de que hable o

de que nos cuente algo sobre esa noche. Yo misma intenté sonsacarle información sobre usted durante muchos años y nunca me explicó que se hubiera fugado ni toda la historia con el reverendo. ¡Maldito reverendo! El muy cerdo sigue visitándonos. Si hubiera sabido que la trató tan mal... le hubiera escupido en el té —ultimó, desafiante.

—Me siento más abominable de lo que me sentía. ¿Cómo he podido estar tanto tiempo sin preocuparme de mi prima? ¡Debí escribirle!

—No lo hizo porque corría el riesgo de ser descubierta. Y recuerde que antes no tenía el apoyo de lord Goldener, debe reconocer que ese caballero la ha ayudado a regresar.

—No hable más de lord Goldener o lamentaré haberle contado nuestra historia.

—¡Milady! Debería casarse con él y... —aconsejó la señora Allen en un susurro.

—¿Ha perdido el juicio? ¿Qué parte del "está prometido con Rose" no ha comprendido? No, es un asunto que debo olvidar. Como servidora de Dios, soy agradecida y reconozco que me ha ayudado mucho. Eso es todo. Ahora, tengo cosas más importantes de las que preocuparme. Por ejemplo, de mi prima Amanda. Es inconcebible que no sepamos dónde está. Hoy mismo partiré a casa de mis tíos maternos, si está allí será agradable volver a verla.

—¿Irás sola?

—Por supuesto.

Por supuesto que no. Cuando estaba ensillando su montura, una yegua que Rose le había prestado, lord Goldener insistió en acompañarla frente a las damas Moore y éstas, que veían muy peligroso que una mujer viajara sola, le pidieron que aceptara la compañía del oficial. ¡Si supieran!

—No es necesario que lord Goldener me acompañe —repitió—. Pronto llegará el vizconde y querrá ver a su futuro yerno. El oficial ya he cumplido con su deber y estoy a salvo. No me pasará absolutamente nada por viajar a casa

de mis tíos maternos. Conozco el camino y me irá bien un paseo por mis tierras. No creo que Francis ni mi tío Jack se den cuenta de mi presencia ya que pasaré por caminos frecuentados por campesinos y dormiré en las casas de mis antiguos empleados. Son fieles y no me traicionarían. Le agradezco su hospitalidad, pero ha llegado el momento de enfrentar la realidad.

—¡Oh! ¡Si no supiera que mi padre bebe los vientos por el Duque! —se molestó Rose—. Podrías quedarte aquí con nosotras tanto tiempo como quisieras... Por favor, permite que lord Goldener te acompañe. Es muy inseguro que una mujer viaje sola por caminos de campesinos, por muy fieles que sean.

—Además de ser muy indecoroso que una dama viaje sin escolta. Ya que no podemos proporcionarte una carabina, al menos acepta la compañía del oficial.

—Milady, para mí será un honor acompañarla —ultimó el místico dorado, subiendo a su semental y dando por hecho que iba a ser su escolta.

No le quedó más remedio que aceptar. ¡Lord Goldener seguía siendo tan insistente como siempre! Y secundado por las damas Moore, era implacable. La culpabilidad la corroía al ver la cara de felicidad de Rose al despedirse de su prometido, pero decidió mirar al frente y concentrarse con sus propios problemas. Cabalgó durante algunos minutos en silencio, estaba dispuesta a no dirigirle la palabra a Galán.

—Milady, sepa usted que aunque nuestra relación haya sido finalizado por su parte, mi deber de protegerla no ha terminado. Ese deber es una promesa que le hice su hermano y no puede hacer nada para evitar que la cumpla, así que será mejor que no ponga las cosas más difíciles. No tengo intenciones de dejarla sola.

—Milord, su promesa con mi hermano ha quedado saldada.

—No, en absoluto. Usted aún no está a salvo ni es feliz.

Le molestaba profundamente que se atreviera a hablar de su felicidad cuando él era uno de los responsables directos de su desdichada vida. ¿Cómo se había atrevido a enamorarse de ella si ya estaba prometido? ¡Insensato! Decidió ignorarlo y seguir la marcha hasta al anochecer. Tal y como había previsto, ningún lacayo de su familia la había visto. Una familia de campesinos la acogió con mucha alegría, sobre todo al reconocerla.

—¡Lady Rosalie! —exclamó Lucas al verla, un hombre de mediana edad que sería muy atractivo si no fuera por su dentadura mellada y desgastada—. ¡Pensábamos que había muerto!

—¡Lucas! —Lo abrazó mientras dejaba a su yegua atada en un poste. —¡Cómo has crecido! ¡Y pensar que jugábamos con los renacuajos cuando éramos unos críos!

—Ya me acuerdo, señorita. No he olvidado nuestra infancia. Su padre era muy generoso al permitirnos disfrutar de su compañía y la de la señorita Rose, aunque lady Moore venía poco debido a las exigencias del vizconde.

—El vizconde no ha cambiado, Lucas. Sigue siendo un hombre huraño.

—Es comprensible, milady. Ustedes son de otra clase.

—A mi entender solo existe una clase, la humana —sonrió—. ¡Oh! Me había olvidado, él es lord Goldener. Oficial del ejército —presentó al oso silencioso que había dejado a sus espaldas.

—Milord —reverenció el campesino—. Por favor, pasen. No es gran cosa, pero he cocinado caldo de res.

—¿Todavía no te has casado? —bromeó Rosalie, pasando en el interior de la humilde morada de la que colgaban ajos y pimientos desde el techo hasta el suelo.

—Milady, la cosa aquí no está para traer una mujer. ¿Entiende? —explicó a su manera, sacando los platos de madera de un estante limpio pero viejo.

—Comprendo —calló de inmediato al recordar a Francis. ¡Qué estúpida! ¿Quién en su sano juicio traería una mujer

en esas tierras?

Cenaron entre risas y anécdotas del pasado, se había olvidado de lo divertido que era Lucas. Él era un huérfano que su padre tuvo a bien de darle cobijo y trabajo. Desde siempre fue un zagal espabilado, lleno de picaresca y hábil. No había cambiado y eso la reconfortaba ante tantos cambios.

—Yo me retiro a descansar —interrumpió lord Goldener, serio.

—Milord, permítame que le prepare la cama.

—No es necesario, dormiré fuera con los caballos —Se levantó y salió sin más disculpas.

Rosalie se quedó por unos instantes pensativa, pero no tardó en volver a la conversación tan interesante que estaba manteniendo con Lucas antes de que Galán los interrumpiera de forma tan descortés.

*«No soporto verla reír y ser amable con otro hombre cuando ni siquiera me dirige la palabra»*, se enfurruñó el oficial. El aire estaba templado, el verano empezaba a llegar y sacó de su zurrón un lecho improvisado. Iba a dormir a la intemperie, estaba acostumbrado a hacerlo y era un calmante natural para cualquier tipo de angustia o desazón. O lo hubiera sido si las paredes de aquella humilde casa hubieran contenido las risas de Rosalie y ese idiota. Era un idiota, un confianzudo. Y no le caía en gracia. Así como el señor Peter y su esposa María le habían parecido unas personas fantásticas, ese campesino mellado y falto de cortesía le parecía de lo más insulso, aburrido y vulgar.

Con todo aquello fue un imposible dormir. Incluso llegó a espiar por la ventana para verificar que el idiota de Lucas le daba un lecho decente a Rosalie. Por supuesto que su bella dama durmió pudorosamente sobre un montón de paja y una tela mientras ese cretino se tiraba al suelo con poco más que una cobija.

—¿Se puede saber qué le ocurre? —inquirió Rosalie al día siguiente cuando lord Goldener espoleó su semental

negro lejos de la casa de Lucas sin despedirse—. Ha sido muy desagradable con el pobre Lucas cuando él ha sido tan amable.

—Sí, ya he visto lo amable que ha sido. No es necesario que me recuerde sus incesantes risas que me imposibilitaron un sueño tranquilo y muy necesario para un oficial.

—¡Oh! Disculpe oficial por habernos reído hasta media noche. ¿Por qué espiaba por la ventana cuando las luces ya estaban apagadas y las risas habían cesado? ¿No debería haber aprovechado ese valioso tiempo para que su cuerpo de militar descansara?

—Tan solo me aseguraba de que estaba bien —mintió. ¿Lo había visto espiando? ¡Qué despropósito! —Y si me permite una sugerencia, no detendría nuestro paso hasta llegar a casa de sus tíos maternos. No es seguro divagar por estas tierras, no hemos venido de visita sino a cumplir un deber. ¿O ya se ha olvidado de su prima Amanda?

Aquello la enervó. —No soy yo la que se olvida de sus compromisos, milord —escupió, alejándose con su yegua unos pasos y mirando hacia al frente conteniendo el aliento. ¿Lord Goldener estaba celoso de Lucas? ¡Qué estupidez! ¡Era muy infantil cuando se lo proponía!

Pese a la tensión evidente entre ambos, Rosalie hizo caso de su consejo e intentó apretar la marcha con el propósito de acortar el viaje y llegar cuanto antes a casa de sus tíos maternos. Espolearon sus monturas y llegaron al anochecer a una pequeña aldea.

—Es aquí —dijo ella, mirando una casita que antaño fue la más lujosa de la zona y que ya hacía tiempo que había perdido su esplendor. Se extrañó al ver las ventanas tapiadas y la puerta cerrada con una cadena gruesa.

Sus tíos habían caído en desgracia poco antes de que ella naciera y vivían de los favores que su madre les hacía de vez en cuando. Los recordaba como personas afectuosas, humildes y realistas.

Confusa, tocó a la puerta del vecino un par de veces. Salió una mujer con gorro de dormir y una bata raída. — ¿Quién es?

—Señora Leonie, soy lady Rosalie Ringwood. ¿Se acuerda de mí? —preguntó, apartando la capa de su cabeza y mostrando su rostro ante la viejecita.

—¡La miel de Bedford! ¿Qué hace aquí? —se asustó—. ¿Ha venido a ver las tumbas?

—¿Las tumbas? —Se llevó la mano sobre el pecho.

—Milady, sus tíos fueron asesinados a sangre fría en su propia casa. Vinieron unos matones y acabaron con ellos. ¿Qué hace aquí? —repitió—. ¿Qué hace aquí? Debe irse.

La vieja señora Leonie estaba asustada y se mostraba reacia. Si era cierto lo de la muerte de sus tíos, podía comprenderla. Era una anciana solitaria con dudosas capacidades mentales y, seguramente, lo último que deseaba era tener problemas.

—Por favor, no me cierre la puerta —suplicó—. Explíqueme algo más. ¿Qué ocurrió? ¿Dónde está Amanda? ¿Mi prima?

—La pobre niña Amanda jamás regresó. Sus padres la buscaron desesperadamente poco después de saber que usted había desaparecido. Cartearon a la mansión y empezaron a hacer preguntas. Yo ya les dije que no lo hicieran —negó moviendo la cabeza en un bucle horizontal—. Yo sabía que algo turbio había detrás de la desaparición de la joven Amanda. ¡Pobre niña! ¡Pobre niña! ¡Qué desgracia!

—Señora Leonie... —Se acercó lord Goldener para hacer unas preguntas de rigor ante la desaparición de Amanda y el asesinato de los tíos de Rosalie, pero la anciana se asustó al verlo y cerró la puerta con llave. —Lo siento —se disculpó ante Rosalie.

—No se preocupe. No creo que nos sirviera de mucha ayuda, la pobre señora no parece la misma de antes —negó,

compungida y aterrada—. Mis tíos... —Miró hacia la casa tapiada. —¿Cree que ha podido ser Francis?

—No lo sé con seguridad. ¿Tenían cuentas pendientes con alguien?

—No, mis tíos eran personas queridas y respetuosas. Huían de los conflictos y amaban a su hija por encima de todo... —Empezó a andar con los ojos llorosos.

Anduvieron en silencio hasta llegar al cementerio del pueblo. Allí encontraron las tumbas de sus tíos. Rosalie lloró desconsoladamente, sintiéndose culpable. Estaba convencida de que Francis estaba detrás de ese crimen. Pero ¿y Amanda?

—No descansaré —determinó, limpiándose la cara con un pañuelo de seda—. No descansaré hasta encontrar a mi prima, recuperar Bedford y devolverle a mi gente la paz.

—Y yo estaré a su lado, pase lo que pase —La abrazó.

—Por favor —Se apartó de él inmediatamente. —Otra de las grandes pruebas que me ha impuesto la vida es la de mantenerme lejos de usted. No me abrace, se lo ruego. Provocaremos un escándalo si alguien nos ve. Esta relación... nuestra relación es escandalosa.

—La amo.

—¿Y qué importa? ¿Y qué importa? —preguntó, resistiéndose al aroma varonil de Galán, a su abrazo protector y a su calidez—. Ya nada importa... Y mucho menos nuestros propios sentimientos. Hay que luchar por el bien común.

*"La miel se había solidificado y no dejaba pasar los sentimientos. Deber. Una palabra con fuerza y mucho significado. Un principio básico por el que Galán y yo nos regíamos. La pasión era secundaria... ¿O no? ¿Quién sucumbiría al amor en esas circunstancias?"*





## Capítulo 15

### *Cuando la partera es mala, le echa la culpa a la luna*

*El hombre hace suyo un lugar no sólo con el pico y la pala, sino también con lo que piensa al picar y palear.*

***Sandor Márai.***

Después de abandonar el cementerio de la aldea el rostro de lady Rosalie parecía hecho de granito. Aquella dulzura que le era característica se había evaporado junto a las tumbas de sus tíos maternos. Su pelo castaño parecía más oscuro y sus tiernos ojos de gacela se habían perfilado de forma amenazante. Sin decir nada absolutamente nada, subió a su montura y emprendió el rumbo hacia Bedford House.

—¿Qué va a hacer? —pidió lord Goldener, siguiéndole los pasos a lomos su semental negro y haciendo brillar su cabellera rubia bajo la luna.

—Voy a hacer lo que tendría que haber hecho desde el principio.

—¿No pretenderá presentarse en casa de Francis y...?

—No es la casa de Francis —lo cortó Rosalie con una mirada furibunda—. Es mi casa.

—Disculpe —Tragó saliva, incómodo ante aquella reciente brusquedad. —¿No pretenderá presentarse en su casa?

—Pretendo y lo voy a hacer. Quiero saber qué pasó con Amanda y solo Francis puede responderme. Estoy harta de huir y de esconderme como si la que hubiera hecho algo malo fuera yo.

—Ya sabe lo que hará cuando la vea.

—No, no sé lo que hará una alimaña como Francis Ringwood. Pero sí sé lo que voy a hacer yo.

—Se mostrará violento y querrá tenerla a cualquier precio.

—Quizás le haga pensar que me tiene. Quizás no sea tan listo como se cree y quizás yo tenga las de ganar en contra de lo que todos puedan pensar o creer. Cualquiera ser humano que haya leído más de un libro en su vida debería saber que jamás hay que desvalorar a una mujer dolida y rota. Le aseguro que puede ser mucho más letal esa combinación que cualquier fuerza bruta masculina — resolvió, impasible y con la vista hacia el frente.

Galán supo que sería imposible lograr que lady Rosalie desistiera de sus intenciones. No era la primera vez que la joven mostraba su testarudez, ya había dado muestras de ella en Francia. La bondad y ternura de su amada podía convertirse fácilmente en un ejército de abejas irritadas y temibles incluso para un oso de su envergadura.

Trotaron en el más absoluto silencio durante algunas millas hasta llegar a la ansiada y amada casa de lady Rosalie. La joven no evitó que el corazón le diera un vuelco de melancolía al que tuvo que sobreponerse rápidamente si quería mostrar las fuerzas que había reunido para llegar hasta allí. El tejado seguía siendo tan azul como lo recordaba y los porticones de madera continuaban decorando la fachada principal.

Buscó con la mirada al viejo perro Sito al lado de la puerta de hierro, el lugar favorito del custodio de la casa, pero no estaba. Tampoco estaban muchos de los alerces que allí había dejado plantados tras centurias de sol y agua. Su maldito primo los había arrancado y puesto un camino de mármol en su lugar. ¡Mármol! ¡Qué vulgar! Ni que estuviera en unas termas romanas o en el palacio de Kensington. El asco le subía por la garganta y la impotencia se convertía en sudoración fría.

Supo que la habían visto en cuanto vio deslizarse unas cortinas tras las sombrías ventanas. No había escapatoria ni vuelta atrás. No iba a esperar a que el vizconde la delatara ni a que la encontraran escondida como un ratoncillo asustado. Elegante y rápida como una gacela, descendió de su yegua blanca y tocó la puerta un par de veces.

—No es necesario que me acompañe, oficial —le dijo a lord Goldener, que iba tras ella—. Solo asustará y pondrá a la defensiva a mi objetivo.

—No pienso dejarla aquí sola.

—Está bien, pero llegará un momento en el que deberá irse. Y para ese entonces, no quiero discutir —imperó, sintiéndose empoderada.

Finley fue el encargado de abrirle la puerta. Se emocionó al verlo, pero él no mostró ningún sentimiento recíproco. Es más, hubiera jurado que no la conocía si hubiera tenido la necesidad de presentarse. A ese lamentable nivel no llegaron, el mayordomo la reconoció y la hizo pasar inmediatamente.

—Usted no puede pasar, milord —Entrecerró la puerta Finley cuando lord Goldener dio un paso hacia el interior.

—¿Disculpe? —interrogó Galán, contrariado.

—Son órdenes, milord. Solo puedo dejar pasar a lady Rosalie —explicó en un tono ceremonioso el muchacho.

—Vayámonos, lady Rosalie.

—No, lord Goldener —Lo miró significativamente. —Usted vaya y espere noticias más. Necesito hablar con mi primo.

El oficial se quedó impotente en mitad del patio. Lady Rosalie se le había escapado en el interior de esa sucia madriguera. Los evidentes estragos de una mala gestión de la propiedad eran patentes desde la puerta. No había un jardinero que cortara las zarzas que crecían selváticas en la entrada y los peldaños estaban cubiertos de barro. Un verdadero desastre. Pese a los desplantes de la Miel de Bedford no pensaba irse sin más. Se posicionó al lado de los

caballos con el gesto serio y los brazos cruzados dispuesto a esperarla. La vena de guerra, la yugular, estaba hinchada. ¡Si el asqueroso de Francis se atrevía a ponerle una sola mano encima, él mismo le arrancaría los ojos!

Lady Rosalie se adentró en su casa. El olor era diferente, ya no olía a jabón ni a perfume. Sería incapaz de decir que su propiedad olía mal, pero había algo fétido en el ambiente. Las ventanas estaban cerradas y las cortinas pasadas. No entraba la luz y dudaba mucho de que hubieran ventilado las estancias como ella mandaba a hacer cada mañana. Los muebles estaban repletos de polvo, la moqueta manchada y las paredes descuidadas. La señora Allen le había informado que la mayoría de las doncellas se habían ido, pero al parecer las que quedaban tampoco eran de gran utilidad.

—Sabía que volverías —escuchó decir a una voz putrefacta y raída desde el salón principal.

Era él, el engendro del mal que había matado a Marta, la tierna hija del señor Peter.

—¿Dónde está Amanda? —reclamó sin más preámbulos que el de plantarle cara a ese bajito, calvo y regordete hombre. Lo hizo con seriedad, fuerte y clavando sus largas piernas en el suelo con firmeza. No había cabida para la debilidad ni los ataques de pánico, atrás había quedado esa Rosalie... o al menos así quería creerlo.

—¿Esas son formas de saludar a tu primo? —sonrió el cretino, mostrando su dentadura sucia y maloliente—. Has estado mucho tiempo fuera —Se acercó a ella con pasos cortos, mirándola fijamente. —¿Me has echado de menos?

—No juegues conmigo, Francis —replicó sin titubear—. Yo no soy una de esas pobres muchachas a las que coaccionas y doblas a tu gusto.

—Lo sé, lo sé —rio entre dientes—. Sé que tú eres una dama... ¡La digna hija de un Duque! Mi tío te educó demasiado bien para ser una mujer. Debería haberte dado menos posibilidades y más disciplina, pero no es nada que

un buen marido no pueda arreglar. ¿Cuándo nos casamos? Porque supongo que has venido para casarte conmigo. Debes estar cansada de vagabundear el mundo como una cualquiera y ahora quieres dormir entre sábanas de seda y lucir los mejores vestidos frente a la sociedad londinense.

No la conocía en absoluto y sus palabras lo confirmaban. Francis era tan estúpido como para creer que Rosalie era una muchacha con aspiraciones comunes, pero ella no se molestó en darse a conocer ni en contradecirlo. ¿Qué le importaba lo que aquel ser inmundo pensara de ella?

—No he venido para casarme, te equivocas. He regresado a mi hogar, un hogar que me pertenece y que tú y tu padre me lo arrebatasteis. ¿No podéis conformaros con las riquezas del ducado? ¿Es necesario robar los bienes de una hija querida por su padre?

—Tu padre era un necio, no hay que querer a las hijas...sino usarlas. Y no, querida. No nos conformamos con el ducado, aquí hay mucho más para sacar... —explicó, cogiendo un puro y llevándoselo a los labios. Con ese acto, le recordó a su tío Jack, un fumador empedernido. De tal palo, tal astilla—. Y tu hermano fue otro inútil. Siempre fuisteis los idealistas de la familia, los mejores y más buenos... ¡Pero ese tiempo se terminó! Ahora nos toca a nosotros y dijéramos que... no gozamos de tanta filosofía sino de más acción —Se encendió el puro y la miró con sorna.

—Tanta acción que los campos están descuidados y apenas hay trabajadores. Las tierras de Bedford House languidecen en vuestras manos. Yo no entiendo de economía, pero hay cosas básicas.

—Lo admito, no soy un buen administrador. Por eso necesito a una esposa que sepa dirigir estas tierras... Quizás el hecho de que tu padre te instruyera como a un hombre ahora pueda servirme.

—Eres ridículo. Márchate a casa de tu padre y deja en paz a mi propiedad. Legalmente no deberías estar aquí, solo el hombre que se case conmigo tiene ese derecho.

—Si quieres me voy. Me marchó, pero le diré a mi padre que cierre esta casa y abandone los cultivos. Tú tampoco puedes estar aquí sin un marido. Si lo abandonamos todo... ¿A dónde irá el viejo Peter y su fea mujer? ¿A dónde irá el pobre Lucas? ¿Y la señora Allen? Creo que es demasiado vieja como para que alguien la contrate lejos de estos muros. Por cierto, ¿dónde está la metiche de tu nana? ¡La vieja señora Theresa! ¡Oh, qué horror! —Dramatizó un escalofrío. —Esa mujer es peor que el demonio, otra mala influencia, sin duda.

Decidió ignorar sus comentarios hirientes. —¿Dónde está Amanda? Responde.

—Amanda, Amanda... —simuló no recordarla—. ¡Ah, sí! Tu querida y bella prima. Ya me acuerdo —Se chupó los labios en un acto grosero que quedaría en la memoria de Rosalie para siempre.

—¿Qué has hecho con ella? —se indignó—. ¡No tenías ningún derecho a ponerle tus sucias manos encima! ¿Tú mandaste a matar a mis tíos maternos? ¡Voy a denunciarte a las autoridades! No me importa que seas Francis Ringwood o el mismísimo rey de Inglaterra, mi familia era inocente. Eran personas humildes y honradas que jamás me habían traído problemas. ¡Amanda estaba bajo mi protección!

—Te recuerdo que dejó de estar bajo tu protección el mismo instante que abandonaste esta casa para huir a vete saber dónde —La miró con frialdad.

—¿Dónde está? —repitió, tragándose las lágrimas.

—Finley —ordenó Francis hacia el pasillo.

Pocos segundos después apareció el atolondrado mayordomo con el aspecto de un fantasma o de un muerto en vida. Ni siquiera su uniforme parecía lucir con tanto color

como antaño. Todo era gris, oscuro y tétrico. Digno de una novela de terror.

—Sí, milord —contestó el joven que parecía haber envejecido de golpe.

—Acompaña a lady Rosalie hasta el ático.

Rosalie notó el temblor de Finley y la sacudida a sus emociones que esa frase le provocó. ¿Qué había en el ático? ¿Qué estaba ocurriendo? Dedicó una mirada huidiza al patio a través de una ventana que estaba ligeramente abierta. Vio a lord Goldener esperándola. Aquello la tranquilizó y se forzó a coger aire para calmar los latidos de su cobarde corazón.

Siguió al muchacho a través de pasillos abandonados, muebles cubiertos por sábanas y sirvientes masculinos. Ni rastro de las doncellas ni de la señora Allen. Los recuerdos de su prima Amanda se le amontonaron como un acto premonitorio: sus bucles rubios, su sonrisa rosada y sus mejillas pálidas. Unos años menor que ella, siempre fue conocida por su animosidad y despreocupación. Solían jugar juntas a las muñecas e incluso habían compartido ropa y confesiones cuando la edad casadera les sobrevino. Después, ella se hizo cargo de Amanda y le prometió un matrimonio decente y feliz a sabiendas de que sus padres eran incapaces de proporcionárselo. Todavía, si cerraba los ojos, era capaz de escuchar el eco de su voz femenina y de sus risas estridentes.

—Finley, ¿qué ocurre? —susurró cuando estuvo segura de que Francis no podía oírlos.

El mayordomo bajó más la cabeza y no habló.

—¡Finley! Responde, muchacho. ¡Si te consideras un joven agradecido me responderás! ¿Ya has olvidado quién te sacó de la calle cuando apenas eras un crío? —No le gustaba sacar a relucir sus favores, pero la actitud de Finley empezaba a desesperarla.

—Milady...Yo... —tartamudeó al borde de un colapso emocional—. Yo... —Absorbió los mocos hacia arriba y



señaló una diminuta puerta del ático, esa parte que servía para guardar los muebles viejos y que solía estar lleno de ratas y arañas con telas infinitas bajo sus patas.

Rosalie tragó saliva sonoramente a través de su diminuto cuello y ante la impasividad de Finley, tomó de sus manos el juego de llaves y buscó la indicada. Pensó que le temblaban las manos, pero fue producto de su imaginación porque al poner la llave en la cerradura lo hizo con firmeza y precisión. Abrió la puerta rápidamente sin querer alargar la agonía.

Ese olor fétido que había sentido al entrar en casa se hizo más intenso, era una mezcla de heces, orín y vómito.

—Dame un candil —ordenó—. ¡Por el amor de Dios! ¡Finley! ¡Un candil! —imperó con fuerza, agachando la cabeza levemente para entrar en ese cuartito oscuro y nauseabundo. Aquello había sido la habitación donde su madre guardaba los utensilios de costura, pero no había rastro del olor a vainilla de su progenitora ni de sus agujas. Tomó de entre las manos temblorosas de Finley el candil e iluminó el interior.

Si la hubieran matado lenta y dolorosamente le hubiera dolido menos que el impacto que recibió al ver a su prima Amanda hecha un ovillo entre excrementos. Estaba atada a unos grilletes como en la santa inquisición y un manojo de pelos sucio, enredado y ennegrecido le caía por delante, cubriendo su rostro.

—¡Amanda! ¡Amanda! —gritó desde el fondo de su alma, corriendo hacia ella y apartándole el pelo de su cara para encontrarla. Pero no la encontró. Lo único que vio fue a una mujer rota, deforme y vacía—. ¡Francis tiene que acabar en el infierno! ¡Por Dios que acabará ardiendo en llamas! —maldijo con el cuerpo descompuesto—. ¿Tú has permitido esto? —preguntó a Finley con los ojos bañados en lágrimas y las venas del cuello marcadas.

—Milady...

Miró fijamente a Finley y vio que le faltaba una oreja, ¿cómo no se había dado cuenta antes?

¿Cómo se atrevía a reclamarle algo a ese pobre muchacho que nunca fue capaz de poner un pie por delante del otro? ¡La culpable era ella! ¡Ella dejó a su prima a merced del diablo! La culpa penetró en su corazón como una astilla y lo rompió en mil pedazos.

—Maravilloso reencuentro —Apareció Francis, aplaudiendo y mirando con actitud de victoria a Rosalie. — Amanda, ¿no dices nada a tu prima? ¡Se le habrán olvidado las formas en estos cinco años de meditación obligada!

Le había destrozado la vida. Amanda estaba destrozada y Rosalie no podía con ello, con los remordimientos y la pena.

—¡Lord Goldener! —gritó Rosalie desesperada—. ¡Lord Goldener! ¡Oficial!

—¿Estás llamando a tu perrito guardián? —se burló la alimaña—. Créeme, desde aquí nadie puede oírte. Amanda lo sabe muy bien, ni siquiera la señora Allen la oyó cuando gritaba y gritaba. Tu madre hizo un buen trabajo aislando esta habitación... Para coser tranquila, ¿verdad?

Rosalie miró a su alrededor y los recuerdos de su bella madre sentada en un balancín mientras cosía plácidamente le parecieron un sueño lejano e irreal.

—Bien, querida prima. Tienes dos opciones: puedes bajar y contarle todo a tu querido oficial. Estoy seguro de que él me llevará a las autoridades y me hará ajusticiar. Pero debo advertirte de que antes de que lord Goldener llegue aquí, Amanda habrá muerto —Sacó un cuchillo de su pantalón. —La segunda opción es que despidas a tu perro y te quedes aquí para preparar nuestra boda. Tú eliges.

*"Estaba acorralada, los latidos de mi corazón repicaban contra mis tímpanos y tan solo era capaz de sostener la cabeza de Amanda entre mis manos como si con ese gesto pudiera recuperarla y tirar cinco años atrás... Francis*

*Ringwood pagaría por todos y cada uno de sus crímenes, eso me prometí con más fuerza aún que el día que supe que Marta había sido asesinada. Era una bestia inmunda, un diablo en forma de humano y no merecía vivir. No estaba segura de si lo suyo era maldad o locura, pero ya no me importaba. Dios estaría de mi parte si decidía matarlo."*

∞ ∞ ∞

# Capítulo 16

## *Conociendo al monstruo*

*Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti.*

***Friedrich Nietzsche.***

La lengua se le tornó un bloque de cenizas ardientes que caían despiadadamente por su garganta hasta quemarle las entrañas y perforarle los sentidos. Le hubiera gustado tener la fuerza de lord Goldener para tumbar a Francis de un golpe certero y huir de allí con Amanda.

—¿Y bien? ¿Qué decides? —insistió la bestia inmundada, haciendo brillar el filo de su cuchillo bajo los tenues rayos de sol que se colaban en el ático.

—Francis Ringwood —Se incorporó y lo miró fijamente a los ojos. —Has ganado: seré tu esposa —Lo vio sonreír. —Pero un matrimonio de la alta sociedad solo se sostiene si mantenemos ciertas apariencias. Sabes perfectamente que Bedford me ama a mí: su gente y sus tierras son fieles a mi persona...No importa que los vizcondes y los condes estén a favor de tu padre, sigo teniendo muchos apoyos. Así que no puedes tratarme como a una vulgar cortesana si quieres ser alguien importante y sacar dinero. Puedo serte muy útil, pero no aguantaré tus maltratos ni tus locuras. ¿Queda claro? —expresó con más determinación y valor del que hubiera imaginado.

—¿Cuáles son tus condiciones para fingir ser la esposa ideal? Me estás costando muy cara, primita.

—Evidentemente tienes que liberar a Amanda y alejarte de ella en lo que te resta de vida —imperó Rosalie.

—Sí, sí... esa me la imaginaba, ¿qué más? —increpó Francis en un tono aburrido y removiendo sus ojos marrones con inquina.

—Dejarás en paz a las hijas, mujeres y hermanas de nuestros trabajadores. Se acabaron las violaciones. Si no me he ido y lo he dejado todo es por ellas... No me importa el dinero, solo mi gente.

—¿No pretenderás que te guarde fidelidad? —rio entre dientes.

—Puedes hacer con tu fidelidad lo que te complazca siempre y cuando lo hagas con mujeres libres y no sometidas y ni mucho menos maltratadas.

—Tengo un par de doncellas que me darán lo que necesito y quizás tú quieras conocer mis gustos...

—Haz lo que quieras —lo cortó.

—¿No te pondrás celosa?

—Dejarás que yo me encargue de la administración de la propiedad, aunque en los papeles figures tú como administrador oficial —ignoró sus idioteces.

—Está bien, querida prometida, no me interesa para nada tener que preocuparme de la administración, yo solo quiero el dinero y la libertad. Ahora, baja y dile a tu oficial que se vaya —Se apartó de la puerta y la dejó pasar. —Y recuerda: de ti depende la vida de Amanda.

—Ahora vuelvo, Amanda. No te dejaré sola —dijo mirando a la joven que ni siquiera se inmutó. Su prima no decía nada, no se movía.

«*Será muy difícil recuperarla*», pensó Rosalie con una gran pena en el corazón.

—Ah, y nada de juegucitos —Francis la siguió hasta el pasillo de la segunda planta con pasos torpes, su forma de andar se asemejaba a la de un toro herido —Olivia te acompañará —Señaló a una doncella que le resultó muy familiar. Era una joven alta, rubia y de ojos claros. La

muchacha llevaba un vestido muy apretado y escotado que dejaba entrever sus generosos atributos femeninos. ¿Sería ella una de las doncellas que se entregaban a Francis por voluntad propia?

—Milady —canturreó la joven con una sonrisa que le dio rabia. ¿Quién era? ¿De qué la conocía? Fuera como fuera, le dio rabia su forma de mirarla y de sonreírle. Era como si le debiera algo, pero ¿el qué?

Decidió ignorar a Olivia por unos segundos cuando Francis la dejó a solas. Se apoyó a una columna y cogió aire profundamente. Tendría que ser muy convincente para que lord Goldener se marchara, Galán era un hombre insistente y, lo peor de todo, estaba enamorado. No la dejaría sin una razón de peso. ¡Qué lástima! Qué lástima que ni tan solo él pudiera hacer nada contra el Duque de Bedford. Los altos rangos, los nobles y la aristocracia jugaban con la impunidad. Y un simple oficial no podía hacer nada contra ellos cuando condes, vizcondes y un séquito de ricos apoyaban a sus cabecillas. Era parecido a una sociedad criminal organizada, pero con más encanto.

¿Cuántos crímenes se cometían a diario por parte de los monarcas? Solo Dios lo sabría y solo él haría justicia. Los demás mortales, las mujeres y los plebeyos no tenían nada que hacer contra los hombres que gobernaban el mundo. Ella había conseguido abrir una grieta, entrar en el mundo de Francis por su nombre y por sus orígenes nobles. Era solo cuestión de tiempo que su ingenio femenino la ayudara a terminar con él. Por supuesto que podría haber huido con Galán y vivir una vida llena de pasión... pero eso solo pasaba en las novelas para niños o para mujeres idealistas. La realidad era que de ella dependían muchas personas que no podía dejar atrás por un amor que, en realidad, estaba prohibido. ¿No estaba lord Goldener prometido?

Era un sufrimiento tener que dejar marchar al amor de su vida...porque estaba convencida de que el oso había sido creado para ella, para la miel de Bedford. Sin embargo,

había más dignidad y complacencia en hacer las cosas bien. No era ninguna muchacha casadera enloquecida por las caricias de su amante, era una mujer que siempre presumió de ser precavida, sensata y consecuente. Quizás no había tomado las mejores decisiones de su vida, pero siempre había intentado hacer lo mejor para el prójimo. No había que olvidar que, Rosalie, era una mujer creyente hasta la médula, un alma cándida y de naturaleza bondadosa y generosa. En ella no cabían las argucias ni la maldad pese a que estaba dispuesta a acabar con el diablo de Francis por justicia.

«*Sin duda alguna, despedirse de lord Goldener será complicado*», se dijo a sí misma, retomando el camino hacia el exterior con Olivia pegada a sus espaldas.

Lo vio esperándola de brazos cruzados con el gesto serio, era hermoso. Su cabellera dorada brillaba bajo el sol tanto como su barba de tres días. Sus ojos dorados eran una leyenda y él... todo él era una maravilla. Era afortunada de haberse enamorado de él y de sentirse correspondida, dejando de lado todo lo demás.

—Oficial, siento haberle hecho esperar —sonrió de la mejor manera que supo hacerlo con el corazón hecho trizas—. Lo invitaría a pasar, pero mi primo Francis ha decidido hacerle una invitación formal que se le mandará por carta —Galán la miró confuso, casi enfadado. —Nos veremos en esa ocasión en la que podamos compartir la mesa de manera amistosa... Ahora, si me disculpa, debo retirarme.

—Milady, ¿puedo saber de qué está hablando? ¿Una invitación formal? ¿Retirarse? ¿Es que acaso va a vivir aquí? ¿Qué le he ha hecho ese animal?

Rosalie notó la respiración de Olivia y supo que estaba disfrutando de la carnaza que iba a desgarrar en cuanto Francis le preguntara qué había oído y visto.

—¿Puede dejarnos a solas, por favor? —inquirió Galán a la muchacha, visiblemente irritado.

—Ella es mi doncella y es de confianza, lo que tengas que decir puedes decirlo delante de ella —mintió, temerosa de que echar a Olivia de la conversación fuera contraproducente para Amanda. La amenaza era clara y no había lugar para las vacilaciones, Francis era voluble y la más mínima sospecha de que lo había traicionado...supondría el caos.

—Milady, no puede estar hablando en serio —Clavó los ojos dorados sobre los suyos con contundencia y le pareció más alto de lo que recordaba. —Solo dígame que entre allí y capture a Francis Ringwood y lo haré. Sé que es un hombre influyente, pero un juez justo terminaría con sus delitos.

«*¡Qué ingenuo!*», pensó Rosalie. Los jueces estaban al servicio de la monarquía, una sola palabra del Duque haría milagros. La justicia terrenal no era confiable.

—Las cosas han cambiado, milord. He hablado con mi primo y me ha prometido que él no tuvo nada que ver con la muerte de mis tíos maternos. Tampoco sabe nada de mi prima, pero está dispuesto a ayudarme para encontrarla.

—¿Y la muerte de Marta? ¿Y el sinfín de violaciones? ¿Los derechos de los campesinos?

—Todo son conjeturas del pueblo, oficial. No hay pruebas concluyentes. Me quedaré aquí, en mi casa. No tiene nada de lo que preocuparse.

—¿No tengo nada de lo que preocuparme? Hace unos minutos su primo Francis era el diablo encarnado y ahora parece tenerlo en alta estima.

—Es mi familia y mi futuro esposo —dejó caer, incapaz de mirarlo a los ojos.

Notó que los hombros de Galán se ponían en tensión y que su mirada se tornaba dura.

—No me creo ni una palabra —masculló él—. Voy a entrar y voy a matar a ese cerdo con mis propias manos —Cogió impulso y se dirigió hacia la casa con pasos decididos y largos.



—¡Lord Goldener! —gritó desesperada, echando una mirada rápida al ático desde el que Francis estaba observándolos con Amanda en peligro de muerte—. ¡No se atreva! —ordenó, siguiéndolo con sus piernecillas de gacela—. ¡Es usted un impresentable! ¡Deténgase! —Lo cogió por el brazo, pero la arrastró con él. —¡Lo odio! ¡Y Lo odiaré el resto de mi vida si entra ahí dentro!

Ese último recurso desesperado hizo efecto y el oficial se detuvo para mirarla con evidente decepción. —¿Me odia? ¿Prefiere casarse con ese monstruo que conmigo?

—¡Cállese! —imperó, ansiosa por los oídos de Olivia y su lengua entrometida—. ¿Casarme yo con usted? ¿Un simple oficial que ni siquiera tiene un rango? No es teniente ni general, un simple peón del ejército. ¿Qué le hace pensar que la hija de un Duque se casaría con usted? Puede ser el hijo del Duque de Wellington, pero no es más que un segundón sin derecho a nada. Francis, en cambio, es el futuro Duque de Bedford. ¿Cree que dejaría pasar esa oportunidad por una casa en la playa? ¡Ni que fuera una pescadera! Francis Ringwood es mi primo y me ha convencido de su inocencia. Nadie más aparte de yo puede conocerlo mejor, así que ruego que deje de difamarlo.

—¿Y el día que la golpeó? ¿Por qué ha estado escondiéndose de él durante cinco años si es así? —interrogó Galán, dolido y ofendido.

Rosalie sabía que le estaba haciendo daño, pero no había otra opción. A cada palabra hiriente que le decía ella misma sentía el dolor. Un dolor insoportable...

¡Es un tormento dañar a la persona que amas!

—Cosas de familia, no era más que una joven asustada que había leído demasiado. Me formé una idea equivocada de la realidad... Si algún día Francis cometió algún delito con nuestro matrimonio quedará en el olvido. Una buena esposa es capaz de suavizar al hombre más malvado.

—¿Eso quién se lo ha dicho? ¿Su amigo el reverendo Pedro? ¡Esta gente no es de fiar! ¿Ya se ha olvidado del día

en que Pedro le dio la espalda? ¡Por favor! ¡Usted misma me lo contó en Francia! ¿A qué viene este cambio? Los condes, los barones y toda la alta sociedad que la dejó en la estacada... Y ahora... Ahora no la reconozco.

—El reverendo Pedro hizo bien de no ayudarme en mi locura. Ahora lo comprendo, debí seguir su consejo y comportarme como la mujer que me educaron. Me he comportado como una cualquiera y ahora quiero redimir mis pecados a través de un matrimonio que traerá dignidad y honor a mi familia y a mi apellido. No pierda más su tiempo conmigo, oficial. Estoy segura de que Rose Moore le estará esperando —zanjó la conversación dirigiéndose a la puerta principal sin mirar atrás.

—¡No pienso irme! ¿Lo entiende? ¡No pienso marcharme!  
—oyó a sus espaldas.

Intentó no desfallecer. No arrancar a correr a los brazos del oso y perderse en su regazo. Tenía que ser fuerte y resistir a las peticiones de su alma traicionera. Las cenizas de su lengua se habían transformado en una pastosa masa gris que le impedía tragar e incluso respirar con normalidad.

—¿Es por eso? ¿Es por Rose? ¡No lo haga! ¡No lo haga, milady!

Entró en su vieja morada y aguantó el llanto. —Cierra la puerta —ordenó a la doncella.

Olivia obedeció y se quedó detrás de ella con esa mirada maliciosa y demandante. —¡Por el amor de Dios! —le gritó al verla parada a su lado—. ¿Se puede saber por qué me miras así? ¡Ya no te necesito! Ve a contarle a Francis lo que has oído y déjame en paz.



Recuperó su antigua habitación y Francis liberó a Amanda dejándola bajo su protección. Se sintió aliviada al conseguir esa pequeña victoria, al parecer su primo le guardaba el mínimo respeto, aunque solo fuera por su

interés económico y social. Era un animal, pero no había olvidado el respeto que se merecía la hija de un Duque.

—Ve y llena la tina de agua caliente, vamos —imperó a Olivia.

No había podido deshacerse de ella, Francis se la había impuesto como su doncella personal. No la soportaba porque había algo en ella exasperante aparte de ser su vigilante, por supuesto. Afortunadamente, la mansión era lo suficientemente grande como para no tener que ver a su primo si no la buscaba y, por el momento, la había dejado en paz. ¡Seguro que estaba escribiendo las buenas noticias al tío Jack!

—Amanda, querida... Amanda, prima mía —Sentó a la joven en un sillón, olvidándose de sus propias desgracias.

Amanda a duras penas podía caminar, tenía las piernas engarrotadas de estar tantos años sin andar. Estaba sucia y un viejo vestido raído era todo lo que tenía por ropa. Debía admitir que tenía miedo... tenía miedo a que Amanda la culpara y a no tener respuestas. ¿Por qué no hablaba? Había algo extraño en su mirada.

—Tranquila, ahora estás conmigo. No permitiré que te haga daño, no lo permitiré

¡Pobre criatura! ¡La habían roto y la habían herido de por vida!

—Ayúdame a desvestirla —Rosalie pidió a Olivia cuando la tina ya estaba llena y rebosante de aceites que había mandado a traer expresamente.

—¡Lady Rosalie! —Apareció la señora Allen, deteniendo el procedimiento. —¡Por Dios! —Se impactó viendo a Amanda, llevándose la mano en el corazón. —¡Lady Rosalie! —repitió en un bucle, removiendo su pelo canoso envuelto en un moño elegante—. ¿Se puede saber qué ha ocurrido? ¿Dónde ha encontrado a Amanda? ¿Qué hace aquí? Hoy me dieron el día libre y fui a ver a mi hermana en el pueblo, si hubiera sabido que llegaba usted...

—Es una larga historia que contar, señora Allen —se alegró de verla, la única persona que le quedaba en ese lugar—. Ayúdeme a limpiar a Amanda y se lo contaré todo.

—Tú, ve a preparar un caldo para las damas. Corre —imperó el ama de llaves a la doncella.

—Pero señora, el señorito me ha ordenado que...

—Ni pero ni peros, corre y haz lo que te digo o te mandaré a azotar. Todavía soy el ama de llaves de esta casa, jovencita.

—Sí, señora —obedeció la joven, no sin antes dedicarle una mirada furibunda a Rosalie.

—No entiendo a esa muchacha —resopló Rosalie, olvidando cualquier educación impuesta por unos segundos—. Es... No sé cómo decirlo —expresó, desnudando a Amanda con la ayuda de la vieja señora Allen—. Vamos, querida prima, entra en la tina —dijo con dulzura—. Vamos... Así, yo te ayudaré —La acompañó hasta el agua y si no hubiera sido porque la forzó, Amanda no se hubiera movido. Es más, tuvieron que ponerla entre el ama de llaves y ella dentro de la tina.

Rosalie, con mucha delicadeza y afecto, pasó un trapito húmedo y suave por la piel de su prima.

—Nunca olvidaré el olor de ese ático, señora Allen —dijo con lágrimas mientras limpiaba y limpiaba a Amanda—. Es un hombre espantoso, no sé si está enfermo. Es como si tuviera dos personalidades. Por un lado, le importa el dinero y quedar relativamente bien ante nuestra sociedad... y por otro, por otro es un ser abominable. La ha tenido encerrada durante cinco años. ¡Cinco años! Ni en las peores de mis pesadillas me hubiera imaginado semejante atrocidad. Amanda está desconectada de la realidad. NO se entera de nada —lloró mientras la señora Allen la escuchaba en silencio y limpiaba el pelo de Amanda.

—No es un hombre tonto, he sabido que fue uno de los mejores de su clase. Se rumorea que era disciplinado y diligente. Eso sí, solitario. Sus compañeros e iguales lo

estiman por ser un hombre amable y sonriente... ¡Si supieran cómo es en realidad!

—¿Quiere decir que no saben nada acerca de sus violaciones?

—¿Y crees que les importan mucho? ¿A quién viola Francis? A plebeyas, pueblerinas, campesinas... en resumen, chicas que no tienen a nada ni a nadie que hable por ellas. Que yo sepa jamás ha violentado a una joven de buena cuna, aunque creo que muchos se abstienen de dejar a sus hijas solas si él está presente. Se dice que tiene una obsesión con Rose, Rose Moore.

—Me gustaría saber cómo sabe todo esto, señora Allen.

—Cinco años dan para mucho, lady Rosalie. En el pueblo siempre intento sonsacar información a quien pueda tenerla.

—Es una bendición que me quede usted —sonrió levemente, entre lágrimas saladas.

Sacaron a Amanda de la tina antes de que el agua empezara a enfriarse. La joven seguía sin decir ni hacer absolutamente nada. La vistieron con uno de los trajes que Rosalie todavía conservaba en esa casa y la tumbaron en la cama.

—Dormiré aquí, conmigo.

—Creo que es la mejor opción, milady.

—¿Y Olivia? ¿Quién es? ¿Por qué me resulta tan familiar?

—¿De veras no la ha reconocido? —La miró con extrañeza. —¡Es Olivia! La niña huérfana de la vicaría.

Rosalie cayó en la cuenta de que era cierto. Con la preocupación por Amanda y el dolor de Galán, no había reparado en que Olivia era esa tierna niña que un día hospedó en su casa. ¡Estaba muy cambiada! Quizás demasiado...

—¡Por Dios! ¿Cómo no he podido reconocerla?

—Estuvo menos de un año con nosotros, milady. Y los niños... ya se sabe, cambian rápido. No es la misma niña, desde luego. Ya es toda una jovencita... Y menuda jovencita.

—No entiendo qué hace al servicio de Francis...

La señora Allen la miró significativamente explicándole lo que con los labios no se atrevía a mencionar delante de la pobre Amanda que, aunque no dijera nada, dudaban mucho de que fuera sorda y no querían causarle más dolor.

¡La pequeña Olivia entregándose a Francis Ringwood! Y al parecer, lo hacía por placer. Era una de esas doncellas de las que el ama de llaves le había hablado. ¿Cómo era posible? ¿Qué le había sucedido a Olivia para convertirse en poco más que la amante de un monstruo?

*“Esa noche no dormí, preocupada. Preocupada por lo que estaría pensando Galán sobre mí. Preocupada por el futuro de Amanda...y, sobre todo, preocupada por mi propio porvenir. Iba a casarme con el Monstruo de Bedford.”*

∞ ∞ ∞

# Capítulo 17

## *La miel sólida no pierde su esencia*

*Para ser humilde se necesita grandeza.*

***Ernesto Sábato.***

—No me puedo creer que te vayas a casar con él —dijo Rose con actitud derrotista.

La novia dejó de mirar los ojos azules de su mejor amiga y se miró en el espejo. El velo le caía dulcemente sobre los hombros y el vestido era abullonado en las mangas y en la falda con multitud de pliegues satinados de color blanco y color crema. El vestido se lo había regalado su tío Jack, por increíble que pareciera. Y no le gustaba nada. Era recargado, pomposo y pesado. No le habían dado la opción de opinar sobre él, por supuesto.

Habían pasado dos semanas desde que ella había llegado a Bedford House. El reverendo Pedro estaba dispuesto y encantado de casarla lo antes posible con su primo Francis, por lo que no tuvieron que preocuparse de la parte administrativa ni de la dispensa especial para acelerar el proceso. El tío Jack apareció en el hogar dos días después de su llegada con el gesto triunfal y le dijo más o menos las mismas palabras que su asqueroso hijo. Lo tenían todo planeado desde el principio. La habían estado esperando.

La parte buena era que Amanda ya no estaba bajo el yugo de esos animales y que había puesto en orden algunas cuestiones como la limpieza de la casa, el servicio de las comidas y el vestuario de las doncellas. Los campesinos la habían visto deambulando por las tierras y poco a poco se sentían más seguros. Era cuestión de tiempo que la

eficiencia de la producción mejorara y que, con ello, la vida de los pueblerinos también.

Durante esos quince días Francis se había comportado o, al menos, no le había llegado ninguna mala noticia sobre él y sus vicios. No la había molestado y respetaba sus espacios, lo que era un alivio para Amanda que, evidentemente, no toleraba a ese monstruo cerca de ella. Le hubiera gustado poder mandar a su prima a otro lugar, pero no existía ninguno.

—Cuando nos vayamos te quedarás sola... con él — insistió Rose, ayudándola a ponerse un brazalete hecho con flores de azahar.

—Estoy sola desde que mi hermano se marchó a la guerra — corrigió—. Y no me asusta, ya no.

—Has cambiado mucho desde que te marchaste a buscar a tu prima. ¿Qué ocurrió? ¿Por qué no me lo quieres contar? Todos estamos preocupados, incluso lord Goldener no deja de hablar sobre ti.

—Agradezco vuestra preocupación — Se tensó al oír el nombre de Galán. — No ocurrió nada. Mis tíos fueron atacados por unos asaltantes de caminos y mi prima Amanda se quedó aquí.

—Pero yo siempre pensé que Amanda estaba con sus padres... No la hemos visto en estos cinco años. Es muy extraño.

—Rose, Amanda perdió la cabeza en cuanto sus padres murieron. Francis le hizo el favor de hospedarla aquí — mintió, temerosa de que Francis se enterara de la conversación. El pacto era que él se comportaría mientras ella guardara las apariencias y lo hiciera rico a la par de respetable.

Olivia se había convertido en su sombra. No se despegaba de ella si no era estrictamente necesario. Incluso, en esos momentos, estaba de pie en un rincón mirándola fijamente. Había intentado hablar con ella en varias ocasiones, pero se negaba a escucharla. No era como



la recordaba. Esa niña educada y alegre había desaparecido para dar paso a una muchacha taciturna y desagradable. Se negaba a llevar el uniforme que había impuesto a las otras mujeres. Se había encargado de repartir vestidos holgados, recatados y de colores neutros para mantener a raya al depredador de su primo. La mayoría estuvieron encantadas de poder cubrir sus cuerpos y sentirse así más seguras. Olivia no, Olivia seguía con sus vestidos apretados y sus pechos prácticamente al descubierto. Se había convertido en una mujer muy hermosa y no le importaba mostrarlo al mundo.

—Sea como sea...

—Te lo ruego, amiga mía. Olvida el tema. Francis es mi primo y será mi esposo, no seas tan dura juzgándole. Con el matrimonio cambiará y me ha prometido dejar de importunar a las trabajadoras. No debes olvidar que es el futuro Duque de Bedford y, por consiguiente, que yo seré la próxima Duquesa.

—La mayoría de los nobles están encantados con el enlace, incluso mi padre. Han decidido olvidar tus años de ausencia y darte una nueva oportunidad por el apellido que llevas. Siempre te comportaste como una gran mujer cuando estuviste aquí... y eso no lo han olvidado. Supongo que también están convencidos de que Francis será un hombre mejor a tu lado.

—Y sobre todo podrán descansar tranquilos al saber que ninguna de sus hijas será la afortunada que ocupe mi lugar —ironizó con una amplia sonrisa que Rose no entendió en su simpleza.

—Será mejor que nos pongamos en camino. No queremos hacer esperar a Francis.

—Gracias por ser mi dama de honor —agradeció Rosalie—. Significa mucho para mí que me acompañes este día.

—Tranquila, me devolverás el favor el día de mi boda —rio Rose de ese modo tan estridente y coqueto que le era acostumbrado, aunque le pareció una risa forzada...

—¿Yo? —trató de no sonar incómoda.

—¡Sí! Tú serás mi dama de honor. ¿No es divertido? Yo soy la tuya y tú serás la mía. Las dos nos casaremos y seremos amigas para siempre.

Tragó saliva al escuchar aquello último y le vinieron a la memoria las imágenes de Galán desnudo sobre ella. ¡Qué horror! ¡Pobre Rose! Palideció al instante y el velo fue su único testigo.

Al llegar a la iglesia del reverendo Pedro las calles estaban llenas de gente que querían ver a la novia. Entre ellos estaban el viejo Tom de la taberna, Lucas el atractivo campesino, el señor Peter, su esposa María y, por supuesto, la señora Allen y su familia.

—¡Qué viva la novia! ¡Lady Rosalie! —vitoreaba su gente, feliz por verla y, sobre todo, feliz por saber que ella estaría de nuevo al frente de Bedford House. De Francis nadie dijo nada, es más, se hizo un silencio absoluto cuando él apareció al lado de su padre—. ¡La Miel de Bedford!

Al altar la llevaría el tío Jack. Él la recibió con una falsa sonrisa frente a los condes y vizcondes que la vieron llegar y le ofreció su envejecida mano. Cogida de la mano del diablo emprendió el camino hacia su destino, un destino del que había huido durante cinco años y al que estaba dispuesta hacerle frente ahora. Había aprendido lo suficiente como para no dejarse amedrantar como lo hubiera hecho tiempo atrás. Su huida no había sido en balde. Si se hubiera casado cuando su hermano murió, se hubiera convertido en una víctima de Francis y del tío Jack. Ahora, ellos serían las víctimas.



Lord Galán Goldener vio entrar a Rosalie vestida de novia desde una esquina de la iglesia. De pie, junto a la familia Moore, tuvo que soportar como el amor de su vida se casaba con otro hombre. Ella era la indicada, la mujer perfecta para él. No se había creído ni una sola palabra de todo lo que le dijo en su despedida. Rosalie jamás lo había despreciado por su rango en el ejército porque ella era incapaz de concebir semejantes despreciables sentimientos y dudaba mucho de que hubiera cambiado de la noche a la mañana.

Sabía perfectamente que la muerte de sus tíos maternos había hecho mella en su corazón y que se había endurecido repentinamente. Pero por muy dura que se pusiera la miel no perdía su esencia. Ella seguía siendo aquella dama huidiza, esquiva y que se desmayaba por las esquinas. Seguía siendo la dulzura personificada que enamoraba a cualquier ser humano. No pensaba dejarla sola. Por eso seguía en casa de los Moore, todo lo cerca que podía estar de su verdadero objetivo en esas tierras.

Lamentaba profundamente usar a Rose para sus estratagemas. Ella estaba convencida de que pronto establecería una fecha para la boda. Pero nada más lejos de la verdad, estaba dispuesto a alargar ese día tanto como pudiera. Su hermano no le había dicho nada al respecto y era libre de seguir siendo soltero. No amaba a esa joven por muy amable, coqueta y delicada que se mostrara.

—¿Y usted, lady Rosalie Ringwood, acepta a Francis Ringwood como su legítimo esposo?

—Sí, acepto —escuchó decir a Rosalie mientras esta dejaba su mano al alcance de su primo para que le colocara el anillo.

Le tembló el pulso, la respiración y el cuerpo al verla casada con el monstruo de Bedford. ¡Debería ser él quien le corriera el velo! ¡Debería ser él quien la llevara al lecho! No lo soportaba, era incapaz de soportar tanto dolor y su naturaleza impetuosa estaba empezando a superar

cualquier límite impuesto previamente. Imaginarse a Rosalie en brazos de otro hombre lo destrozaba. Ella le pertenecía.

Estaba ardiendo por dentro y sus ojos dorados eran dos círculos en llamas.

Iba a explotar y necesitaba moverse.

—¿A dónde va? —interrogó Rose en cuanto puso un pie fuera de las filas de invitados.

«*Voy a detener esta locura*», pensó y miró a Rosalie, que le dedicó una mirada asustadiza y suplicante. Toda la atención había recaído en él y la Miel de Bedford le suplicó que no hiciera nada a través de esa comunicación no verbal que habían establecido entre ellos y que nadie más podía comprender.

Abatido, dio la espalda al altar y salió de la iglesia por un pasillo lateral. —He olvidado que tengo un asunto ineludible —le susurró a Rose lo suficientemente alto como para que las personas más curiosas lo oyeran.

—¿A qué ha venido eso? —susurró Francis Ringwood a la oreja de su recién esposa mientras le subía el velo lentamente. Ella negó con la cabeza—. Espero que te hayas comportado como una dama de tu posición debe de comportarse. No te guardaré ningún respeto si descubro que has estado revolcándote por ahí como una cualquiera.

Una abeja se clavó en la garganta de Rosalie y ya no pudo deshacerse de ella en toda la ceremonia. Sus piernas de gacela aguantaban el dolor y el miedo, pero su corazón de miel amenazaba con desbordarse lentamente. Lord Goldener se había ido y había podido ver en sus ojos el ardor que estaba sintiendo. ¿La perdonaría algún día? ¿La estaría odiando? No, no podía ser que Galán la odiara. Pero ella sí que se odiaba a sí misma.

La fiesta continuó en Bedford House donde los invitados hablaron y rieron animadamente mientras ella se mostraba todo lo educada que podía ser. No soportaba a ese puñado de obsequiosos y de hipócritas que volvían a adularla solo por ser la esposa de Francis, el futuro Duque. Todos,

absolutamente todos, incluso el padre de Rose, le habían dado la espalda. Y ahora pretendían que les siguiera la falsedad.

—Necesito retirarme unos minutos —le dijo a su primo—. El vestido me está apretando demasiado —mintió, con el propósito de huir de la celebración.

—¿Ahora? ¿No puedes aguantar? —exigió, sonriendo mientras la miraba amenazadoramente.

—Yo la acompañaré —intervino Rose, que lo había oído todo y que sabía que Francis era complaciente con ella—. La verdad es que yo tampoco soporto estos zapatos y necesito que alguien me aconseje cual sería me segunda opción, tengo muchos... Quizás unos cincuenta. Lo he mandado a traer desde mi casa y no sabe usted que... —parloteó con la voz aguda, removiendo sus mechones rubios y riendo con despreocupación.

—Está bien, pero no tardéis —concedió el Monstruo, con los ojos puestos en Rose—. Os necesito aquí para el vals.

Se levantaron a toda prisa y corrieron al interior de la mansión. Estaba vacía, los invitados estaban en el jardín y tan solo el servicio corría de un lado para otro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Rose, cambiando el semblante y poniéndose seria de golpe.

—Necesito sangre de cordero o de lo que sea —gritó en un susurro, desesperada y avergonzada.

—¿Por qué? ¿Qué vas a hacer con la sangre? —se asustó la muchacha, llevándose la mano sobre su generoso busto y empujando a Rosalie a un salón solitario.

—Rose, tú solo consíguela. Busca a la señora Allen, ella lo entenderá. Por favor.

—Me asustas, Rosalie.

—No te asustes y hazme caso si de verdad valoras nuestra amistad.

—Estás muy cambiada, pareces otra. Me ocultas muchas cosas. Si fueras sincera conmigo...

—Solo soy más fuerte y no pienso dejarme doblegar por Francis Ringwood. Voy a acabar con él. Eso es todo.

—¿De qué estás hablando?

—No puedo hablar más —Se apartó de ella. —Por favor, Rose...

—Ahora vuelvo.

Rosalie se sentó en un sillón y vigiló por la ventana que Francis ni el tío Jack sospecharan nada. Afortunadamente había conseguido que Olivia se tomara el resto del día libre. Lo hizo casi a la fuerza, con la ayuda de la señora Allen y en un despiste de su recién esposo. Si ella hubiera estado allí, hubiera sido imposible llevar a cabo su plan de emergencia. ¿Cómo no lo había pensado antes? ¿Cómo había podido pensar que Francis no la tomaría? ¿O que no le importaría que no fuera virgen? ¡Al fin y al cabo él mantenía relaciones con las doncellas! ¡Por Dios! La hipocresía masculina no tenía límites.

Un escalofrío desagradable le corrió por la espina dorsal al imaginarse a Francis en su lecho. Pero si quería tenerlo controlado y dominar Bedford debía cumplir con su papel de esposa. ¿Cuántas mujeres se entregaban sin deseos? ¿Cuántos matrimonios por compromiso se establecían a lo largo de un año? No sería la primera ni la última que cerraría los ojos y esperaría a que todo terminara cuanto antes. Y, sin querer, le vino a la mente Galán. Él y todo lo que le hizo sentir el día que se entregó a su amor. Si él estuviera en el lugar de Francis... ¿Cómo disfrutaría de esa noche de bodas!

—Aquí está —Entró como un torbellino Rose, mostrando un pequeño botecito—. Dice la señora Allen que sangre sola no servirá. Me ha dado el riñón de un pollo —Esbozó una mueca de repugnancia.

—Gracias, amiga.

—¿En qué estabas pensando? Parecías muy feliz.

—En nada, solo en algo muy bello que ya nunca podré tener. Lo siento.

—¿Por qué me pides perdón? —rio Rose.

—Lo siento, de veras...

Se aguantó las ganas de llorar y miró otra vez a través de la ventana, ignorando a una confundida amiga que la miraba con extrañeza. ¿Qué le esperaba esa noche?

∞ ∞ ∞

# Capítulo 18

## *La astucia de la gacela*

*La astucia puede tener vestidos, pero a la verdad le gusta ir desnuda.*

**Thomas Fuller.**

La noche había caído y la Miel de Bedford esperaba en las alcobas matrimoniales de la mansión a su recién esposo: el Monstruo de Bedford. Había dejado a Amanda bajo el cuidado de la señora Allen, lejos de Francis y de cualquier cosa que pudiera asustarla. Miró a su alrededor, esas eran las dependencias que sus padres habían ocupado tiempo atrás. Siempre imaginó que su hermano sería el próximo en hacerlo cuando se casara. Una vez más, se equivocó. Era ella a la que le tocaba dormir en ese lugar y no le pareció tan romántico como cuando era una muchacha.

No había dejado de pensar en lord Goldener y en lo mucho que le hubiera gustado estar esperándolo a él y no a otro. Los besos, las caricias y los susurros que él regaló ese día, ese momento de pasión y de entrega incondicional... no los borraría de su mente. Su corazón estaba con él, lejos de allí. ¡Pobre Galán! Su mirada dolida en mitad de la iglesia la atormentaba. Sus ojos brillantes parecían hechos de fuego.

—¡Vaya, vaya! Aquí estás, preparada para mí —Entró Francis, sacándola de sus pensamientos y apartándola de la ventana.

—Francis... —Lo miró con ojos de gacela arrepentida. — Ahora que eres mi esposo, quiero pedirte disculpas por todo el daño que he podido causarte. Jamás debí marcharme y dejarte solo. He sido una estúpida.



—¿Qué intentas? —La miró incrédulo con una ceja enarcada mientras se acercaba cada vez más a ella.

—No intento nada, Francis, de veras. Ya sabes que soy una mujer creyente y temerosa de Dios.

—Sí, te he visto hablando estos días con el reverendo Pedro y ya me ha dicho que has cambiado mucho... que estás arrepentida. No sabía si creérmelo, pero al parecer es cierto —La miró con menos desconfianza y le acarició la cara en un acto que le provocó arcadas. ¡Le daba asco! Francis Ringwood era asqueroso. No solo por su aspecto, de por sí desmejorado, sino por todo lo que sabía de él. Violaciones, asesinatos y torturas. ¡Por Dios! Ninguna mujer sensata disfrutaría de su compañía.

—Exacto —sonrió, ocultando su malestar—. Espero que no te moleste que haya mandado a traer una botella de vino. Sé que tu favorito es el francés... Quise darte una sorpresa —Se alejó de él con pasos rápidos y cogió la botella para mostrársela. —Lo consulté con el reverendo y me dijo que no había nada de malo en que una mujer agasajara a su esposo la noche de bodas.

—Sí, también me dijo eso. Que me estaba esperando alguna sorpresa grata por tu parte. Quizás esperaba otro tipo de cosa... —La miró lascivamente. —Pero entiendo que tú eres una dama y que tu modo de entender el agasajo es distinto. Bien, sírveme una copa y ven a la cama... esta noche sabrás lo que es un hombre y más adelante te iré enseñando mis gustos... Si quieres que me comporte, deberás satisfacerme.

—Por supuesto, ¿y qué esposa no quiere complacer a su marido? —le siguió la corriente mientras inclinaba la botella de vino, previamente descorchada por el servicio, y llenaba una copa.

—Y sirve una para ti también, no me gusta beber solo.

—¿Yo? No debería, no he bebido más que un poco de champán en toda mi vida —Se giró con una sola copa y le sonrió del modo más sensual que supo hacerlo.

—Hacía tiempo que no yacía con una mujer virgen, acércate —gruñó.

—Toma, primero prueba el vino —Se acercó a él y le acarició su horrenda barbilla rasurada.

La obedeció y se bebió la copa de un trago.

—Desnúdate.

—Sí, querido.

Se sacó el batín lentamente, simulando timidez, cosa que parecía excitarlo todavía más de lo que ya estaba. Francis estaba completamente preparado para hacerlo y ella lo sabía. La miraba lujuriosamente mientras deslizaba el satén por su piel, quedándose completamente desnuda. Se llevó las manos sobre sus partes íntimas y bajó la cabeza en su papel de dama virginal. Lo oyó levantarse del lecho, dejando la copa sobre la mesita, y se acercó a ella. Le tocó el pelo mientras gruñía y le apartó las manos de los pechos.

—Son un poco más pequeños de lo que estoy acostumbrados —balbuceó—. Pero me conformaré —Se los apretó, haciéndole daño. No era considerado, sino bruto y mal intencionado. Le hizo daño adrede, como si disfrutara con ello. Luego se los lamió mientras se tocaba a sí mismo. Era una imagen grotesca y deforme del amor y de la pasión. Era un animal obsesionado con su propio placer y no le importaba demostrarlo abiertamente, tocándose a sí mismo con los pantalones bajados mientras ella solo era un trozo de carne al que utilizar.

La empujó sobre el lecho y le abrió las piernas de par en par, dispuesto a penetrarla sin ni siquiera haberle regalado un solo beso formal. Por fortuna, justo en el momento en que iba a penetrarla, se cayó en redondo sobre ella. ¡Qué asco! Lo apartó como si fuera un saco de estiércol y lo miró, asegurándose de que el calmante había hecho efecto, Francis estaba en trance. Mañana no recordaría más que imágenes borrosas de lo sucedido.

Corrió a ponerse la bata y abrió una puerta secundaria y casi secreta detrás de la que la señora Allen la estaba

esperando.

—¿Ha hecho efecto? —preguntó la vieja ama de llaves, mirando hacia un Francis delirando sobre la cama.

—Sí, pensé que no lo haría a tiempo... pero ha funcionado. Me ha servido de algo soportar al reverendo Pedro durante estas dos semanas y, sobre todo, me han servido tus conocimientos sobre las hierbas. Vamos, pasa — dijo, mirando a una mujer de la vida alegre que habían contratado para la ocasión. La señora Allen aseguraba que era de confianza y que jamás diría ni una sola palabra. Rosalie no sabía cómo la conocía el ama de llaves, pero su palabra era suficiente. Habían buscado a una mujer de pelo oscuro y ojos marrones como ella. Un poco delgada y, en fin, casi una copia de sí misma.

—¡Ah, estás aquí! —dijo el delirante Francis, cogiéndose a la prostituta y penetrándola casi sin saber lo que hacía.

—¿Estás segura de que no recordará nada? —preguntó Rosalie, cerrando la puerta a la espera de que la empleada terminara su oficio.

—Tendrá imágenes borrosas, a él le parecerá que habéis consumido el matrimonio, por eso no te preocupes. Pero no sé si volverá a aceptar una copa de vino francés la próxima vez que venga a visitarte.

Rosalie supo que el asunto era muy serio y que la señora Allen estaba hablando preocupada, pero los nervios que había pasado le hicieron ver el comentario de su compinche muy gracioso. Estalló en una carcajada ahogada y se rio hasta que el rugido de un animal salvaje la detuvo.

—¿Qué ha sido eso?

—Ha parecido el gruñido de un oso.

—¿Un oso?

—Un oso enfurecido.

Se acercó a una ventana cercana y miró hacia el jardín, ¿desde cuándo había osos en Bedford?



Esperó pacientemente al lado de Francis a que éste despertara. Lo hizo desnuda bajo las sábanas y sobre una pequeña mancha de sangre de pollo. Cuando el toro malherido se removió inquieto supo que estaba a punto de terminar su pesadilla.

—Rosalie —lo oyó decir—. Eh, Rosalie —La cogió por el cuello de malas maneras, creyendo que con eso la estaba despertando.

—Sí, Francis, estoy aquí —musitó ella, poniendo voz adormilada.

—Me duele la cabeza —Ve y ordena que traigan algo para remediarlo.

—Sí, querido —Se levantó a toda prisa y se colocó el batín por encima. Francis miró la mancha roja sobre las sábanas y asintió satisfecho.

—Te has portado bien esta noche, espero que sigas así —le dijo—. Por tu bien.

—Por supuesto.



Lo cierto fue que Francis pronto se aburrió de ella. Al término de unas tres semanas de argucias decretó que ella era muy fría y que prefería retozar con las doncellas, entre ellas, Olivia. Sus palabras textuales fueron: <<nunca me han gustado las damas, demasiado pulcras y temerosas de Dios como para dar placer a un hombre, te visitaré de vez en cuando para engendrar a un heredero>>. Ella fingió un

puchero lastimoso mientras por dentro cantaba victoria. ¡Qué estúpido era su esposo!

Ese día fue glorioso. Se limpió, se vistió con un traje nuevo que había mandado a confeccionar en el pueblo y salió a sus tierras para montar y controlar el proceso de cultivo. La herencia ya le había sido entregada y Francis se la estaba fundiendo en alcohol, juego y prostitutas. Al menos había dejado en paz a las mujeres inocentes y las violaciones y tormentos se habían detenido.

—¡Lady Rosalie! ¡Lady Rosalie! —gritó el señor Peter al verla—. ¡Qué alegría verla por aquí!

—¿Cómo estás, querida? No puedo ni imaginar lo que habrá sido para ti casarte con ese monstruo —Se sumó María.

—Lo importante es que ya estoy aquí y que, a partir de ahora, yo velaré por vuestros intereses.

—Sí, milady.

—¡Buenos días, señorita! —Vino Lucas, cargado con un puñado de cebada.

—Lucas, ahora no tienes excusa para no casarte —bromeó ella—. Quiero que esto vuelva a ser como antes —sonrió, mirando hacia el horizonte desde su yegua blanca.

—Seguro que así será, milady.

Dio una larga vuelta, atravesando el bosque y descendiendo por un valle rocoso hasta llegar a un pequeño lago. Desmontó y se acercó a él para refrescarse. Entonces, un ruido entre la vegetación la asustó. ¿Qué era? Se incorporó de inmediato y miró a su alrededor. ¿Sería una bestia?

—Milady —Salió de entre las sombras lord Goldener.

Al verlo, el corazón le dio un vuelco. Había soñado con él infinidad de veces, dormida y despierta. Despierta cuando Francis la visitaba y debía fingir ser una esposa entregada antes de escapar de él con alguna excusa o artimaña. Al ver la belleza de Galán se acordó de lo horrendo que era su esposo, si es que podía olvidarlo.

—Lord Goldener —susurró, ahogada de emoción—. No debería estar aquí —reaccionó, dirigiéndose a la yegua. Pero él la detuvo y la obligó a mirarlo, a penetrar en esos ojos dorados que estaban calcinados, muertos.

—¿Está bien, milady? —le preguntó, rozándole el brazo provocando en ella sensaciones que creía enterradas. Un cosquilleo agradable le invadió la entrepierna y se asustó, eso no era buena señal.

—Por supuesto, milord. Todo lo bien que pueda estar una mujer felizmente casada —siguió con su mentira. Debía evitar que el oficial actuara por impulsos y arruinara todos sus planes.

—¿Feliz? —La miró de arriba a abajo. —¿Se ha entregado a él? ¿A ese monstruo?

—¿Qué insinúa? ¡Es mi esposo! Y, por favor, aléjese de mí. ¿Cómo ha sabido que estaba aquí? Oh, ya... Mi aroma dulce, ¿verdad? Su instinto animal...

—No me he alejado de usted ni un solo día. Siempre la estoy merodeando, protegiéndola desde las sombras... Al más mínimo grito de dolor, entraré en esa casa y lo mataré. No me creo su falsa felicidad ni sus palabras, milady. La conozco demasiado bien, muy bien —insistió, mirándola significativamente y cogiéndola por la cintura—. No sé si se ha entregado a ese despreciable hombre, pero estoy convencido de que no ha sabido amarla como yo lo hice. Es mía, lady Rosalie. Solo mía —Acercó sus labios masculinos a su boca femenina.

—Debería irse, su prometida debe estar esperándolo. Rose no puede seguir esperando una fecha para la boda, la está dañando —Se zafó de él bruscamente y lo miró con seriedad. —Cada uno tiene que asumir su destino.

—Mi destino es usted. Usted es un pedacito de miel creado para mí. No me importa su marido, si está casada o si finge ser la esposa ideal. Bien sabe que hay en el fondo, en el fondo de su alma. Estoy seguro de que sueña conmigo, como yo lo hago con usted —Volvió a cogerla,

aprovechando su desconcierto. —No se extrañe si algún día la secuestro y la hago mía de nuevo, lejos de aquí y de toda esta porquería.

—Un hombre que ha sido entrenado para cumplir con su deber, debería cumplir su promesa de compromiso —ultimó ella, tragándose las lágrimas y recordándose a sí misma por qué hacía todo lo que hacía. Las cosas empezaban a funcionar, solo era cuestión de tiempo que su esposo pereciera. Lo tenía todo planeado desde que vio las tumbas de sus tíos y no podía fallar en esos momentos. Galán solo lo estropearía todo.

Un destello verdoso brilló entre la maleza repentinamente y Rosalie comprendió que alguien había llegado en escena. Concretamente, Olivia. ¡Dios! Tragándose el amor que sentía, le propinó una dura bofetada a lord Goldener y subió corriendo a su caballo.

—¡Aléjese de mí! ¡Yo amo a mi esposo! —gritó—. No quiero volver a verlo cerca.

—Una sola orden, milady. Una sola... Y yo acabaré con todos —respondió él—. Con los espías incluidos.

Francis, aunque ya no quería visitarla en el lecho, la tenía permanentemente vigilada. El reverendo Pedro se encargaba de ser un gran informante al mismo tiempo que Olivia la seguía a todas partes. Su tío Jack, gracias a Dios, había vuelto a su propiedad y no la molestaba.

Galopó hasta la mansión y corrió hacia la señora Allen. —Tienes que llevarte a Amanda de aquí.

—¡Milady! ¿Qué ha ocurrido?

—Por favor, llévatela al pueblo. Busca una excusa, que está enferma y que necesita ver a un médico o alguna de tus curanderas.

—Me está asustando.

—Haz lo que le digo.

Después de asegurarse de que Amanda no estaría presente ese día, se encerró en su habitación y observó a la maliciosa Olivia entrar en la mansión con ínfulas de

superioridad. ¡Iba a contárselo todo a Francis! ¿Por qué la odiaba tanto esa niña? Había intentado hablar de ella con el reverendo Pedro, pero este eludía el tema cada vez que lo sacaba a relucir. ¿Dónde estaba su hermano Alfie? ¡Iba a llevarla a la ruina! ¿Por qué lord Goldener no aceptaba la realidad de una buena vez? ¿Y si Francis se lo contaba todo a Rose? ¡Qué desastre!

∞ ∞ ∞



## Capítulo 19

### *La culpa no está en el sentimiento, sino en el consentimiento*

*Amigo es el que en la prosperidad acude al ser llamado y en la adversidad sin serlo.*  
**Demetrio Falero.**

Una tormenta y un aguacero fueron el prelude de que la noche que se avecinaba iba a ser terrorífica. Había mantenido a raya a Francis con su apariencia de esposa arrepentida y entregada, pero si Olivia le contaba que la había visto en el bosque junto a Galán las cosas podían cambiar drásticamente.

Francis era el Monstruo de Bedford, un monstruo que había estado dormido por unos días y que en cualquier momento despertaría. El primer instinto fue el de huir, de gritar o de buscar ayuda. Pero no pensaba hacerlo. Iba a ser más inteligente que eso.

Cogió una de las joyas que el tío Jack le había regalado para la boda y a través de los pasillos (que tan solo ella conocía) llegó a la habitación de Olivia. Allí, entre las pertenencias de la huérfana, escondió el collar de zafiros que Francis conocía perfectamente porque se trataba de una herencia familiar. Se aseguró de que nadie la viera en mitad de su pequeña malicia, eso supondría el fin.

La señora Allen se había marchado junto a Amanda al pueblo y no había nadie en la casa que pudiera interceder por ella.

¿Sería verdad que si gritaba de dolor Galán entraría y mataría a Francis?

Fantaseó con esa idea disparatada y corrió de vuelta a su alcoba donde se encerró a la espera de que la locura de su esposo empezara.

Lo último que quería era arruinar la vida de lord Goldener. Si él mataba de forma impulsiva a Francis, ambos terminarían en la cárcel y todo lo que había hecho hasta ese momento no valdría para nada. ¿Cómo arruinarle la vida a Galán?

—¡Abre! —oyó gritar a Francis después de aporrear la puerta.

Lo abrió vestida en camisón de dormir, fingiendo sorpresa —¿Qué ocurre?

—No te hagas la tonta conmigo —escupió, con los ojos encolerizados y la locura impresa en su rostro. La cogió con violencia por los brazos y la zarandó como si fuera una marioneta para luego propinarle un duro golpe sobre la mejilla.

—Francis, para... —dijo ella, llevándose las manos sobre la cara a modo de protección—. Explícame qué te ocurre.

—¡Maldita seas, Rosalie! Sabía que no podía confiar en ti —gruñó, soltándola—. ¡Sabía que había algo entre tú y tu perro guardián!

—¿Pero de qué estás hablando? —intentó no demostrarle el miedo que verdaderamente sentía, mirándolo con serenidad pese a lo mucho que le dolía la mejilla enrojecida—. ¡Explícamelo! ¿Cómo puedes pensar semejante horror? ¿Acaso no sabes que solo me he entregado a ti?

Francis recordó la mancha de sangre sobre las sábanas el día de la boda y pareció calmarse un poco. —Olivia me ha contado que te ha visto en el bosque con lord Goldener en una actitud poco decente.

—¿Olivia? —rió—. Lo que le pasa a esa muchacha es que está resentida porque sospecho que me ha robado el collar de zafiros de tu madre. Estoy segura de que quiere perjudicarme antes de que la verdad salga a la luz.

—¡No seas mentirosa! —Le dio una cachetada más—. Olivia jamás haría algo así. Es la doncella más fiel de esta casa.

—¿Fiel? —volvió a reír—. La señora Allen la vio rebuscando entre mis cosas y poco después el collar desapareció, ¿por qué no mandas a registrar su alcoba? Eso mismo quería hacer yo mañana. Por lo visto, ella se me ha avanzado. Ya sabes que la gente de baja ralea suele ser muy avispada. Y tú, querido esposo, la has creído a ella antes que a mí.

—No confío en ti, Rosalie. Ya sabes por qué me he casado contigo y no tengo ninguna intención de quedar como un idiota. Si no encuentro el dichoso collar entre las pertenencias de Olivia, haré que te encierren en el ático y nuestros acuerdos se habrán roto para siempre. No tendré respeto para una prostituta, te lo advierto. Tu vida será un infierno.

«*¿Podía ser peor?*», pensó ella con ironía.

Francis salió de la habitación y mandó a registrar la habitación de Olivia. Solo fue cuestión de tiempo que la joya familiar apareciera en el armario de la doncella. A Rosalie le dolió inculpar a la niña, pero no le quedaba otro remedio si quería sobrevivir. Debía hacerse fuerte frente a cualquier enemigo. Olivia le había demostrado que la odiaba y que estaba dispuesta a perjudicarla. Seguro que tenía sus motivos, pero ella no podía dejarse vencer por los resentimientos de una joven. Había demasiado en juego, había llegado demasiado lejos.

Poco después, apareció su esposo con Olivia cogida por un brazo y con el collar en la otra mano libre. —Espera fuera —Empujó a la muchacha fuera de la habitación con violencia y la hizo caer de bruces contra el suelo. —Tenías razón —Se acercó a ella de forma intimidatoria y tiró la joya sobre su cama.

—Te lo dije...

Repentinamente, Francis la cogió por el cuello y la asfixió. —No juegues conmigo, Rosalie. Esta vez te has librado, no sé cómo lo has hecho o si verdaderamente eres inocente. Pero no tientes al diablo si no quieres perder tu posición. De ahora en adelante se terminaron tus excursiones al campo, no quiero verte sola.

—¿Y cómo voy a administrar la propiedad? —preguntó, firme en sus propósitos.

—Lo harás desde aquí y si necesitas salir, lo harás conmigo. Un solo error más, Rosalie. Uno solo... y sabrás de lo que soy capaz —La soltó y salió hecho una furia.

Las piernas, que la habían estado amenazando con flaquear desde el principio, lo hicieron al fin. Se cayó contra la moqueta, nerviosa. ¡Si no hubiera escondido el collar en la habitación de Olivia...hubiera sido su condena!

En el suelo, lloró todo lo que tenía ganas de llorar. Se estaba haciendo fuerte a base de golpes y sentía que lo estaba consiguiendo, que se estaba labrando una buena coraza. Pero dolía y costaba mucho hacerlo. No era fácil curtir una personalidad almibarada. Se incorporó y se acercó al espejo del tocador. Tenía marcas de violencia en la cara y el cuello. ¡Qué impotencia!

«*No puedo permitirme otro error*», se aconsejó a sí misma.

Debía escribirle a lord Goldener y contarle la verdad o, al menos, una parte de ella. Explicarle por qué no podían verse y por qué ella había decidido casarse con Francis. La insistencia del oficial solo le traería problemas. Era duro decirle a alguien que amaba que se alejara... pero no tenía otro remedio. ¿Por qué no lo entendía? ¿Por qué Galán no desistía? Se lo había dejado claro desde el día en que supo que estaba prometido con Rose.

¿El amor? Claro, había amor, pasión y todo lo que nunca tendría con el Monstruo de Bedford. Pero debía priorizar otras cosas antes que tirarse a una vida de egoísmo.

Cerró la puerta con llave y se sentó con una pluma y un papel. No iba a entrar en detalles por si algún día alguien encontraba el mensaje así que tendría que ser hábil con las palabras. Esperaba que, arriesgándose con ese acto, Galán lo comprendiera de una vez por todas. ¿Por qué era tan terco?

*"A lord Goldener,  
necesito que deje de perseguirme. Agradezco lo que ha hecho por mí y el apoyo incondicional que me ha brindado. Sin embargo, me veo con la obligación de reiterar que desista en su terquedad infundada. No hay nada entre nosotros, ni nunca lo habrá. Es algo imposible, ya lo sabe. Me debo a mi esposo. Me he casado con él para controlar lo que es mío. Y usted se debe a su prometida.*

*No voy a especificar nombres, pero usted sabe a qué me refiero. El monstruo tenía a mi prima cautiva en un ático y gracias a mí ahora está a salvo. No solo ella lo está, el resto de las personas que dependen de mí también están gozando de mi protección. Permítame terminar con esta misión que he empezado, nadie más que usted comprenderá lo que significa eso. Ha cumplido con la promesa que le hizo a mi hermano, créame cuando le digo que ha quedado liberado.*

*Atentamente,  
Ya sabe quién soy. "*

Dobló el papel en mitad de un río de lágrimas y lo guardó concienzudamente en un cajón hasta que pudiera dárselo a la Señora Allen. ¡Ojalá hubiera conocido a lord Goldener cuando era muchacha casadera libre de problemas! Al cerrar el cajón unos gritos llegaron a ella, obligándola a limpiarse las lágrimas de melancolía y desazón. Le pareció la voz de Olivia.

La curiosidad y la necesidad de saber qué ocurría en su hogar la obligaron a salir de puntillas de la habitación.

Horrorizada y helada, siguió el eco de los gritos hasta llegar a su origen.

Lo que vio, no se le borraría de la mente hasta la muerte. Francis estaba golpeando la espalda de la joven con una fusta frente a otra mujer, otra de las doncellas de la casa. Lo hacía impávido, sin un ápice de emoción en el rostro. Después, cuando la sangre empezó a escurrirse por la pálida piel de Olivia, el Monstruo de Bedford ordenó a la empleada presente que limpiara las heridas.

—No voy a matarte porque me sirves bien —balbuceó Francis, sacándose la ropa y quedándose desnudo.

¡Qué repugnante! ¿Qué pretendía? ¿Qué iba a hacer? ¡Acababa de darle una paliza! ¿Y quería yacer en el lecho con ella? ¡Desalmado! ¡Engendro del mal! Debía pudrirse en el infierno. Eso le hizo ver que, aunque le dolían los golpes que Olivia acababa de recibir, había hecho bien. Solo ella podía acabar con el diablo y lo haría con la ayuda de Dios.

Las hierbas que le ponían en la bebida o en la comida antes de la cópula no eran nada más que una pequeña dosis de lo que le suministraban en realidad. La señora Allen se encargaba de ponerle unas gotas de arsénico en cada comida. ¿Cuánto tardaría en hacer efecto el veneno? Lo estaban haciendo poco a poco porque era un veneno que muchos médicos detectaban y no querían ser juzgadas por asesinato. ¡Tenía que ser una muerte natural! Cuando su esposo muriera, ella se quedaría viuda y con toda la fortuna. El tío Jack ya no tendría excusas para amenazarla si preciaba su posición social.

La depravación infernal de Francis iba más allá de querer yacer con Olivia después de propinarle una soberana paliza. Obligó a la otra doncella a desnudarse y a tumbarse con ellos. ¡Tres en la misma cama!

Rosalie no supo qué pensar. ¿Qué locura era esa? ¿Esos eran los gustos de los que tanto le había hablado Francis? Observó como ambas mujeres se daban placer entre ellas mientras él las observaba y se tocaba...

Dio dos pasos hacia atrás y dio la vuelta inmediatamente. No quería profundizar más en el asunto, volvió a su habitación y no abrió la puerta hasta que oyó a Olivia pasando más de una hora después. En ese momento, la cogió por sorpresa y la entró en la alcoba con un estirón contundente.

—Vas a explicarme por qué quieres perjudicarme y lo vas a hacer ahora mismo —la amenazó a través de sus ojos de gacela encendidos. Estaba harta de ella, de sus constantes miradas maliciosas y de su poca lealtad—. No estás en posición de desafiarme, Olivia. Así que empieza a hablar. Sé que Francis te pega y no sé si estás de acuerdo con las barbaridades que te obliga a hacer en el lecho... pero no me creo que seas feliz con lo que estás haciendo. ¿Has olvidado que te brindé la mano cuando estabas sola? ¿Qué te he hecho para que estés en mi contra? No me digas que no sabes cómo es mi esposo, ¿cómo has podido contarle algo que iba a afectarme?

La dureza en los ojos de Olivia se fue agravando a cada palabra. —Vamos, Olivia, puedes confiar en mí —insistió, buscando algo de esa niña a la que un día quiso como a una hermana pequeña.

—Usted me abandonó. La odio. La odio con todas mis fuerzas —La miró con recelo. —No confío en usted y jamás podría hacerlo. Solo nos recogió, a mi hermano y a mí, para aparentar ser una buena mujer... "La Miel de Bedford", pero en realidad no es mucho mejor que Francis Ringwood. Por algo llevan el mismo apellido. Hay personas que quieren aparentar bondad y usted es una de ellas. ¿Quién ha puesto ese collar entre mis cosas?

—Tú me has obligado a hacerlo. ¿Por qué le has contado algo que iba a ponerme en grave peligro? No eres más que una niña malagradecida e inconsciente.

—No le tengo que agradecer nada a una persona que nos echó de sus vidas porque teníamos piojos y no sabíamos comportarnos. ¡Pobre Alfie! Lloró durante semanas en

cuanto se enteró de que nos había abandonado en la vicaría.

Rosalie recordó las mentiras que tuvo que decirle al reverendo Pedro para que aceptara a los niños de vuelta. Lo hizo para protegerla a ella, para protegerla del degenerado de Francis. —No sé qué escuchaste o que te han dicho, pero si dije esas barbaridades fue con el fin de protegerte. Francis me amenazó con hacerte daño y solo podía dejarte en la vicaría, lejos de él.

—¿Lejos de él? ¿Acaso cree que tardó mucho en encontrarme? ¡Por Dios! ¡El maldito Pedro trabaja para ellos! ¡Para los Duques! Fue cuestión de tiempo que me trajeran aquí y que...

—¿Qué? —Se llevó la mano sobre el pecho, temiendo lo peor. —Lo siento mucho. Quise protegerte. ¿Qué te hizo?

—Nada —Se apartó de ella bruscamente. —Ahora Francis es mi protector —dijo Olivia solemnemente, dejando a Rosalie boquiabierta ante tal confesión—. Yo le doy lo que usted, milady, jamás podrá darle y lo siento como mi propio marido.

—¿Marido? —La miró de arriba a abajo buscando signos de locura. —Pero si te golpea y te trata peor que a escoria. No sabes de lo que hablas... Sin duda, lo que debes haber sufrido ha afectado a tu visión sobre la realidad.

—¿Realidad? ¿No sé de lo que hablo? Créame, lo sé demasiado bien. Y... por lo que veo —Señaló las marcas de su rostro. —A usted tampoco le va mucho mejor.

—Pero lo mío es diferente, tengo motivos para estar aquí. No puedes compararte, Olivia.

—Puede ser, pero al menos yo no finjo ser una persona que no soy. Y mientras yo le dé lo que él me pide... todo irá bien.

—Ya he visto lo que le das, degeneración y aberración. Te lo regalo todo. Y cuando necesites ayuda, Olivia, aquí estoy —se acorazó—. Lamento mucho si te causé algún daño,



pero Dios sabe que intenté hacer lo mejor para ti. Dime al menos que fue de Alfie, ¿dónde está?

—Por favor —rio la doncella—. No finja interés, no la soporto. No soporto esa actitud falsa. Preferiría que confesara de una buena vez que es usted una hipócrita, engreída y manipuladora. Es cuestión de tiempo que caiga por su propio peso.

—Piensa lo que quieras. Ya sabes dónde estoy si me necesitas. Y te lo advierto, Olivia. No te metas en mis asuntos... Quizás creas que tienes razones para castigarme, pero solo estás navegando en tus propias frustraciones. Y que te quede claro que yo sí te amé como a una hermana pequeña... Para mí tampoco fue fácil dejaros en la vicaría. No espero que lo entiendas... Ya veo que tus inclinaciones naturales son otras.

—¿Quiere decir que soy malvada?

—No digo que lo seas, pero no has intentado entenderme. Te has limitado a juzgarme desde tu posición de víctima. ¿Y sabes qué? Estoy harta de las víctimas. Yo cuido de mi gente, pero no me sacrificaré por quienes no hacen nada para ser mejores. Ahora, si me disculpas... puedes retirarte.

Olivia se quedó unos instantes mirándola con una expresión difícil de descifrar y luego se marchó.

—Lo siento —murmuró lady Rosalie en la soledad de su habitación—. Lo siento mucho, Olivia. Yo hice lo que pude... No sabía más.

*"Decidí no sentirme culpable por lo que le había pasado a Olivia. ¿Qué podría haber hecho con ella cuando yo misma no sabía qué hacer? La dejé en la vicaría, un lugar en el que pensaba que estaría a salvo. Me quemaba el corazón saber que había sido igualmente vejada, pero ella tampoco no parecía querer mi ayuda... sino todo lo contrario. Entendía su resentimiento, la comprendía. Pero era incapaz de perdonarle su malicia. Si se hubiera salido con la suya, yo*

*hubiera terminado encerrada en un ático. Lo que yo hice fue involuntario, lo que ella estaba haciendo era con toda la voluntad de hacerme daño. Hay personas que se olvidan de lo bueno que has hecho para ellas y al mínimo fallo... te conviertes en lo peor y se vuelven en contra de ti. No esperaba nada a cambio de haberla recogido de la pobreza y haberle dado un techo y educación, solo esperaba que no quisiera verme muerta. En cuanto a Francis, cada día que pasaba estaba más convencida de que merecía morir. ¿Cuándo haría efecto el veneno? "*

∞ ∞ ∞

# Capítulo 20

## *El abrazo del oso*

*Me decían que eran necesarios unos muertos para llegar  
a un mundo donde no se mataría.*

***Albert Camús.***

—Amanda, ya ha pasado un mes desde que te encontré y todavía no has querido hablar conmigo —dijo Rosalie mientras empujaba pacientemente la silla de ruedas en la que iba sentada su prima. La joven de pelo rubio y ojos verdes se negaba a entablar conversación. Se había convertido en una sombra ausente a la que siempre tenía cerca.

Cada mañana daban un paseo por el jardín, lejos de Francis, de Olivia y de todo lo que tuviera que ver con la oscuridad que había embargado Bedford House. Por supuesto que no iban tan lejos como para que su esposo se enfadara después de los límites impuestos sobre sus salidas. Amanda se negaba a andar. Rosalie estaba convencida de que podría hacerlo ya que sus piernas iban recuperando poco a poco la movilidad. Hay cosas que, desgraciadamente, escapan de la fuerza física y son propias de la fuerza mental, una fuerza que había sido destruida en esa joven.

Aún con todo, Rosalie no perdía la esperanza y cada día hablaba con su prima como si ésta fuera a contestarle de un momento a otro. —¿Por qué no quieres andar? Tienes unas piernas hermosas y cada día más fuertes.

—Lady Rosalie —escuchó a sus espaldas. Era la voz de la señora Allen.

—Dígame, señora Allen —respondió la Miel de Bedford, dejando a Amanda cerca de las rosas.

—Milady, he hecho lo que me pidió —susurró la vieja empleada, entornando los ojos verdes que la caracterizaban.

—Muchas gracias —suspiró—. Espero que con esto baste para detener a lord Goldener.

—No parecía dispuesto a darse por vencido, milady. Quiso que le trajera una misiva como respuesta, pero me negué en rotundo. Usted me dio órdenes claras de que se trataba de una carta sin réplica posible. Además, no quería arriesgarme a traer algo escrito por el oficial. No sabemos qué día Francis puede mandar a registrarlo todo. Ya sabe cómo es ese loco... Poco tiempo va a durar en este estado de somnolencia. Ya empieza a dar signos de su locura.

—¿Qué dice? ¿Qué ha hecho?

—Nada grave, milady. Pero sé de buena mano que ha estado molestando a la hija del obrador del pueblo. El pobre panadero está asustado y está planeando marcharse del pueblo. Yo le he insistido que no era necesario, que usted ahora estaba aquí y que no iba a permitir que nada malo le sucediera.

Rosalie se llevó la mano sobre el pecho y abrió los ojos de par en par. —Me adjudica usted demasiados méritos. ¿Está perdiendo el control tan pronto?

—Tan pronto, milady. Es una bestia imposible de dominar. Ningún hombre es fácil, pero este milady... Este es imposible.

—¡Es un monstruo! —Señaló los moratones que portaba en el cuello y en la cara.

—Es el Monstruo de Bedford. Me he encargado de esconder nuestros remedios naturales lo mejor posible. A veces Olivia lo manosea todo como si sospechara de que estamos envenenándolo.

—Debe ser sospechoso que todas las veces que Francis ha yacido conmigo haya sido en estado de embriaguez.

Temo el día en que me sorprenda y no podamos hacer nada.  
¡Qué horror! No quiero ni imaginarme en sus brazos.

—Ninguna mujer en su sano juicio haría tal cosa.

—Pero Olivia...

—Olivia es una depravada. Lo siento mucho, milady. Siento mi sinceridad, esa niña no merece ni un solo pensamiento de su parte.

—Tiene sus motivos para ser así.

—Todos tenemos motivos para ser malvados, está en nuestras manos escoger qué camino queremos seguir.

—Soy incapaz de quitarle la razón. Mire, ahí está el perrito faldero de los Duques.

—¡El reverendo Pedro! —gritó en un susurro el ama de llaves—. Me voy, no lo soporto.

—Es usted afortunada.

Disimuló lo tedioso de la situación y esbozó su sonrisa más afectuosa en cuanto el reverendo Pedro estuvo lo suficientemente cerca como para verla. ¡Asquerosa alimaña! El muy traidor creía que ella se había olvidado de todo cuanto le dijo la noche de su huida.

—Milady —agasajó.

—Reverendo —replicó, acercándose a Rose para coger su silla.

—Le he preguntado a su esposo sobre su paradero y me ha dicho que podría encontrarla aquí. Me alegro de que hayan aprovechado este magnífico día para dar un paseo. Hay que ser agradecido con las bendiciones divinas y el sol es una de ellas... aunque una dama como usted deba usar sombrilla para proteger su delicada piel, por supuesto —rio, removiendo sus gafas y su cuellecito delgado.

Rosalie lo miró de reojo con pesadez. «¡Qué hipócrita!»

—¿Y a que debo su visita, reverendo? —preguntó, reiniciando la marcha por el camino de rosas rojas.

—Oh, quería ser el primero en informarle de que pronto ocupará su lugar como dama de honor en la boda de Rose Moore y Galán Goldener.

Dio un pequeño respingo al oír el nombre del oficial al lado del de su mejor amiga. ¿Tan rápidos habían sido los efectos de la misiva?

—¡Qué buena noticia! —fingió alegría—. Pero creo que Rose Moore se enfadará con usted en cuanto se entere de que le ha estropeado su sorpresa.

—Oh, milady. Lo sabe todo el pueblo... Ayer vino el Duque de Wellington y pactó la fecha con el vizconde, el veintiséis de julio.

—¿El Duque de Wellington?

—El hermano mayor del oficial.

—Entiendo...

Comprendió que el reverendo estaba sonsacándole información. No tenía ninguna intención de hacerla partícipe de una succulenta noticia, sino de ver su reacción ante ella.

—Debe estar muy complacida de que pronto Rose ocupe un lugar similar al suyo. Cuando dos amigas comparten etapas de la vida, es más fácil llevar la relación.

—No solo estoy complacida, reverendo. Estoy feliz por ella —Se tragó los celos y el amor prohibido que latía en el fondo de su corazón. Tragó ambas emociones y supo que le causarían una indigestión horrible.

—Es usted una buena amiga.

—Solo me preocupo por el prójimo. Y, reverendo, dígame una cosa... ¿Qué pasó con Olivia y Alfie? —se atrevió a preguntar, haciéndose la desentendida.

El rostro del clérigo cambió de tonalidad. —¿Olivia y Alfie?

—Sí, reverendo. Los huérfanos que dejé en su vicaría hace cinco años. He visto que Olivia trabaja para mi esposo, aquí. Pero ¿y Alfie?

—No lo sé, milady. No lo recuerdo con claridad. Salen y entran tantos niños... que es imposible controlarlos.

—Entiendo.

Supo que Pedro estaba mintiendo y también supo que sería imposible sacarle información al respecto. Decidió

cambiar de tema de conversación y terminar su agradable paseo matutino cuanto antes.



La indigestión de las nuevas noticias no tardó en causarle duros estragos de salud. Se encerró en su alcoba y ordenó al servicio que nadie la molestara bajo el pretexto de que sufría de horribles jaquecas. Francis fue tan poco delicado como para preguntarle si se debía a que estaba en cinta.

¿En cinta? ¡Dios! Lo último que deseaba era traer a otra criatura inocente en ese infierno y mucho menos que llevara el apellido de su asqueroso esposo. Pero poco tenía que decir al respecto, estaba obligada a engendrar un heredero y todos los hijos que Francis le pidiera. ¿Cómo lo haría si no había conocido otro varón que lord Goldener? Y, evidentemente, no se había quedado embarazada de él en un solo encuentro. Había manchado sus ropajes como de costumbre y había pasado sus días menstruales comúnmente.

Egoístamente, pensó que quizás hubiera sido mejor que estuviera embarazada de lord Goldener. Así Francis no tendría que preocuparse de visitarla en el lecho y se ahorraría muchos dolores de cabeza. ¿Cómo sería un hijo de lord Goldener? ¿Tendría sus mismos ojos dorados? ¿Saldría rubio? Si naciera con alguna de esas características sería imposible ocultar su paternidad.

¡Pero qué idioteces estaba pensando! ¿Un hijo del futuro esposo de Rose? Rose había ido poco después que el reverendo a informarle de las buenas nuevas. Fue cargada con un muestrario completo de telas y color con el fin de que escogieran juntas su vestido de dama de honor. Le iban bien las visitas de su amiga, porque aparte de ser una fuente refrescante de buen humor y alegría, Francis veía

con muy buenos ojos esa relación y su actitud se templaba al verla socializar con otros altos cargos de la sociedad.

Cuando aseguró la puerta con llave y pasó las cortinas de su lecho, se tumbó en medio de la gran cama y respiró profundo. Observó con ligero aburrimiento el libro que había traído de la biblioteca y que descansaba sobre una de las almohadas de terciopelo rosas.

Al llegar, encontró su biblioteca transformada en un el fumadero especial de Francis. Le resultó muy difícil convencerle de que una mansión que se preciara debía tener una biblioteca hermosa y elegante que dejara boquiabiertos a sus invitados. Después de echarlo con artimañas, pasó dos semanas enteras limpiando las cenizas, las colillas y el polvo. Los libros estaban en su sitio, nadie los había tocado porque nadie leía en esa casa a parte de ella. Sin embargo, olían a tabaco y odiaba ese olor. Por mucho que ventilara la estancia, el humo de los cigarros y de los puros había quedado impreso en las hojas de papel. ¡Qué harta estaba!

De un impulso, cogió el libro que olía a humo y lo tiró fuera de la cama atravesando los doseles rosáceos que le envolvían. Al hacerlo, la tela dejó entrever la imagen de lord Goldener.

¡¿Qué?! ¿Lord Goldener en su habitación? Miró de nuevo en esa dirección y se aseguró de que había sido producto de su imaginación. Era imposible que el oficial estuviera allí. ¿Verdad?

Dio media vuelta sobre sí misma y apoyó la cabeza en su almohada favorita, aquella que era enorme y abullonada. Quería dormir, dormir y olvidarse de la realidad. Poco a poco, se sumió en un estado de semiinconsciencia lleno de sueños y anhelos. Los ojos dorados de Galán la visitaron y revivió ese día en el que se entregó a él. Sus caricias, sus besos y sus palabras de amor... todo le sobrevino. Incluso su aroma masculino. Incluso su roce... ¡Incluso su roce!



Abrió los ojos asustada y chocó contra los ojos dorados de Galán mientras éste le tapaba la boca con su enorme mano para evitar que gritara. ¿Qué hacía ahí? ¿Se había vuelto loco? ¿Su marido estaba en el piso de abajo!

—Milady, no he podido resistir la tentación de venir a verla —le susurró en la oreja, tan real como excitante. ¿Cuántas veces se había imaginado a lord Goldener en su cama? ¡Y allí estaba! Ocupando su espacio personal con su enorme cuerpo y su belleza masculina inigualable. ¡Se había olvidado de lo hermoso que era de cerca! ¡De lo mucho que brillaba su barba de oro y de lo anchos que eran sus hombros! Pensó, por un momento, que no le costaría nada matar a Francis de un solo golpe. ¡Ojalá ella tuviera un poco de su fuerza!

—¡Lord Goldener! —gritó en un susurro—. ¿Cómo se atreve? ¡Venir a mi casa! ¡Entrar a mi habitación a escondidas! ¡Mi esposo está en el piso inferior! ¡Por Dios! ¿No ha servido de nada la carta que le mandé? No voy a escapar con usted a Gretna Green, milord... Ni escaparé a ningún otro lugar. Yo tengo obligaciones y Rose ha venido esta mañana a anunciarme el día de su enlace.

—¿Por qué es tan testaruda?

—¿Y usted? ¡Es una mula!

—¿De quién ha aprendido ese peyorativo? Me suena de algo...

—No bromeo. Es algo muy serio. ¿Ha pensado qué pasaría si Francis quisiera entrar aquí?

—Que lo mataría —Acarició sus moratones con delicadeza, haciéndola suspirar. —¿Por qué no gritó? No soporto lo que le hace. ¡No lo soporto! Soy fiel a usted milady. Su carta... estaba llena de mentiras. ¿Cómo puede decir que mi deuda está saldada? ¿Acaso cree que su hermano querría que llevara el rostro y el cuello marcados por la violencia?

—Lo estropearé todo, oficial. Ya le he dicho que tengo mis motivos para hacer lo que he hecho. Los rumores sobre

nuestra relación no son pocos y me ha costado mucho acallarlos. Debería haber hecho caso de todo lo que le dije...

—Jamás creí sus desastrosas palabras el último día que la vi libre. Miente pésimamente, milady.

Con cierto bochorno recordó la dureza de su conversación el día que tuvo que despedirlo. —Creo que se merece la verdad. Le seré sincera, puesto que es como un hermano para mí...

—No, no diga eso. Los hermanos no desean a sus hermanas como yo lo hago con usted.

Las mejillas se le sonrojaron y decidió relajarse y ponerse en una posición cómoda. —Confío en usted. Pero no confío en sus impulsos. Debe prometerme que no hará ninguna locura si le cuento lo sucedido. Por favor, controle su instinto animal...

—Prometido —sonrió él, tumbándose cómodamente con las manos detrás de la cabeza y mirándola expectante.

Le recordó a los días en Francia. Esos días llenos de confesiones y conversaciones para conocerse mejor. ¡Era delicioso tenerlo ahí! ¡Si Francis lo supiera! ¡Al diablo Francis! Lord Goldener no permitiría que nada malo le sucediera... estaba protegida así que se dejó envolver por su cálido abrazo.

—El día que vinimos aquí, Francis lo tenía todo planeado desde hace muchos años... Quiero decir... él estuvo esperando mi regreso y lo hizo con todas las armas a su alcance. Amanda, mi pobre prima, fue interceptada la noche en que escapamos de la mansión. Yo la dejé bajo el cuidado del mayordomo, Finley. Debí saber que ese muchacho no estaba preparado para esa encomienda. Al día siguiente, ambos estaban de vuelta aquí. Finley se convirtió en un alma en pena, torturado por Francis... el pobre ni siquiera tiene oreja. Por lo visto se la cortaron para amedrentarlo y obligarlo a callar. El joven jamás presumió de muchas luces... No puedo culparlo del horror que ha vivido Amanda. Ese canalla la encerró en ático... durante cinco años.

Galán frunció el ceño. —No oí nada en ninguna de mis visitas para preguntar por ti. El Duque se mostraba esquivo, pero no imaginé que algo así estaba sucediendo en esta casa. Si hubiera sabido de la existencia de tu prima... hubiera investigado. Pero nadie me habló nunca de ella. Es muy extraño que nadie sospechara nada en todo este tiempo... ni la señora Allen.

—Quedó en el olvido —lloriqueó—. Abandonada... Amanda era una joven llena de vida, alegre y entusiasta. Ahora es un ser que nada entre la vida y la muerte. Su cuerpo parece recuperarse del cautiverio, no así su mente... No habla. No ha hablado desde que la encontré.

—Creo que necesita la ayuda de un profesional. Lo he visto en algunas guerras. Hay hombres que se quedan tan impactados con los horrores que ven en el campo de batalla, que pierden la razón. Algunos de ellos se recuperan con la ayuda de unos cirujanos especializados.

—¿Psiquiatras?

—Algo así. Los que están en los manicomios...

—Entiendo, pero dudo mucho que Francis me permitiera recibir a un profesional. Obviamente no quiere que nadie sepa nada sus monstruosidades. Supongo que una cosa es violar y matar a campesinas y otra muy diferente es encerrar a la prima de tu esposa en un ático —ironizó—. ¡Cerdo hipócrita! ¡Lo odio!

—Se está sacrificando por los demás, como siempre.

—Lo hago por ellos y por mí. Yo no sería capaz de vivir sabiendo lo que dejo atrás, ya se lo dije. Habrá podido notar que los ánimos en el pueblo y en mis tierras han mejorado considerablemente desde que estoy aquí.

—Pero ¿qué piensa hacer? ¿Qué hará con ese hombre? ¿Lo soportará hasta el fin de sus desgraciados días? ¿Se ha entregado a él?

Rosalie leyó los celos en las pupilas de Galán.

—Ya le he explicado mis motivos. Pero no puedo explicarle mis consecuencias —se encerró en sí misma.

¿Cómo iba a contarle a Galán que estaba matando a Francis con arsénico? Sería implicarlo en el asesinato sin ninguna justificación—. Sé que entre nosotros hubo...

—¿Hubo? ¡Hay! —La cogió por la cintura y la acercó a él. —No pienso casarme con Rose. No me importa que mi hermano haya acordado una fecha. Ya he mandado una carta pidiéndole que anule el compromiso.

—¿Qué? —Se incorporó de inmediato. —¿Tiene idea de cómo quedará Rose después de esto? ¿Cómo puede ser tan insensible?

—No pienso casarme con una mujer a la que no amo y mi decisión es firme e irrevocable. Me he pasado la vida cumpliendo órdenes y deberes impuestos. Desde que nací me convertí en la marioneta de mi padre y luego en la de mi hermano. Me niego a atar mi vida a Rose. Lo he decidido y estoy firme en mis propósitos. Si debo cargar con la culpa de haber abandonado a una joven después de dos años, lo haré. Pero no cargaré con la culpa de haber sacrificado mi vida y la suya para toda la eternidad. Sería incapaz de serle fiel mientras pienso en usted. Por usted, soy capaz de romper con todas las reglas... Absolutamente todas. ¿Soy mezquino? ¿Soy egoísta? ¿No sería más mezquino casarme con alguien a que no amo y hacerla infeliz? No me importan sus enfados, milady. Solo me casaré con una persona y es usted. Cueste lo que cueste.

—Milord —Se le llenaron los ojos de lágrimas. —Se está ganando mi desprecio.

—Dígame, milady —La besó sobre el cuello. —¿Se ha entregado a su esposo o no?

—¿Por qué quiere saberlo? ¿Qué le importa? ¡No, oficial! Lo detesto —Trató de zafarse de su agarre, de sus brazos musculosos y de su embriagador aroma.

—Quiero saberlo porque no soporto imaginarla en brazos de otro hombre aun sabiendo que nadie la amaría como yo lo hago —Se cernió sobre ella y la besó con urgencia en los labios.

—No puedo —suplicó ella—. No puedo, Rose es mi amiga...

—Rose no es mi esposa. No es nada... He roto el compromiso, ya se lo he dicho. Soy libre de amar a quien quiera. Ahora, déjese besar, déjese complacer —La besó en la clavícula, cerca de los pechos. —¿Quiere que mate a Francis por usted? ¿Quiere enviudar y ser libre para convertirse en mi esposa? Olvídese de Gretna Green y de la casa en la playa. ¿Quiere Bedford? ¿Quiere proteger a los suyos? Me equivoqué en mis ofrecimientos, ahora sé que debo ofrecerle, nada de Gretna Green —Le sacó la bata y la dejó en camisón. —Le daré Bedford. Yo se lo daré. Puedo matar a ese Monstruo con una sola zarpa. Solo deme su permiso. El veneno de la abeja es muy lento, milady. El golpe de un oso es letal.

—¿Cómo sabe que...?

*"Quería perderme en el amor puro que desprendía lord Goldener por mí. En ese amor incondicional que me había demostrado desde el principio. Pero mis valores eran más fuertes y era incapaz de tolerar el daño que estábamos haciendo a una mujer inocente como Rose. ¿Cómo escapar del embrujo del hombre oso que se había colado en mi alcoba? ¿Cómo decirle que no a lo que tanto deseaba? Ser libre del Monstruo y casarme con el Oso, mi oso..."*

∞ ∞ ∞

## Capítulo 21

*La muerte siempre es traidora; no dice el día ni la hora*

*¿No tienes enemigos? ¿Es que jamás dijiste la verdad o jamás amaste la justicia?*  
**Santiago Ramón y Cajal.**

Sentir las suaves caricias de Galán sobre los moratones de su cuerpo era enloquecedor. Por una vez, no se arrepentía de que el día hubiera empezado.

—Me siento culpable por aceptar tus caricias —musitó Rosalie, después de que su amante clandestino la besara sobre el cuello y la hiciera suspirar.

—¿Por qué? —gruñó él en respuesta—. Quieres lo que toda persona quiere: un amor real, pasión e incluso un poco de aventura. No puedes culparte por ello...

—Mi esposo está en el piso inferior y Rose quedará destrozada cuando sepa que...

—Cht —Le selló los labios con los dedos. —Ahora solo estamos usted y yo, ¿de acuerdo? Su esposo, es un cretino que no la ama ni la respeta —explicó mientras le deslizaba el camisón y la desnudaba paulatinamente provocándole un escalofrío placentero—. Y Rose es una mujer joven que rehará su vida en cuanto su querido padre le busque un nuevo esposo. No me necesita, créeme —La miró significativamente antes de abordar su boca de nuevo y de darle el beso más apasionado, necesitado y romántico que le había dado hasta entonces. Si no hubiera sido necesario el aire para respirar, no se hubieran separado en una eternidad.

Completamente desnuda frente al oso, se dio cuenta de lo mucho que lo había echado de menos y se atrevió a abrazarlo. Lo abrazó y le quitó la camisa, con movimientos un poco torpes, pero válidos. El pecho masculino salió a la luz bajo los doseles rosados que cubrían el lecho. Rosalie pensó que no se acostumbraría jamás a la magnánima presencia del oficial. Acarició el escaso vello dorado que se encontraba en su torso mientras él le regalaba besos tiernos sobre el rostro, las orejas, el pelo y hasta en la frente. La respetaba, la respetaba mucho. Y no haría nada que ella no le pidiera o le consintiera.

Galán conocía a Rosalie y sabía que, como buena gacela, era desconfiada. Debía ofrecerle, jamás imponerle o actuar a sus espaldas. Si él matara a Francis sin contar con ella era muy posible que la perdiera para siempre.

—La amo, lady Rosalie —confesó él, acariciándole los pechos.

—Yo también lo amo, lord Goldener.

Necesitaba sentirlo, sentirlo cerca de ella, dentro de ella. Como la última vez. ¿Era egoísta? ¿Era malvada? Se cernió sobre él, tomando la iniciativa y, por primera vez, se aventuró a ser ella la que llevaba las riendas. Lo besó, lo mordió y hasta le clavó las uñas. Cuando la pasión y la excitación estaban al límite, Galán la cogió y la guio para que se sentara sobre su miembro viril.

¡No tenía ni idea de lo que debía hacer!

—No sé... —se agitó con un puchero, avergonzada por su inexperiencia.

—Lo está haciendo perfectamente —sonrió él—. Siga, me gusta... Todo lo que viene de usted, me gusta. No me importa qué sea.

Le apretó los muslos y la ayudó a moverse hacia delante y hacia atrás. Poco a poco cogió el ritmo y, finalmente, ambos llegaron a ese paraíso que ya habían conocido en la taberna. Lo hicieron en silencio, ahogados y llenos de sudor.

—Si mi marido supiera lo que hemos hecho —Soltó una risilla traviesa.

—No lo llames marido —la corrigió Galán—. Ese Monstruo no puede ser tu esposo. Solo es tu captor —Se tumbó a su lado, con la cabeza apoyada en una mano y la miró a la espera de respuestas.

—Tengo miedo, oficial —sinceró, tapándose con las sábanas por pudor—. El veneno que le estoy suministrando... Por cierto, ¿cómo lo ha sabido?

—Lo he deducido, ya le he dicho que jamás me creí su papel de esposa arrepentida...milady.

—El arsénico —continuó—, es muy lento. Pero es invisible si lo haces bien. Una muerte por violencia, inesperada y demasiado repentina puede levantar sospechas. Ellos no confían en mí. Ni mi tío Jack ni Francis. Solo me están respetando hasta que cometa el más mínimo error y, para ellos, cualquier cosa puede considerarse un error. No debe olvidar que el Monstruo no está solo porque lo ampara el Duque. ¿Y quién no apoya al Duque? Solo me querían por mi dinero, mi influencia social... Si Francis muere de golpe, el Duque sospechará.

—Un accidente lo puede tener cualquiera, milady. Caerse del caballo... Solo hay que buscar personas que nos apoyen. Testimonios... ¿Por qué no usa el favor del pueblo para este cometido? Estoy seguro de que están tan deseosos de terminar con este infierno como lo está usted.

—¿Y quién escuchará a unos plebeyos? Ya sabe cómo funciona el mundo, milord. La palabra de unos campesinos no vale nada contra de la de un señor.

El silencio se hizo patente, ¿cómo acabar con ese animal sin ser arrastrados al infierno junto a él?

—Ya lo sé —habló Galán, dándose cuenta de que habían pasado un largo tiempo sin decir nada—. ¡Rose!

—¡Oficial! —Rosalie gritó en un susurro—. ¿Cómo puede seguir pensando en utilizar a mi amiga?



—Piénselo bien, ella es la hija del vizconde. Su palabra tiene valor. ¿Qué tiene que ver nuestro compromiso con su amistad? Si es una verdadera amiga, aceptará y la ayudará. Estoy seguro de que así lo hará... todo este tiempo ha demostrado serle fiel.

—¡Porque no sabe que usted está enamorado de mí! Me siento sucia pidiéndole algo cuando en parte soy culpable de su desgracia. No, no puedo...

—¿Por qué es tan terca?

—Dijo que le gustaba todo lo que venía de mí —le recordó con cierta sorna—. Será mejor que se vaya —aconsejó, mirando el reloj que pendía de la pared—. Francis suele retirarse a sus aposentos en poco menos de media hora... y están cerca de aquí. Es muy arriesgado.

Se despidieron con un beso sentido justo cuando los pasos del toro herido de Francis se oyeron al otro lado de la puerta. Su esposo no solía visitarla, pero no podían arriesgarse... Esa noche durmió feliz, egoístamente feliz.



—No puedo creerlo —lloraba desesperadamente Rose sobre el hombro de Rosalie—. ¡Después de dos años ha anulado el compromiso! ¡Es un paria de la sociedad! No puedo considerarse un caballero... Mi padre ha suspendido cualquier negociación con el Duque de Wellington y me ha prometido que hará que repudien a Galán en todos los clubes masculinos. ¡Lo odio! —expresó, abrazándola con fuerza—. ¿Cómo puede doler tanto? —Se llevó la mano sobre el pecho y la miró a través de los ojos azules más sinceros que Rosalie había visto en sus últimos años de vida.

Ella también se odió a sí misma y odió a lord Goldener en el proceso. Jamás le había causado daño a alguien a sabiendas de lo que hacía y era el peor sentimiento que

pudiera albergar. Comprendió que lo peor no era perder a las personas que amas, sino perderse a sí mismo.

—En mi opinión, lady Moore, lord Goldener no merece ni una de sus lágrimas —Se acercó Francis, que se había quedado en un segundo plano en el mismo salón. — Lamento decírselo, pero siempre dudé del oficial. Su hermano, el Duque de Wellington, es un hombre de honorabilidad intachable...En cambio, él ha perdido cualquier sentido de la moral.

¿Cómo se atrevía Francis a hablar de moral? Rosalie no pudo contener la mirada viperina que le dedicó. Era asqueroso. Rose no dijo nada y lo miró confundida.

—¿Le ha dicho los motivos de la anulación? —insistió Francis, extendiendo un pañuelo de seda a Rose.

—¡Justificaciones sin ningún tipo de lógica! Ha argumentado que no se sentía capaz de asumir una responsabilidad tal como la de contraer matrimonio y que no entraba en sus planes casarse. ¡Para el Duque de Wellington ha supuesto una gran frustración!

—Me lo imagino. Nosotros entendemos muy bien lo que es sentirse traicionado, ¿verdad, querida?

Rosalie comprendió que Francis sospechaba algo, pero no tenía ninguna prueba. Pasó el resto de la tarde junto a Rose y, finalmente, la acompañó hasta su carruaje con un gran peso en el corazón. Lo que no imaginaba era que le quedaba la prueba más dura por vivir: la furia del Monstruo de Bedford.

Entró segura de que las cosas estaban bien y se dirigió a su alcoba como de costumbre; sin embargo, a medio camino, Francis la retuvo. Lo hizo con la poca delicadeza que le era acostumbrada, pero sus ojos... Sus ojos estaban incendiados, la bestia se había despertado y ya no conseguiría dormirla de nuevo. Lo supo nada más verlo. Pero ¿por qué?

—¿Qué ocurre? —inquirió ella, enfrentándolo.

—Tú tienes algo que ver con la anulación del compromiso, ¿cierto? —La pegó en la mejilla.

—¿Por qué dices algo así? ¿Qué tengo que ver yo?

—Lo he visto en tus ojos, Rosalie. Te sentías culpable cuando lady Moore lloraba en tu regazo. ¡El pueblo entero comenta que el oficial es tu amante!

—Confundes el dolor con la culpabilidad. Siento decirte que no creo que seas muy hábil en estudiar las emociones humanas —dijo, incapaz de controlar su lengua. ¿A qué venían esas deducciones? ¿A qué venía su verdadero cambio de humor?

—Ven, voy a enseñarte algo. Estoy seguro de que te encantará —La cogió y la arrastró hasta las cocinas, el lugar de preferencia de la señora Allen. ¿Dónde estaba el ama de llaves? No la había visto en todo el día. —Hoy tenemos un plato especial para cenar.

Francis rio maliciosamente y la obligó a mirar dentro de una olla. ¡Ni en las peores novelas de terror hubiera imaginado semejante horror! La cabeza de la señora Allen estaba dentro de la olla, cortada. Le pasó por la mente que se tratara de una pesadilla, pero el dolor que le causaba el agarre de Francis le confirmó que no era cierto. ¿En qué momento había ocurrido aquello? ¿En qué momento la pobre señora Allen había corrido tanta mala suerte? ¡Maldito Monstruo de Bedford! ¡Sádico! ¡Loco!

Se llevó las manos sobre la boca instintivamente y arrancó a llorar de la pena, el miedo y la desesperación. — ¿Qué has hecho, Francis? ¿Por qué? ¿Por qué esta locura?

—Olivia encontró vuestros venenos enterrados cerca del jardín. La señora Allen tuvo la mala suerte de ser vista cuando menos se lo esperaba... y tuve que darle una lección, ¿no crees?

—¿Vas a encerrarme en el ático? —preguntó, a sabiendas que no le serviría de nada negarlo.

—¡Pensabas matarme! ¿Con arsénico? —La pegó de nuevo en la otra mejilla y repitió el proceso hasta que se

quedó inmóvil en el suelo. Le dio una paliza, le estiró del pelo, la pateó y la dejó hecha un ovillo en el suelo. ¿Iba a morir? Se le ocurrió la idea de gritar, gritó de dolor tal y como le había dicho lord Goldener que tenía que hacer si quería que matara a su esposo. Gritó y gritó, pero el oficial no apareció.



—Will, no pienso regresar al campo de batalla. Ya te lo he dicho. No sé qué haces perdiendo tu tiempo en Bedford —replicó lord Goldener, harto de las insistencias de su hermano mayor.

—Hermano, no te reconozco —Will bajó el monóculo y lo miró con su famosa ceja enarcada que llevaba intimidando a los mortales desde hacía décadas.

—Te lo he dicho, tengo motivos para estar aquí.

—¿Cuáles? ¿Cuáles son esos motivos que te retienen en estas tierras pobres y llenas de incultos? Eres mi hermano menor y me debes obediencia. Soy el Duque de Wellington, no lo olvides.

—¿Qué harás? Atarme y llevarme en contra de mi voluntad —Dejó el vaso sobre la mesa de la taberna y lo miró incrédulo. —Debo irme.

—¿A dónde? ¿Qué es lo que te tiene tan ocupado? ¿Es una mujer? ¿Qué mujer ha hecho que rompieras con mis disposiciones y tus deberes? ¿Quién es? Ya has solucionado el asunto del coronel Ringwood, has traído de vuelta a su hermana sana y salva. ¿Qué es lo que...?

Los ojos dorados de Will brillaron detrás de unas cejas rubias espesas. —¿Es ella? ¿Es lady Rosalie?

—¡Por Dios! —gritó en un susurro lord Goldener, mirando a su alrededor nervioso—. No digas sandeces.

—Todo el mundo conoce tu obsesión por esa mujer. Yo pensaba que era por la misión, pero... ¡Hermano! Es una

mujer casada. ¿Es por ella que malvives en estos antros? ¡Vuestra relación es escandalosa! No la estás ayudando en nada al convertirte en su amante —Miró con asco el negocio regentado por el viejo Tom. —Estás arruinando la fama de los Goldener. Nuestro padre fue un héroe de guerra, se ganó con honores el Ducado de Wellington y estoy intentando mantener su legado. Tú deberías limitarte a obedecerme y a seguir con tu carrera de militar. Hasta ahora no he tenido queja alguna sobre ti, has dado orgullo a la familia en las guerras que has participado... Pero tu negación a ascender en el ejército...

—No quiero un ascenso por mi apellido. No quiero regalos ni favores —escupió Galán—. Como bien dices, he cumplido con mi deber durante toda mi vida. Tengo derecho a tomar mis propias decisiones. Si quieres que me convierta en el paria de la familia y repudiarme en público, puedes hacerlo. No me importa. No quiero tu dinero ni tu favor, hermano. Quiero vivir mi propia vida.

—¿Has pensado en el daño que has causado a esa pobre chica? ¿A Rose?

—No la amo. Estaría haciéndole más daño casándome con ella... Sería incapaz de yacer en el lecho con ella.

—¡Por favor! —carcajeó Will, tan rubio como Galán y casi tan alto como él—. ¡Hablas como un poeta! ¿Casarse por amor? ¡Eso sale en las novelas! ¿Cuándo te has convertido en una copia débil y barata de ti mismo? Me has avergonzado. Has avergonzado el nombre de la familia y, lo peor de todo, has arruinado el succulento y cuantioso negocio que tenía entre manos con el vizconde de Bedford. ¿Y me hablas de amor?

—¿Por qué no te casas tú con lady Moore? —espetó el oso, enrabiado—. Hace más de cinco años que eres viudo. Nadie te lo recriminaría. Ahora, si me disculpas —Cogió el abrigo y corrió en dirección a Bedford House.



—No voy a matarte, eso sería demasiado fácil para ti — oyó decir a Francis después de que descargara toda su furia sobre ella—. Seguirás cumpliendo con tu papel de esposa perfecta. El Duque de Wellington, el hermanito de tu amante está aquí y he decidido hacer una fiesta en su honor. Tú serás la anfitriona. Y pobre de ti que me falles, ¿lo has oído? Invitarás a tus amigos, sonreirás y te taparás los moratones. Si alguien te pregunta, te caíste por la escalera.

Ni siquiera tenía fuerzas para responderle. Estaba completamente anulada física y mentalmente. Odiaba a Olivia. Ya no podía perdonarla ni darle una segunda oportunidad. Por su culpa, la señora Allen estaba muerta. La única persona que le quedaba del pasado, su único punto de apoyo familiar... Había desaparecido y lo había hecho de una forma monstruosa. ¿Qué le diría a su hermana cuando la viera en el pueblo? ¿A sus sobrinos? La familia de la señora Allen siempre confió en los Ringwood, en ella... ¿Y ahora?

Ya no tenía la posibilidad de seguir envenenando a Francis. No dejaría que le diera ni un vaso de agua. Sospecharía de ella en todo instante y estaría bajo vigilancia. Escuchó como se desabrochaba el cinturón y se bajaba los pantalones. El momento que tanto había temido, había llegado. Iba a violarla.

—¡Milord! —Entró Olivia en las cocinas, ligera de ropa. — Anahí y yo lo estamos esperando —dijo, insinuándose—. Oh, disculpe, no quería interrumpir —dijo la joven al percatarse de la situación.

—¡No importa! —gruñó Francis—. De todas formas aquí ya no tengo nada que hacer —Se subió los pantalones. —No entiendo qué ha visto en ti lord Goldener. Eres seca, no

tienes nada... Ni siquiera pechos. En cambio, Rose... Rose es preciosa. Ojalá hubiera sido ella mi esposa.

¿Qué? ¿Sería posible que el idiota e inhumano de Francis estuviera enamorado de Rose? ¿Por eso siempre la miraba con esos ojos extraños? ¿Por eso no le había faltado nunca el respeto?

—¡Ah! Y me olvidaba de Amanda —continuó su esposo—. Un error más y ya sabes qué le pasará. Vamos, Olivia. Hoy necesito que des lo mejor de ti. Los asesinatos incrementan mi apetito... ¡Ah, Rosalie! Tienes el resto del cuerpo de la señora Allen en la despensa. Ya te encargarás tú de limpiar todo esto.

La locura del Monstruo de Bedford no tenía límites. ¿Dónde estaba lord Goldener? Había gritado y gritado, pero él no había aparecido. El único que apareció fue un tembloroso Finley, el mayordomo.

—Milady —balbuceó el joven.

—Ayúdame a levantarme, Finley —le ordenó—. Y ayúdame a enterrar a la señora Allen —dijo, llorando en seco.

Enterraron a la anciana en el jardín. Rosalie lamentó no poder darle una sepultura digna ni poder avisar a su familia. Pero, evidentemente, Francis no permitiría tal cosa. Debería inventarse una excusa cuando viera a los Allen en el pueblo. Una excusa que no se creerían. Había perdido el control de Bedford, otra vez. ¡Maldita Olivia! ¡Maldito Francis! Apenas podía andar por los golpes y se sentía decepcionada. De nuevo, las imprudencias de lord Goldener la habían puesto en peligro. Francis no era estúpido y la anulación del compromiso no había sido nada más que la prueba que necesitaba el Monstruo para confirmar sus sospechas.

Por ende, Galán no había aparecido tal y como le había prometido. ¿Dónde estaba?





## Capítulo 22

### *Unos golpes no pueden hacerte perder la partida*

*La dirección de la mente es más importante que su progreso.*

***Joseph Jouvert.***

Las sombras de su recámara eran un reflejo de las sombras que habitaban en su corazón desde que la señora Allen había sido cruelmente asesinada. ¡Qué impotencia! Si el veneno ya no era una opción debería matarlo de una forma mucho menos pasiva. Pero ¿cómo?

¿Cómo matar al hijo de un Duque sin morir en el intento? Necesitaba apoyos. Apoyos reales y con Rose no estaba segura de si podía contar. Tumbada en la cama con el cuerpo destrozado por la paliza empezó a recordar a todas aquellas personas que habían sido de su confianza: la nana Theresa ya no estaba, lord Goldener solo la ponía en peligro, la señora Allen había muerto, los campesinos eran incapaces de acabar con Francis... *¡La madame!*

Se incorporó tan rápido como su cuerpo le permitió y cogió un papel y la pluma. ¿No quería Francis que invitara a sus amigos para la fiesta en honor al Duque de Wellington? Bien, ¿por qué no invitar a Alice? Su *madame* se había casado con el Conde de Cromwell y era la última persona que le quedaba en ese mundo con la que podía confiar plenamente. Tan solo esperaba que el tiempo que habían pasado sin comunicarse no hubiera cambiado los sentimientos que había entre ambas.

*"Querida madame,*

*soy Amélie, aunque en el remitente rece Rosalie Ringwood. Es una larga historia que explicar y espero que pueda perdonar todos estos años de mentiras. Le prometo que tengo una buena excusa por haberme comportado como lo hice. Mi nombre no cambia mi personalidad ni todo lo que siento por usted: admiración, gratitud y devoción.*

*Necesito verla. Voy a ofrecer una fiesta en honor al Duque de Wellington en Bedford House y me gustaría que me honrara con su presencia. Sé que detesta este tipo de eventos, pero tengo razones para invitarla que no pueden ser contadas en una carta.*

*Le adjunto la tarjeta de invitación con la dirección, el día y la hora.*

*La estaré esperando,  
Amélie (Rosalie Ringwood)."*

Coló la carta de Alice entre el resto de las invitaciones y se las entregó en un paquete bien envuelto al mensajero. Sentía los ojos de Francis sobre ella en cada paso que daba, no sería fácil acabar con él.

—¿A quién has invitado para la fiesta? —la abordó Francis cuando volvió a entrar en la mansión después de despedir al mensajero.

—A todas aquellas personas que conozco con una posición privilegiada: los vizcondes, los condes y algunas personalidades de otras regiones.

—Muy bien, así me gusta —asintió—. Empieza a ser hora de que me sirvas para algo.

Rosalie lo miró de reojo. ¿Qué le sirviera para algo? ¡Por Dios! ¡Si estaba dilapidando su fortuna en alcohol y prostitutas! ¿Quién pagaba cada joya que regala a sus amantes? ¿Quién le pagaba los vicios? ¡Sucia rata!

Sin el ama de llaves el trabajo se le multiplicó por dos. No solo tenía que organizar sino efectuar cada paso: las comidas y canapés que se servirían durante el día, la decoración de las salas, la distribución de las habitaciones,

los juegos, etc. Pensar en todas aquellas banalidades en medio del sufrimiento le causaba arcadas. Además, con el personal reducido a la mitad, todo era más lento y costoso. Seguían faltando doncellas, las que había eran mayores o unas bien aprovechadas que gozaban del favor de Francis y no querían trabajar. Las cocinas no eran lo mismo que antaño, la vieja cocinera se había ido hacía un par de años y en su lugar tenían a un hombre barrigudo y malhumorado que no quería elaborar platos que se salieran de su limitado conocimiento culinario.

Con una carpeta en la mano, cojeando y la cara amoratada pese a sus intentos de ocultar los golpes con polvos, iba de un lado para otro de la mansión cumpliendo con su papel de esposa y anfitriona perfecta.

—Las servilletas hay que doblarlas así —Mostró a las empleadas haciendo una vuelta y media la servilleta hasta elaborar una bonita figura. Todo aquello lo había aprendido desde niña, preparada para ser la mejor esposa que un hombre pudiera tener. —Voy a ir a buscar la cubertería de plata —dijo, ofreciéndose a trabajar. Primero, porque no tenían suficiente personal y, segundo, porque era el modo de no pensar en la muerte de la señora Allen.

La cubertería de plata estaba guardada en una habitación apartada donde estaban la mayoría de los enseres necesarios para un evento social: mantelería, lámparas, uniformes de los empleados, etc.

Fue al girar en esa esquina, oscura y solitaria, cuando notó su aroma. El aroma del oso. La cogió por los brazos con delicadeza, pero con contundencia y la pegó contra la pared, escondidos de la vista de los demás. Rosalie lo miró a los ojos y vio en ellos furia e impotencia.

—No tiene ningún derecho a enfadarse y espero que no se le ocurra hacer ninguna locura. No apareció cuando lo necesité y no necesito que lo estropee todo con uno de sus arranques salvajes —corrió a decir antes de que Galán se

transformara en una bestia y subiera a matar a Francis frente al servicio.

—¿Cómo? ¿Cómo ha podido...? —lord Goldener contuvo la rabia, observando los signos de violencia sobre el cuerpo de Rosalie.

Era de estatura pequeña, delgada y hermosa. Demasiado hermosa para que los hombres no se enamoraran de ella... de lady Rosalie. ¿Cómo había sido capaz de destrozarla? Por muy monstruo que fuera... ¡Rosalie estaba casi desfigurada! La rabia le corroía el juicio y el fuego quemaba su sangre, hirviéndola. Quería matarlo.

—Mi verdadera situación no es asunto suyo, lord Goldener —resolvió Rosalie, dolida por haberse sentido abandonada cuando más lo necesitó—. Ha saldado su deuda. Váyase, por favor. Y no vuelva. Solo me causa problemas. Francis ha entendido que usted no quiere casarse con Rose porque está enamorado de mí. No es idiota, lord Goldener. Nadie lo es, la gente sospecha. Váyase de este pueblo, no hay motivos para que siga aquí —suplicó, incapaz de mirarlo a los ojos.

Esos ojos dorados que la visitaban en sueños, que la torturaban. Su debilidad.

—Siento no estar de acuerdo con usted, señora —dijo el oficial, cuadrándose—. Su seguridad, su bienestar y su felicidad son asunto mío porque así lo decretó su hermano antes de morir. Si el hecho de no casarme con una mujer a la que no amo le ha causado dolor...

—¿No quería que ocupara mi lugar? —le recriminó, injustamente—. ¿No me pidió que volviera a mi casa? ¿Acaso se ha olvidado de su persecución en París? Ya estoy aquí, ahora márchese. Todo lo que he hecho ha sido para proteger a los míos. No sienta una carga en sus hombros que no se merece, puede irse en paz...Estoy a salvo.

—¿A salvo? —ironizó Galán, acercando la enorme mano sobre las heridas de su rostro—. Su marido es un animal, un ser sin escrúpulos que maltrata y viola a cualquier mujer

que se le cruce en su camino. No puedo soportarlo. Es ruin, un borracho —gruñó, conteniendo la furia—. Voy a acabar con él y no me importa perder su confianza, lady Rosalie. No he hecho nada hasta ahora porque no quería desobedecerla, pero ya no puedo seguir sus planes de autodestrucción. Prefiero perder su amor antes que verla muerta. La amo, milady.

—Es mi esposo y no puedo actuar a la ligera, por eso no le he dado permiso para matarlo... ¿A quién cree que culparían primero? Puedo perderlo todo si no actuamos con la mente fría. Él es mi dueño.

—¡No es su dueño! Se casó coaccionada, en contra de su voluntad.

—¿Y qué quiera que haga, oficial? —lo enfrentó, con los ojos inundados en lágrimas.

—Quiero que me ame, que me ame solo a mí —La cogió con fuerza y la abrazó con necesidad, besándola con ímpetu. Escondidos en las sombras de la mansión, lejos de las miradas del servicio y del señor se entregaron a esa pasión prohibida. Esa pasión que arrastraban en silencio y que mitigaba el dolor de lady Rosalie. —Lo siento, lo siento. Prometí protegerla, pero solo la estoy poniendo en peligro — Se apartó.

—Olvídese por un instante de su promesa y ámeme —Lo cogió Rosalie por el cuello y lo obligó a besarla. No podía controlarlo y no quería. Quería su amor, sus caricias. Lo necesitaba después de lo que había vivido, del horror. Le era infiel a su esposo, tenía un amante. Jamás hubiera imaginado semejante desfachatez, pero era real.

—¿Cuándo le hizo esto? ¿Cuándo? —imploró él, pasándole los dedos por el cuello adolorido.

—Ayer por la noche —confesó—. Grité y grité, pero usted no apareció —lo miró, dolida y rencorosa.

—¡Estaba con mi hermano! Me retuvo en la taberna... pero vine tan pronto como pude. Al parecer, tarde —se

enfadó consigo mismo—. Voy a matarlo ahora y no puede detenerme.

Galán se apartó de ella y convertido en una bestia salvaje parecida a un oso dio unos pasos en dirección a Francis, que se encontraba haciendo la siesta en planta de arriba.

—¡No! —gritó en un susurro Rosalie, cogiéndolo por el brazo—. Tengo un plan, debe confiar en mí. No quiero que termine en la cárcel, lord Goldener. No merece tan pésimo destino. Si algo he aprendido de los cientos de libros que he leído es que más vale un argumento sólido y lento que un argumento rápido y sin sentido. No tendría ningún sentido que usted matara a Francis en un impulso después de todo lo que hemos hecho para recuperar Bedford y proteger a su gente, ¿no cree? Porque de ser así, lo hubiera podido matar desde el principio y entonces yo no estaría aquí sino mi tío Jack, que no sería mucho mejor. Los rumores corren por el pueblo, es un secreto a voces que se ha convertido en mi amante. ¿Qué cree que hará el Duque si sabe que usted ha matado a su hijo? ¡Nos encerrará a los dos o algo peor! El objetivo es recuperar nuestras tierras, no perderlas. De igual modo, me hubiera podido quedar aquí hace cinco años. Me hubiera casado con Francis y entonces hubiera sido una víctima más. Los cinco años en el extranjero me han dado el conocimiento y la madurez suficiente como para comprender que unos cuantos golpes y algunos insultos no pueden hacerme perder la partida. Y no solo gané experiencia, milord. Gané a una fantástica amiga, Alice Silvery.

Lord Goldener detuvo su proceder y pareció dispuesto a escucharla. —¿La esposa de Hugo?

—Exacto —Hizo brillar sus ojos la gacela, calmando la ferocidad del oso con su astucia. —Y si no me equivoco, lord Hugo Silvery es su mejor amigo.

—Así es...

—¿Por qué no hacer que ellos sean los testigos de la accidental caída de caballo? ¿Por qué no hacer que ellos sean nuestro abal? No sé qué dirá lord Silvery, pero estoy convencida de que la *madame* estará dispuesta a hacer justicia.

—Mandaré una carta a Hugo y...

—Ya lo he hecho yo. Los he invitado a la fiesta en honor a su hermano, el Duque de Wellington. Debe buscarse una coartada porque no puedo invitarlo, lord Goldener. Vendrá Rose y su familia... Sería muy extraño.

—Will tampoco quiere que lo acompañe, me he convertido en algo así como el paria de la familia.

—Escúcheme, escúcheme bien: el plan es el siguiente...



Unos días después, las marcas en su rostro eran menos visibles gracias a las maravillas del tiempo, los aceites y el maquillaje. Recibió a sus invitados con la mejor sonrisa que pudo esbozar y se vistió con un traje nuevo que había mandado a hacer expresamente para ese día.

—Estás fantástica —alabó Jane Moore, la madre de Rose—. El color miel, sin duda, es tu color.

—Gracias, lady Moore. Pasen, por favor —pidió amablemente a los vizcondes—. Los canapés están servidos y el servicio los guiará a su recámara donde podrán cambiarse para la ocasión y refrescarse.

—Gracias, Rosalie —sonrió Rose, cogiéndose a su vestido pomposo de color rosa y excesivamente apretado del busto para subir por la escalera.

—¿Hablamos después? —La detuvo antes de perderla de vista.

—Por supuesto —aceptó su amiga.

¿Le daba la sensación o la estaba rehuyendo? La Rose que ella conocía la hubiera abrazado e iniciado una cháchara interminable. ¿Estaría triste por lo de la anulación

del compromiso? Sí, seguro que era eso. No le dio más importancia y cumplió con su papel mientras Francis se paseaba nervioso de un lado a otro saludando a personalidades que le quedaban tan grandes de talla como de posición. Vinieron nobles de toda la provincia y algunos de otras tierras.

—¡El Duque de Wellington! —alabó al ver a su invitado de honor llegar. Los presentes se giraron para contemplar a esa personalidad, hijo de uno de los héroes de Inglaterra. Rosalie pensó que tenía un gran parecido a Galán. Tenía los mismos ojos dorados y el mismo pelo rubio. También era alto y corpulento, pero un poco menos que el oso. Will tenía otro aire, más serio, menos cálido y mucho más calculador, por supuesto—. Nos honra con su presencia, milord —sonrió.

El Duque la miró por largos segundos que se hicieron incómodos y después le besó la mano tal y como dictaba el protocolo. Francis, deseoso de formar parte de la alta sociedad, se acercó rápidamente y agasajó a Will con toda clase de cumplidos. Rosalie observó la escena en un segundo plano, el Duque de Wellington no parecía la clase de hombre que le gustara ser obsequiado en exceso, es más, juraría que no toleraba a Francis.

—Rosalie... —escuchó a su lado. Era su tío Jack.

—Milord —replicó, recordando el día en que el Duque le pidió que dejara de llamarlo tío—. Pase, por favor, su hijo está con el Duque de Wellington en el salón de los hombres. Finley lo acompañará.

El titubeante mayordomo se acercó al imponente Duque y le cogió el sombrero. Evidentemente, el joven le tenía miedo. ¿Sería él quién le cortó la oreja? El pobre Finley trataba de disimularlo dejándose el pelo largo, pero todavía no había podido disimular su miedo ni hablar sobre lo sucedido el día en que cogieron a Amanda.

Ya habían llegado todos los invitados... menos los Silvery. ¿No vendrían? Con el corazón encogido, salió al patio y miró hacia el camino de la entrada durante unos minutos. Seguro



que Alice tendría sus razones para no acudir... no podría recriminarle nada aunque eso supusiera que el plan fallara.

Dio media vuelta algo cabizbaja y pensativa, dispuesta a aceptar esa pequeña derrota.

—Milady, viene alguien —anunció Finley cuando ya entraba de vuelta a la mansión.

Se giró y vio un carruaje con el emblema de los Silvery. ¡Sí! ¡Habían venido! ¡Alice! ¡Su *madame*! El corazón le dio un vuelco de alegría y con una gran sonrisa, llena de esperanza y momentánea felicidad, esperó a que el cochero parara frente a la puerta.

Alice no esperó a que el empleado le abriera la puertecita del carruaje, lo hizo ella misma, dando un salto al suelo en lugar de bajar los escalones. ¡Tan típico de ella! Aunque se hubiera casado con el un noble, seguía siendo la misma costurera, la misma mujer humilde y llena de fuerza.

Con solo verla poner los pies en su propiedad, supo que las cosas irían a mejor.

Hugo Silvery bajó tras ella con sus ojos plateados e inhumanamente fríos clavados al frente.

—¿Tenías que hacer eso, querida? —preguntó Hugo a Alice.

—¡Amélie! —gritó Alice al verla, ignorando a su esposo—. ¡Dios! ¿Se puede saber que has estado haciendo durante todo este tiempo? —La abrazó, asfixiándola. Alice era mucho más alta y corpulenta que ella. Era una mujer que imponía con solo verla, de muslos anchos y cuerpo hecho para la guerra.

—Gracias a Dios que ha venido, *madame*. Siento tanto haberla hecho venir por mi propio interés... tendría que haberme puesto en contacto con usted mucho antes, pero...

—¡Deja las lamentaciones y las culpas e invítame a entrar! ¿En qué te puedo ayudar? —La miró con esa seguridad que emanaba a través de unos ojos celestes hermosos y llenos de vivacidad. —¿Quién te ha hecho esto? —inquirió, señalando sus moratones.

—Necesito matar a mi esposo —susurró Rosalie en su oreja como toda respuesta.

Alice la miró seriamente por unos instantes y después disimuló su sorpresa con una risa estridente. —Haré lo que me pidas —le contestó, guiñándole el ojo mientras Francis se acercaba para conocer a los recién llegados.

*“Esa fiesta me recordaba a la que una vez organicé para dar la bienvenida a mi tío Jack y a Francis. Para aquel entonces estaba convencida de que la bondad lo solucionaría todo. ¡Cómo había cambiado! Ya no era esa muchacha y no iba a esperar a que otros nobles intercedieran por mí. Iba a tomar las riendas de la situación de una vez por todas.”*

∞ ∞ ∞

## Capítulo 23

### *Dicen y decimos que más vale un hermano que diez primos*

*El placer supremo es obtener lo que se anhela.*  
**Tales de Mileto.**

Rosalie puso al día a su vieja amiga Alice que, a su vez, convenció a lord Silvery para que los ayudara. Iban a ganarle la partida a Francis Ringwood, esta vez sí. La *madame* puso el grito en el cielo en cuanto supo toda la verdad detrás de su falso nombre y se enfadó con ella durante unos breves segundos por no habérselo contado antes.

—Tenemos que vengarnos de ese Monstruo —determinó, lejos de los oídos de los invitados.

—Imaginaba que diría algo así, *madame* —rio Rosalie—. No quiero que piense que me he puesto en contacto con usted tan solo por interés...

—Por favor, Rosalie. Jamás pensaría algo así de ti. Has podido cambiar de nombre, pero sigues siendo mi Amélie, mi amiga. ¿Y para qué están las amigas? Pueden pasar cien años y yo seguiré estando aquí, para ti. Y espero que tú también lo estés para mí. Eso es todo, no necesito que quedemos para tomar el té cada tarde para reafirmar nuestra amistad, eso se lo dejo a las remilgadas damas de la alta sociedad. Ya sabes cómo sobrevivimos las personas que hemos vivido en la calle. Además, ya no es por ti. Es por justicia. Francis Ringwood merece morir. ¡Por Dios! Estamos hablando de un Monstruo que le ha cortado la cabeza a tu ama de llaves y que encerró a tu prima en un desván

durante cinco años... ¡Y qué feo es! —Lo miró descaradamente desde su rincón. —Menos mal que lord Goldener te alegra la vista, y lo que no es la vista, de vez en cuando.

—¡*Madame!*

—¿Quieres hacer el favor de dejar de llamarme *madame*? ¡Eres una dama!

—No me considero una dama, me considero una mujer con un apellido que le ha abierto muchas puertas y mis orígenes no pueden cambiar el respeto que siento por usted. Somos amigas, iguales... pero para mí siempre será mi *madame*.

—Como quieras, Amélie —bromeó—. ¿Cuándo empezamos el juego?

—En cuanto su esposo se lleve al Duque de Wellington a la taberna.



—Lord Goldener —saludó lord Silvery al Duque de Wellington, hermano de su mejor amigo.

—¡Teniente! —replicó Will, bajando el monóculo y mostrando su lado más amistoso con una ligera sonrisa—. No sabía que tendría el placer de encontrarlo aquí.

—Siempre es agradable reencontrarse con viejos amigos —Clavó sus ojos plateados en los dorados del Duque. — ¿Dónde está Galán?

—Mi hermano no ha podido venir, se ha quedado en la taberna en la que se hospeda —explicó Will, ante un bajito y feo Francis Ringwood que trataba de no perderse en la conversación con sonrisas adulatoras. ¡Patético!

—Necesito hablar sobre unos asuntos con él, urgentemente.

—Lord Goldener no es bienvenido en mi casa —comentó Francis, sin perder su sonrisa hipócrita—. Con el permiso de

su hermano, el Duque de Wellington, le diré que su amigo no se ha portado dignamente últimamente. Ha dejado a una buena amiga mía, Rose Moore, plantada en el altar prácticamente.

Will enarcó una ceja y se llevó el monóculo sobre el ojo derecho. Evidentemente, le molestó el comentario del patético y ridículo Monstruo de Bedford. —Sinceramente, lord Ringwood, los asuntos de faldas de Galán no son de mi interés —respondió Hugo Silvery—. Eso se lo dejo a las mujeres y a las personas ociosas que no tienen otra ocupación que hablar de los demás. Lo que yo debo tratar con el oficial son asuntos de estado, de guerra. Supongo que lo entenderá.

—Yo... yo... —tartamudeó Francis, sin saber qué decir.

—Lo acompañaré a la taberna del pueblo —se ofreció Will—. ¿No tiene inconveniente, verdad lord Ringwood? Tan solo serán unos minutos. No quiero que mi viejo amigo, lord Silvery, falle al ejército británico y mucho menos si mi hermano está implicado. ¿Hará el favor de disculparme ante su bella esposa? No tardaré.

—Por supuesto —concedió el Monstruo de Bedford—. Los estaremos esperando con mucho gusto.

Will y Hugo hicieron un pequeño movimiento de cabeza y salieron de la propiedad.

—Ahora —dijo Rosalie a Alice—. ¡Damas y caballeros! —Tocó dos veces la copa, llamando la atención de los asistentes. —Es un honor para mí tenerlos hoy entre nosotros. Mi esposo y yo estamos felices de poder ofrecer nuestra propiedad para una reunión tan célebre como es la de agasajar al Duque de Wellington.

—Querida —Se acercó Francis, tenso. —El Duque se ha ido, tendrías que esperarlo. —La informó, conteniendo la rabia que no podía soltar frente a la multitud.

—Oh, me acaba de informar mi esposo que el Duque de Wellington ha tenido que salir. Entonces, para amenizar la espera tengo pensado realizar un juego.

Las voces animadas de las damas y de algunos caballeros deseosos de diversión se alzaron al oír la propuesta. —Consiste en perseguir la liebre. El servicio colaborará soltando unas liebres en el bosque de Bedford. Nosotros, haremos grupos por azar y saldremos en su busca. Quien dé caza al animal, será el rey o reina de esta noche.

—¿Las damas podemos participar? —preguntó Jane Moore.

—Por supuesto, lady Moore. Toda dama que sepa montar y tenga deseos de participar, puede hacerlo.

—¡Qué bien! —canturrearon las más jóvenes.

—No sé si me gusta la idea de que las mujeres participen en esto, Rosalie —se quejó Francis, cuando creía que nadie lo estaba escuchando.

—¿Y puedo saber por qué, lord Ringwood? —intervino Alice, que lo había escuchado perfectamente y que era incapaz de controlar su temperamento ante alguien tan despreciable—. Le aseguro que soy tan buena competidora como cualquier otro hombre de esta sala. Incluso puedo resultar una gran amenaza para usted puesto que soy más alta y fuerte.

El rostro de Francis pasó de oscuro a claro y cambió a verde mientras tragaba el insulto que acababa de dedicarle lady Silvery. Poco pudo decir o hacer más que aceptar que el juego diera su inicio. Finley fue el encargado de repartir las papeletas, se harían grupos de tres.

Casualmente, y muy casualmente, Rosalie, Alice y Francis salieron "*por azar*" en el mismo grupo. —¡Qué bien, milord! —lo pellizcó Alice—. Ahora tendré la oportunidad de demostrarle todo aquello de lo que es capaz una mujer.

Francis frunció el ceño. ¿De dónde había salido esa mujer? —Papá, ¿tú no participas? —ignoró a Alice, mirando al Duque de Bedford.

—No, hijo. Mis piernas ya no son lo que eran, pero estoy convencido de que tú lo harás bien por los dos.

Rosalie sabía perfectamente que su tío Jack, bajito y orondo, hacía años que no montaba a caballo. —Qué lástima, milord —dijo de todas formas, poniéndose los guantes de montar.

—¿De qué conoces a lady Silvery? —le preguntó Jack en cuanto Alice salió en busca de su montura.

—Es una buena amiga, eso es todo —contestó, quitándole importancia.

—No es de la zona.

—Hay muchos amigos aquí que no lo son. ¿Por qué le extraña? —sonrió y salió antes de que pudiera hacerle otra pregunta.

Alice lideraba la persecución de la liebre. Al principio iban todos los grupos juntos, pero no tardaron en separarse y, llegó un momento, en el que Francis, Alice y Rosalie se quedaron completamente solos.

—¡Es por aquí! —gritó Alice, señalando un camino angosto.

—¿Está segura, milady? —titubeó Francis que parecía un barril mal colocado sobre su caballo—. Creo que ha ido en dirección contraria.

—¿No me diga que tiene miedo de que una mujer lo supere, milord? —sonrió Alice.

—¡Por supuesto que no! —refunfuñó él, espoleando su montura tras lady Silvery, regodeándose en su ego masculino.

Rosalie iba tranquilamente tras ellos, sin perderlos de vista y dando indicaciones disimuladas a su amiga. Estaban llegando al punto de encuentro.



Will acompañó a lord Silvery a la taberna donde su hermano estaba hablando animadamente con Tom, el tabernero. También estaban Lucas y Peter, dos campesinos.

Su hermano, a diferencia de él, nunca había sido escrupuloso a la hora de relacionarse con los plebeyos. No compartía su interés por las causas perdidas ni podía darse el lujo de hacerlo, tenía un legado que mantener. Eso no quería decir que no apreciara el buen corazón de Galán. Lo cierto era que siempre lo había servido bien, había sido un buen hermano.

No tuvo queja alguna de él hasta que apareció en su vida lady Rosalie. Al verla, comprendió por qué. Era la mujer perfecta para su hermano. De pequeños, solían describir a sus mujeres ideales... Él no tuvo tanta suerte, se casó por compromiso con una dama adinerada para dar prestigio a la familia. Pero Galán parecía dispuesto a no abandonar sus sueños de casarse por amor. La lástima era que lady Rosalie ya estaba casada, y lo estaba con un Monstruo que la maltrataba. No pudo evitar fijarse en los moratones que trataba de encubrir sin éxito.

—Hermano, ha venido alguien a verte.

—¡Hugo! —Lo abrazó Galán con un apretón masculino y unos golpes en la espalda que resonaron por toda la sala. — ¿Qué haces aquí? —simuló sorpresa.

—Tengo asuntos importantes de lo que hablar contigo, a solas... —Miró a los demás significativamente.

—¡Luego subimos a mi habitación! —Lo cogió por el hombro y lo acompañó a una silla. —Ahora bebamos un poco y cuéntame cómo te va la vida de casado... No nos pongamos serios de inmediato.

—Os dejaré solos —se excusó del Duque de Wellington—. Estoy seguro de que tenéis muchas cosas de las que hablar y yo debo volver a la fiesta. Es de muy mal gusto que el invitado especial no esté presente. Un placer, lord Silvery — se despidió, dejando atrás a su hermano y al teniente charlando animadamente rodeado por pueblerinos.

Galán miró de reojo hacia la salida y en cuanto sus ojos dorados avistaron que su hermano ya no estaba cerca, le hizo una seña a lord Silvery y subieron a la habitación. —



Tom, ahora venimos. Tenemos que hablar de unos asuntos que requieren un poco de intimidad.

—¡Hecho, oficial! Guardaré sus copas.

—No tarde, lord Goldener —dijo Lucas.

—Lo estaremos esperando —añadió Peter, guiñándole el ojo.

Subieron a la recámara y Galán cerró la puerta.

—¿Todo esto por una mujer? —espetó lord Silvery, preparando la cuerda por la que bajarían desde la ventana.

—No es una mujer, es la mujer —recalcó.

—Oh, claro, me olvidaba. ¡Lady Rosalie Ringwood! Tu maldita obsesión desde hace más de cinco años.

—¿Quieres que hablemos de ti y de tu matrimonio con la costurera?

—Ata bien la cuerda, haz el favor. No quiero caerme como aquella vez en Francia.

—Sabe que no he vuelto a fallar ningún nudo desde ese pequeño incidente, teniente.

Bajaron a toda prisa por las cuerdas, atentos en no ser vistos y ágiles. Subieron a dos caballos que lord Goldener había preparado previamente bajo la ventana y galoparon por caminos solitarios hasta el punto de encuentro. El punto en que Galán mataría a lord Francis Ringwood.



—Se oyen caballos —anunció Francis en cuanto llegaron a un claro, cerca del lago.

—Deben ser los otros participantes —lo calmó Rosalie, dulce como la miel.

—¡Aquí está! ¡Está aquí la liebre! —gritó Alice, encabritando a los caballos con sus gritos.

La montura de Francis se alzó sobre las dos patas y lo hizo caer al suelo. —¿Quién ha ensillado a este caballo? —

Se quejó, tirado en el suelo. —Las correas no estaban bien atadas y podría haber tenido un accidente mortal.

—Lo hiciste tú mismo, ¿no te acuerdas? Lo has hecho delante de todos —inquirió Rosalie, mirándolo con desdén.

—¡Este no es el caballo que yo preparé! —gritó, enfurecido—. ¡Maldita seas, Rosalie! No eres capaz de ni de traer el caballo de tu marido.

—¿No es este? Nadie lo diría, son tan iguales... Me dijiste que habían nacido de la misma yegua, ¿verdad? Sí, te gastaste una fortuna en dos caballos exactamente iguales. Por supuesto, mi fortuna.

—¿Cómo te atreves a hablarme así delante de lady Silvery? —Se incorporó, furioso y dolido por la caída. La miró amenazante, pero ella ya no le tenía miedo. Dejó de tenérselo mucho tiempo atrás y, precisamente, ese día se sentía victoriosa.

Francis notó la mirada de Rosalie y comprendió que algo no iba bien. Miró a su alrededor y se encontró con los ojos burlones de Alice. —¿Qué? ¿Qué ocurre? —reclamó, acercándose de nuevo a su caballo para ensillarlo correctamente y subir en él.

—Ocurre que hoy es el último día de tu vida, sucio Monstruo —espetó Galán, llegando justo a tiempo al lado de lord Silvery.

El oso dio un salto de su semental negro, el único que soportaba su peso, y cogió a Francis con una sola mano. —Vas a pagar por todo lo que le has hecho a lady Rosalie —gruñó, apretándolo con fuerza.

—Galán, recuerda que debe parecer un accidente —dijo lord Silvery—. No pueden haber marcas de violencia.

Los ojos dorados, convertidos en llamas, chispearon. —Mírala bien, maldito cerdo —lo obligó a mirar a Rosalie, que seguía montada en su yegua blanca—. Mírala, jamás fue tuya. Yo fui el primero —susurró en la oreja del Monstruo—. Yo soy el hombre que la ama y el que le dará lo que tú fuiste incapaz de darle. ¿Has disfrutado pegándola? ¿Has

disfrutado amenazándola? Que sepas que hacíamos el amor mientras tú dormías en la habitación de al lado.

Francis gruñó, impotente.

—Mátalo de una vez. No merece vivir —dijo Rosalie, que no podía creer que estuviera disfrutando de la muerte de otra persona.

Galán arrastró a la alimaña hasta una roca y allí le golpeó la cabeza contra la dura y fría piedra. Lo hizo con fuerza y contundencia, sin matarlo de un solo golpe. No quería darle la satisfacción de morir en el acto. Lo golpeó una y otra vez hasta destrozarle el cráneo y empapar el barro con su sangre.

—¡Vámonos! —imperó lord Silvery al oír el trote de un caballo.

—¡Soy yo! ¡Soy yo! Había algo extraño en vosotros y decidí seguiros.

Apareció Will, el Duque de Wellington, con Amanda en brazos.

—¿Prima Amanda? —preguntó Rosalie, incrédula.

—Esta joven estaba espiando entre los matorrales —informó el Duque.

—¿Ella? No, no puede ser —negó Rosalie—. Ella no haría tal cosa...

—¿Y qué hace aquí, Rosalie? —preguntó Alice—. Por favor, es evidente que tu inocente prima ha estado jugando muy bien su papel de víctima. Era incapaz de andar, de hablar... y ahora está en mitad del bosque por su propio pie. ¡Es una traidora!

—¿Qué hacemos con la joven? —preguntó lord Hugo Silvery, mirando a los lados.

—No hay tiempo para pensar —apresuró lord Goldener al oír las voces que se acercaban—. ¡Vámonos! Dame a la chica, yo me encargaré de ella.

El Duque de Wellington entregó Amanda a su hermano menor. —Yo me voy por donde he vuelto.

—Gracias, Will. Gracias, de verdad —agradeció el oso, espoleando a su semental al lado del teniente.

Cuando llegó uno de los otros grupos del juego solo quedaban Alice, Rosalie y el cadáver de Francis Ringwood.

*"Por muchos años que pasen, seré incapaz de determinar si la felicidad que sentí al ver al Monstruo de Bedford muerto fue por maldad o por justicia. Pero sé que me relamí los labios cuando vi su cráneo aplastado contra la roca. La felicidad de sentirme liberada, sin embargo, se veía empañada por la traición de Amanda. ¿Por qué? ¿Qué era verdad y que era mentira en Bedford House? ...Agradezco y siempre agradeceré a la madame su ayuda, también estoy en deuda con su esposo, con el Duque de Wellington y, por supuesto, con lord Goldener...mi oficial, mi amor eterno".*

∞ ∞ ∞

# Capítulo 24

## *La verdad detrás de la traición*

*Es que no hay buena revolución que no sea traicionada, sólo las malas revoluciones no se traicionan a sí mismas...*

**Carlos Fuentes.**

Un accidente de caballo. Esa fue la causa oficial de la muerte de Francis Ringwood ante las autoridades, caso archivado y cadáver enterrado. A Rosalie le costaba horrores mantener su papel de viuda, debía mostrarse compungida, vestir de negro y socializar lo mínimo cuando en realidad estaba feliz, quería vestir los mejores trajes que tuviera y necesitaba reírse a pulmón abierto.

Alice Silvery, la *madame*, testificó que el caballo se agitó y se levantó sobre las dos patas haciendo caer a Francis de bruces contra el suelo y, desgraciadamente, sobre una roca. Nadie puso en duda el testimonio de lady Silvery. Rosalie, por su parte, rompió a llorar desconsoladamente y no paró hasta que los invitados se fueron. No dramatizó demasiado porque no era un secreto para nadie que se había casado por obligación, así que tuvo que encontrar un equilibrio en su actuación.

Fueron pocas las personas que acudieron al velatorio de Francis y las que lo hicieron fue por compromiso. Rosalie estuvo convencida de que solo el padre, Jack, lamentaba su pérdida. Había rumores de que en el pueblo se estaba celebrando una fiesta y que en la taberna había barra libre. El hijo de Tom, el que iba a casarse con la difunta Marta, había regresado y Lucas estaba comprometido con una buena muchacha de una localidad vecina. La paz había

vuelto a Bedford. El Monstruo había sido derrotado. ¡Lo había conseguido!

Rosalie agradeció tener que llevar un velo negro que le cubriera el rostro durante el entierro porque no pudo dejar de sonreír. Se sintió algo enloquecida por semejante actitud, pero no podía evitarlo. Ese hombre había violado, matado y torturado a cientos de personas durante su vida. La muerte era algo leve para él, tendría que haberlo torturado, haberlo hecho sufrir durante días e incluso años. Pero esa nunca fue una opción viable y se conformaba con saber que Francis iba a pagar por sus crímenes en la otra vida. Una eternidad en el infierno, ese sería el castigo para el Monstruo de Bedford.

Afortunadamente, Alice iba a estar unos días con ella hasta que las aguas volvieran a su cauce. Quedaban muchos asuntos por resolver: el tío Jack se había instalado en Bedford House, Amanda seguía encerrada y vigilada por Galán y ni Olivia ni Rose eran de fiar.

—Mi más sincero pésame, lady Rosalie —musitó Rose, haciendo volar su falda negra al acercarse a ella.

—Gracias, Rose. ¿Por qué no te quedas y hablamos un poco después?

—No puedo, lo siento —negó, dejando entrever sus ojos azules entre el encaje de su velo—. Tengo la tarde comprometida.

—Está bien... Cuando quieras venir a verme...

—Ya te avisaré —la cortó y se marchó con su madre rápidamente.

Francis fue enterrado y sepultado en el panteón familiar. Rosalie pensó que ya se encargaría de que plantaran hiedra alrededor para tapar su lápida y que su nombre quedara en el olvido. Alice, incondicional amiga, no se movió de su lado y la acompañó de regreso a la mansión junto a su esposo, Hugo. Ambos se quedarían en su casa como invitados especiales.

—¿Podemos hablar un momento, sobrina? —le preguntó Jack en cuanto pusieron un pie en la mansión.

Alice se tensó y Hugo lo miró de reojo a través de sus ojos plateados. —Claro, milord —replicó ella, recordando lo lejos que había quedado ese día en el que se desmayó por el miedo que sentía hacia su tío. Fue la señora Allen quien la ayudó a despertarse y luego huyó... Ya no era esa mujer.

—No está bien que me llames milord a todas horas, Rosalie —la reprendió, nada más entrar en el despacho donde se sentó en el sillón de su hermano Héctor.

Rosalie corrió su velo negro hacia arriba y lo miró con desdén. —¿Ha olvidado el día en que me prohibió llamarlo "tío"?

—No, no lo he olvidado —replicó él, seco—. Lo sé, Rosalie. Has sido tú.

—Disculpe, milord. Mucho me temo que no estoy siguiendo el hilo de esta conversación —ironizó, paseándose con el mentón alto.

—Tú has matado a Francis —declaró sin titubeos, mirándola fijamente.

Ella, por toda respuesta, soltó una carcajada. —No me haga reír, milord. ¿Cómo he podido hacer yo tal cosa? Es evidente que no sería capaz ni de matar a un ratón entrometido —Levantó los brazos, mostrando su pequeña estatura y su aparente debilidad física.

—No seas estúpida. Los dos sabemos que no hace falta tener fuerza cuando se tiene astucia. No tengo ni idea de cómo lo has conseguido, pero estoy seguro de que tu amante te ha ayudado.

—¿Mi amante? ¡Oh, se refiere a lord Goldener! No debería creer todo lo que oye, milord —sonrió, apretándose uno de los guantes negros que se había puesto para la ocasión—. Además, lord Goldener estaba con lord Silvery en la taberna, el mismo Duque de Wellington los vio allí.

—¿Dónde está Amanda? —inquirió Jack, llevándose un puro a los labios.

—¿Por qué quiere saber dónde está mi prima? —lo desafió—. ¿Acaso tienen algún asunto pendiente que resolver?

—No juegues conmigo, Rosalie. Sé que eres de naturaleza débil, es cuestión de tiempo que liberes a Amanda y confiese lo que realmente sucedió en ese bosque. No serías capaz de matarla... tu bondad es tu debilidad. ¡La buena y dulce de Rosalie! ¡La Miel de Bedford! Solo tengo que quedarme aquí sentado y esperar a que tu prima hable. Jugaste a ser su salvadora, ¿recuerdas? —rio Jack—. Querida, tu primita me calentó la cama durante cinco años. Incluso tenemos un hijo en común, un bastardo de nombre Oliver. En mi propiedad nadie la vio, ella disfrutaba de las riquezas que jamás pudo tener y, en fin, ya sabes cómo son estas aldeanas.

—¿Y sus padres? ¿Qué pasó con ellos? —preguntó sin rodeos, dolida.

—Ella misma mandó a matarlos cuando supo que serían un problema en nuestras perfectas y maravillosas vidas. ¡Los honrados Tolky! El hermano de tu madre jamás hubiera aceptado que su hija se convirtiera en mi amante.

Rosalie dejó ir otra carcajada y lo miró incrédula. —No puede pensar que voy a creerle, ¿verdad?

—Sabía que no me creerías. Eres incapaz de creer que exista la maldad, que tu prima valorara más un par de joyas que a sus padres. Te sorprenderías al saber lo que una persona hace cuando se siente abandonada. ¿Y tú la abandonaste en mitad de un bosque, me equivoco? Estáis acabados. Tú y tus amigos. Amanda confesará en cuanto la liberes. Jamás confié en ti. Ella era la pobre desvalida, la pobre mujer torturada incapaz de hablar y de andar... y que escuchaba todo lo que hablabas con la pobre y querida señora Allen. Qué lástima lo del veneno... pensé que serías más original.

Rosalie contuvo la rabia que le subía por el cuello y que se expresaba a través de sus venas hinchidas y su piel



enrojecida. Salió del despacho como un vendaval, grabando en su retina la imagen de su asqueroso tío sentado en el sillón de su hermano Héctor. Corrió, ahogada y a punto de tener uno de sus antiguos ataques de pánico, corrió tanto que llegó al jardín y no paró hasta encontrarse con la tumba de su viejo perro Sito. El viejo perro que había custodiado Bedford hasta la vejez y que murió en su ausencia. La señora Allen le contó que ella misma lo enterró, lejos de las miradas desaprobatorias de Francis y Jack, que querían tirarlo a un foso sin ningún respeto.

Lloró y pataleó sobre la tumba del viejo perro Sito, luego observó la puerta oxidada de la entrada y, por último, se encandiló con el tejado azulón de la mansión. Con lágrimas en los ojos vio a su padre entrando sonriente por la puerta mientras su madre lo recibía con una cesta de flores colgada del brazo. Su hermano Héctor practicaba el tiro unos metros lejos de allí, cerca del bosque. Rosalie rio al recordar cuando su madre se enfadó Héctor porque no toleraba el uso de armas en casa. ¡Pobre Héctor! Tuvo que enterrar su revólver debajo del banco de piedra en el que su madre siempre se sentaba a coser. Estaba seguro de que era el último lugar en el que su madre miraría.

Se levantó del suelo y anduvo hasta el banco de piedra. Estaba rodeado por vegetación, ya nadie se sentaba allí. Con el semblante serio y algo dubitativo, se acuclilló y arrancó las malas hierbas hasta descubrir el pedacito de tierra que se escondía debajo del banco. Escarbó en la tierra hasta dar con una caja de hojalata. ¡Seguía allí! ¡El revólver de Héctor estaba allí!

Lo sacó de la caja, lo miró por largos segundos y lo acarició como si a través de él sintiera la protección de su hermano. Decidida, escondió el arma en los pliegues de su vestido y entró de nuevo en la mansión.

—¡Rosalie! —la detuvo Alice—. ¿Qué ha ocurrido? —La miró extrañada, reparando en que tenía los bajos del vestido llenos de polvo y las manos manchadas de tierra.

Le contó lo que había hablado con el Duque de Bedford, pero obvió el asunto del revólver. —Necesito hablar con Finley y que confiese de una vez lo que pasó esa noche en que lo dejé al cuidado de Amanda.

—Hugo se ha ido con Galán, están en la taberna. Si quieres podemos intentar de interrogarlo nosotras.

—¿Lo dudas? ¿Desde cuándo necesitamos un hombre para hacer el trabajo sucio? —contestó Rosalie, andando en busca del mayordomo y seguida por Alice.

Lo encontraron sentado en una silla vieja, abillantando un par de botas.

—Finley —nombró Rosalie como si quisiera cortar con su voz la otra oreja que le quedaba al pobre muchacho.

—Muchacho, necesitamos que hables —añadió Alice, cerrando la puerta del cuartillo y acercándose al joven que empezó a temblar.

—Nosotras no somos tus enemigas, Finley. Yo no lo soy y lo sabes perfectamente, así que haz el favor de dejar de temblar. Necesito que me digas lo que pasó esa noche —Lo miró fijamente, clavándole sus ojos de gacela. —Es cuestión de vida o muerte. Puedo terminar muerta, Finley.

—Tienes que entender que tu vida solo será tranquila si Rosalie está aquí —comentó Alice, cogiendo una silla y sentándose frente a él, que empezaba a sudar.

—Yo... Yo... No puedo decir nada —Se encerró en banda.

—¿De qué tienes miedo? ¿De quién? Queda muy poco para que todo esto termine, pero necesito que colabores... Finley —insistió Rosalie, pacientemente.

El muchacho la miró directamente por primera vez desde que se habían reencontrado, leyó el pánico en sus ojos. —Si el señor Francis era malo —dijo a su modo, en su lenguaje simple—. Su padre es peor, lady Rosalie —susurró, casi temiendo que las paredes tuvieran oídos.

—Cuéntame, Finley —Lo abrazó. —Te prometo que no permitiré que te haga nada, estoy aquí. ¿De acuerdo? Y no pienso irme. No debí irme, ¿me perdonas?

—Milady, no tiene que pedirme perdón. Si Francis era un Monstruo, el Duque es el padre del Monstruo. Él nos encontró a medio camino, yo iba con el caballo, detrás de la señorita Amanda. La señorita no paraba de llorar y llorar. Hasta que apareció él —Tembló el muchacho. —Apareció el Duque y se llevó a Amanda.

—¿Amanda forcejeó? ¿Se resistió? ¿Hablaron algo?

—Sí, milady —Asintió. —El Duque le prometió una vida de lujos a cambio de que ella se convirtiera en su aliada. Le dijo que, si volvía con sus pobres padres, no tendría ninguna opción de futuro. Se quedaría como una campesina. La convenció de que usted la había utilizado, de que la había abandonado... Y luego ella... Se marchó con él.

Rosalie asintió y miró significativamente a Alice. La confesión de Finley confirmaba las palabras de Jack. —¿Y por qué te hicieron esto? —Señaló la oreja cortada.

—Me amenazaron. Me dijeron que si alguna vez contaba algo...me cortarían la otra oreja. Dolió mucho, lady Rosalie. Dolió mucho —lloriqueó el joven—. Yo no sabía qué hacer... Unos días antes de que usted viniera, milady. Me obligaron a colar a Amanda por la noche.

—Sabían que estaba aquí.

—Sí, milady.

—Pero ¿cómo? Solo había tres personas cercanas a Francis que lo sabían...Lord Goldener, Rose y su madre Jane. Los campesinos no hablaban con él, eso lo sé. ¿Quién se lo dijo?

—Yo creo que está claro, Rosalie —dijo Alice, mirándola con intensidad.

Suspiró y cogió aire nuevo. —Gracias, Finley. Te prometo que no diré ni una palabra de lo que me has contado. Estarás bien, ¿de acuerdo? Confía en mí —Lo abrazó de nuevo y se dirigió a la puerta. —¿Puedes vigilar que no le pase nada mientras esté fuera?

—Claro. Pero ¿qué piensas hacer? —le preguntó la *madame*.

—Voy a acabar con esto, ya falta poco.

—Ten cuidado.

—Sí —sonrió, débilmente.

Amanda la había traicionado. Rose la había traicionado. Y dolía, le ardía la traición en el pecho como un fuego que se extiende por un campo seco. —Milady —oyó a sus espaldas, junto cuando estaba ensillando a su yegua.

—No estoy de humor, Olivia. Vete.

—Milady, solo quería decirle que tenía razón. Que no debí escoger el camino de la venganza —dijo la joven—. Quiero que sepa que fui yo la que le contó a Francis lo de su encuentro con lord Goldener. Pero no fui yo la que delató a la señora Allen.

—Lo sé, Olivia —Subió al caballo y le dedicó una última mirada a esa huérfana. —¿Qué fue de tu hermano Alfie? —preguntó, harta de tantas mentiras y sin esperanzas de obtener una respuesta válida.

—Lo tiene el reverendo Pedro. Él, milady, es cómplice de todo esto. Alfie está encerrado en el sótano de la vicaría, a través de él me amenazaban para que hiciera todo lo que ellos querían... Absolutamente todo —repitió, asqueada.

—¿Pedro también abusó de ti?

—Sí, milady. No era más que un juguete para ellos... Yo, Anahí... Y otras huérfanas... Nos convertimos en sus prostitutas gratuitas.

—¿Y Amanda? ¿Y Rose? ¿Qué sabes de ellas? —quiso saber desde lo alto de la yegua.

—Sé que Amanda vivía con el Duque en su propiedad, lejos de aquí. Una vez los oí hablar sobre ella, el reverendo Pedro lo sabía, por supuesto. Él lo sabe todo. Y de Rose... solo sé que se presentó un día aquí poco antes de que llegara Amanda. Nada más, milady.

—Gracias, Olivia. Gracias por tu sinceridad...

—Sé que ha sido tarde, hoy mismo recogeré mis cosas y me iré.

—Harás bien, no te quiero trabajando aquí —sentenció, agotada, dolida, enfurecida y fría como el mármol.

Olivia asintió cabizbaja y Rosalie espoleó a su montura. Notaba el peso del revólver de Héctor en su falda. ¿Qué iba a hacer? ¿Estaba preparada para dar un paso tan importante? ¿O actuaría tal y como había dicho su tío Jack? Amanda era su prima. Esa joven que le alegraba los días con su despreocupación y buen ánimo. ¿En qué momento se había convertido en una traidora?

*"La bondad no es siempre un antídoto contra la maldad. Lo comprendí ese día, el día en que supe que no podría ofrecerle nada bueno a Amanda. Me esperaba la prueba más difícil de todas, enfrentarme a mí misma."*

∞ ∞ ∞

## Capítulo 25

### *Donde hay justicia es un peligro tener razón*

*Las pasiones son como los vientos, que son necesarios para dar movimiento a todo, aunque a menudo sean causa de huracanes.*

***Bernard Le Bouvier de Fontenelle.***

Cabalgó hasta la taberna donde, efectivamente, estaban celebrando una fiesta. La melodía de los violines y el ritmo del tambor se escuchaba desde la calle. Entró y todas las miradas recayeron sobre ella, se hizo un silencio sepulcral. Había olvidado que iba vestida de negro riguroso y que el luto estaba presente en cada parte de su vestimenta. Estaban festejando la muerte de su esposo y se quedaron inmóviles, sin saber qué hacer.

—Milady, le presento a Opal. Mi futura esposa —se acercó Lucas con una bella joven de pelo rojizo cogida de su brazo. La joven tenía las mejillas sonrojadas y se escondía detrás de Lucas.

—Un placer, bella Opal —sonrió en respuesta.

—¡Milady! ¡Hay whiskey gratis! —vociferó Tom desde la barra—. Mi hijo ha vuelto —Apretó a un zagal que estaba a su lado, orgulloso.

—¡Me alegro Tom! —exclamó.

—Milady, ¿me permite? —Peter le ofreció el brazo para bailar mientras su esposa María bebía un buen vaso de whiskey en una de las mesas.

La tensión era palpable. ¡Tenía prohibido cualquier evento social! ¡Acababa de enterrar a su esposo! —Nadie

viene por aquí, no la verán. Nosotros somos sus cómplices —le susurró Peter, guiñándole el ojo.

Miró hacia arriba donde Amanda estaba encerrada, en una de las habitaciones. —Tengo asuntos de los que ocuparme —susurró Rosalie, sonriendo quedamente.

—¡Vamos! Esos asuntos pueden esperar, ahora hay que celebrar que ese Monstruo está bajo tierra.

Rosalie no pudo evitar reír y se cogió del brazo de Peter para el alivio del resto de pueblerinos y al ritmo de la música folclórica, muy lejos de los vales de la alta sociedad, inició una danza que aprendió de niña cuando jugaba con los campesinos. Era placentero saltar sobre la madera sin botines, con el pelo revuelto y con su vestido negro volando al ritmo en que Peter la hacía girar.

Vuelta tras vuelta, desinhibida y sintiéndose liberada, bailó todo lo que no había bailado en cinco años. —¿Me permite? —Apareció lord Goldener de repente, mirando al viejo Peter.

—Por supuesto, milord. Creo que mi esposa María está empezándose a poner celosa —bromeó el campesino—. Espero que lo entienda, milady.

—Lo comprendo perfectamente —rio Rosalie, incapaz de dejar de mirar al hermoso oso que se le había presentado enfrente.

—¿Bailamos?

—¿Sabe bailar esto? —inquirió ella, pícara.

—¿Bromea? Es lo único que bailamos los soldados cuando nadie nos ve.

La cogió, haciéndola suspirar, y la envolvió con su cálido aroma masculino mientras se apoderaban del salón con saltos, giros y movimientos alegres. —¿Estamos de celebración, milady? —preguntó él con una sonrisa, cogiéndola por los hombros mientras movían los pies hacia delante.

—Es pronto para celebrar algo, lord Goldener —se puso seria y lo miró con sus ojos avellana cargados de

significados—. Amanda... Amanda trabaja para mi tío Jack. Nos ha estado engañando durante todo este tiempo — explicó, dando media vuelta al ritmo del tambor—. Vio que tú matabas a Francis y lo contará todo en cuanto la liberemos.

—Sé que es su prima, pero si es así... Yo me ocuparé de ella.

—No quiero que manche más sus manos de sangre por mí —Le cogió las manos y se las acarició con sumo amor y comprensión. —Es algo que debo hacer yo misma.

—¿Será capaz?

—No estoy segura —Se detuvo, cerca de las escaleras. — Pero quiero subir a verla.

—La acompaño.

Subieron al piso superior y pararon frente a una puerta cerca de la habitación de lord Goldener. —Espéreme aquí.

—¿Está segura?

—Sí, de esto estoy segura. Quiero hablar con ella a solas, por favor —suplicó, besándolo—. Déjame hacerlo.

—Está bien, estaré aquí fuera.

Al entrar, vio a lord Silvery sentado en un sillón, cerca de una Amanda maniatada a los pies de la cama y amordazada. ¡Qué ironías! La había encontrado falsamente atada y ahora lo estaba de verdad. ¡Justicia divina!

—Lady Rosalie —saludó Hugo, poniéndose de pie—. ¿Y mi esposa?

—Se ha quedado en la mansión.

—Iré a verla, no se ofenda, pero sigo sin confiar en su tío.

—No es una ofensa, comparto el mismo sentimiento. Pero dudo mucho de que se atreva a hacerle algo a Alice, es más listo que eso.

—Por su bien —Salió, dejándola sola con su prima. ¡Allí estaba! La traición que más le había dolido de todas... había sido la suya. Sangre de su sangre, había confiado ciegamente en ella y lo habría dado todo por ella.



Se acercó lentamente a Amanda, dubitativa. ¿Qué iba a hacer? Los ojos verdes de su prima la estaban mirando. ¿Cómo no lo había sabido antes? Esa mirada no era la misma que la de hacía cinco años. Pensó que era por todo el sufrimiento que había pasado, pero no. Esa mirada era la de la traición, la de la maldad.

Le quitó la mordaza, por mucho que gritara, la música de la taberna amortiguaría sus gritos. Después, se sentó en el sillón que había ocupado Hugo y la miró fijamente, en silencio.

—¿No tienes nada que decir? —dijo al fin.

—Cada uno escoge su camino, Rosalie —habló Amanda—. Tú escogiste irte, huir y abandonarme en mitad de ese bosque con un hombre que sabías perfectamente que no era capaz ni de protegerse a sí mismo.

—¡Por Dios! No te consiento que me culpes a mí de tu vil humanidad. Sabes perfectamente que no tenía ninguna otra opción.

—Podrías haberme llevado contigo. Escogiste ir ligera de equipaje y estoy segura de que has disfrutado de tus años de exilio.

—¿Y lo de matar a tus padres? ¿También es culpa mía?

—Lo hice por ellos. Su existencia era mísera, pobre. Y solo me estaban arrastrando con ellos a una vida condenada a no tener nada. Me prometiste un marido, ¿recuerdas? Me vendiste un mundo de color de rosa en el que yo me casaba con un noble y vivía como tú. Siempre fui la pobrecita de la familia, la hija de los tíos pobres pero honrados. ¡Estaba harta de quedarme sin nada!

—Hubieras podido mantener tu dignidad.

—¿Dignidad? ¡Claro! ¡Tú eres la digna! ¡La Miel de Bedford! La buena y respetable lady Rosalie —se burló, haciendo brillar su pelo rubio bajo los reflejos del sol que entraba por la ventana. Amanda era una mujer hermosa. Rosalie pensó que era una verdadera lástima que hubiera desperdiciado su vida por un puñado de oro—. ¿Qué crees

que hubiera hecho el Duque si no hubiera aceptado su oferta? ¿Me hubiera dejado ir sin más? —rió—. Eres patética. Ya que iba a perder mi virginidad, mi honradez y quizás la vida... Al menos quería algo a cambio. Fui lista.

—No puedo creer en lo que te has convertido. Me condenaste a una vida de miserias con tu gran actuación de mujer secuestrada y torturada... Mataste a la señora Allen.

—Yo no te obligué a que te quedaras conmigo. Podrías haberte ido con tu amante y confesarle la verdad. Tú decidiste condenarte.

—¿Sabes por qué? —se envaró, levantándose de la silla y acercándose a Amanda para cogerla por el pelo—. ¡Porque creí en ti! ¡Porque te amaba! ¡Eres mi prima, Amanda! ¡Sangre de mi sangre! La última familia que me queda con vida a parte del padre del Monstruo.

Los ojos verdes de Amanda se aguaron y Rosalie alivió la fuerza que había impuesto en su pelo. —Dime que queda algo de bueno en ti, Amanda. Por favor —suplicó.

—¿Podrías perdonarme? —suspiró su prima, al borde del llanto. Le recordó a cuando eran unas niñas y Amanda le pedía perdón por alguna travesura.

—Puedo perdonarte —confesó, recordando las palabras de su tío Jack. *"Te conozco, no serás capaz de matar a tu propia prima"*.

—No contaré nada de lo que he visto, te lo prometo. Déjame marchar y no volveré a molestarte. No quiero hacerte más daño. Perdóname, por favor. Perdóname —le pidió, abrazándola.

Rosalie cogió aire, con el corazón latiendo a la máxima velocidad posible. La desató, desató sus cuerdas y la vio levantarse. Amanda andaba perfectamente y se movía con agilidad. —Gracias, sabía que no serías capaz de matarme. Perdóname —repitió, dándole la espalda para salir.

No llegó a la puerta. Rosalie la disparó con el revólver de Héctor por la espalda. —Te perdono, pero no puedo confiar en ti.

Cuando su prima cayó al suelo sobre un gran charco de sangre, entró en pánico y empezó a gritar, tiró el revólver a un lado y su llanto se transformó en un río que pronto se unió con la sangre que había en el suelo. —Tranquila, has hecho lo correcto. Tranquila —la calmó Galán, que entró en cuanto oyó los gritos.

—La he matado, la he matado —repetía para sí misma.

—Has hecho justicia. Recuerda la muerte de la pobre señora Allen, la única mujer que te fue fiel hasta el final.

Limpiaron la escena, nadie encontraría el cuerpo de Amanda. Lord Goldener se encargó de hacerlo desaparecer y no fue hasta al atardecer, cuando la fiesta del pueblo ya había terminado, que terminaron con el arduo trabajo de esconder un crimen.

—¿Y ahora? —preguntó Galán, limpiándose las manos de la sangre que las habían cubierto.

—Ahora le toca al reverendo Pedro. Avisa a las autoridades. No quiero más sangre sobre nosotros, que un juez se encargue de darle su merecido.

El reverendo Pedro estaba quitándole el polvo de la biblia que no leía desde hacía varios años. En el fondo, jamás fue un hombre piadoso. Al nacer el tercer en una familia de cinco hijos, le tocó ocupar un lugar en la iglesia. Lo hizo por mero cumplimiento, pero no negaría que detestaba la inviolabilidad que le proporcionaba su cargo.

Le habían prohibido casarse, le habían impuesto el celibato. Al principio fue duro vivir sin las carnes de una mujer, pero pronto encontró cierto regocijo por otros caminos menos decentes. Sabía que lo que hacía no estaba bien del todo, pero ¿quién podría pararlo? El Duque estaba satisfecho con su colaboración y mientras el señor de esas tierras no tuviera queja alguna sobre él, todo iría bien.

Estaba anocheciendo y se acercaba la hora en la que tenía que visitar a sus discípulos. Un grupo de muchachos que había ido reclutando entre los huérfanos que iban y venían. Los había convencido de que, para ganar un lugar en el cielo, debían permanecer encerrados y en oración a Dios. Todos rondaban entre los diez y dieciséis años. Cuando se hacían mayores, los dejaba marchar porque ya no le interesaba seguir cuidando de ellos.

Encendió un candil y se dispuso a bajar al sótano cuando unos golpes en la puerta de la vicaría lo detuvieron. ¿Quién sería a esas horas? Era común que la gente del pueblo recurriera a él por cualquier nimiedad. Ese era una de las desventajas de ser reverendo.

—¡Lady Rosalie! —Se sorprendió al ver a la viuda del señor Francis. —¿En qué puedo ayudarla?

—Esta situación me resulta familiar —Entró Rosalie con su vestido negro, el mentón en alto y mirando a su alrededor con altivez. —¿No le recuerda a algo? —espetó.

—Milady, creía que lo de esa noche había quedado olvidado.

—¡Error! —negó con un golpe de voz que sobresaltó al cura—. No he olvidado ni una sola palabra ni acto de esa noche. No he olvidado ninguna de sus ofensas, ninguno de sus abusos ni lo olvidaré jamás —Se acercó a él. —¿Por qué no me dice la verdad? He hablado con Olivia, lo sé todo —Clavó sus ojos de gacela en los pequeños y arrugados del reverendo que se escondían detrás de las gafas.

—El Duque... el Duque está de mi parte, milady —titubeó él.

—Ya no, se lo aseguro. Al Duque no le interesa tener tratos con alguien que no sabe cubrirse las espaldas. ¿Acaso no tiene el sótano lleno de jóvenes torturados?

—¡Son mis discípulos!

—¡Por favor! —rio Rosalie—. No me haga reír. En cuanto les preguntemos a esos muchachos que clase de enseñanzas ha estado impartiendo, estoy segura de que

discernirán bastante de lo que un cura debería enseñar. ¿Se acuerda? ¿Se acuerda de sus palabras? ¡Debía casarme con el Monstruo para ser una verdadera mujer! ¡Debía engendrar los hijos de ese villano! ¿Cuántas vidas ha roto, reverendo? Olivia, Anahí, las demás huérfanas... Y Alfie.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Lo juro!

—¿Sabe qué? Me aburre —Rosalie se alejó de él y abrió la puerta. El reverendo pensó que se había librado de ella, pero sus esperanzas se vieron arruinadas en cuanto un grupo de guardias entraron liderados por lord Goldener.

Registraron la vicaría y encontraron a los niños encerrados en el sótano. La mayoría de ellos presentaban signos de violencia y no tardaron en explicar las vejaciones que habían sufrido durante su clausura y falso retiro espiritual. Un juez se encargaría de ajusticiar al reverendo, que fue llevado con las manos atadas a la cárcel. La vergüenza cayó sobre él cuando el pueblo se enteró de las barbaridades que había cometido y, seguramente, sería destituido de su cargo aparte de terminar sus días entre rejas.

—Cada día que pasa estoy más enamorado de ti —dijo Galán, una vez a solas en mitad de la nada. Iban de camino a casa de Rose, la última parada antes de la victoria.

—¿Mi faceta de asesina ha avivado tus sentimientos? —preguntó Rosalie, con cierta pena en sus ojos.

—Eh, no hables así de ti misma. No eres ninguna asesina. Amanda merecía su destino.

—Me pidió perdón —Detuvo su montura y bajó de ella, necesitaba andar, estirar las piernas y pensar.

—Dudo mucho que hubiera respetado su palabra —La siguió Galán, dejando a los caballos atados a un árbol mientras se adentraban en un campo iluminado por la luna.

—Sea como sea... desearía haber tenido otra opción. Quizás si solamente yo hubiera estado implicada en el asesinato, pero estaba usted...

—Milady —La detuvo el oso en un impulso, cogiéndola por el brazo y acercándola él. —Debe estar orgullosa de lo que ha conseguido. A veces, para alcanzar un objetivo o completar ciertas misiones, debemos hacer cosas de las que no nos sentimos orgullosos. Pero debemos pensar en el bien que hemos alcanzado, en el bien común.

—Se ha convertido en un filósofo, oficial —sonrió, pasándole los brazos alrededor de su cuello. Olía tan bien y era tan placentero estar entre sus brazos... que era inevitable desear más.

Le arrancó su vestido de luto, dejándola en corsé y enaguas. Era feroz y, por un momento, pensó que quizás la luna tendría algo que ver. La besó con fuerza, dejándole marcas al paso de sus labios toscos y masculinos. —Permítame, milady —gruñó, quitándole las enaguas para introducir la enorme mano en su intimidad. La acarició en sus partes íntimas y ella se dejó hacer, tumbándose sobre un lecho de cebada—. Quiero su miel... Por fin es libre de amarme.

Se cogió a su espalda magnánima mientras se retorció de placer bajo sus caricias. Estaba sucia de polvo, sangre y sudor. Pero a Galán no le importaba. —Nunca olvidaré todo lo que ha hecho por mí —recordó que, con esas mismas manos que la estaba acariciando, había matado a Francis. Galán era amoroso, leal, insistente, impulsivo, algo feroz... pero sobre todo, era el amor de su vida.

Sintiéndose algo egoísta por recibir y no dar, deslizó su pequeña mano por el pantalón de Galán y lo tocó. Le tocó el miembro que latía con fuerza y dureza. —El otro día estuve imaginando cómo sería un hijo suyo —sinceró Rosalie en mitad del éxtasis.

—¿Y por qué no deja de imaginar? —La penetró, la hizo suya una vez más. Lo hizo con fuerza, rozándole cada vena, cada punto de su interior. Todo en el oso era grande, pero no le costaba adaptarse porque su miel facilitaba cualquier entrada y salida.

Hicieron el amor, se perdieron en la pasión y se amaron sin restricciones con el vestido negro tirado en un rincón. Rosalie se dejó amar, besar y conquistar sin ningún rastro de culpa... antes de enfrentarse a Rose.

## Capítulo 26

### *La rosa tiene pétalos y tiene espinas*

*Un amigo es un amigo hasta tanto se demuestre lo contrario.*  
**Amauri Pérez.**

No quería regresar a Bedford House sin haber atado todos los cabos sueltos. Y Rose era el cabo que le quedaba por atar. Necesitaba estar preparada para enfrentar a su tío Jack, el Duque.

Se vistió con el mismo traje negro que había llevado el día anterior y le pasó la mano varias veces para quitarle las hojas que se habían quedado pegadas por haber dormido en el campo. El polvo fue más difícil de eliminar, pero lo logró con insistencia y perseverancia. Era la primera vez que dormía a la intemperie, en mitad de la vegetación. Y no tuvo frío ni miedo.

El cuerpo de Galán la calentó durante toda la noche y sus brazos la protegieron de cualquier amenaza. No era un hombre madrugador, le costó abrir los ojos, pero ella disfrutó de su despertar. Lo contempló durante largos minutos y se enamoró de cada vello dorado que brillaba bajo el tenue sol de la mañana.

—No había visto nunca unos ojos como los tuyos —le dijo, sentada a su lado y observando aquellos orbes de color oro. ¡Eran fascinantes! Los de Hugo, el esposo de Alice, eran plateados y eran impresionantes. ¡Pero los de Galán eran legendarios! ¡Oro en los ojos! —¿Es hereditario? Quiero decir... he visto que tu hermano también los tiene de este color.



Galán sonrió y se despejó estirando los brazos y bostezando como un verdadero oso. Después, colocó las manos bajo su cabeza a modo de almohada y la miró como si la viera por primera vez. —¿No le han dicho nunca que es mucho más hermosa por la mañana? No necesita adornos, ni polvos... Me gusta así, con el pelo alborotado y su carita de recién levantada.

—¡Galán! —rió ella, tapándose la cara en un acto de timidez.

—¡Eh! Me ha llamado por mi nombre —frunció el ceño—. ¿Será que el aire libre le ha afectado?

—Creo que ya podemos tutearnos, hemos superado con creces cualquier límite de la confianza.

—¿Eso crees, Rosalie? Mmm... ¡Qué bien sienta tu nombre en mis labios! Pero mi nombre en los tuyos es mucho mejor —La cogió y la tumbó sobre él. —Me he despertado de muy buen humor hoy y usted es la culpable. ¿Qué le parece si...? —La besó en la frente y le coló la mano por debajo de la falda.

—No —negó ella con una sonrisa—. Ahora, no... Galán Goldener. No sé si te has olvidado, pero me quedan un par de asuntos por resolver.

—¿Cuándo te casarás conmigo?

—¡Galán! —Lo picó sobre el pecho y se incorporó, simulando una ofensa. ¿Crees que esta es la manera de pedirme matrimonio? Las dos veces que lo has hecho ha sido tumbado.

—Está bien, está bien —rió él—. ¿Qué quieres? ¿Qué me ponga mi mejor traje, peine mi cabellera y me arrodille con un fastuoso anillo entre las manos?

—Yo no lo hubiera dicho mejor —resolvió ella, poniéndose de pie—. Quiero velas, una cena íntima y al final, que usted se ponga de rodillas y me pida matrimonio como si nada de esto hubiera ocurrido. Como si yo no me hubiera casado con otro hombre antes...

—Dicen que, a veces, el amor de tu vida llega después del error de tu vida. Sé por qué te casaste con Francis y no tengo nada que recriminarte. Era yo el que te hacía el amor durante ese matrimonio, así que... toda mía, Rosalie.

—Te amo.

—Y yo a ti —Galán se puso de pie, se colocó el chaqué y se acercó a los caballos para desatarlos. —¿A casa de Rose?

—Sí, pero quiero ir sola... No creo que sea buena idea que nos presentemos los dos pidiéndole explicaciones. Quiero saber por qué alertó a Francis de mi llegada, eso es todo. Al fin y al cabo, tú la dejaste plantada poco antes de la boda...

—¿Sigues pensando en sus sentimientos cuando ella te ha traicionado?

—Antes de precipitarme a emitir un juicio, quiero saber su versión de los hechos.

—Deja que te acompañe hasta su propiedad, al menos. Te dejaré cerca del patio principal.

—¡Oh, me olvidaba que eres mi guardián! —se burló ella, sin maldad—. Tengo que agradecerle a Héctor que te pusiera en mi vida.

—Tienes razón, todo esto... nuestro amor —La ayudó a subir a la yegua. —Se lo debemos a él.

—Y a Dios.

—¿De verdad eres creyente? —quiso saber Galán, subiendo a su montura e iniciando la marcha.

—¿Qué te hace dudar de ello?

—No, no dudo de tus creencias. Pero a veces hay personas que creen por costumbre, porque es algo que le han enseñado desde pequeños... y no porque verdaderamente tengan fe.

—Mi creencia en Dios es por fe. En mi familia no eran muy rígidos con la práctica religiosa, pero yo siempre sentí esa vocación como algo innato. Es un sentimiento muy puro y gratificante. ¿Tú eres creyente?

—Lo soy cuando te veo a ti rezando. Estoy seguro de que Dios existe cuando veo que cierras tus ojos y le pides con esa seguridad admirable.

—¿Sabes qué, Galán? Cada día me sorprendes más.

—¿Te sorprende que el animal sin raciocinio sea capaz de mantener una conversación culta?

—Veo que no has olvidado lo que te dije en la azotea de casa de Rose. ¿Debo pedirte perdón?

—No, ya me lo pedirás cuando estemos en la cama — bromeó Galán, espoleando su montura con brío y alegría. Rosalie lo siguió, por fin la vida le sonreía.



Rose miraba con esperanzas renovadas su armario. Su padre le había comprado dos trajes nuevos para la ocasión. Will Goldener había pedido su mano. Algunos miembros de la alta sociedad comentaban que era de muy mal gusto que después de haber roto el compromiso con un hermano, se comprometiera con el otro. Pero no le importaba y, lo más importante, a su padre tampoco le importaba.

Las negociaciones y beneficios para ambas familias seguirían su transcurso planeado y no habría motivos para enemistarse. Galán había sido repudiado por su hermano mayor y no tendría que verlo durante un tiempo en ninguna reunión social. Con los años, todo ese pequeño conflicto quedaría en el olvido y ella sería la hermosa y joven esposa del Duque de Wellington sin derecho a discusión por parte de nadie. Esperaba poder darle muchos hijos... Aunque él ya tuviera dos. ¿Cómo la recibirían esos niños? Estaba preocupada, no podía negarlo. ¿Amaría Will a sus hijos tanto como los que tenía del matrimonio anterior? ¿Sería ella capaz de tratarlos justamente?

Le hubiera gustado casarse con un hombre libre de cargas. Seguía pensando en Galán a menudo, aunque de puertas para fuera jurara que lo odiaba. Will no era tan fuerte ni tan alto como su hermano menor. No gozaba de brillo ni de alegría. Era la versión seca, aburrida y taciturna del legendario Míster Dorado. Además, estaba ese horrible monóculo que llevaba siempre puesto a modo de arma intimidatoria.

Por otro lado, y lo que la reconfortaba, era que Will no era desagradable a la vista ni impertinente. Parecía tener las ideas muy claras y presumir de un temple envidiable. Cualidades que le daban la seguridad de que no volvería a ser traicionada ni vapuleada.

Finalmente, se decantó por el vestido princesa de color rosa. El rosa era su favorito, el rosa, el perfume de rosas y todo lo que tuviera que ver con su nombre. Desde el día en que fue capaz de relacionar su nombre con esa maravillosa flor de jardín, tuvo la imperiosa necesidad de fortalecerlo a través de pequeños detalles. Rose...¡Qué bonito! Jamás podría agradecerse suficiente a su madre por haber luchado por ese nombre y no el de Gertrudis, tal y como quiso su padre que se llamara. De hecho, segundo nombre era el Gertrudis, pero ese era un secreto que se llevaría a la tumba.

—Hola, Rose. ¿Probándote un vestido nuevo?

Rosalie se había colado por una estrecha escalera que conducía hasta la habitación de su vieja amiga. La miró por largos segundos en silencio, considerando seriamente si ella fuera capaz de dañarla. ¿Por qué? De entre todas las traiciones, la suya era la más incomprensible. Habían estado muy unidas desde la infancia y había estado ayudando a lord Goldener para encontrarla. ¿Por qué la había delatado?

—¡Rosalie! —se asustó la joven, mirándola de arriba a abajo—. ¿Qué haces aquí? Tienes muy mal aspecto —Señaló su vestido raído, su pelo desordenado y sus mejillas sonrojadas.

—Oh, disculpa si no he tenido tiempo de ponerme mis mejores galas mientras me ocupaba de las alimañas de Bedford. Rose, ¿por qué lo hiciste? —fue directa, harta de rodeos y de palabrería inútil.

Rose cambió su gesto de felicidad sempiterna y puso cara de circunstancias, ¿triste?

—Rosalie —dijo, soltando un largo suspiro—. Lo siento mucho, ¿de acuerdo? —Dejó el vestido rosa que tenía entre manos y la miró fijamente, a través de sus ojos azules tan llenos de pureza. —Me dejé llevar por el rencor.

—¿Así que lo admites?

—¿Y tú admites que me robaste a mi prometido? —la encaró—. ¡Por Dios! Os escuché en la taberna. ¿Quién no? Gritabais como un par de... cerdos salvajes —espetó, furiosa—. Pensé que Galán estaría aprovechando sus últimos días de soltería con una cualquiera y estaba dispuesta a olvidarlo... pero cuando te vi... me rompiste el corazón.

—¿Fingiste durante todo ese tiempo? Rose, yo no sabía que estabais prometidos —Rosalie se llevó la mano sobre el pecho y dio un paso hacia su amiga.

—No fingí. Me alegré de verte, eras mi amiga. Me preocupé mucho cuando desapareciste... Y sabes que ayudé a Galán en todo lo que pude. Por eso me sentí tan... tonta cuando descubrí que él te amaba... Me utilizó, Rosalie. ¿No lo entiendes? —habló, dejando caer un par de lágrimas—. Al principio, cuando os descubrí en la habitación de la taberna, guardaba esperanzas. Quise creer, convencerme de que había sido un error. Que no se repetiría... Traté de explicarte lo importante que era para mí ese matrimonio y lo muy enamorada de Galán que estaba... quería que te alejaras de él.

—Traté de alejarme de él.

—Lo sé, os escuché en la azotea. Después de la cena, seguía a lord Goldener y me causó curiosidad su proceder hasta que comprendí que iba detrás de ti. Sé que tú intentaste pararlo, pero él te amaba...bien, te ama —dijo,

rencorosa—. Me dio tanta rabia escuchar sus confesiones, su amor, su propuesta de matrimonio desesperada a Gretna Green... No pude controlarme y... fui a ver a Francis. Le dije que estabas aquí —Se dejó caer sobre el borde de la cama con un puchero. —¡Lo siento! ¡Lo siento muchísimo! No debí hacerlo. Pero... tú... me hiciste daño.

—Debiste hablarlo conmigo.

—Y tú conmigo —replicó la rubia.

Se hizo un silencio sepulcral, incómodo. Rosalie comprendía los motivos de Rose, pero no sabía si podía perdonarla.

—¿Qué más le contaste?

—Nada más. Te lo prometo. Solo fue esa noche... —La miró, con los ojos llorosos.

—Por eso Francis te tenía en tan alta estima... Pensaba que estabas de su lado.

—No estaba de su lado, solo quería... vengarme de alguna forma. Y luego me arrepentí.

—Lo siento, Rose —habló Rosalie con sinceridad—. Siento mucho lo de lord Goldener. Pero del mismo modo que yo tengo que creer que no le contaste nada más a Francis sobre mí... Tú debes creerme cuando te digo que yo no sabía nada de vuestro compromiso cuando me enamoré de él. Cuando lo supe... supongo que ya era tarde. Traté de alejarme de él, de respetarte, pero...

—No importa —la cortó, poniéndose de pie y cogiéndole las manos. Fue extraño sentir su contacto después de creer que la odiaría para siempre por su traición—. Quiero que seas feliz, aunque no te lo creas. Galán te ama y tú lo amas a él. Yo sobro. Por mucho que no quiera aceptarlo... esa es la realidad. Jamás aspiré a un matrimonio con amor, ya sabes cuál es nuestro destino. Cuando mi padre me comprometió con Míster Dorado entré en una burbuja de ensoñación. ¡Era tan guapo y perfecto! Me enamoré, ¿quién no? Pero no eran más que las ilusiones de una estúpida y egoísta niña. En el fondo siempre supe que él estaba enamorado de ti... La

insistencia con la que te buscaba, la forma en la que hablaba de ti, cómo miraba tus retratos... Voy a casarme con Will —dijo al fin.

—¿Con el Duque de Wellington?

—¡Yo, Duquesa! ¿Lo habías imaginado nunca?

—Creo que serás una gran Duquesa, Rose —sinceró—. Eres la mujer ideal, el prototipo de belleza femenina que hay en Inglaterra: rubia, ojos azules, voluptuosa... Sin mencionar que eres educada, culta, ingeniosa y que sabes tocar el piano además de bordar.

—Gracias, Rosalie. Y, una vez más, perdona...

—Déjalo, ahora que lo pienso... El hecho de que tú le dijeras a Francis que yo había llegado no fue concluyente. Iba a casarme con él de todos modos, con planes o sin ellos. Quería recuperar Bedford... solo aceleraste el proceso.

Dio media vuelta, dispuesta a irse con el corazón en paz. Rose no era malvada, había conocido a la maldad en persona y sabía distinguirla. Rose tan sólo se movió por un ataque de celos, una rabieta infantil... nada más.

—Rosalie —La detuvo la futura Duquesa de Wellington. — Sé que nuestra amistad no podrá ser la misma que antes, pero quiero darte una cosa... espera. —Rebuscó en un cajón y sacó un fajo de cartas atadas con un cordón. —Francis estaba obsesionado conmigo desde pequeño. Por supuesto que yo no le presté nunca ni la más mínima atención, pero siempre me mandaba cartas... Aquí están todas, sin abrir. No me interesaba lo que había en ellas. Quizás puedan servirte como prueba, yo no entiendo de esas cosas... — soltó una risa nerviosa—. No soy tan astuta como tú... Ni siquiera he leído un libro entero en toda mi vida. Pero creo que aquí puedes encontrar algo para amenazar al Duque.

—Oh, Rose... Después del daño que te he hecho...

—Yo también te lo he hecho a ti...

Se abrazaron y aunque sabían que su relación no volvería a ser nunca la misma, quedaron en paz la una con la otra y, lo más importante, fueron capaces de perdonar.

Rosalie salió cargada con el fajo de cartas y se sentó en un banco cerca de la propiedad de los vizcondes. ¿Encontraría algo en esas cartas que fueran de ayuda para derrocar al Duque definitivamente?

*“Había encontrado un equilibrio entre la bondad y la maldad. Me sentí humana al odiar y matar a Francis y también me sentí igual de bien cuando perdoné a Rose. Los motivos de mi amiga eran comprensibles, había actuado movida por el rencor. Yo tampoco había sido sincera con ella desde el principio. Era mejor aceptar que la culpa había sido de ambas.”*

∞ ∞ ∞



# Capítulo 27

## *Tablas*

*Si quieres ganar un adepto para tu causa, convéncelo primero de que eres su amigo sincero.*

***Abraham Lincoln.***

Rosalie se levantó del banco hecha un mar de lágrimas. Las cartas le habían revelado quién era el verdadero demonio. ¿Cómo cabía tanta maldad dentro de una persona?

—Rosalie —Apareció Galán, que la había estado esperando cerca de allí. —¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué lloras? ¿Es Rose?

—No, he perdonado a Rose. Es... no tengo palabras. ¿Creerías que siento lástima por Francis?

—Pensaría que has perdido el juicio.

—¿Cómo podemos matar a Jack? —preguntó, mirándolo con severidad.

—Sería muy sospechoso que Jack muriera ahora... Apenas hace unos días que murió Francis. No es tan fácil. Tu tío ya sabe que fuimos nosotros quienes matamos a su hijo... ¿Crees que no tendrá mil ojos? ¿Es por el ducado? Aunque él muriera, pasaría en manos del siguiente en la línea de sucesión. No puedes heredarlo.

—Eso ya lo sé. Jamás tuve interés por el ducado. No se trata de un título, se trata de que no concibo la idea de que Jack siga vivo después de lo que he sabido sobre él. Si pensábamos que Francis era una monstruo, Jack es peor.

—Lo que queremos es que se vaya, que nos deje en paz... Rosalie. Con eso me quedo satisfecho. ¿Tú no? No

podemos matar a todas aquellas personas a las que consideramos culpables. Esto debe parar.

—Hablas como si me hubiera vuelto adicta a la sangre —  
Frunció el ceño. —Entonces, si no podemos matarlo, quiero que un juez lo ajusticie y lo encierre de por vida. Prefiero que el próximo en la línea de sucesión ocupe su lugar o que el ducado de Bedford se pierda... No me importa. A mi padre nunca le importó ser Duque. Disfrutábamos de otras cosas, teníamos otros valores.

—¿Qué has sabido?

—Toma, léelo por ti mismo —Le extendió las cartas. —  
Será mejor que tomes asiento, no es fácil de digerir. Pobre Francis, seguramente pensó que Rose lo comprendía desde el silencio y la convirtió en su confidente sin que ésta lo supiera...

—¿Estas cartas eran para ella? ¿Las leyó? —Se sentó lord Goldener en el banco mientras abría la primera misiva.

—No, Rose jamás las leyó. Estaban todas selladas...

Las primeras cartas eran formales, los tanteos de un joven enamorado que intenta conquistar a una mujer. Después, en cada una de ellas, la familiaridad y la cercanía iban en aumento. También la locura y la desesperación. Francis confesó cosas terribles a Rose que ésta jamás supo en realidad.

—Me cuesta creer que Francis pudiera estar enamorado de alguien —comentó Galán—. Pero parece que estaba muy enamorado de Rose.

—Sí, no sé si él sabía lo que era amar... pero supongo que a su loca manera la quiso. ¿Qué piensas? ¿Son válidas ante un juez?

—Sí, sí... claro que lo son. Pero ¿estás segura que quieres empezar una nueva guerra con este demonio? No se quedará de brazos cruzados en cuanto sepa que intentas desenmascararle.

—Galán, el Duque violentó a Francis desde que era un niño. Lo pegaba y lo torturaba para convertirlo en el

Monstruo que era. Lo utilizó. Ahí pone claramente que Francis solo deseaba tener una vida normal, que hubiera deseado casarse con Rose y formar una familia. Después, las cosas se torcieron... Jack lo aisló del mundo, no le permitió tener amigos y siempre lo estaba insultando, menospreciando e infravalorando. Fue Jack quien lo impulsó a cometer la primera violación, a tener esos gustos perversos y a convertirse en un asesino. Porque él lo era. Lee esta carta —Señaló una entre el montón.

*"Querida Rose,*

*recibe mi más enorme gratitud por tu silencio. Sé que, a tu modo, me comprendes aunque no me respondas. Quizás no me leas, pero quiero pensar que sí lo haces. Quiero creer que se ha establecido una sincera amistad entre nosotros ya que jamás pude optar a nada más con su persona. Le he reiterado mi amor en infinitud de ocasiones, quizás sea un monstruo, pero en el interior de este monstruo hay un corazón que late...por usted.*

*Es egoísta e hipócrita culpar a mi padre de todos mis pecados. Yo soy el artífice de cada violación, asesinato o crimen que haya cometido. Sin embargo, me es inevitable buscar el fondo de mi locura y de mi maldad. Y en él, en ese abismo oscuro y horrible, solo veo la cara de Jack Ringwood.*

*Él siempre quiso ser Duque, siempre despreció a su hermano al que consideraba débil e inútil. Fue en esa obsesión malsana por adquirir el ducado donde vi mi primer asesinato. Mi tío, el padre de Rosalie, fue asesinado. Lo mató él. Soy incapaz de contarte cómo, pero lo hizo. Yo le dije que era una estupidez porque Héctor iba a ser el siguiente en heredarlo. Lo que no sabía era que la influencia de Jack fuera tan amplia y tan poderosa como para matar a un coronel en pleno campo de batalla. Sobornó a uno de los oficiales para que lo disparara a traición. Así fue como nos hicimos con todo esto. Sé que, al contarte esto, estoy arriesgándome a que un día lo perdamos todo. A que mi*

*padre me odie... Pero ¿sabes qué? Ojalá que algún día se sepa la verdad porque su odio lo tengo desde que nací.*

*Me odió desde niño. No era el hombre alto, fuerte ni vigoroso que él esperaba. Siempre fui enfermizo, débil y, según él, demasiado consentido por mi madre. Una madre a la que él le quitó la vida con maltratos y vejaciones diarias. A una dama no hay que tratarla así...decía mi madre. A una dama...*

—Es peor de lo que imaginaba —dejó de leer Galán para enfrentar la mirada de la gacela.

—Jack es un hombre peligroso. No puede seguir en libertad.

—Y te garantizo que no lo hará. ¡Él asesinó a Héctor! ¡A mi mejor amigo! Será mejor que vayamos en busca de los Silvery. Aparentaremos un viaje, algo que nos obligue a irnos...

—No me dejará marchar.

—Lo hará, no es tan estúpido como para enfrentarse a Hugo y a mí. Después, pondremos esto en manos de las autoridades y esperaremos a que vengan a buscarlo para encarcelarlo. Te prometo que moveré todos los hilos para que ni siquiera sea necesario un juicio, no quiero darle la oportunidad a escapar.

—Tu hermano es muy poderoso, él puede lograrlo —consideró Rosalie, recordando que Will era el Duque de Wellington, uno de los ducados con más fuerza del país.

—Lo lograremos —afirmó Galán, cogiéndole la mano con fuerza y guiándola hasta los caballos.

Galán tuvo razón. Jack no tuvo más remedio que aceptar, entre la confusión y la rabia, que Rosalie se marchara con Alice y su esposo. Excusaron que Alice la necesitaba porque estaba embarazada y que ahora que ella estaba de luto, le iría muy bien estar cerca de una amiga. El Duque quiso sacar a relucir el asunto de Amanda, pero no tuvo la oportunidad y supo que algo no iba bien. La madre de su

hijo Oliver tendría que haber aparecido y no había rastro de ella. Hubo esperado a que Rosalie volviera victoriosa, que confesara que la había matado y luego atraparla de algún modo... pero nada de eso sucedió. Al contrario, su sobrina no tuvo la menor intención de hablar con él. ¿Qué estaba pasando?

Cuando Rosalie se marchó, él también lo hizo, dejando la casa de Bedford House sola por primera vez en años. Se recluyó en su propiedad durante algunos días, nervioso. Ansioso, se movía de un lado para otro como una serpiente acorralada. Nada estaba saliendo según lo planeado. A esas alturas, Amanda debería haber confesado que su hijo Francis había sido asesinado y Rosalie debería estar en la cárcel junto a su amante. ¿Qué estaban tramando?

¿Debía huir? Se acercó a la habitación de Olivier, el pequeño bastardo de cuatro años que Amanda había engendrado. Era su hijo. Había salido con los ojos verdes de su madre, pero tenía el pelo oscuro de los Ringwood. Francis se puso muy celoso cuando supo de su existencia. ¿Qué iba a hacer con ese crío ahora que su madre había muerto? Porque estaba seguro de que estaba muerta; de lo contrario, ya habría regresado.

—¿Qué voy a hacer contigo? —le preguntó al niño, como si éste fuera capaz de contestarle algo con lógica.

—Es muy agraciado —oyó la voz de Rosalie en sus espaldas, que había entrado a la habitación infantil... sola.

—¿Quién te ha dejado entrar? —La encaró, dejando a Oliver en el suelo y mirándola con... ¿miedo?

—Le recuerdo que esta propiedad era la de mi padre. El servicio todavía me recuerda —sonrió la gacela, sonando dulce como la miel pero picando como una abeja—. No nos había dicho que tenía otro hijo —Miró al pequeño. —Por suerte ha heredado algo de la belleza de su madre.

—¿Dónde está Amanda?

—¿Necesitas que te lo cuente? —ironizó ella, removiéndole sus piernas largas y esbeltas bajo su falda de color verde.

Había abandonado el luto y solo había pasado una semana, ¿quién iba recriminárselo? —Pensaste que no sería capaz, ¿verdad?

—La has matado, ya... Bienvenida a la familia, sobrina —dijo Jack—. Ahora ya eres una noble digna de su puesto. Ningún noble ha conquistado nada sin ensuciarse las manos primero. Bedford House es tuya... como siempre quisiste. Y tu gloria descansa sobre los cadáveres de mi hijo y de la madre de Oliver.

—Milord, estamos en paz. Usted mató a mi padre y a mi hermano. Si estuviéramos jugando al ajedrez, se podría decir que estamos en tablas.

—No seas tan mentirosa, sobrina. Tantos pecados te llevarán al infierno y sé lo mucho que aprecias tu alma...

—Si son mentiras o no... deberás contárselo a un juez.

—¿Qué? —esbozó una risa nerviosa que se desvaneció en cuanto los guardias entraron.

—Lord Jack Ringwood, queda detenido por el asesinato del anterior Duque de Bedford y su hijo Héctor.

—¡Es mentira! ¡Todo es mentira! —gritó Jack, enfurecido.

—No se moleste, milord —dijo Rosalie—. Tenemos pruebas, decenas de cartas escritas del puño y letra de su hijo Francis... Francis lo odiaba, milord. Y se lo merece. Merece que haya sido descubierto porque usted creó al Monstruo de Bedford.

Jack se calló, considerando que era muy probable que su propio hijo lo hubiera delatado. ¿De qué podía quejarse? Él mismo había criado y alimentado a ese Monstruo. —¿Puedes encargarte de Oliver? —preguntó, mientras un oficial le ataba las manos.

—¿No prefiere que se lo entregue al Reverendo Pedro?

—¡No! El Reverendo Pedro...

—El Reverendo Pedro está en la cárcel, quizás seáis compañeros de celda. No me ocuparé de su bastardo, milord. Mis años de bondad se terminaron, usted se encargó de ello. No quiero más juguetes rotos en mi casa.

—Rosalie... Sobrina... —suplicó.

—No me llame sobrina, no se lo consiento. Para usted, soy lady Rosalie. Nos vemos en el juicio... si es que hay alguno.

—¡Maldita zorra! —gritó como último recurso, recurso que le valió una soberana torta por parte de Galán que entraba en ese momento.

—Lleváoslo, ya sabéis. Directo a prisión —imperó lord Goldener.

Rosalie observó cómo se llevaban a su tío a rastras hasta el patio donde lo encerraron en una vieja carroza penitenciaria. Las cartas habían servido para que un juez, amigo de Will, dictaminara sentencia. No fue necesario ningún otro procedimiento. Sí, Jack era un Duque, pero ni a la nobleza ni al parlamento les interesaba indagar en los asesinatos por poder. Si eras descubierto, eras sentenciado. Sin preguntas, sin publicidad. ¿Sería verdad que ella se había convertido en una noble? No, se negaba a pensarlo. En su mente nunca estuvo el poder y ni mucho menos la riqueza. Ella mató por justicia, por su gente.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó el oso, señalando al niño que jugaba con un caballo de madera.

—Voy a llevarlo a Bedford House —Lo cogió en brazos.

—Pero has dicho que...

—No quería satisfacer a mi tío ni darle una tranquilidad de espíritu que no merece. Oliver es mi primo. Lo criaré como tal y cuando sea mayor le contaré que sus padres fallecieron en un terrible accidente.

—Me parece justo. Él es inocente.

—Sí —contestó, mirando los ojos verdes de Oliver que tanto le recordaban a los de Amanda.

Regresó a su casa esa misma tarde. Su amiga Alice había vuelto a Cornualles junto a su esposo y Galán tenía que ocuparse de Jack. Así que estaba sola, por primera vez en años... estaba sola en su propia casa. Al entrar, observó con cierta lástima los árboles arrancados y luego echó de menos

a Sito. La maleza se colaba por las escaleras de la entrada, debería contratar a un jardinero. La recibió Finley, que había recuperado parte de su buen ánimo.

—Bienvenida a casa, milady —dijo el joven, abriéndole la puerta.

—Gracias, Finley —agradeció.

La casa seguía oliendo a Francis. Tendría que ventilarla a consciencia y mandar a lavar todas las cortinas. El humo de su asqueroso tabaco se había quedado pegado a las paredes, a los muebles y... en fin, a todo. Una buena limpieza a fondo, sí... eso es lo primero que haría. Necesitaba buscar un ama de llaves. Y renovar prácticamente toda la plantilla. No quería a esas doncellas que se habían entregado a su esposo voluntariamente. No confiaba en ellas... y la confianza era algo que preciaba mucho a ese punto de su vida. No quedaba nadie, no estaba la nana Theresa. Tampoco estaba la señora Allen. Ni los huérfanos que había dejado atrás... Solo quedaba Finley de esa vida pasada... o lo que quedaba de él.

Paso a paso, recuerdo a recuerdo, llegó a la biblioteca. Su amado rincón, violentado por el Monstruo de Bedford también. Iba a quemar la mitad de los libros... aquellos que olían a humo. No lo soportaba... necesitaría comprar de nuevos. Quería que todo volviera a ser como antes.

—Milady, la buscan —anunció Finley, incapaz de ocultar su sonrisa.

—¿Quién es, Finley? —preguntó, extrañada.

—Es una sorpresa, lady Rosalie.

Se acercó a la entrada poco a poco y entonces vio a Peter. Al viejo Peter acompañado de su mujer María. —Queríamos agradecerle en persona todo lo que ha hecho por nosotros, lady Rosalie. Le hemos traído té y unos dulces que mi esposa ha preparado con mucho amor. Sentimos que se ha hecho justicia con la muerte de Marta —explicó el campesino, abrazado a su esposa.



—Sí, cariño. Marta ha sido vengada. Nos hemos enterado de que el Duque ha sido llevado a prisión... todo gracias a ti, mi niña.

—No tienen nada que agradecerme —Se acercó a ellos y los abrazó. —Ahora, este vuelve a ser nuestro hogar. El hogar que siempre quiso mi padre...Por favor, quedaros conmigo. Degustaremos la tarta juntos.

—¿Podemos pasar? —se oyó una voz en la puerta. Era Lucas, acompañado de su prometida y de su futuro suegro.

—¡Lucas! —se alegró Rosalie—. Por favor, pasad. Pasad...

—Milady, Lucas me ha contado que le gustan mucho las tortas de miel y he hecho algunas para usted —explicó la bella Opal.

—Mi hijo y yo también hemos venido —anunció Tom, el tabernero.

Poco a poco, la casa se fue llenando de pueblerinos y de obsequios. Pensó que estaría sola, pero no lo estuvo. La calidez de su gente la envolvió hasta el final de la noche.

*"Fue reconfortante saber que había vuelto la felicidad a Bedford. Mi casa, por fin era mía. Y ya nadie podría volver a amenazarme con apartarme de ella... de mis tierras, de mi legado. Oliver se adaptó rápidamente a su nuevo hogar, la luz regresó a la mansión y los nuevos empleados se convirtieron pronto en amigos."*

∞ ∞ ∞

## Capítulo final

Las velas chispeaban en Bedford House después de días de limpieza y ventilación. Rosalie estaba satisfecha del nuevo aire que se respiraba en su hogar. El olor a jabón, a miel y a deliciosos postres volvía a estar presente. Su nueva ama de llaves, una prima lejana de la señora Allen, se había encargado de cumplir con sus peticiones con diligencia y esmero. Candice había acudido por recomendación de la familia Allen y no se arrepentía de haberla contratado. Incluso tenía los mismos ojos verdes que su vieja y fiel empleada.

—No tiene que pedirnos perdón, milady —le dijo la hermana de la difunta señora Allen en cuanto le contó la verdad de lo sucedido—. Sabemos que mi hermana hubiera dado la vida por usted, murió sirviéndola y eso es un honor para nosotros. Lo importante es que ya no habrá más muertes de inocentes... Quiero pensar que su muerte no fue en vano y que, de ahora en adelante, usted se encargará de nosotros.

—No hay palabras para agradecer tanto amor. Candice es fantástica, una buena ama de llaves, gracias por haberla traído.

Su antigua cocinera, Iris, volvió en cuanto supo que el Monstruo de Bedford había desaparecido. Con su llegada, pudo despedir al cascarrabias que no cocinaba otra cosa que sopas y purés. ¡Qué felicidad poder saborear de nuevo los pasteles de Iris!

—Milady, lord Goldener la está esperando.

—Comunícale que estoy a punto de bajar, Finley.

Se miró en el espejo de su habitación, aquel con molduras de plata y pensó que tenía un brillo especial.

¿Sería por la paz de espíritu? Pasó los dedos por sus tirabuzones castaños y se sonrió a sí misma, premiándose.

—Está magnífica, milady —agasajó su nueva doncella, Opal. Había decidido contratar a la esposa de Lucas, el campesino. Opal no era una muchacha ni sabía de etiqueta o de protocolo. Pero tenía el corazón puro y muchas ganas de aprender y con eso bastaba para disfrutar de sus servicios. No quería jóvenes entendidas en la última moda ni mujeres demasiado sabidas. Quería simplicidad, honestidad y honradez de carácter.

—Gracias, Opal. Has mejorado mucho con tus peinados... Este recogido con tirabuzones no tiene nada que envidiar a los recargados estilismos de la reina Victoria —la alabó, haciéndola sonrojar.

—Estoy aprendiendo mucho, milady. Practico con mis hermanas.

—Bien hecho, Opal —Se levantó y se roció con unas gotas de perfume de miel. —Será mejor que no haga esperar a lord Goldener. Ya sabes que no es un hombre paciente y debe estar a punto de subir aquí para reclamarme.

Salió de la recámara sintiéndose la mujer más bendecida y especial de planeta. Se sentía hermosa, bien perfumada y querida. Querida por su gente y por el hombre de su vida: Galán Goldener, alias el Oso... alias Míster Dorado... alias el metálico.

Lo vio esperándola al pie de las escaleras de mármol que Francis se había empeñado en construir y que, a decir verdad, no quedaban tan mal. Le daba un toque de pomposidad a su vieja casa. Se quedó de piedra, hecha un bloque de miel en un tarro, cuando vio a Galán vestido de etiqueta rigurosa. Él no era de esas cosas, lo sabía. Él era de camisas y pantalones cómodos con el pelo al viento y una barba de tres días o incluso cuatro.

Esa noche se había cortado la barba y peinado el pelo hacia atrás en una *semi-coleta* algo peculiar, pero muy

masculina y original. Llevaba chaqué costoso de color negro, unos pantalones de color beige y un chaleco de color dorado. Se intuía la cadena de un reloj que colgaba del chaleco y llevaba un par de guantes de la mejor seda del mercado.

—Milady —dijo él, acompañando el nombramiento de una reverencia perfecta—. Permítame ayudarla —Subió los escalones y le ofreció el brazo para descender. Ella aceptó de buen gusto el ofrecimiento, algo abochornada. Resultaba ridículo tener vergüenza a esas alturas, pero la tenía. ¡Él era tan encantador! ¡Tan bello y tan masculino!

Lord Goldener notó el ligero temblor de Rosalie ante su presencia. La había impresionado, tal y como se había propuesto hacer desde el día en que le recriminó que sus pedidas de mano habían sido un tanto rudimentarias. Su futura esposa estaba bellísima, tanto... que por poco se queda sin respiración al verla. Iba engalanada con un vestido de manga corta y escote de barco decorado con encaje y muselina.

—El color dorado le sienta muy bien, milady —la alabó.

—Quería estar a conjunto de sus ojos —confesó, incapaz de mirarlo más de tres segundos seguidos.

—Espero que perdone mi atrevimiento, he convencido a Candice para que preparara esta mesa. —Galán señaló un rincón del salón en el que una mesa con mantelería de seda y candelabros se erguía romántica y esplendorosa.

—Oh, ya veo que han estado tramándolo a mis espaldas. Estaba convencida de que cenaríamos en el salón de cenas... pero prefiero esto, sin duda —sonrió, sentándose con la ayuda de su acompañante—. ¿Me esperan más sorpresas, milord?

Cenaron un sabroso guiso de pato con guarnición de patatas y verduras y lo coronaron con un postre delicioso que les dejó un sabor de boca muy dulce. —¿Bailamos?

—¿Aquí? —Soltó una risa nerviosa, achinando sus ojos de gacela. —¡No hay orquesta!

—¿Quién dice que no? —Galán se levantó de la silla y se acercó a la puerta principal. —Por favor, ya pueden pasar.

Entraron dos violoncelistas y un pianista que amenizaron la velada con melodías delicadas. Bailaron cogidos, sintiéndose el uno al otro. Era increíble que siguiera poniéndose nerviosa al estar a su lado, era increíble la sensación que la embargaba cada vez que él la tocaba. Había sido afortunada con el amor. El verdadero amor, uno lleno de respeto, confianza y comprensión mutua. Entre ellos no hicieron falta grandes dramas ni discusiones... solo empatía.

Después del vals, lord Goldener le ofreció el brazo de nuevo y la condujo hasta la terraza. La luna estaba creciente, pero iluminaba con fuerza.

—Milady —carraspeó Galán, sacando un papel doblado a conciencia de un bolsillo de su chaqué—. "Ojos, mirad por última vez. Brazos, dad vuestro último abrazo. Y labios, que sois puertas del aliento, sellad con un último beso." —Leyó con voz profunda.

—Romeo y Julieta.

—Sí, como Romeo... Yo estoy dispuesto a morir por ti, Rosalie. Y sé que tú, como Julieta, estarías dispuesta a hacerlo por mí. Te amo, nuestro amor no es de ahora ni se acaba hoy. Nuestro amor es eterno... Espero que te haya gustado la cita...

—Me ha encantado, Galán —susurró ella, cogiéndolo por los brazos.

—Bien, lady Rosalie Ringwood —Se arrodilló el oso, quedando casi a la misma altura que ella al hacerlo. —¿Hará el honor de casarse conmigo? —Sacó una caja del pantalón, la abrió y mostró un fastuoso anillo de diamantes.

—Nada me haría más feliz, oficial —concluyó Rosalie, besándolo en los labios.

—Es nuestro comienzo. Los dos...

—Los tres —corrigió la Miel de Bedford, cogiendo la mano de su prometido y poniéndosela sobre el vientre.

—¿Qué? ¿Es verdad?

—Sí —se emocionó—. Estoy en estado de buena esperanza.

—¡Sí! ¡Soy el hombre más feliz del mundo! —La cogió en volandas y la hizo girar mientras reían como un par de niños inocentes.

La boda se celebró con la sencillez que los caracterizaba. Acudieron los Silvery (Alice y Hugo), los Duques de Wellington (Rose y Will), los aldeanos y algunos amigos de Galán. Fue una celebración íntima sin más pretensiones que las de festejar la felicidad de los novios.

Rosalie convenció a su esposo para que vivieran en Bedford, por supuesto. Allí establecieron su residencia habitual, aunque solían pasar largas temporadas en la casa de la playa, aquella de la que Galán era propietario.

—¿Y todo esto? —Entró Galán en la biblioteca, señalando a las cajas y cajas de libros nuevos que habían llegado.

—Estoy renovando y actualizando la biblioteca. No te asustes —rio—. Te prometo que no es una adicción —bromeó, tocándose el vientre abultado.

—Tienes visita...

—¿Quién es?

—Quiénes son, dirás. Son los nuevos Duques de Bedford, ya han llegado.

Lady Goldener abrió los ojos, impresionada.

«*Por favor, ¡Dios! Que no sean como el anterior*», suplicó para sus adentros.

Anduvo con reticencia hasta el salón, ¿qué haría si volvían a invadirla las alimañas?

—¡Lady Rosalie! —la sorprendió una voz cantarina, propia de un hombre joven—. No me conoce, soy su primo tercero. El siguiente en la línea de sucesión, he heredado el ducado —explicó, casi tan emocionado como ilusionado.

—Encantada de conocerle, milord —reverenció ella.

—Ella es mi esposa Lily —presentó el Duque, señalando a una dama de pelo negro y ojos marrones.

—Es un placer conocerla, lady Rosalie —se apresuró en decir Lily mientras cargaba a un bebé en brazos y un corrillo de al menos cuatro niños corrían alrededor de sus faldas. Eran una familia numerosa y, al parecer, bien avenida—. Hemos venido para conocerla y para conocer a su esposo, hemos escuchado maravillas sobre sus personas.

Tomaron el té juntas mientras los hombres fumaban en el salón de caballeros. Hablaron de Bedford, de los niños, de los embarazos y... en definitiva, hablaron de cosas muy normales. Sin amenazas, sin rencillas ni indirectas.

—Parecen buenas personas —comentó su esposo en cuanto los despidieron en el patio.

—Sí, me alegro de que el Ducado esté ocupado por una familia normal. Han sido muy amables al venir a presentarse.

—Se nota que saben que les conviene llevarse bien con la Miel de Bedford.

—¡Galán! ¿Como dices eso? Yo solo quiero vivir en paz en mis tierras y que respeten a la gente que quiero. No me importa quién sea Duque.

—Lo sé, lo sé... —La abrazó. —¿No ha dicho el médico que debías estar en cama?

—El doctor se piensa que estoy enferma cuando solo estoy en cinta. Sus métodos son muy antiguos, he leído que...

—Milady —interrumpió Finley—. Tiene una visita.

—¿Otra visita? ¿Qué acontece en el día de hoy para ser tan solicitada? —Rosalie se dirigió al salón de visitas.

—No, milady. No los he dejado entrar, no sabía si querría que lo hiciera. Están en la puerta.

Rosalie frunció el ceño, extrañada, y salió a recibir a esa visita misteriosa.

—¡Olivia! ¡Alfie! —exclamó al ver a los huérfanos—. Oh, Alfie... estás muy grande.

—Milady... hemos venido a pedirle disculpas y a darle las gracias. Mi hermana me ha contado todo y estoy muy

avergonzado. Sé que no nos abandonó por propia voluntad, comprendo perfectamente que solo quiso protegernos — habló con madurez el niño que debía tener unos dieciséis años.

—Le hemos traído un regalo —Dio un paso hacia al frente Olivia.

—¿De qué se trata? —preguntó, al recibir un bulto bien envuelto.

—Es un diario, milady. Un diario que hemos comprado con nuestros ahorros para que pueda escribir. Sabemos que le gusta mucho la literatura —aclaró Alfie.

—Oh, muchas gracias... Gracias.

Los abrazó, los invitó a tomar un té y después los despidió con la promesa de verse muy pronto. Ambos estaban trabajando en una casa señorial y vivían una vida decente, lejos de la pesadilla que les tocó vivir durante su niñez.

Cuando se quedó sola, miró el diario. Jamás le había gustado escribir, ella solo quería leer. Pero ¿por qué no intentarlo?

Tomó entre sus manos una pluma y abrió el diario por la primera página.

*"Será mejor que empiece por el principio... por el día en que Marta, Rose, Lucas y yo jugábamos cerca del lago sin preocupaciones ni diferencias de clases. Mi padre nos vigilaba desde la colina mientras daba órdenes a Peter de recoger la cebada ese mismo día. Eran días de dicha, de felicidad, de naturaleza y de niñez. Días que no olvidaré jamás. El primer dolor que experimenté fue al saber que mi hermano Héctor quería ingresar en el ejército..."*



# Epílogo

*Julio de 1856, casa de la playa.*

Los veraneos en la casa de la playa se habían convertido en una costumbre de los Goldener. Cada año, en julio, abandonaban Bedford House y se dejaban embriagar por la brisa del mar.

Rosalie estaba sentada en la arena con su traje de baño, un vestido de muselina compuesto de una sola pieza que le cubría todo el cuerpo menos los brazos. Tenía el placer de relajar su vestimenta puesto que gozaban de un trozo de playa privado.

Su hija, de diez años, estaba sentada a su lado, imitándola. El resto de sus hijos varones, que eran cuatro, se estaban dando un baño junto a su padre, Galán. Cuatro varones: Héctor, John, Marcus y Timothy.

Habían formado una familia numerosa de siete miembros o, mejor dicho, de ocho miembros. Oliver, su primo de catorce años, estaba en el agua junto a los demás.

Allí, sentada frente al mar y bajo una sombrilla, recordó la multitud de obstáculos que había tenido que superar para alcanzar esa felicidad.

—Mamá, ¿en qué piensas? —le preguntó Theresa, la única niña de la familia.

—Pienso en que deberías estar leyendo la novela que te regalé la semana pasada —contestó, mirándola con cariño.

—¿Para qué quiero leer tanto? Mi institutriz dice que una mujer no tiene que ser sabia.

—He contratado a Marie para que te enseñe protocolo y no para que te inculque una ideología. Cuando volvamos pienso recordárselo. Theresa, las mujeres debemos ser sabidas. No hay nada de malo en ello. El conocimiento es poder. Créeme, el hábito de aprender te favorecerá en el

futuro. Así me lo enseñó la nana Theresa y me sirvió para toda la vida.

—Me hubiera gustado conocer a tu nana, mamá —sonrió la niña—. Siempre hablas tan bien de ella... ¡Qué honor llevar su nombre! ¿Crees que la tía Rose vendrá?

—Espero que sí, quedamos en que se uniría con nosotros aquí. Vendrá con el tío Will y tus primos.

—¡Ojalá lleguen pronto!

—¿De qué están hablando mis dos damas favoritas? —Se acercó Galán con el pelo mojado y un traje de baño masculino. La moda del momento requería que tanto hombres como mujeres llevaran gorro en la playa, pero Galán jamás hizo uso de él.

—De los tíos —contestó Theresa.

—Deben estar a punto de llegar. ¿Por qué no juegas con tus hermanos?

—¡No me gusta la sal del mar!

—Vamos, Theresa... todavía eres una niña. No quieras crecer tan rápido —instó Rosalie.

Theresa se levantó y corrió al agua donde Oliver y los demás la estaban esperando. Sus risas se unían con el sutil oleaje... era una estampa perfecta de niños rubios y morenos alegres y vitales.

—Milady —Se sentó Galán al lado de Rosalie.

—Creo que no hay otro instante más placentero y feliz que este... míralos, están llenos de vida.

—Todo gracias a ti, querida —La besó en los labios. — Cinco hijos maravillosos.

—Todos con tus ojos dorados. Estamos repoblando el mundo con tu leyenda —bromeó.

—¿Has hablado con Oliver? Está empezando a hacerse preguntas. Hasta ahora se ha sentido como nuestro hijo, pero es evidente que no lo es —expresó lord Goldener, preocupado.

—Nunca le mentí, siempre lo traté como a un primo aunque no hiciera distinciones entre mis hijos y él. Esta

noche hablaré con él, es un muchacho sensato y lo amo genuinamente. Sé que aceptará la verdad.

—Estoy convencido. Es bueno que seamos sinceros con él.

—¡Buenos días! —oyeron la voz de Rose a sus espaldas.

Rose apareció del brazo de Will engalanada con un precioso traje de baño de color rosa (como no podía ser de otro modo).

—¡Rose!

Rosalie se levantó y la abrazó con cariño mientras Will y Galán se saludaban. Los hijos de los Duques de Wellington no tardaron en comparecer y se unieron con el resto de los infantes. Cuando se reunían, se convertían en una algarabía de risas, discusiones y voces estridentes. Eran una familia.

—¿Sabes algo de Alice Silvery? —le preguntó Rose en cuanto entraron al agua para refrescarse.

—Está bien después del disgusto que tuvo con Hugo.

—¡Pobre Alice! No me gustaría estar en su lugar.

—Es duro... pero no sabemos a qué pruebas nos tendremos que enfrentar.

—Si algo le pasara a Will... no sé qué haría con mi vida —ultimó Rose.

Pasaron el día entre juegos, conversaciones y distracciones mundanales. No fue hasta el final de la noche que Galán y Rosalie se quedaron a solas.

—¿Has hablado con él?

—Sí, está en su habitación asimilándolo todo. Al final he decidido ser sincera y explicarle la verdad de lo sucedido.

—Has hecho bien —La besó en la frente. —Estaba pensando... —Le pasó la mano por el hombro. —Que la playa está muy tranquila a estas horas. Mi hermano y su esposa están en su habitación, los niños están con la nana... No me gusta verte con ese traje de baño. Quiero tocar tu piel en el agua.

—¡Lord Goldener! —se escandalizó Rosalie—. ¿No pretenderá que me desnude en la playa?

—Lo siento, milady. Esa es mi nueva misión y ya sabe qué ocurre cuando me propongo cumplir con mi deber.

La cogió en volandas y la cargó hasta el exterior. Allí, anduvieron por un camino solitario hasta llegar a la orilla. La luna brillaba en su máximo esplendor, las olas golpeaban suavemente la arena y la brisa era cálida.

—Han pasado diez años... Y sigues amándome —dijo Rosalie, permitiendo que su esposo le quitara el vestido.

—Y seguiré haciéndolo durante una eternidad. Hice bien de escogerte por encima de todas las cosas... el tiempo me ha dado la razón. No solo eres mi esposa, eres mi amiga, mi amante y la madre de mis hijos. Si miro atrás y recuerdo los días en que me llamaban loco... me dan ganas de reír —La desnudó por completo y luego él hizo lo mismo.

—Sigues siendo legendario, Míster dorado —alabó ella, observando el pecho masculino bajo los rayos de la luna—. Te amo —Lo besó, cogiéndose a él.

—Y yo a ti, Rosalie —La cogió de nuevo en volandas y se hundieron en el agua.

Se besaron, se acariciaron y se amaron hasta el fin de sus días.

**Fin.**



# Sobre la autora

MaribelSolle es una escritora que tiene entre sus éxitos "La Saga Devonshire" y "El Diario de una Bastarda"- Próximamente publicará "El Diario de una Princesa Rusa".

Si quieres encontrar sus obras, solo tienes que buscarlas en Amazon.

También puedes seguirla en Instagram o [Facebook](#) para no perderte ninguna novedad.

Visita [www.maribelsolle.com](http://www.maribelsolle.com)

